

ARS
HISPANIAE
VII

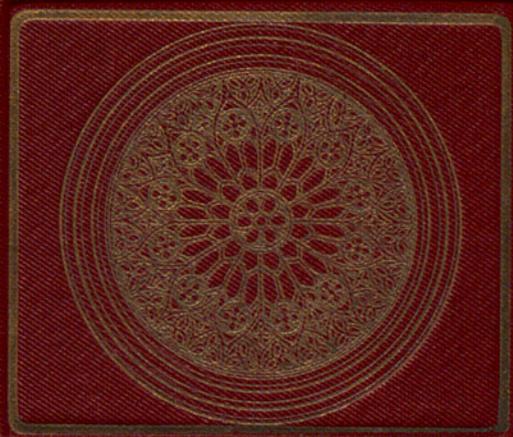
ARS HISPANIAE

HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISPÁNICO

ARQUITECTURA
GÓTICA

TORRES BALBAS

EDITORIAL
DEUS ET



ARS HISPANIAE
HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISPÁNICO

INSTITUTO AMATILLER
DE ARTE HISPÁNICO

ARS HISPANIAE

HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISPÁNICO

VOLUMEN SÉPTIMO

ARQUITECTURA GÓTICA

por

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO

EDITORIAL



PLUS-ULTRA

LAGASCA, 102 · MADRID

ARS HISPANIAE
HISTORIA UNIVERSAL DEL ARTE HISPANICO

ES PROPIEDAD. RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
Copyright 1952, by EDITORIAL PLUS-ULTRA, S. A.

ÍNDICE GENERAL

ARTE Y ARQUITECTURA GÓTICA	9
LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS DEL SIGLO XII	
Arquitectura románica y bóvedas nervadas	12
La pretendida transición.....	12
Bóvedas nervadas en los templos románicos del reino leonés	17
Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago.....	17
La iglesia de la abadía de Carboeiro	17
La iglesia del monasterio de Sahagún y su capilla de San Mancio.....	18
La catedral de Orense y los templos monásticos de Osera y Melón	18
Las catedrales de Salamanca y Zamora y la iglesia mayor de Toro	20
Las iglesias de los monasterios cistercienses de Moreruela, Gradefes y Sandoval.....	20
Las bóvedas de la nave mayor de la iglesia de San Vicente de Ávila	23
Las más viejas bóvedas de nervios de la mitad oriental de España	24
La catedral de Santo Domingo de la Calzada	24
La catedral de Tarragona	25
La sala capitular de la catedral de Sigüenza	27
La iglesia del monasterio de La Oliva.....	27
La iglesia mayor de Tudela	27
Los monasterios bernardos y las bóvedas nervadas: la arquitectura del Císter en España	28
Las iglesias de los monasterios cistercienses de Huerta, Valbuena, Poblet, Veruela, Fitero, Sacramenia, Córcoles y Santas Creus	34
Las iglesias de los monasterios premonstratenses de Retuerta y Aguilar de Campóo	38
Un avance más en el goticismo incipiente: la influencia góticoborgoñona en Ávila	38
EL SIGLO XIII	
Reflejos y vicisitudes de la arquitectura gótica francesa en España	43
Algunos templos arcaizantes	44
Catedral de Mondoñedo	47
Catedral de Ciudad Rodrigo	47
Catedral de Lérida	47
Iglesia del monasterio de Valdediós	48
La arquitectura de la Isla de Francia en el Pirineo español	48
Iglesia de la hospedería de Roncesvalles	48
Las catedrales y los grandes monasterios cistercienses del siglo XIII.....	50
Catedral de Cuenca	50
Catedral de Sigüenza	54
Catedral de Toledo	59
Catedral de Burgos	69
Catedral de Burgo de Osma	77
Catedral de Tarazona.....	79
Catedral de Túy	83

Catedral de León	84
Catedral de Valencia.....	94
Monasterio de las Huelgas de Burgos	97
Refectorio del monasterio de Santa María de Huerta	103
Ruinas de la iglesia del monasterio de Matallana de Campos	104
Iglesia del monasterio de La Espina	104
Influencia de la catedral de Cuenca y de los monumentos burgaleses.....	108
Iglesias con capilla mayor de planta poligonal y laterales cuadrangulares.....	109
Iglesias con capillas poligonales en la cabecera	113
Iglesias con capillas cuadrangulares en la cabecera	119
La arquitectura de franciscanos y dominicos y sus primeros templos en Cataluña.....	120
Torres campanarios, linternas y cimborios	130
Dependencias de catedrales y monasterios	134
Claustros y lavabos	134
Salas capitulares	143
Dormitorios	144
Refectorios.....	144
Edificios civiles.....	144
Construcciones militares	146
EL SIGLO XIV	
Auge del gótico catalán	150
Prosecución de las catedrales iniciadas en el siglo anterior.....	152
Templos de escuela burgalesa o influidos por la catedral de León.....	155
Cabecera de la catedral de Lugo	155
Cabecera de la catedral de Palencia	155
La catedral y San Pedro de Vitoria y las iglesias vascongadas	156
Las naves de la catedral vieja de Plasencia	160
Las iglesias de Santa María de Castrourdiales, Santa María la Antigua de Valladolid, San Miguel de Aguilar de Campóo, San Hipólito de Támara, San Esteban de Burgos, Santa Clara de Palencia y Nuestra Señora de Gamonal	165
Las iglesias andaluzas del siglo XIV.....	169
Templos de escuela toledana	170
La arquitectura catalana del siglo XIV	173
Iglesias de nave única cubierta con armadura de madera sobre arcos transversales	176
Iglesias de nave única abovedada, con capillas entre sus contrafuertes	179
Iglesias de nave única abovedada, con capillas entre sus contrafuertes y los del presbiterio	183
Iglesias de tres naves	189
Catedral de Barcelona	189
La cabecera de la catedral de Gerona	197
La iglesia de Santa María del Mar en Barcelona	199
La catedral de Manresa	200
La iglesia de Santa María de Cervera	203
La iglesia de Santa María de Castellón de Ampurias	204
La catedral de Tortosa	207
La catedral de Palma de Mallorca	208
La iglesia de Santa Eulalia en Palma de Mallorca	217
La catedral de Huesca	218
Las iglesias navarras del siglo XIV	221
Iglesias de franciscanos y dominicos	222
Torres campanarios, linternas y cimborios	224
Dependencias de catedrales y monasterios	231
Claustros	231
Salas capitulares y refectorios.....	238
Edificios civiles.....	244
Construcciones militares	253

SIGLO XV

Sencillez estructural y opulencia decorativa	258
La arquitectura del siglo XV, el gótico florido y el flamígero.....	258
Artistas flamencos, francoborgoñones y alemanes en el reino de Castilla	265
Prosecución de las catedrales de Barcelona, Palma de Mallorca, Huesca, Palencia y Gerona ...	269
Las catedrales del siglo XV	275
La catedral de Oviedo.....	275
La catedral de Pamplona	276
La catedral de Murcia	278
La catedral de Sevilla	281
La catedral de Ciudad Real	288
La catedral de Astorga	288
La catedral de Calahorra	291
Torres y flechas	291
Capillas sepulcrales de planta octogonal y cimborios.....	292
Claustros	308
Edificios civiles levantinos de los tres primeros cuartos del siglo XV.....	313
Construcciones militares	320
La arquitectura durante el reinado de los Reyes Católicos y el «Estilo Isabel»	323
Los maestros isabelinos	329
La cartuja de Miraflores cerca de Burgos.....	337
Santo Tomás de Ávila.....	338
La iglesia de San Juan de los Reyes en Toledo	339
Los monasterios del Parral y Santa Cruz de Segovia y el del Paular	343
San Pablo y San Gregorio de Valladolid	344
Santiago de Villena, la catedral de Orihuela y la iglesia de Utiel	348
La Magistral de Alcalá de Henares	353
La Capilla Real de Granada.....	353
El trascoro de la catedral de Palencia.....	354
Iglesia de Santa María de Aranda de Duero	359
Iglesia de Jávea.....	359
Edificios civiles.....	360
Construcciones militares	365
EL SIGLO XVI	
El brote tardío de la arquitectura gótica nacional	369
La catedral nueva de Plasencia	374
La catedral nueva de Salamanca.....	378
La catedral de Segovia	380
Últimas supervivencias de las formas góticas	383
Bibliografía	385
Índice de materias	391
Índice geográfico	395
Índice onomástico	399

ARQUITECTURA GÓTICA

ARTE Y ARQUITECTURA GÓTICA

Nacido en el suelo de Francia, el arte gótico levantó algunos de los edificios de mayor originalidad, belleza y audacia de nuestro pasado monumental. Uno de sus elementos más característicos, la bóveda de ojivas, apareció en Inglaterra y en Normandía en los años finales del siglo XI y en los primeros del siguiente, cubriendo iglesias románicas, pero el estilo no se formó, a través de una larga serie de ensayos y progresos insensibles, hasta unos cincuenta años más tarde, en el norte francés — Picardía, Champaña y la Isla de Francia —. Su desarrollo fué espléndido en el siglo XIII, prosiguiendo la evolución en los dos siguientes para extinguirse casi por completo en el XVI, suplantado por la corriente artística del renacimiento, nacida en Italia.

El nombre de “gótico”, impropio y poco exacto, hoy generalmente admitido, divulgado por Vasari, se lo dieron despectivamente las gentes del renacimiento; gótico significaba para ellas bárbaro, extravagante, desordenado, sin ley ni medida, en contraste con el arte “romano”, objeto de todos sus entusiasmos. Durante los siglos siguientes prosiguieron la ignorancia y el desprecio por el arte medieval. El movimiento romántico, en el siglo XIX, despertó el interés por el gótico, e impulsó su estudio, pero, al mismo tiempo, nos legó una serie de ideas falsas en torno suyo que han gozado — y gozan — de dilatada difusión: “arquitectura de belleza esencialmente lógica y racionalista, obra maestra comparable al desarrollo de un teorema”; “aplicación sistemática de principios perfectamente lógicos”; etcétera, son falsos conceptos tópicos aun prodigados en publicaciones recientes.

Destaca en el arte gótico su originalidad. Emancipado de toda sujeción clásica, no es fácil buscar precedentes a sus formas en las de ningún otro anterior.

La creación del arte gótico y su triunfo al suplantarse al románico suponen, como siempre hechos análogos en el curso de la Historia, una profunda transformación social de costumbres y gustos y, por consiguiente, de sensibilidad. Circunstancias favorables produjeron en el centro y en el occidente de Europa, a fines del siglo XII y en el XIII, relativa estabilidad política, acompañada de considerable desarrollo agrícola, industrial y comercial. Fundáronse nuevas ciudades y se acrecentaron las antiguas. La arquitectura gótica se desarrolló sobre todo en ellas; sus máximas creaciones, las catedrales, son esencialmente obras urbanas.

Pero si la notable mejoría económica de buena parte de Europa y la formación de grandes núcleos de población favorecieron el brote y desarrollo del nuevo arte, éste fué principalmente fruto de la intensa fe, del ardiente viento de fervor religioso que agitó entonces a las muchedumbres. En ninguna otra época como en ésta, se ha dicho, vivió una parte de la humanidad más cerca de Dios; la religión inspiraba, dirigía e impulsaba todas las manifestaciones de la vida y el arte creció al servicio de la Iglesia. La fe produjo la extra-

ordinaria fiebre constructiva desarrollada en la Europa occidental a fines del siglo XII y durante parte del XIII; por todas partes surgieron grandes templos levantados con la colaboración de muchedumbres enfervorizadas y entusiastas, impregnadas por una profunda sensación de culpa, en busca de indulgencia para sus pecados. Las gentes que vieron levantarse las catedrales y las contemplaron en su cándida blancura primitiva, vivían en un mundo maravilloso, en el que el cielo y el infierno y los seres pobladores de ambos, divinos y demoníacos, tenían existencia y corporeidad tan real para ellas como sus representaciones escultóricas labradas en la puerta de los templos; su presencia era sentida por todo el mundo.

Monarcas, obispos, grandes señores, la nueva clase de burgueses enriquecidos por el comercio y la industria nacientes, los mezquinos y hombres de afán, todos sentían el orgullo y la voluntad de magnificencia, el deseo de levantar en su ciudad una casa de Dios, grande, bella, alta, clara, que fuera a la vez como mansión común a todos ellos.

El arte gótico es, pues, la más completa expresión del ardiente cristianismo medieval. En muchas culturas, los procesos de formación de estilo en los que este adquiere su máximo valor se desarrollan singularmente en los templos; el hecho es aún más acusado en el gótico, cuya arquitectura nace y vive sometida a una fuerte disciplina religiosa. Las construcciones civiles y militares medievales tienen tan sólo importancia episódica en la evolución de las formas.

No es fácil condensar en unas cuantas líneas las características esenciales de la arquitectura gótica, cuya riqueza de formas y soluciones desafía toda clasificación. Entre las más destacadas figuran: empleo sistemático de una nueva bóveda, la de nervios, formada por superficies cóncavas triangulares en cuyas intersecciones se dispusieron arcos o nervios, casi siempre de reducida sección; uso general del arco agudo o apuntado, de grandes ventajas constructivas sobre el semicircular, ya anteriormente empleado en las iglesias románicas de algunas regiones de Francia, y en templos de varias naves en los que la mayor se elevaba a considerable altura sobre las inmediatas; la construcción de arcos exteriores sobre las naves laterales — arbotantes —, cuyo objeto esencial es asegurar la estabilidad de los elevados pilares.

La arquitectura gótica creó también nuevas formas de molduración, muy distintas de las clásicas, con tendencia cronológicamente progresiva a alternar curvas cóncavas y convexas, y formas decorativas inéditas inspiradas, frente a la estilización románica, en el amor y estudio minucioso de la naturaleza y la vida.

En los templos románicos — lo mismo puede decirse de los edificios clásicos o pseudo-clásicos — las superficies planas y curvas que los forman se encuentran según aristas vivas, dando origen a contrastes violentos, bien definidos, sin transiciones. Aristas y ángulos rectos salientes quedan ocultos en la arquitectura gótica tras superficies curvas, molduras convexas o columnas, éstas casi siempre decorativas, produciendo un tránsito suave y gradual de la luz a la sombra; las formas se acusan así con más vigor y menos sequedad que en el arte clásico o en el románico.

Pero sobre todas estas características, que disociadas carecen de poder evocador, cumple resaltar el nuevo concepto estético de la distribución de masas y volúmenes y del reparto de la luz en el interior del templo. A la voluntad de construir "casas de Dios" monumentales, elevadísimas, cada vez más altas, uníase la de rasgar sus muros por enormes ventanales

cubiertos con vidrieras de colores translúcidos que bañaban el espacio interior en una luz incierta, penumbra policroma con la que el templo adquiriría un aspecto irreal, fantástico, favorable al recogimiento y a la oración. En el interior de una iglesia gótica del siglo XIII con sus vidrieras, en el ambiente misterioso que crea la luz filtrada a través de ellas, todo es suavemente difuminado y transitivo.

Se ha dado una importancia capital, algo excesiva, a las bóvedas nervadas en la formación y desarrollo de la arquitectura gótica. De sillarejo o sillería casi siempre, semejantes en su aspecto a las de arista, se forman por la penetración de varias superficies cóncavas, cuyas líneas de encuentro son generalmente alabeadas, es decir, no están en un plano único. Ignorantes de su trazado, los canteros medievales resolvieron el problema construyendo previamente esas intersecciones en forma de arcos o nervios, segmentos de circunferencia de fácil dibujo y aparejo, que unían el centro de la planta poligonal a cubrir con sus vértices. Una vez construídos entre los arcos fajones o perpiaños que limitaban transversalmente los tramos y los formales o formeros, levantados en el encuentro de la bóveda con los muros exteriores, íbanse rellenando empíricamente los plementos triangulares resultantes, sin preocupación alguna por conseguir superficies curvas regulares.

Arcos fajones, formeros y diagonales u ojivos facilitaban, pues, la construcción de la bóveda; al servir de cimbras, la sostenían hasta su total cerramiento y fraguado; terminados estos, su papel era puramente decorativo; simplificaban su trazado, moldeándola, dándole forma en el espacio, y, finalmente, producían un determinado efecto plástico. A las pesadas, sombrías y monótonas bóvedas románicas, sustituyeron en las nuevas iglesias góticas las aéreas y aparentemente ligeras nervadas. Podían aplicarse fácilmente a cualquier parte del edificio para cubrir los diferentes tramos en los que acostumbraba dividirse, regulares e irregulares, de planta circular o poligonal, rectangular o cuadrada en las naves y en el crucero de los templos y en los edificios civiles abovedados, y trapezoidal en la mayoría de las girolas de aquéllos. Los arcos diagonales de los tramos cuadrangulares se llaman, con nombre derivado de la palabra hispanomusulmana "algibe", empleada ya en el álbum de Villard d'Honnecourt a mediados del siglo XIII, "ojivas" o "arcos ojivos", o, con más frecuencia en castellano, "cruceiros". La bóveda de ojivas o de cruceiros es, pues, un caso particular — el más frecuente — de las nervadas. Su probable origen habría que buscarlo en tradiciones constructivas romanas aun vigentes en el siglo XI y en sugerencias de las bóvedas hispanomusulmanas de arcos entrecruzados.

La historia de las importaciones de la arquitectura gótica francesa a España y de su aclimatación y desarrollo es el tema del presente volumen. Ni en número, ni en dimensiones, ni en perfección de formas pueden competir los edificios aquí estudiados con sus más o menos directos modelos transpirenaicos; el arte gótico no se extendió por toda la Península hasta el momento en que iba a ser barrido por las nuevas corrientes italianas. Además, las formas procedentes de Francia no ejercieron señorío absoluto sobre los reinos de la España cristiana; compartieronlo con las nacionales mudéjares. España, con sus tierras casi siempre sedientas, pródigas en páramos y ásperas sierras, no puede parangonarse con Francia, abundante en campos llanos y fecundos, cruzados por ríos caudalosos. Pero el recio temperamento ibérico llegó a imprimir fisonomía y personalidad propias a las formas advenedizas, creando imitaciones muy libres y obras complejas de gran riqueza, y, sobre todo, de notoria originalidad.

LOS TREINTA ÚLTIMOS AÑOS DEL SIGLO XII

ARQUITECTURA ROMÁNICA Y BÓVEDAS NERVADAS

LA PRETENDIDA TRANSICIÓN. — La inmensa mayoría de las publicaciones consagradas a historiar el arte medieval de Occidente aluden a un pretendido estilo de transición entre el románico y el gótico, con características comunes a ambos. La palabra "transición" lleva implícita la idea de una serie de fases intermedias, de una arquitectura y un sistema de construcción evolutivos, a través de los cuales el arte románico se transformó en el gótico. Nada más falso. No son las del último formas derivadas o deducidas de las del anterior. La arquitectura gótica es una fórmula completamente nueva, algunos de cuyos elementos se yuxtapusieron en sus comienzos a los románicos en abundantes edificios, para acabar sustituyéndolos totalmente. De los empleados por esa arquitectura, tan sólo el arco agudo encuéntrase en templos románicos franceses, sobre todo en los de las escuelas de Borgoña, Poitou y Provenza.

Lo que se viene llamando estilo de transición no es, pues, más que una mezcla de elementos diferenciados y diferenciables, que tuvo lugar en una época de actividad artística y arquitectónica no superada en toda la Edad Media. Aun más inadecuado es el nombre y el concepto de transición aplicado a un numeroso grupo de templos españoles que a los semejantes franceses, puesto que a nuestro país fueron llegando las nuevas formas en oleadas sucesivas, totalmente formadas, al principio desde Borgoña y la región sudoeste de Francia comprendida entre el Loire y la Gironde.

No es raro el caso de iglesias comenzadas en estilo románico y concluidas en gótico — catedrales de Zamora y Ciudad Rodrigo, templos de San Vicente de Ávila, Retuerta, Sangüesa e Hirache, entre otros —, en las que se mezclan tradiciones de aquél con elementos aislados del último. El más temprano de los góticos en traspasar los Pirineos fué la bóveda nervada, lo que ocurrió, como se verá en las páginas siguientes, hacia 1170; durante los treinta años finales del siglo, bóvedas de este tipo siguieron cubriendo edificios totalmente románicos, en sustitución de las de medio cañón y arista proyectadas al comenzarlos. La coexistencia de esas dos clases de abovedamientos en un mismo templo supone, a veces, como en los antes citados, etapas sucesivas y avances realizados durante la construcción, pero en no pocos casos — y entre ellos se cuentan buen número de iglesias cistercienses — esa simultaneidad es consecuencia del empleo de una fórmula, de un partido sistemático aplicado desde los comienzos del edificio, aunque con variantes, lo mismo en Francia que en la España cristiana.

Lo comprueba el que en varios se cubra con bóveda de ojivas, parcial o totalmente, su cabecera, es decir, la parte por donde acostumbraba a comenzar la construcción, la más vieja de casi todos ellos, mientras los brazos del crucero y las naves tienen bóvedas

románicas — Osera, La Oliva, Moreruela, Poblet, Valbuena, Palazuelos, Córcoles, etc. —. En el vecino país abundan las iglesias de la segunda mitad del siglo XII y aun de la primera del siguiente cuya nave mayor cubren bóvedas de ojivas, mientras las de las laterales son de aristas — bóveda ésta de mucho más fácil aparejo sobre planta cuadrada que sobre rectangular —; el tipo es frecuente en Borgoña, pero no faltan ejemplos en la Isla de Francia y en otras regiones. En la Península existe el que pudiera calificarse de inverso: bóvedas románicas — semicañones — en la nave mayor y en los brazos del crucero, y de ojivas en las naves laterales — Poblet, Moreruela, Toro, probablemente Carboeiro, etc. —; la última sustituye en estos ejemplos a la de arista.

Las bóvedas de ojivas usáronse de preferencia en los primeros tiempos de su empleo, singularmente en Borgoña, en sustitución de las de arista — ambas están formadas por la penetración de superficies cóncavas —; por tanto en las naves bajas y en los tramos trapeciales de las girolas. También en el central del crucero, sin duda por facilitar los nervios su construcción: era la bóveda más comprometida de todo el edificio y de más difícil contrarresto, por cubrir mayor superficie que las restantes y apoyarse en cuatro pilares y no en muros, dificultad acrecentada a veces por su elevación. Los maestros españoles de los primeros tiempos no siempre comprendieron la utilidad de los arcos ojivos ni la estructura de las bóvedas de cuyo intradós resaltaban; en ocasiones, como en los tramos rectangulares de los presbiterios de las iglesias de San Juan de Rabanera, en Soria, y de Villaconancio, y en la cripta de la de San Juan de Sepúlveda, aplicaron dos arcos diagonales bajo bóvedas de medio cañón. En el ábside semicircular del primero de esos templos, su constructor siguió también la nueva moda sin entenderla, pues lo cubre una especie de semicúpula agallonada cuyos nervios están despezados con el resto del sillarejo de los gallones; la imitación torpe de una bóveda gótica de nervios radiales y plementos cóncavos, como la del ábside en ruinas de la iglesia de San Nicolás de la misma ciudad, es evidente. Casos semejantes se encuentran en la arquitectura francesa.

No se debe a torpeza, sino a sistematización de una forma, el empleo de nervios radiales bajo las bóvedas de horno de los ábsides, nervios — dos o cuatro, concurrentes sobre la clave del arco de cabeza de su ingreso — apeados casi siempre en columnas adosadas al medio tambor. Los ejemplos son abundantísimos: citemos, entre otros, La Oliva; cinco de las capillas de la girola de la catedral de Ávila; Sandoval; capilla mayor de Carrizo; Valbuena; la central de la girola de Fitero; Santiago de Agüero; San Gil de Luna; Talamanca; etcétera. Pronto la bóveda de horno dejó paso a la gótica de plementos cóncavos, pero manteniendo primero la forma semicircular del ábside, transformación realizada en España, en los templos más importantes, de 1170 a 1185, aproximadamente. Primero los nervios siguieron reuniéndose en el mismo lugar, sobre el arco de ingreso: cuatro capillas de la catedral de Ávila; la central de la girola de la catedral de Santo Domingo de la Calzada y de Gradefes; La Oliva; presbiterios de Fitero y de Veruela, y la del eje de este templo; capillas laterales de Carrizo y Tudela; Córcoles; Arbás; Ucerro; Bugedo de Juarros; etc. Algo más tarde, separóse la clave de los nervios de la bóveda del arco de ingreso al ábside: catedrales de Orense y Ávila; templos de Osera; Melón; San Cugat de Vallés. Coincidió probablemente este avance — que tan sólo en los monumentos importantes puede seguirse cronológicamente — con un paso más hacia el goticismo, al transformar en plantas poligonales las hasta entonces semicirculares de presbiterios y capillas de la cabecera: Cuenca,

Palazuelos; etc. Esta transformación ocurrió ya en el siglo XIII, pero antes tuvo lugar otra intermedia en la que el presbiterio es poligonal exteriormente y semicilíndrico por el interior: Poblet, Moreruela. Poligonal es la parte baja y circular la superior, lo mismo por dentro que por fuera, de la iglesia de Carboeiro.

Perduraron los abovedamientos románicos hasta fecha tardía en las pequeñas capillas semicirculares con bóveda de horno, y en los brazos del crucero de varios templos, cubiertos con semicañones agudos: Valbuena; Moreruela; Osera; catedral de Zamora; Poblet; Córcoles; Sacramenia; Toro; Aguilar de Campóo; Palazuelos; colegiata de Santillana del Mar; etc.

Finalmente, se impuso la fórmula nueva y las bóvedas nervadas invadieron totalmente el edificio — catedral de Orense; Huerta; Santas Creus; Iranzu — en fecha no anterior al cambio de siglo. En la segunda mitad del XIII aun se levantaban templos arcaizantes cubiertos con bóvedas románicas.

Las nervadas primeramente llegadas a España no alteraron el resto de la estructura románica de las iglesias que cubrían. Sin formaletes, sin clave decorada muchas de ellas, sus arcos ojivos eran gruesos y en ocasiones — Torre del Gallo y capilla de Talavera en la catedral de Salamanca; naves laterales de la de Sigüenza — penetraban en la plementería. En la nave mayor las primeras bóvedas de ojivas cubrieron casi siempre tramos de dimensiones parecidas, es decir, próximos al cuadrado.

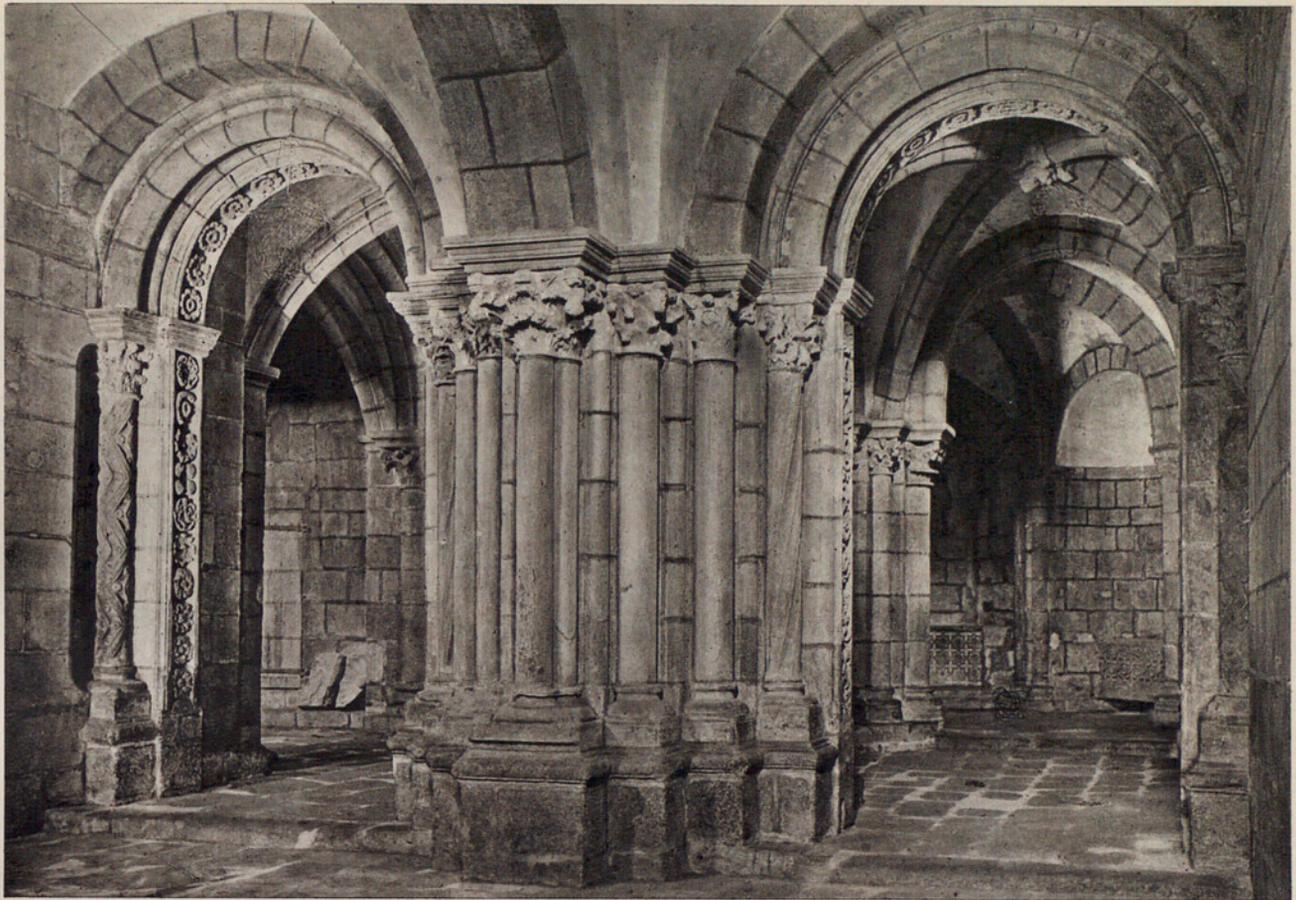
¿En qué momento se reflejó el cambio de abovedamiento en los pilares de sustentación, añadiendo a éstos columnas en sus rincones o codillos para recibir los nervios y adaptarse al nuevo sistema? Acostumbra decirse que esta etapa fué posterior a la del empleo de las bóvedas góticas y que los nervios de las primeras bóvedas se apearon en ménsulas o modillones, o arrancaron sobre las impostas entre el muro y el arco fajón, sin disposición especial alguna, a veces en forma cónica para evitar el voladizo.

Pero esa afirmación falla cuando analizamos un monumento excepcional como el pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago de Compostela, cuya cripta, construída alrededor de 1180, tiene pilares cruciformes con columnas en sus frentes y otras en los codillos. La estructura es la de una verdadera bóveda gótica, como las que por los mismos años se construyeron cubriendo los ábsides semicirculares y poligonales de varias de las iglesias citadas.

Complica el estudio del paso del pilar románico al gótico la existencia de columnas en rincones o codillos no dispuestas para el arranque de arcos diagonales. Algunas veces, como en la cripta del pórtico de la Gloria y en las naves laterales de San Martín de Salamanca, su función era la de servir de apoyo a las aristas de una bóveda de esta clase; la misma tendrían las que hay en idéntico lugar de la catedral vieja de la última ciudad y aun cabe la sospecha de que las existentes en esos pilares del lado de la nave mayor también sirvieran de arranque a bóvedas de arista, en cuyo caso el edificio proyectóse con un sistema de abovedamiento en sus naves idéntico al de la iglesia de Vezelay y otras borgoñonas.

Columnas angulares hay también en los pilares de los tramos centrales de los cruceros de la catedral de Tarragona y de la iglesia de las Huelgas de Burgos; en ambos templos apean arcos que doblan los torales, reduciendo el espacio a cubrir, que lo fué con sendas cúpulas.

Lo más frecuente en las iglesias de los últimos años del siglo XII cubiertas con bóvedas de crucería es que los elementos de sustentación no acusen en planta esos abovedamientos; sus pilares son románicos y los nervios arrancan de ménsulas o sobre la imposta o el cima-



Figs. 1 y 2.—CRIPTA Y DETALLE DE LA PUERTA CENTRAL Y DE LA BÓVEDA DEL PÓRTICO DE LA GLORIA EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.

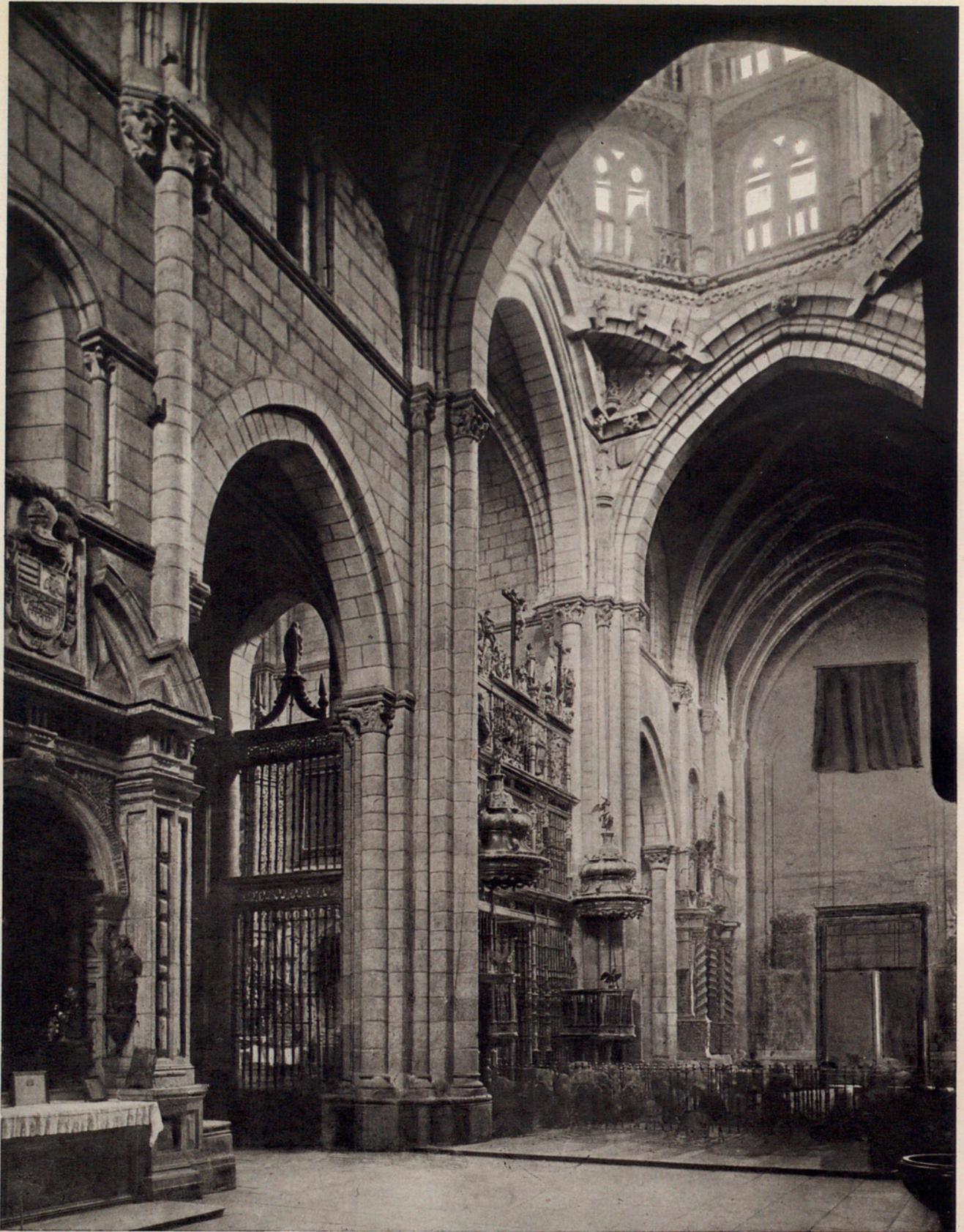


Fig. 3. — NAVE DE CRUCERO DE LA CATEDRAL DE ORENSE.

cio en la forma ya dicha, adoptada y difundida por los cistercienses en su deseo de simplificar los apoyos. El que un templo de los últimos años del siglo XII cubierto con ojivas carezca de columnas en sus codillos no deberá siempre interpretarse suponiendo que se proyectó cubrirlo con bóvedas románicas.

BÓVEDAS NERVADAS EN LOS TEMPLOS ROMÁNICOS DEL REINO LEONÉS. — El pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago. — La actividad constructiva religiosa en los últimos años del reinado de Fernando II de León fué extraordinaria y en gran parte debida a iniciativa del monarca. Al morir en 1188 estaban en construcción las catedrales de Santiago de Compostela, Orense, Tuy, Salamanca, Zamora y Ciudad Rodrigo; las iglesias mayor de Toro, Santa María del Azoque y San Juan del Mercado en Benavente y las de los monasterios de Sahagún, Osera, Armenteira, Gradefes, Moreruela y Sandoval.

La comunicación constante con Francia por la ruta internacional de la peregrinación explica la aparición en la gran basílica de Compostela y en otros templos del reino leonés de algunos de los ejemplares más antiguos existentes en España de bóvedas de ojivas.

En la segunda mitad del siglo XII, pareciendo sin duda modesto para tan glorioso santuario el ingreso principal, en el hastial de los pies de la iglesia compostelana, pensóse en dotarlo de otro mucho más monumental. El desnivel existente entre el templo y la plaza situada a occidente, obligó a reconstruir una cripta, sobre la que se levantó el célebre pórtico de la Gloria, cuya arquitectura, inseparable de la obra escultórica, ha merecido mucha menos atención que ésta. La fecha de la construcción y el nombre de su autor constan de manera fehaciente y solemne en el dintel de la puerta central, colocado, lo mismo que los de las laterales, en 1188, por el maestro Mateo, director de la obra desde sus cimientos. Mateo tomó parte en 1161 en la construcción o reedificación del puente Cesures; en 1168 ya dirigía los trabajos de la catedral de Santiago y le otorgaba Fernando II una pingüe pensión; ese año debió comenzar el pórtico, terminado ya probablemente en 1211, al consagrar el arzobispo don Pedro Muñoz la basílica.

Cubren los tres tramos rectangulares del pórtico en el que se abren las puertas otras tantas bóvedas de ojivas, ricamente decoradas, lo mismo que los perpiaños, con bellos florones de gran relieve en sus boceles (fig. 2). En la cripta persisten las bóvedas de arista junto a las de ojivas (fig. 1).

Lo mismo que repetidamente se ha hecho para la escultura del pórtico, analizando sus semejanzas con obras francesas contemporáneas, podría hacerse para su arquitectura.

Pero sin insistir en estos análisis, siempre poco expresivos, procede resaltar el hecho de que hacia el año 1170 había en Santiago de Compostela un maestro Mateo, que no sólo era escultor señero y genial, sino también maestro constructor habilísimo, en posesión de una técnica perfecta de los abovedamientos sobre arcos, entre ellos de los de ojivas, y que en la arquitectura del pórtico demostró considerable avance sobre la española contemporánea. Su formación sería francesa y anterior a los años en los que aparece en Galicia. Cuando, con justificado orgullo de artista, grabó su nombre en el dintel de la portada, su juventud estaría ya lejana.

La iglesia de la abadía de Carboeiro. — Por lo mismos años de comienzo de la construcción del pórtico de la Gloria daba principio, en lugar solitario no lejano a Compostela, el templo de la abadía benedictina de San Lorenzo de Carboeiro, fundado en 1171 por el

abad Fernando con su cetera de monjes, según dice una inscripción coetánea. En otra existente en el basamento exterior de su cripta se lee la fecha de 1 de junio del mismo año, probablemente la de comienzo de las obras.

Sobre una cripta románica se levantó, sin solución de continuidad, una iglesia de tres naves, crucero, presbiterio poligonal, girola de cinco tramos trapeciales en torno y tres capillas de planta semicircular abiertas a ella, tangentes y con ventana en su eje, contra lo que se viene afirmando bajo la fe de un plano equivocado. Han desaparecido las bóvedas de la nave mayor y de la de crucero, probablemente semicañones agudos; otras de ojivas cubren las naves laterales y los tramos de la girola; cupuliformes, también sobre nervios, son las del presbiterio y las capillas de la girola (fig. 5).

La construcción de San Lorenzo de Carboeiro debió de prolongarse durante bastantes años; es probable que el venerable abad Fernando, cuya lápida sepulcral estaba en la iglesia, muerto en 1192, se enterrase en ella; al año siguiente hacía una donación para la obra doña Urraca Fernández, hija del conde Fernán Pérez de Traba.

El parentesco del templo de Carboeiro con la obra del maestro Mateo es indudable; acúsase sobre todo en la escultura de las puertas y en formas y perfiles de basas y cimacios, de filiación borgoña como los de la cripta compostelana.

La iglesia del monasterio de Sahagún y su capilla de San Mancio.— De este gran templo, panteón de los restos mortales de Alfonso VI y de sus múltiples mujeres, tan sólo menguadas ruinas quedan. Según el padre Yepes, comenzó a levantarse en 1121; en 1157 le dirigía un Petrus Stefani; la terminación se fija en 1183 y en 1213 se inauguró. Mal se compaginan estos datos con una concesión regia de Alfonso X en 1255, justificada "porque han de fazer la iglesia para meter hay el rey don Alfonso que ganó Toledo, que yaze enterrado en el monasterio de Sant Fagundo".

El templo, según un plano conservado, era de planta románica, con apoyos no preparados para bóvedas de nervios, pero en los segundos tramos de su crucero alcanzó a ver Gómez-Moreno arranques de ojivas adornadas sobre modillones en forma de cabezas de león y de rey; las bóvedas eran vaídas y de ladrillo. De otras semejantes quedaban restos al final de la nave de la epístola, aunque con la adición de formales agudos y ventanas redondas en los tímpanos.

En ruina también, algo menos avanzada, queda una capilla inmediata, dedicada primero a San Benito y más tarde a San Mancio; formaba una nave de dos tramos casi cuadrados cubiertos con bóvedas de ojivas, apeadas en gruesos y prolongados pilares para los que se aprovecharon los contrafuertes de la iglesia grande en el costado inmediato a ésta.

Una inscripción, empotrada en uno de los pilares de la citada capilla, estribo a la vez de la iglesia adyacente, dice que el altar inmediato fué consagrado en 1184, año en el que pueden suponerse construídas las bóvedas. Al mismo tiempo, pues, que se levantaba en Compostela el pórtico de la Gloria con sus bóvedas de crucería, en el decenio de 1170 a 1180 o en los años inmediatos, construíanse las de la misma clase en Sahagún. A pesar de que en los monumentos mencionados de ambos lugares, final uno del camino francés, estación importante de él el otro, aparecen influencias angevinas, son centros artísticos sin relación directa entre sí.

La catedral de Orense y los templos monásticos de Osera y Melón.— A orillas del Miño, en Orense, se labraba por los mismos años un gran templo catedral. El altar de

su presbiterio fué consagrado, solemne y fastuosamente, en 1188, imponiendo en él reliquias de San Martín, traídas por entonces de Tours a solicitud de Fernando II.

En 1218, al comenzar el episcopado de don Lorenzo, que se prolongó hasta 1248, el edificio debía de estar poco adelantado, pues su contemporáneo el Tudense, prelado de la sede vecina, le atribuye su construcción, hecha — escribió — con piedra sillería.

La catedral de Orense es un edificio de planta y apoyos románicos, influida, como tantas iglesias gallegas, por la arquitectura de la de Santiago. Tan sólo en los pilares torales, en la parte correspondiente al tramo central del crucero, hay columnas angulares, como las existentes en el mismo lugar en el templo compostelano. Pero cubrióse toda ella, incluso el presbiterio semicircular, con bóvedas de nervios. Las de ojivas de la nave mayor y de la de crucero arrancan de ménsulas labradas en forma de capitel, y son idénticas a las que cubren los brazos del crucero de la catedral de Tuy, construídos entre 1218 y 1239 (fig. 3).

Como todos los monasterios cistercienses, los de Osera y Melón, en la comarca de Orense, emplazáronse en lugares agrestes, abundantes en aguas corrientes. Las naves de la monumental iglesia del primero, lo mismo que los brazos de su crucero, cúbrese con bóvedas románicas de medio cañón agudo. Las amplias cabeceras de ambos constan de capilla mayor, formada por un ábside semicircular, precedido de dos tramos rectangulares en Osera, y de uno en Melón, y de girola rodeándola, a la que se abrían cinco capillas en el primero y tres en el segundo, separadas en ambos por tramos desprovistos de ellas, con ventana en el eje. Esta disposición, anómala en iglesias bernardas, responde a influencia de la catedral compostelana, tan intensa en toda la tierra gallega.

El templo de Osera no figuraría en estas páginas a no ser por la bóveda nervada que cubre su ábside semicircular y por las de ojivas de los tramos que le preceden y de los dos primeros a uno y otro lado, de ingreso a la girola; los siete restantes intermedios tienen bóvedas de cuarto de cañón (fig. 4).

La consagración de esta iglesia tuvo lugar en 1239, antes de terminarse; a fines de ese siglo un monje llamado Fernán Martínez levantaba la cúpula semiesférica sobre dieciséis nervios radiales que cobija el tramo central del crucero.

De la iglesia de Melón tan sólo subsiste la cabecera y el crucero. Es réplica reducida

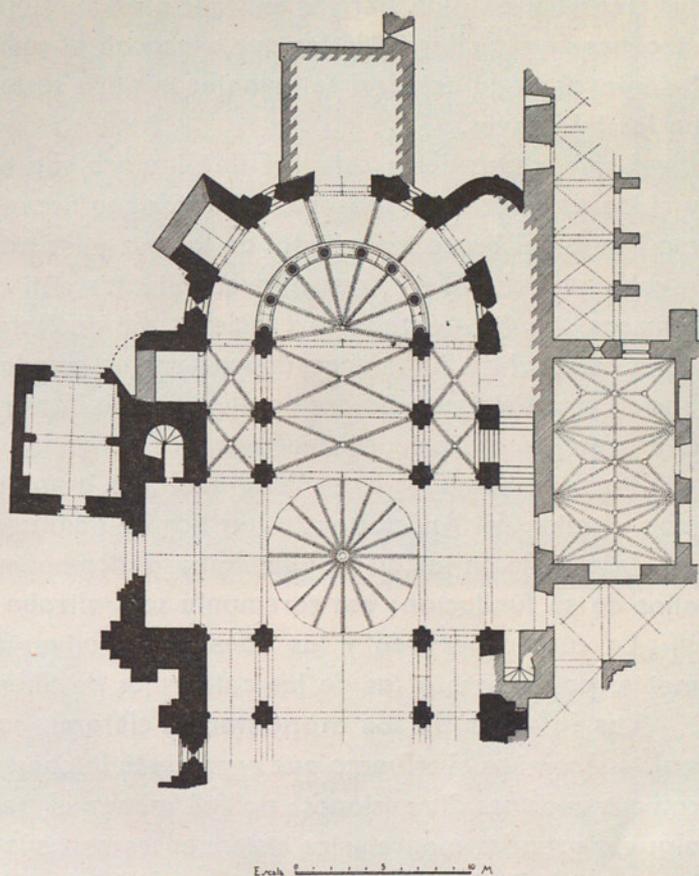


Fig. 4. — PLANTA DE LA CABECERA DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE OSERA.

y algo más avanzada de la de Osera. Sus naves y el brazo norte del último estuvieron cubiertos con ojivas, pero conserva bóvedas románicas, como su modelo, en parte de los tramos de la girola, en las capillas que se abren en ella y en los brazos de la cruz.

Las catedrales de Salamanca y Zamora y la iglesia mayor de Toro. — Los tres templos del reino leonés tienen planta románica, pero los cubren, parcial o totalmente, bóvedas nervadas. En la catedral de Salamanca tan sólo son románicas las de las tres capillas escalonadas de la cabecera. A las pilas de separación de las naves adosáronse columnas en sus frentes y codillos, pero la existencia en la iglesia próxima de San Martín de otras en los rincones de sus pilares, de las que arrancan bóvedas por arista, justifica la hipótesis de que los apoyos de la catedral se levantaron para sostener abovedamientos de esa misma clase en las tres naves.

Las bóvedas de la catedral de Zamora son románicas, excepto las de la nave mayor y el tramo central del crucero, cubiertos con nervadas. Otras góticas cubren también el mismo tramo del brazo transversal de la cruz y las naves laterales de la colegiata de Toro.

La cronología de estos abovedamientos góticos de los tres templos, entre ellos de sus famosas cúpulas nervadas, es incierta. En un testamento de 1163 ó 1164 de un eclesiástico de la catedral de Salamanca, figuran varias mandas para la obra del "ciborio", que entonces hacía Petro Petriz; se ha creído alusión a la Torre del Gallo, la magnífica cúpula que cubre el crucero de esa catedral, pero es más verosímil que se refiera a un copón o cáliz de amplia taza, así llamados en la Edad Media, o a un cimborio como el que en el siglo XII cobijaba el altar del Apóstol en la basílica de Santiago.

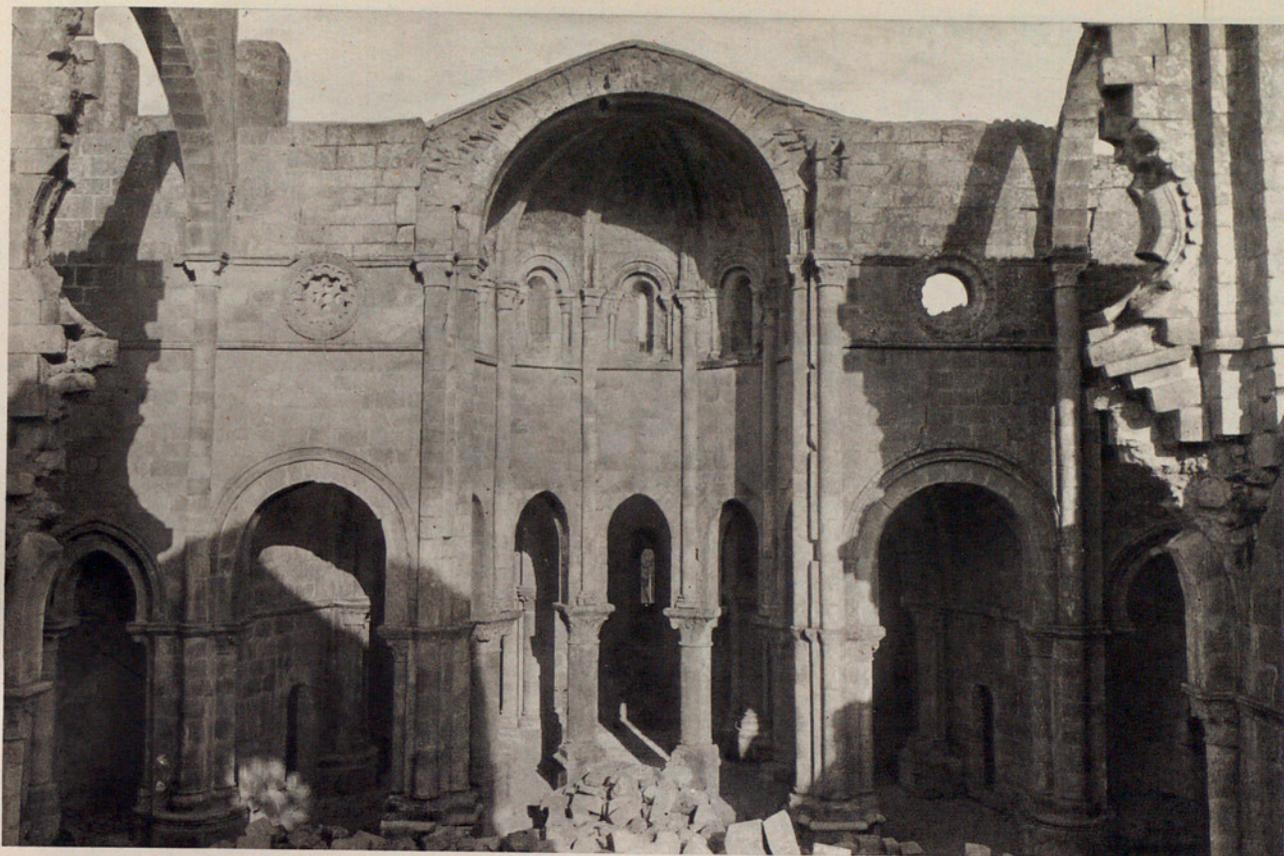
Un epitafio en la catedral de Zamora dice haber sido consagrada en 1174, a los veintitrés años de su fundación; esa ceremonia se realizaba casi siempre antes de terminar el templo.

La cúpula nervada y las bóvedas de ojivas de la colegiata de Toro son, indudablemente, posteriores a las de las catedrales de Salamanca y Zamora.

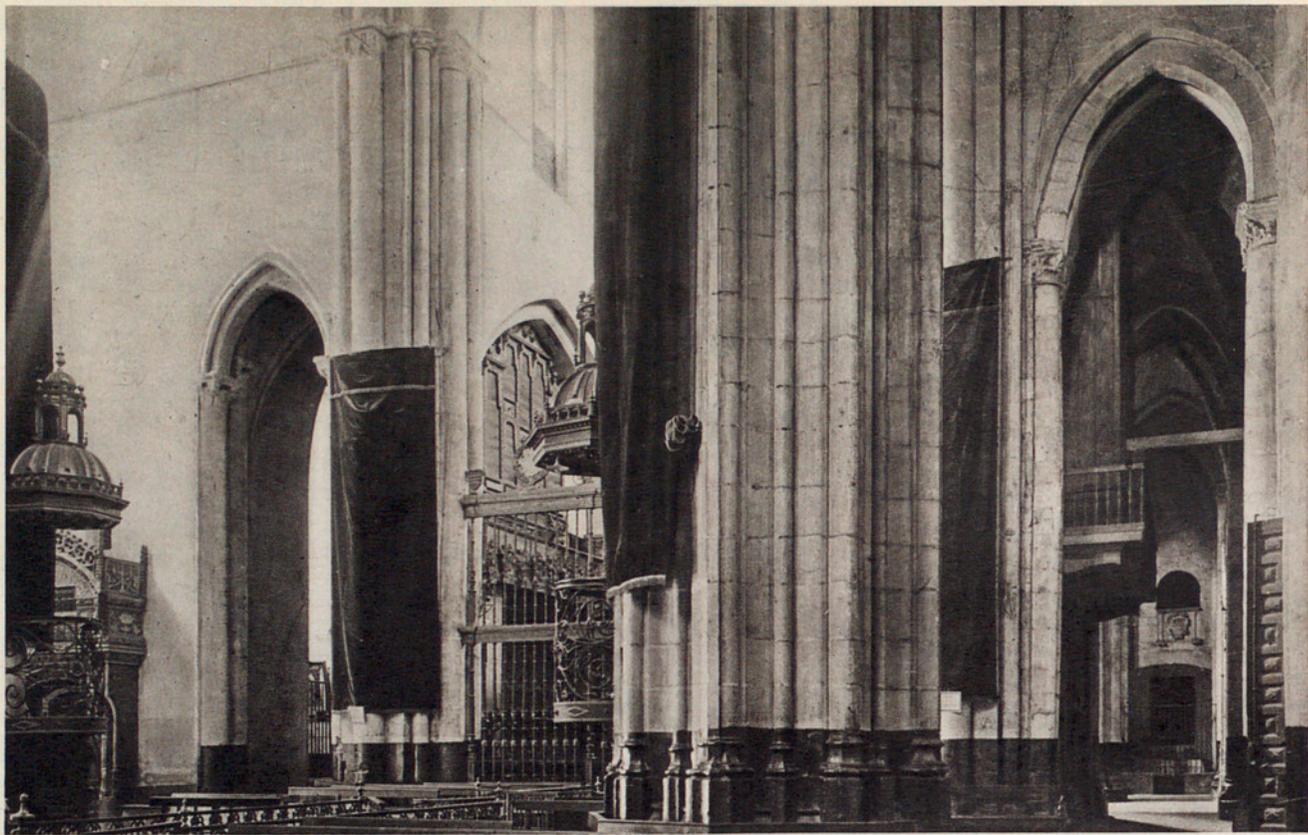
Las iglesias de los monasterios cistercienses de Moreruela, Gradefes y Sandoval. — Asombra el esfuerzo que representa la construcción de las catedrales de la Edad Media con sus enormes dimensiones; no fué menor el necesario para levantar en lugares yermos algunos grandes monasterios cistercienses con sus iglesias, exclusivamente destinadas a la comunidad. En las páginas anteriores citáronse los templos de dos casas del Císter, los de Osera y Melón, monumental el del primero. No lo es menos el en ruinas de Moreruela, en el valle de Távara, emplazado entre prados y arboledas, en las márgenes del Esla, a 6 leguas de Zamora.

Fué la de Moreruela la primera fundación cisterciense en España, a la que llegaron en 1131 monjes enviados desde Claraval por San Bernardo a instancias de Alfonso VII; la donación se formalizó doce años después.

El plano de la iglesia es románico, con la particularidad de que en la girola de su monumental cabecera se abren siete capillas tangentes. Lo mismo que en el templo de Osera, hay en éste bóvedas de medio cañón y nervadas y de ojivas. Las últimas, también como en el santuario gallego, cubren partes del presbiterio y la girola de las que primero debieron levantarse. De ojivas son las de las naves laterales, mientras la mayor y los brazos del crucero tienen medios cañones. Sobre el tramo central del último hubo una bóveda octopartita, cuyos arcos diagonales descansaban en columnas situadas en los codillos de los pilares torales, caso único en toda la iglesia de apoyos preparados para bóvedas góticas (fig. 6).



Figs. 5 y 6. — PRESBITERIO Y CRUCERO DE LA IGLESIA DE SAN LORENZO DE CARBOEIRO Y RUINAS DE LA DE MORERUELA.



Figs. 7 y 8.— INTERIOR DE LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA Y DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE LA OLIVA.

Asociando los datos documentales y las características del edificio, puede suponerse que hacia 1168 empezaría las obras de esta iglesia — la de Santa María de Moreruela en cuyo atrio se firmó ese año una escritura sería el templo de la anterior comunidad o el provisional levantado por los monjes al instalarse en el lugar en 1131 —; en los años siguientes avanzaría con lentitud la construcción, ultimada en el segundo cuarto del siglo XIII.

El monasterio de Gradefes fundóse para monjas del Císter, en 1168, a orillas del Esla, en el reino de León. Según lápida existente, su iglesia fué comenzada en el año 1177, siendo abadesa doña Teresa († 1187), dama de sangre real, y a su costa. En 1199 doña Misol y su hija Marina autorizaban a la abadesa doña María y a la comunidad para que tuviesen franco acceso con carros y bueyes, por tierra suya, a la pedrera de Valdefañe, de donde se sacaría la piedra para la construcción del monasterio. Un Fr. Sancho, “que tenía la obra”, aparece en documentos de los años 1239, 1240 y 1242. En otro de 1268 confirma “don yohs. de la obra”.

El edificio acuérdase con los datos documentales; a pesar de sus exiguas dimensiones, la construcción de la iglesia avanzaría muy lentamente o quedaría interrumpida a poco de su principio para proseguir algunos años más tarde, pues varios de sus pilares tienen columnas en los ángulos, preparadas probablemente para el apeo de ojivas; el semicírculo de la capilla mayor cúbrese con bóveda gótica de cascos cóncavos y clave central; algunas otras tienen formales, y las ojivas de varios tramos trapeziales de la girola están quebradas, con objeto de centrar sus claves. Estas características, demasiado tempranas para un edificio de los años inmediatamente posteriores a 1177, concuerdan más con las generalmente usadas en los últimos del siglo XII y primeros del siguiente.

Gómez-Moreno supone que la iglesia del monasterio cisterciense de Sandoval, también en tierras leonesas, cerca del camino francés y en la confluencia del Porma con el Esla, es obra del mismo artífice que la de Gradefes. Cubre su capilla mayor semicircular una media cúpula de la que resaltan cuatro nervios en abanico, concurrentes sobre la clave del arco de ingreso. Hay en el templo pilares con codillos triples, albergando columnas para el doblado de los arcos y para las ojivas. Conócense los nombres de dos maestros de esa etapa: “Dominicus magister”, en 1202, y “Micael el maestro”, en 1206. El citado arqueólogo supone la iglesia levantada en el último decenio del siglo XII.

Las bóvedas de la nave mayor de la iglesia de San Vicente de Ávila. — Entre las iglesias del reino leonés incluimos esta castellana, pues si a Castilla pertenecía la ciudad de Ávila geográficamente y políticamente, su arte fué en el siglo XII y en los primeros años del XIII secuela del de la vecina Salamanca y del compostelano.

Con estructura románica borgoñona comenzó en fecha ignorada a edificarse la iglesia de San Vicente de Ávila, cuya nave mayor cubren bóvedas de ojivas, apeadas en los ángulos salientes de los pilares, preparados para el doblado de los arcos perpiaños, interponiendo capiteles puestos de chaflán, como en Vezelay, en Pontigny y en otras iglesias francesas. La plementería es de ladrillo, lo mismo que en Sahagún. Finalmente, a los pies añádiéronse dos tramos más de naves y un pórtico entre dos torres, cuya bóveda octopartita se construiría en etapa algo más avanzada.

Los arcos ojivos de la nave mayor tienen el perfil de entrecalle cóncava entre dos boceles, y otros dos más pequeños en los encuentros, con el que tropezamos ya en el presbiterio de Carboeiro, en las naves de las catedrales de Orense y Tuy y en la mayor de

Salamanca y repiten los nervios de la girola de la catedral de Santo Domingo de la Calzada, bóvedas ninguna de las cuales puede atribuirse a época anterior al penúltimo decenio del siglo XII.

El pórtico de esbeltos arcos de medio punto que bordea la nave meridional de la iglesia, ha sido atribuido al siglo XV. Obra desconcertante por sus formas y proporciones, se construiría en el XIII, como acredita la identidad de la molduración de sus pilares y arcos con los dos que comunican en la catedral el primer tramo rectangular de la capilla mayor con la girola.

LAS MÁS VIEJAS BÓVEDAS DE NERVIOS DE LA ESPAÑA ORIENTAL. — Una excursión semejante a la realizada por el reino leonés y su prolongación avilesa, esta vez a través de las tierras de la mitad oriental de la Península, nos permitirá investigar — no con el detalle y la precisión que quisiéramos, para lo que serían precisos páginas abundantes, un extenso repertorio fotográfico y dibujos a escala del conjunto de los edificios y de detalles, singularmente de su molduración — la llegada a esas comarcas de las primeras bóvedas nervadas. Su fecha no varía mucho respecto a la registrada en la otra mitad de la España cristiana. Pero en los templos esparcidos por un extenso territorio — Castilla, Aragón, Navarra, Cataluña — no será tan fácil como en los del reino leonés fijar las influencias transpirenaicas a las que deben sus formas góticas. Esas regiones del Oriente hispánico estaban repartidas entre varios reinos y no existía un centro único religioso y artístico como el de Compostela, centralizador de las influencias extranjeras recibidas y capaz de asimilarlas y difundirlas.

La catedral de Santo Domingo de la Calzada. — Como Sahagún, Santo Domingo de la Calzada era importante estación del camino a Compostela. Su catedral, en la que, como en la mayoría de las españolas, se yuxtaponen obras de tiempos y estilos muy distintos que complican extraordinariamente su análisis, es una de las menos conocidas y peor estudiadas; ni el edificio logró más descripción que la rápida y somera de Lampérez, ni su archivo ha tenido la suerte de atraer a ningún investigador.

Según los *Annales Compostellani*, don Rodrigo Cascante, obispo de Calahorra, puso en el año 1158 la primera piedra de los cimientos de la iglesia de Santo Domingo de la Calzada y en unión del abad Lupo estableció en ella canónigos.

En la primera mitad del siglo XIII, después de muchos incidentes, las mitras de Calahorra y Santo Domingo quedaron unidas y en 1235 la silla episcopal definitivamente establecida en la última ciudad. Por una bula de Clemente XI de 1345, sabemos que la catedral de la Calzada estaba falta de reparación; el obispo don Juan del Pino concedió indulgencias espirituales a cuantos dieran limosna para las obras necesarias.

La parte más vieja del templo consta de un ábside de planta semidecagonal, precedido de un tramo rectangular, y de una girola en torno, con dos tramos cuadrados y cinco trapeziales. A ellos se abrían tres capillas radiales de planta de herradura, alternando con tramos desprovistos de ellas, iluminados por dobles ventanas; tan sólo subsiste la capilla del eje y el trozo de muro que cierra exteriormente el tramo inmediato a norte. Cúbrela una bóveda formada por tres plementos cóncavos, cuyas intersecciones ocultan dos robustísimos nervios apeados en columnas y concurrentes sobre la clave del no menos fuerte arco de ingreso a la capilla. Seis de los tramos de la girola — la del otro está destruída — tienen bóvedas

de ojivas sin quebrar, seguidas. Apéanse en columnas situadas en los ángulos de los pilares. Sobre la girola hay una tribuna, ocupando todo su ancho, cubierta con bóveda de cuarto de cañón, abierta a la capilla mayor por un hueco de medio punto en cada tramo. Los pilares de ingreso a aquélla desde el crucero y sus respaldos correspondientes tienen columnas gemelas en cada uno de sus frentes; del mismo tipo son los que separan las naves, pero con parejas tan sólo para apeo de los perpiaños. La obra primitiva no pasó en la cabecera de la tribuna; por encima de ella se subieron los muros en el siglo XVI y se cubrió el presbiterio con una bóveda de nervios estrellada; otras semejantes cubren el crucero (figs. 7 y 9).

Si admitimos la fecha de 1158 para el comienzo de las obras, como han hecho los anteriores analizadores del monumento, hay que suponer una interrupción muy próxima o un lentísimo avance. Abona la antigüedad de la única capilla conservada de la girola, su robusta arquitectura románica y la fortaleza del arco de ingreso y de los dos nervios de su bóveda; pero los plementos cóncavos de ésta no pueden referirse a fecha anterior a la de las proximidades del año 1180, en el que se dice,

ignoramos con qué fundamento, pudieron celebrarse las ceremonias del culto en el templo. Una segunda etapa, poco posterior, está representada por los seis apoyos que forman la parte poligonal del presbiterio, con las correspondientes bóvedas de los tramos trapeziales de la girola y la tribuna sobre ellos. Por último, en fecha próxima al tránsito del siglo y por influencia de la catedral metropolitana en construcción de Tarragona, a cuya provincia eclesiástica pertenecía Santo Domingo, se introdujo el sistema de apoyos con columnas apareadas en los frentes de los pilares. Las obras debieron de interrumpirse en 1223, cuando don Diego López de Haro despojó de sus bienes a la catedral y su obispo tuvo que refugiarse en Roma, hechos motivados por el traslado de la sede.

La catedral de Tarragona. — La catedral de Tarragona es templo capital entre los empezados a construir en los últimos años del siglo XII y en el primer cuarto del siguiente por sus dimensiones excepcionales y enorme fortaleza. En su alzado se superponen dos edi-

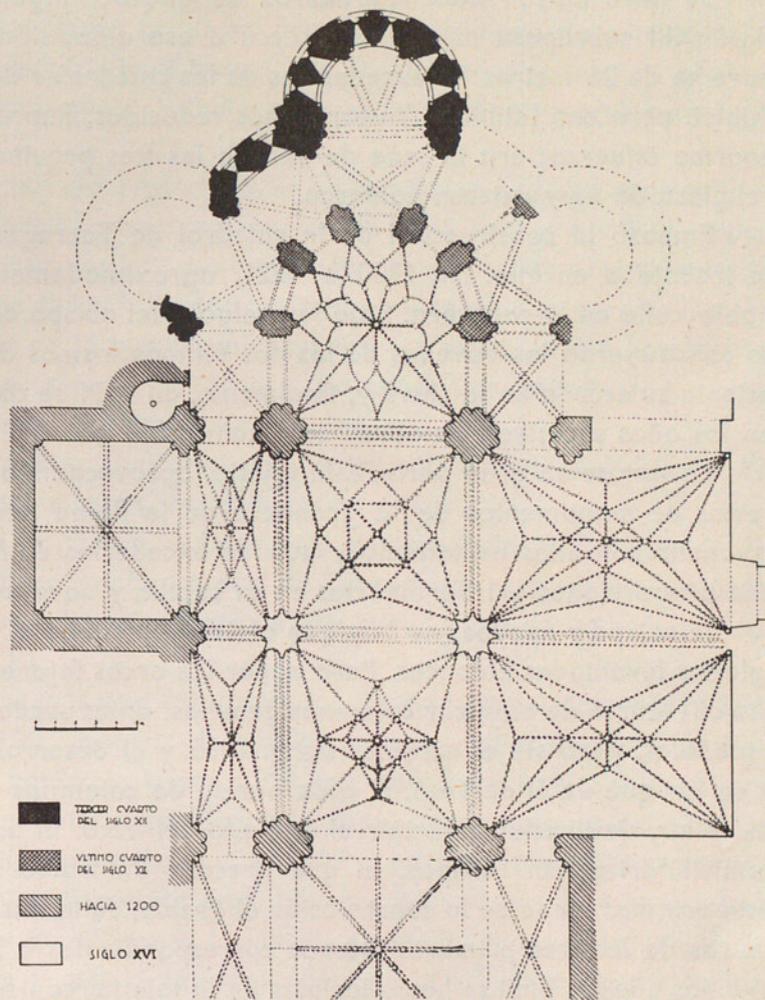


Fig. 9. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA.

ficios de diferente estructura. Ejerció intensa influencia sobre varias iglesias de la mitad oriental de España, incluso de otras provincias eclesiásticas. Atendiendo tan sólo a su planta, acostumbra a clasificársele entre los templos románicos.

Su nave mayor tiene 14 metros de ancho; ninguna de iglesia española anterior al siglo XIII sobrepasa ni aun se acerca a esa dimensión. La altura de las claves de dicha nave es de 26 metros; la exceden las de las catedrales de Ávila, Sigüenza y de la iglesia de Poblet, pero con latitudes bastante más reducidas. Representa pues, desde su iniciación, un enorme esfuerzo; era la sede de una de las tres provincias eclesiásticas de España, cabeza religiosa de muy extensa comarca.

Empezó la construcción de la catedral de Tarragona poco después de 1171; en 1184 se trabajaba en ella. De 1200 a 1221, aproximadamente, levantóse el crucero; en 1226 había culto en la cabecera. Bajo la prelación del obispo don Rodrigo Tell o Tello (1289-1308), se construyeron las bóvedas de los dos últimos tramos de la nave mayor, una de las cuales ostenta su escudo en la clave y, finalmente, en 1331 se consagró el templo. Aun prosiguieron en los años sucesivos las obras de escultura.

Levantóse en gran parte, esta iglesia, aprovechando piedras y sillares romanos; con los restos de monumentos de la grandeza de la Roma imperial surgió un edificio capaz de competir con ellos en tamaño y aun de excederlos en fortaleza. Comenzóse, según se dijo, con proporciones extraordinarias en su capilla y nave mayor, que justifican el enorme espesor de muros y apoyos; no hay que olvidar tampoco el carácter militar de casi todas las iglesias levantadas entonces. Para apeaar los arcos fajones, de grueso extraordinario, se acudió al recurso de emplear columnas gemelas, antes usadas en iglesias románicas francesas y españolas, pero sin el carácter sistemático y el desarrollo que tienen en el templo catalán y en los que de él derivan. A cada pareja de columnas flanquea otra menor en los codillos del pilar, destinadas a recibir el doblado del arco. El presbiterio termina en un gran cubo semicilíndrico, sin estribos, al que precede un tramo rectangular; pertenecen también a esta primera etapa de la construcción el ábside, de la misma forma, pero más reducido, y los muros de los tres primeros tramos correspondientes a las tres naves, así como los pilares exentos que las limitan hacia los pies de la iglesia, con sus respaldos. Tan sólo se cerrarían entonces la bóveda de horno, de sección aguda, del ábside mayor y las del de la epístola, con los arcos que les dan ingreso, tras los cuales están sus respectivos doblados, que apeaan columnas situadas en los codillos, lo que no deja lugar a duda respecto al primitivo destino de éstas. Proyectaríase cubrir naves y crucero con bóvedas de semicaja sobre arcos fajones, sin luces la central, como la iglesia de Tamarite de Litera; en el extremo del brazo norte del último hay una de esa clase.

Llegada la obra al estado descrito, en fecha próxima a 1180, surgiría el deseo de elevar la altura del presbiterio y nave mayor, de ancho excepcional ésta, pero baja y oscura, de acuerdo con las nuevas corrientes artísticas triunfantes por entonces en Francia y cuyas primeras sugerencias empezaban a llegar a la Península. El procedimiento para conseguirlo, tan ingenioso como todos los empleados por los maestros medievales, fué levantar unas pilastras lisas, rematadas en lo alto en una imposta, sobre las parejas de columnas de los frentes de los pilares, y encima de las de los codillos otras de igual altura que las pilastras, para apeo de los arcos diagonales de las bóvedas de ojivas que sustituyeron a las románicas proyectadas. De las pilastras arrancan perpieños. Este hábil recurso

para elevar la iglesia en construcción se empleó en los pilares del presbiterio, en los orientales exentos del crucero y en sus respaldos, es decir en aquéllos totalmente construídos, incluso colocados sus capiteles, al proyectar la mayor elevación. Al no estar hechos los restantes, sus columnas pudieron subir hasta la altura exigida por la reforma. Elevado así el templo considerablemente respecto al proyecto primitivo — la nave mayor tiene 26 metros de alto; las laterales, 13 — y cambiado el sistema de sus bóvedas, pudieron abrirse ventanas en la parte alta de los muros exteriores de la nave central, mayores conforme se avanza hacia los pies de la iglesia.

La sala capitular de la catedral de Sigüenza. — En la nave que cierra a oriente el claustro de la catedral de Sigüenza hay una sala rectangular de 10,30 metros por 9,65, separada del brazo septentrional del crucero por una pequeña estancia, destinada probablemente a sacristía. Su emplazamiento es el de todas las salas capitulares y confirman ese destino los dos huecos situados a uno y otro lado de la puerta, macizos hoy y frenteados con paramento de sillería en el siglo XVI, cuando se renovó su ingreso. La cubre una bóveda de gruesas ojivas cilíndricas arrancando del suelo, con clave sin decorar.

Documentos del archivo catedralicio mencionan reuniones celebradas en 1181 y 1182 *in capitulo novo*; su construcción sería, pues, reciente en esas fechas.

La iglesia del monasterio de La Oliva. — La iglesia del monasterio cisterciense de La Oliva puede competir casi en fortaleza con la catedral de Tarragona, pero sus dimensiones son menores. La austera desnudez de su interior hace de este templo uno de los más impresionantes del Císter en España (fig. 8).

Bajo la fe de un manuscrito poco más que secular se ha afirmado repetidamente que la iglesia de La Oliva terminó en 1198, después de treinta y cuatro años de obra, lo que supone su comienzo en 1164, y fué edificada a costa del rey don Sancho el Sabio. Algún error notorio del mismo documento quita autoridad a la supuesta cronología del templo. La fecha de 1164 es demasiado temprana para que en ella o en las inmediatas se levantara en España una iglesia con apoyos dispuestos para bóvedas nervadas y de ojivas, como hay en la cabecera de La Oliva. De acuerdo con Lambert, el año 1198 pudiera ser el de consagración del presbiterio y de terminación de las capillas de la cabecera. Su derivación de la catedral de Tarragona y semejanzas grandes con la iglesia mayor de Tudela y la monástica de Fitero, refuerzan la hipótesis de su principio entre 1170 y 1180, como fecha más temprana. Las obras continuarían durante bastantes años, aunque el interior guarda absoluta unidad; en el hastial de los pies hay elementos de arte gótico avanzado.

La iglesia mayor de Tudela. — En la villa navarra de Tudela, cabeza de puente por la que ese reino se asoma a las riberas del Ebro, llenas de resonancias mudéjares, la iglesia de Santa María, a pesar de sus dimensiones no muy grandes, tiene apariencia y rango arquitectónico de pequeña catedral. De manera más clara que en los edificios antes reseñados se puede ir siguiendo en ella, por su escaso tamaño y menor complejidad, el proceso de construcción, desde la cabecera a los pies, cronológicamente desde los años finales del siglo XII hasta pasada la mitad del XIII.

En 1204 consagró su altar mayor el arzobispo de Tarragona don Ramón de Rocabertí, a cuya diócesis pertenecía la villa navarra, prelado que intervino activamente en la construcción de la catedral metropolitana. Tras esa fecha, las obras debieron de interrumpirse o marcharían con gran lentitud, pues el crucero es de una arquitectura más avanzada que

la de la cabecera. Las partes altas de la nave mayor son obra de un maestro experimentado en la construcción gótica, que redujo los grandes espesores de las bajas y abrió ventanas de relativa amplitud, con maineles y tracería. Los escudos de Sancho el Fuerte († 1234) y de su sobrino y sucesor Teobaldo I (1234-1253), en claves de bóvedas y capiteles fechan la nave central, cuya bóveda última adorna su clave con las flores de lis del escudo de Teobaldo II (1253-1270).

A la primera etapa constructiva, fijada en los años finales del siglo XII y en los primeros del XIII por la consagración del altar mayor, corresponden la cabecera y las puertas de los brazos del crucero.

Las bóvedas de las naves y crucero son todas de ojivas y los pilares de separación tienen columnas gemelas tan sólo bajo los arcos de comunicación de la mayor con las laterales. El maestro que construyó esta parte juzgaría innecesarios apoyos tan fuertes para los arcos fajones.

La filiación de este edificio la vió bien Street al decir que pertenece al mismo estilo noble y severo que las catedrales de Tarragona y Lérida.

LOS MONASTERIOS BERNARDOS Y LAS BÓVEDAS NERVADAS: LA ARQUITECTURA DEL CÍSTER EN ESPAÑA. — En páginas anteriores se han descrito brevemente algunas iglesias cistercienses de los reinos de León y de Navarra, pero la importancia de la Orden fué tan grande en el desarrollo arquitectónico de la época estudiada, en España lo mismo que en los restantes países de la Europa occidental, que es obligado ocuparse con alguna detención de sus construcciones.

Grandes edificadores los cistercienses, se les ha atribuído el principal papel en la difusión de las bóvedas nervadas y de las primeras formas góticas fuera de Francia; respecto a España, su intervención en ese aspecto no fué exclusiva y al lado de ella hay que tener en cuenta la ejercida a través de las grandes iglesias seculares y hasta de algunas abadías benedictinas.

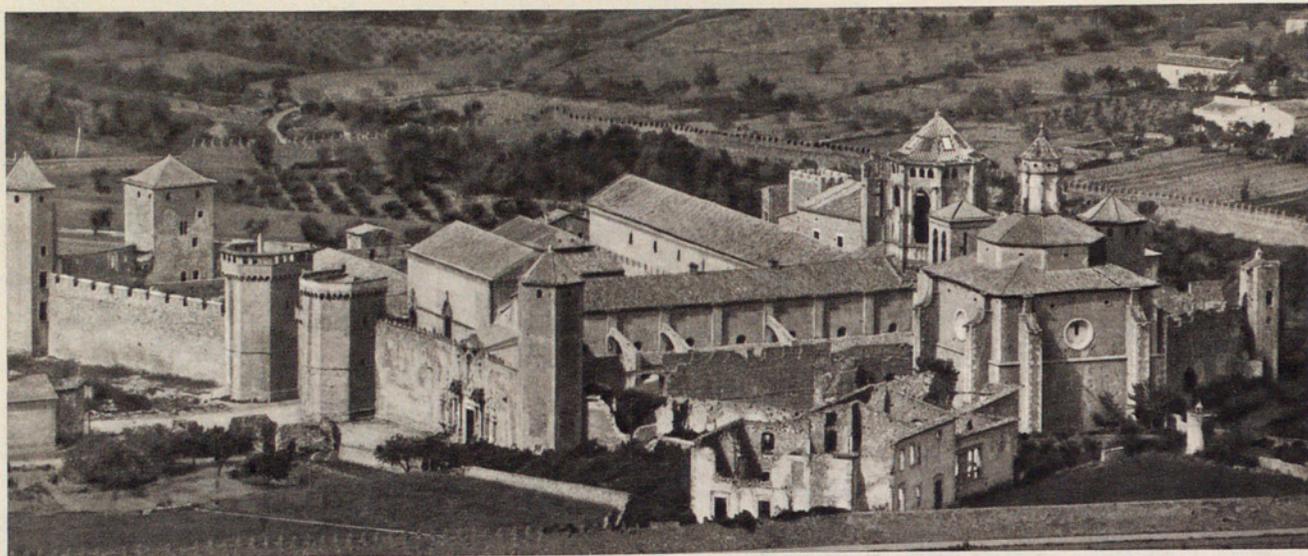
Un nuevo ideal monástico se difundió por la Europa cristiana a principios del siglo XII desde un monasterio de Borgoña, opuesto al de los benedictinos y su reforma de Cluny. Su principal propagador fué el alma ardiente de San Bernardo. Defendía éste el restablecimiento de la Regla en toda su pureza. El auge de la Orden fué rapidísimo y extraordinario: fundada en 1098, en los últimos años del siglo XII contaba 530 monasterios masculinos sujetos a la misma disciplina: pobreza absoluta, alejamiento de la vida mundana, vuelta al trabajo manual, renuncia a los diezmos, a las iglesias y a los señoríos territoriales.

Las abadías cistercienses se establecieron en lugares desiertos, en el fondo de valles en los que había alguna corriente de agua, entre bosques, marismas y brezales. Sus fundadores cedían grandes extensiones de tierras incultas y despobladas, cuyo cultivo permitía a los monjes vivir del trabajo manual, al que les obligaban sus reglas. Los llamados hermanos conversos, laicos o legos, entre los que solía haber gentes duchos en las artes de la construcción, les ayudaban en las faenas agrícolas y explotaban las granjas situadas fuera de los monasterios.

No hay que buscar en las más antiguas fuentes escritas de los capítulos generales de la Orden principios artísticos ni preceptos sobre las construcciones monásticas; tan sólo indicaciones de carácter negativo, como las contenidas en la famosa "Apología de Guillermo"



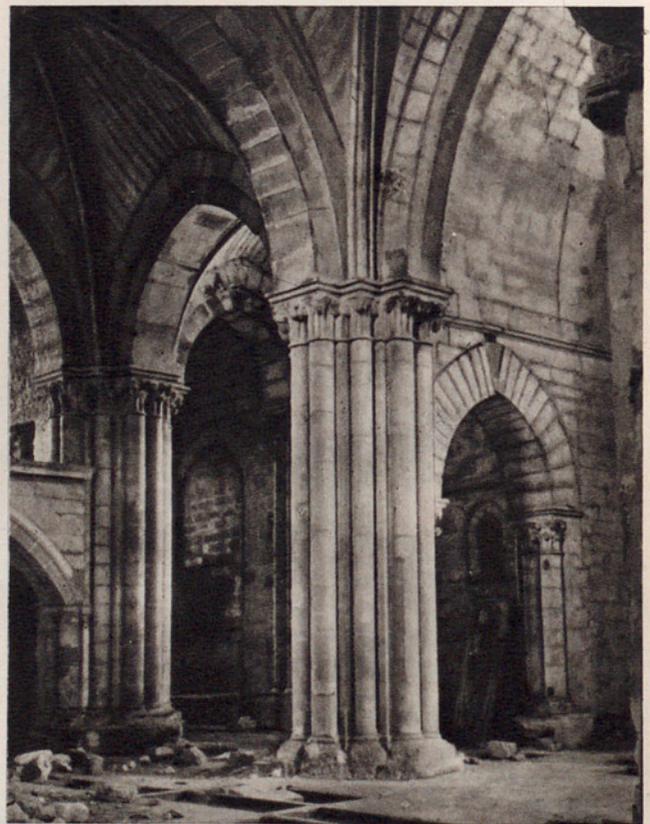
Figs. 10 y 11. — EXTERIOR DE LAS CABECERAS DE LAS IGLESIAS DE LOS MONASTERIOS DE SANTA MARÍA DE HUERTA Y VALBUENA DE DUERO.



Figs. 12 y 13. — VISTA GENERAL E INTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE POBLET.



Figs. 14 y 15.— INTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE VERUELA Y EXTERIOR DE LA CABECERA DEL DE FITERO.



Figs. 16, 17 y 18. — EXTERIOR E INTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE SANTAS CREUS E INTERIOR DE LA DE AGUILAR DE CAMPOO.

abad benedictino de Saint-Thierry, redactada por San Bernardo hacia 1125. Este documento, escrito con calor y verbo, condena la riqueza y lujo artísticos de las abadías benedictinas, sus dimensiones excesivas, su suntuoso decorado, cosas todas que atraían las miradas de los fieles con perjuicio de la devoción. Idéntico espíritu animaba a Aebred, bienaventurado abad de Rievaulx, en Inglaterra, al decir que había que contemplar, no las cosas visibles, sino las invisibles; éstas son eternas y pasajeras las primeras. La riqueza decorativa era un obstáculo a la contemplación interior y la pobreza que los cistercienses hacían voto de guardar les prohibía invertir en ornatos un dinero que debía destinarse al alivio de los miserables.

En constituciones y reglas cistercienses prohíbese el empleo de ciertas disposiciones arquitectónicas, como las torres, pero nada se prescribe sobre las que deberían seguirse. Sin embargo, no podían construir iglesias a su capricho; el Capítulo general vigilaba y dirigía cada monasterio, y las frecuentes visitas abaciales, así como toda la organización de la Orden sometida a fuerte disciplina, tendía a la unidad. De la decisión de no hacer obra artística surgió una nueva tradición arquitectónica, que produjo una relativa uniformidad en las construcciones; no existe un tipo único de iglesia cisterciense, sí varios y aun ejemplares esporádicos, conformes todos al espíritu de austeridad impuesto por San Bernardo.

Los modelos para los primeros templos fueron las iglesias más sencillas y menos decoradas construídas en el siglo XII en Borgoña, cuna de la Orden, en la que la arquitectura de bóvedas de ojivas permaneció durante largo tiempo singularmente arcaica, y en alguna otra región de Francia.

Las condenaciones de San Bernardo y el espíritu de la Orden se tradujeron arquitectónicamente en los templos bernardos: en sus proporciones pesadas, ajenas al impulso ascensional que dió desmesurada elevación a las naves góticas, a lo que contribuyó el prescindir de tribunas y triforios; en el espesor y fortaleza de muros, apoyos y bóvedas; en la simplificación, con frecuencia extrema, de los últimos — las columnas, en el caso de haberlas, vuelan casi siempre sobre ménsulas o repisas, sin llegar al suelo —, contraria también a la tendencia de la arquitectura gótica; en la desnudez de los arcos, a veces sin doblar y desprovistos de arquivoltas; en la supresión de las torres-campanarios, sustituidos por espadañas, y de esculturas, pinturas y vidrieras policromas; en la sobriedad y simplificación de las molduras y del decorado, que en algunos templos llega a la completa desnudez, y, finalmente, en la ausencia de representaciones figuradas, al no admitir más ornamentación, cuando existe, que una flora sencilla, convencional y esquemática.

Así como Alfonso VI protegió a los hijos de San Hugo y Pedro el Venerable, su nieto Alfonso VII fué ferviente protector de la nueva Orden. En dos lustros vemos aparecer más de veinte casas monásticas que realizaron una admirable obra colonizadora: poblaron las comarcas que habían quedado yermas al avanzar la Reconquista; abatieron bosques; roturaron tierras incultas; encauzaron cursos de agua. Unas veces el monasterio surgió de nueva planta; otras muchas fué una vieja casa benedictina o cluniacense, abandonada o decadente, a la que los monjes blancos infundieron nueva vida.

La primera fundación en España fué Moreruela, a donde, a instancias de Alfonso VII, envió monjes de Claraval San Bernardo en 1131 para introducir la reforma cisterciense. Durante un siglo no cesaron desde entonces de pasar los Pirineos colonias de monjes blancos procedentes de Claraval, de Císter, de Fontfroide, de Lescale-Dieu y de otros monasterios del Languedoc y de la Gascuña.

Las iglesias de los monasterios cistercienses españoles tienen, como en Francia y en los restantes países de Occidente, características comunes, pero dentro de una gran variedad, tal vez mayor en el nuestro que en los restantes. Templos hay, como los de Moreruela, Veruela, Fitero, Poblet, Osera y La Oliva, que pueden competir con algunas catedrales; asombra su tamaño, si recordamos que se levantaron en despoblado y para el uso exclusivo de la comunidad. Ésta era grande en los más importantes y, sobre todo, muy crecido el número de hermanos conversos.

Era inevitable que a las características generales de los templos cistercienses, seguidas más o menos fielmente, se agregasen a veces, en los monasterios levantados fuera de Borgoña, tradiciones artísticas regionales en mayor o menor grado, según la importancia de la fundación y sus recursos. Para las grandes fundaciones reales españolas acudirían hermanos conversos franceses, prácticos en la construcción de templos, que levantaron edificios exóticos. En las más modestas realizadas por nobles y cortesanos, aunque los planos procedieran del vecino país, la ejecución correría a cargo de conversos o laicos españoles, por lo que sus iglesias se diferencian poco de las seculares levantadas en la misma región.

En España los cistercienses crearon una potente y fecunda escuela arquitectónica, desarrollada hasta el momento de la introducción hacia 1225 del arte gótico del norte de Francia. Sus templos, de formas y proporciones pesadas y macizas, arcaicas, son aún románicos, pero cubiertos muchos de ellos parcial o totalmente con bóvedas nervadas y de ojivas, único elemento gótico que admiten, implantando esos abovedamientos sobre plantas no preparadas para ellos.

Por intermedio de los artífices y obreros que contribuyeron a levantar los templos cistercienses y luego tomaron parte en la construcción de iglesias seculares, propagóse la influencia arquitectónica de aquéllos, a pesar de su emplazamiento en lugares solitarios, que parecía condenar a infecundidad sus formas. Éstas eran sencillas, fáciles de interpretar, tradicionales, lo que les valió gran fortuna en los medios rurales; residuos de la tradición arquitectónica cisterciense se encuentran en ellos hasta bien avanzados los siglos XIV y XV.

Las iglesias de los monasterios cistercienses de Huerta, Valbuena, Poblet, Veruela, Fitero, Sacramenia, Córcoles y Santas Creus. — Fundado en Cantabós, cerca de Almazán, el monasterio de Santa María de Huerta fué trasladado en 1162 al emplazamiento actual, en la frontera de Castilla y Aragón. Bajo el abad Martín de Finojosa (1166-1186) alcanzó gran esplendor. En 1166 Alfonso VIII hizo una primera donación para las obras; hay noticia de otra del año 1175, y en 1179 puso la primera piedra, supónese que del templo, en presencia de la reina Leonor y de los obispos de Sigüenza y Osma. Al volver el monarca en 1184, las obras estaban muy adelantadas. El sepulcro más antiguo del ala oriental del claustro llevaba la fecha de 1202, año en el que estaría edificada la cabecera del templo, su crucero y la sala capitular. Don Rodrigo Jiménez de Rada, enterrado en la iglesia al morir en 1247, según disposición testamentaria de 1201, escribió en su *Historia* que Alfonso VIII había edificado Huerta juntamente para servir de monasterio y alcázar o fortaleza. Fallecido don Martín de Finojosa en 1210, como había sido obispo de Sigüenza, fué sepultado ante el altar de la Virgen María, es decir, en el presbiterio, ya construído por tanto en esa fecha.

La planta de la iglesia de Huerta es semejante a la de La Oliva, pero más reducida: pres-

biterio formado por un tramo rectangular, con un ábside semicircular a oriente, y dos capillas rectangulares a cada lado; crucero de cinco tramos y naves con otros tantos. Bóvedas de ojivas cubren las capillas laterales, el tramo rectangular del presbiterio y los del crucero y nave mayor. Las de las laterales derribáronse en una de las muchas transformaciones sufridas por la iglesia (fig. 10).

A orillas del Duero, de cuyas aguas se surtiría, emplazóse el monasterio de Santa María de Valbuena. Filial del francés de Bardoues, fué fundado en 1144 por la condesa doña Estefanía de Armengol, hija de don Armengol de Mallorca, conde de Urgel, y nieta de don Pedro Ansúrez, señor de Valladolid.

Carecemos de datos acerca de la construcción de esta casa bernarda. Pero la gran semejanza de su planta con la de la iglesia mayor de Tudela, y el tener ambas columnas gemelas

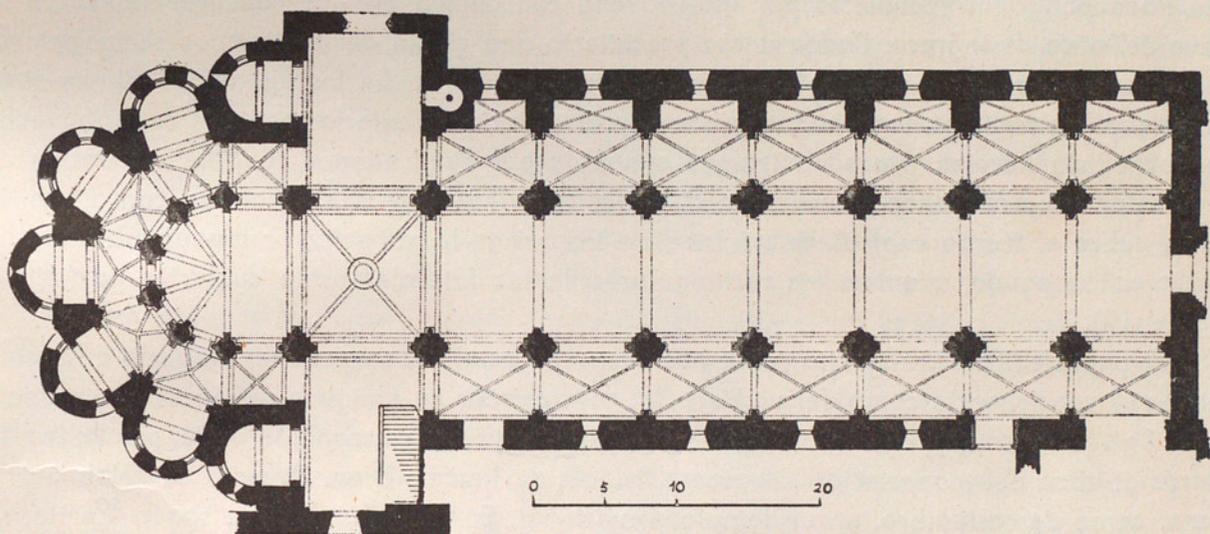


Fig. 19. — PLANTA DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE POBLET.

en los frentes de sus apoyos, autoriza a suponerla contemporánea de ésta, es decir, de los últimos años del siglo XII — tal vez no se empezó antes de 1190 —, y alcanzando los primeros del siguiente. Terminada aquella iglesia conforme a su plan primero, no hubiera resultado tan achaparrada como la castellana (fig. 11).

Enorme fué la importancia del monasterio de Poblet, uno de los mayores y mejor conservados de los cistercienses, emplazado en tierra fértil y deleitosa. A las dimensiones extraordinarias de esa casa monástica, a la cantidad asombrosa de construcciones acumuladas en ella, acompañaba la importancia de su abad, primer señor del principado de Cataluña después de los condes de Cardona, dueño de un centenar de villas y fortalezas, limosnero mayor y a veces secretario y canciller de los reyes, custodio y administrador de inmensas riquezas acumuladas en su abadía.

El interior de la iglesia, de cerca de 100 metros de longitud, produce una impresión inolvidable de severidad y grandeza, conseguida tan sólo con recursos arquitectónicos, pues su desnudez es extrema: no hay un solo detalle decorativo, ni una hoja en los capiteles, ni una rosa en las claves, ni una "historia" en las ménsulas. No armoniza con las restantes iglesias del Císter en la proporción de su nave mayor, de 8,40 metros de ancho por 28 de altura, es decir, más de tres veces aquella dimensión. Diríase que se quiso imitar la eleva-

ción de la nave central de una de las grandes iglesias borgoñonas, anticipo en ese aspecto de las góticas. Filiación borgoñona acusa también la cornisa del presbiterio (figs. 12 y 13).

Fundóse la iglesia de Poblet en tiempo del abad Hugo, después del año 1166, en el que recibió una donación para construir el templo y las dependencias monásticas. En el mismo año el rey Alfonso autorizó al abad Pedro tomase de las montañas de Ciurana las alfarías, vigas y maderas necesarias para la obra; otra análoga lleva la fecha de 1189. Hacia 1190 el templo debía estar avanzado; el rey Alfonso II († 1196) hizo nuevas donaciones en 1191, 1193 y 1194 y dispuso ser enterrado en él. Desde entonces, se convirtió en vasta necrópolis, sepultura de reyes, abades, caballeros y capitanes famosos.

Muy parecida a la iglesia de Moreruela, la de Poblet tiene capilla mayor formada por un tramo rectangular al que cubre una bóveda de medio cañón y un ábside cerrado por una línea poligonal y cubierto por una bóveda con cuatro nervios concurrentes sobre la clave del arco de ingreso. Rodea a ese presbiterio una girola de dos tramos rectangulares de ingreso y cinco trapeziales, todos con bóvedas de ojivas. En los últimos se abren otras tantas capillas radiales, terminadas en semicírculo interior y exteriormente, a cuyas bóvedas de horno, sin nervios, preceden tramos cubiertos por semicañones agudos. Los brazos de la nave de crucero tienen bóvedas de directriz semicircular y una de ojivas, con ojo en la clave, cubre el tramo central. Sobre los siete tramos de la nave mayor hay una bóveda de medio cañón agudo, mientras los rectangulares de las laterales están cubiertos por ojivas (figura 19).

De pocos edificios religiosos poseemos datos tan detallados y precisos respecto a la marcha de su construcción como del de Veruela, consignados en antiguas memorias del monasterio. En 1146 tuvo lugar la donación del lugar, en bellísimo y escondido valle, por Pedro de Atarés al abad del monasterio cisterciense francés de Lescale-Dieu. El culto se celebró primero, como de costumbre, en un templo provisional. En 1171 los monjes, según Zurita, se instalaron en el nuevo monasterio, celebrando el culto en la iglesia actual, cuya edificación no estaría muy adelantada. En 1173, en efecto, se consagraron los altares de las capillas segunda y última de la girola, a contar desde el lado del evangelio; en 1178, la del brazo sur del crucero y la central de la girola, y en 1182, las dos restantes capillas radiales. Siguió sin interrupción la construcción del presbiterio y crucero hacia los pies. Alfonso II, el gran protector de Poblet, dió en 1184 a Veruela la cantera de Alara, en término de Trasmoz, para que se emplease su piedra en la obra. En 1248, don Aznar, obispo de Calahorra, consagró el altar mayor y la iglesia y al año siguiente se celebró la misma ceremonia en uno situado a los pies de la nave mayor, lo que parece indicar la terminación de los muros, por lo menos, de la iglesia (fig. 14).

La nave mayor de Veruela mide 10,55 metros de ancho, mientras tienen tan sólo 3,70 las laterales; las bóvedas se elevan respectivamente a 18,25 y 9,12 de altura. Sus proporciones son, pues, las románicas — altura de la nave mayor doble de su ancho —, infringidas por Poblet.

Fitero fué casa religiosa muy unida al arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada por recuerdos familiares, pues su abuelo, don Pedro Tizón de Cadreíta, había donado el solar en la que se erigió. Entre la copiosa documentación publicada de este monasterio apenas si hay dato alguno que oriente acerca de las fechas de su construcción. Sabemos que don Rodrigo donó en 1214 una heredad procedente de su abuelo y otra propia; proba-

blemente serían para la construcción de la iglesia. Años más tarde impetró del papa Inocencio IV la concesión de indulgencias al consagrarla: el Pontífice otorgólas por bula de 1247, "en consideración al Venerable Hermano nuestro, Arzobispo de Toledo, que a sus expensas la construyó", un mes antes, aproximadamente, de la fecha probable de la muerte de Jiménez de Rada.

Se comenzaría la iglesia de Fitero diez o quince años antes de terminar el siglo XII; su construcción, a juzgar por la fecha en que iba a ser consagrada, debió durar el medio siglo largo. Contemporánea de las de Veruela, La Oliva y Santa María de Tudela, tiene formas y disposiciones comunes con ellas (fig. 15).

Alfonso VII el Emperador fundó el monasterio de Sacramenia, en la región segoviana, en 1141. Del de Lescale-Dieu, en la diócesis de Tarbes, en el sur de Francia, vinieron a poblarlo su primer abad Raimundo con algunos monjes.

Flanquean su ábside central, semicircular exterior e interiormente, sin estribos, como los de Sigüenza y Tarragona, dos capillas a cada lado, escalonadas y en degradación de tamaños. Cubren los brazos del crucero bóvedas de medio cañón agudo; las de las naves laterales son de ojivas cilíndricas, y nervadas, del siglo XV, las del tramo central del crucero y nave mayor. Ésta, que tiene ventanas, iría probablemente a cubrirse con bóvedas semejantes a las de las laterales. Parece obra de los últimos años del reinado de Alfonso VIII.

En un pequeño valle entre el Tajo y el Guadiela escóndense las ruinas, bien disminuídas, del monasterio de Monsalud de Córcoles. Tiene su iglesia cabecera formada por tres ábsides semicirculares escalonados, crucero de escaso saliente, cuyos brazos cubren bóvedas de medio cañón agudo, y tres cortas naves, más ancha la mayor que las dos restantes y con iluminación directa. Las bóvedas de las capillas laterales son también románicas, de medio cañón agudo y horno; el tramo central del crucero se cubre con una de ocho nervios, y las de los dos únicos tramos de las naves que llegaron a construirse y del que precede al presbiterio son de ojivas, para las que no están preparados los pilares; arrancan unas de sus rincones y otras de las aristas salientes, sin ninguna regularidad.

Doce frailes y tres conversos, con el abad Guillem, procedentes del monasterio de Grand Selve, en el Languedoc, dieron comienzo en 1152 al catalán de Santa María de Valldaura, fundado por miembros de la casa de Moncada. La comunidad se trasladó a Santas Creus en 1169. Según relaciones monásticas, a las que no hay que conceder excesivo crédito, comenzó la construcción de la iglesia en 1174. El abad Bernat d'Ager (1200-1222) dió gran impulso a las obras y bajo su gobierno, en 1221, se trasladó la comunidad, formada por cuarenta y cinco frailes, a la iglesia nueva. Cítase la fecha de 1225 como la de su terminación.

El plano del templo de Santas Creus es el más característico de la orden y repetido fuera de España por los cistercienses: cabecera formada por cinco capillas rectangulares, alineadas las cuatro laterales y sobresaliendo la mayor central, cerrada también exteriormente por un muro plano; crucero acusado en planta y alzado; tres naves separadas por pilares de sección cruciforme. Toda la iglesia se cubre con bóvedas de ojivas, arrancando de ménsulas muy sencillas, situadas en los codillos de los pilares (figs. 16 y 17).

La iglesia de Santas Creus figura en esta primera parte del presente volumen bajo la fe de esa fecha de 1174 que se dice de su comienzo. De ser cierta, hay que pensar en una interrupción de las obras. Probablemente la mayor parte de ella se levantó en el primer cuarto del siglo XIII.

Las iglesias de los monasterios premostatenses de Retuerta y Aguilar de Campóo.— Los monasterios premostatenses siguen las corrientes arquitectónicas de los bernardos.

La casa matriz de la orden de San Norberto en España fué la de Retuerta, junto al Duero, cerca y en el mismo valle que la de Valbuena, construcción relativamente modesta y nunca ultimada.

El monasterio era en 1146 de la orden de canónigos de San Agustín. Dos años después pasó a don Bernardo, abad premostatense de Casa Dei, en Gasuña. En 1153 se construían monasterio e iglesia; de las obras hechas entonces subsiste la cabecera de la última, con sus tres capillas románicas, de planta semicircular y escalonadas, precedidas de tramos rectos, según costumbre.

En fecha ignorada, probablemente en los últimos años del siglo XII o en los primeros del XIII, se emprendió la construcción de un crucero y tres naves, de las que tan sólo llegaron a levantarse sus primeros tramos. Los separan pilares con dobles columnas en sus frentes y otras en los codillos para apeo de los arcos ojivos de las bóvedas, sin formaletes, que las cubren.

Mayor importancia arquitectónica tiene el antiguo monasterio benedictino, de dilatada historia antes de convertirse en premostatense, de Santa María la Real de Aguilar de Campóo, parejo al de Retuerta en su lamentable estado de ruina. Subsisten en Aguilar restos muy destrozados de una iglesia de medianas dimensiones, claustro en no mejor situación y varias dependencias monásticas.

El templo es obra de varias campañas. A la más antigua, correspondiente, al parecer, al tránsito del tercero al último cuarto del siglo XII, pertenecen los brazos del crucero, cubiertos con bóvedas de medio cañón agudo; los pilares son cruciformes, provistos de una columna empotrada en cada frente. Prosiguió la obra hacia los pies, levantando las tres naves, de otros tantos tramos cada una, separadas por pilares cruciformes con parejas de columnas en los frentes y una en cada codillo para apeo de los arcos diagonales de las bóvedas de ojivas que cubren las naves y el tramo central de lo que fué crucero (fig. 18).

Una inscripción hoy perdida, en la iglesia, decía haberse terminado el año 1213. Otro epígrafe recuerda su consagración por el obispo de Burgos don Mauricio, en el reinado de Fernando III, el año 1222, es decir, cuando se empezaba el templo catedral de la ciudad castellana. Posterior a esta fecha será la obra de ampliación de la cabecera, influida por las partes más antiguas de la catedral de Burgos.

UN AVANCE MÁS EN EL GOTICISMO INCIPIENTE: LA INFLUENCIA GÓTICOBORGOÑONA EN ÁVILA.— **La catedral de Ávila.**— Fuerte y sombría, la catedral de Ávila tiene acusada personalidad entre todas las góticas españolas, a pesar de las influencias directas francesas que revela el análisis de su arquitectura.

Escasos son los datos conocidos respecto a su construcción. En 1181 enterróse en la capilla del centro de la girola el obispo don Sancho. Hay testimonio documental de que en 1192 Alfonso VIII dió a la iglesia de San Salvador de Ávila las propiedades que le dejó Fruchel, *magister operis*, recibiendo en cambio otras que el prelado y cabildo poseían en Toledo. La cesión de sus bienes al monarca parece indicar que carecía ese artista de familiares en España.

La capilla situada bajo una de las torres de fachada consagróse en 1211 y en la sep-



Fig. 20. — INTERIOR DE LA GIROLA DE LA CATEDRAL DE ÁVILA.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTEHISPÁNICO



Fig. 21. — BÓVEDAS DEL PRESBITERIO DE LA CATEDRAL DE ÁVILA.

tentrional está el sepulcro de Esteban Domingo, fallecido ya ese año. En un contrato de arrendamiento de 1269, figura entre los confirmantes "Don Varón el maestro de la obra", al que tal vez se puedan atribuir la sala capitular — hoy sacristía, utilizada para cabildo en 1307—, el sagrario y la puerta de los Apóstoles. A las obras del siglo XIV en el crucero y nave central se alude más adelante.

Tiene la catedral de Ávila unos 78 metros de longitud, lo mismo, aproximadamente, que las de Burgos y León, y 8,95 de ancho su nave mayor, elevándose las claves de sus bóvedas a la altura de 28 metros, poco más de tres veces aquella magnitud.

Forman el templo avilés dos partes heterogéneas y no bien trabadas, torpemente unidas, probablemente a causa de tanteos e incertidumbres durante su construcción, lo que ha hecho suponer pertenecen a distintas etapas constructivas, anterior la de las naves.

La cabecera quedó encerrada en un enorme cubo o torreón, oblicuo respecto a la muralla, de la que sobresale para formar la principal defensa del recinto de la ciudad. La forman un profundo presbiterio, como para colocar en él el coro de los canónigos, según la costumbre francesa, con dos tramos rectangulares cerrados a oriente por un ábside poligonal de siete paños. Rodéanlo dos naves de girola separadas por columnas exentas, más angosta la exterior, en cuyos tramos se abren nueve pequeñas capillas semicirculares, empotradas a modo de nichos en el muro exterior del cubo y en su prolongación. Cubren estas capillas bóvedas con dos nervios concurrentes sobre la clave del arco de su ingreso, pero mientras las de las cinco centrales son de horno, forman las otras, góticas por tanto, plermentos cóncavos (fig. 20).

Los pilares de separación de las naves son cruciformes, con columnas en los frentes, de tipo borgoñón, iguales a los vistos en Sahagún, Moreruela, Poblet y en bastantes iglesias más del Císter. La nave mayor, como el presbiterio, se proyectó para cubrirla totalmente con bóvedas sexpartitas, pues sobre las claves de los arcos que la comunican con las laterales, hay, del lado de la central, igual que en la capilla mayor, ménsulas para apeo de columnillas sobre las que iría el arco transversal o nervio mediano de dichas bóvedas. La obra primitiva no pasó en la nave mayor de la imposta situada encima de los arcos; en el siglo XIV levantáronse sobre éstos grandes ventanales y se cubrió con bóvedas de ojivas, lo mismo que la nave de crucero, cuyos muros, a partir de escasa altura, pertenecen a idéntica campaña (fig. 21).

La influencia borgoñona sobre la catedral de Ávila es indudable, ejercida singularmente, como ha señalado Lambert, a través de monumentos de esa comarca que a su vez sufrieron la sugestión de la basílica de Saint-Denis y de otros de la Isla de Francia.

La obra de Fruchel, si a él hemos de atribuir la parte más vieja del edificio, que no hay razón para retrasar más allá del decenio 1170-1180, será el gran tambor circular de la cabecera, con las capillas embebidas en su grueso muro, cuyas columnas tienen capiteles finamente labrados, varios de ellos con representaciones figuradas. En una segunda campaña se levantó el presbiterio hasta la imposta por encima de las ventanas de la tribuna, disponiendo sus apoyos para cubrirlos con dos bóvedas sexpartitas, y, el ábside pentagonal que lo cierra a oriente, con otra de cuatro nervios coincidentes sobre la clave de su arco de ingreso, según se acostumbraba en España de 1180 a 1190, y se hizo en el ábside de Poblet y en otros muchos. Pero al ir a construir las bóvedas, había evolucionado la disposición de las empleadas en las capillas mayores y, de acuerdo con el nuevo sistema, una sola, de múltiples

nervios, cubrió el polígono a oriente y el primer tramo rectangular inmediato. La consecuencia fué que, contra lo acostumbrado, los arcos ojivos de la bóveda sexpartita, de mucha mayor luz que el transversal que la divide, descansan en ménsulas, situadas sobre las claves de los arcos, en lugar de hacerlo en los pilares. Anomalía análoga en la disposición de la bóveda sexpartita respecto de sus apoyos, y por las mismas razones, se repite en la iglesia de la abadía borgoñona de Vezelay. A la segunda campaña citada corresponden los capiteles lisos y de flora, bien diferentes de los del tambor. Las bóvedas de la girola, algunas con ramas de ojivas quebradas y no seguidas, serán de fechas inmediatas a 1200.

Las arquerías de separación de las naves, sus respaldos y los muros que las cierran, pudieron levantarse en cualquiera de los últimos veinte años del siglo XII. Los ejemplos de Poblet, Moreruela y Sacramenia, entre otros, abonan fueron proyectados los tramos correspondientes para cubrirlos con bóvedas de ojivas, a pesar de carecer de apoyos preparados para recibirlas; por sus perfiles, aquéllas pertenecen al siglo XIII. La existencia de las ménsulas sobre la clave de los arcos de separación de las naves, del lado de la mayor, asegura la unidad de ésta y la cabecera, pues ambas iban a cubrirse con bóvedas sexpartitas. La mayor complejidad y avance de las formas del presbiterio respecto a las de las naves, se repite en Osera, Moreruela y Fitero.

Hay en la catedral de Ávila un avance más de goticismo respecto a los edificios reseñados en páginas anteriores, aparente en el empleo de bóvedas sexpartitas, pero no en los apoyos, pues sus columnas de ángulo, excepto las ocultas en el presbiterio detrás del retablo, están dispuestas para el doblado de los arcos, aunque, como en tantos otros templos contemporáneos, se utilizaran luego para apeo de arcos ojivos o diagonales.

EL SIGLO XIII

REFLEJO Y VICISITUDES DE LA ARQUITECTURA GÓTICA FRANCESA EN ESPAÑA

En los primeros años del siglo XIII acentuóse la mejoría económica, iniciada en los anteriores; incrementadas la industria, el comercio y la agricultura, aumentaron rápidamente la riqueza y la población de las ciudades. El hecho reflejóse en la arquitectura, singularmente en la religiosa, con la construcción de innumerables templos, algunos de monumentalidad extraordinaria. Había pasado el tiempo de las grandes abadías benedictinas y cistercienses, levantadas casi siempre en medios rurales o en lugares despoblados; en adelante edificáronse sobre todo catedrales y parroquias en urbes florecientes. Las nuevas órdenes religiosas de franciscanos y dominicos, cuya misión era esencialmente social, construyeron sus casas monásticas, edificios modestos en los primeros tiempos, de acuerdo con el espíritu de sus fundadores, en agrupaciones urbanas.

La fe ardiente y fecunda de las gentes del siglo XIII, religiosos y laicos, logró levantar edificios cuya monumentalidad hoy nos maravilla; aun producirían mayor asombro si los viéramos erguirse, como cuando se construyeron, sobre las ciudades contemporáneas, reducidísimas respecto de las actuales; aun destacan y señorean éstas por sus enormes dimensiones.

De 1200 a 1250, en admirable floración, comienzan a construirse muchas de las grandes catedrales francesas en las que la arquitectura gótica aparece ya plenamente desarrollada: Chartres, Soissons, Rouen, Troyes, Reims, Auxerre, Tours, Amiens, Estrasburgo y Beauvais. Templos de una arquitectura de extraordinaria originalidad, espaciosos, claros, llenos de aire y de luz, suscitaban general admiración, sirviendo de modelo a la cristiandad occidental.

La prosperidad económica y el acrecentamiento de villas y ciudades se produjeron también en la España cristiana a fines del siglo XII y comienzos del siguiente, en la última parte del reinado de Alfonso VIII († 1214) y, sobre todo, en la de su nieto Fernando III (1217-1252). La actividad constructiva durante el gobierno del primero quedó reflejada en páginas anteriores; la batalla de las Navas de Tolosa (1212) alejó el peligro de las invasiones africanas, abriendo al segundo las puertas de Andalucía, permitiéndole conquistar Córdoba (1236) y Sevilla (1248), y hacer tributarios a los monarcas de los últimos reinos musulmanes de la Península. En 1230 quedaron unidos Castilla y León. Mientras tanto, Jaime I (1213-1276) conquistaba Mallorca (1229) y Valencia (1238) y Alfonso III de Portugal (1258-1279) se adueñaba del Algarbe. No se ha estudiado la historia económica de este brillante período, pero es indudable la creciente prosperidad de los reinos cristianos de la Península durante los largos reinados de Fernando III y Jaime I, monarcas que mantuvieron orden y paz en el interior de sus fronteras.

Muy conocidos son los párrafos en los que el cronista don Lucas († 1249), obispo de Tuy — el Tudense —, describe ese momento de plenitud de nuestra historia en su aspecto de fervor religioso, manifiesto en la construcción de templos. Olvidó el Tudense mencionar algunos importantes comenzados por entonces en Castilla y León, y quedaron fuera de su enumeración los de los restantes reinos cristianos de la Península, escasos respecto a los de aquéllos en el siglo XIII, pues fueron Castilla y León los que acogieron durante él las formas góticas francesas y donde fructificaron con más vigor.

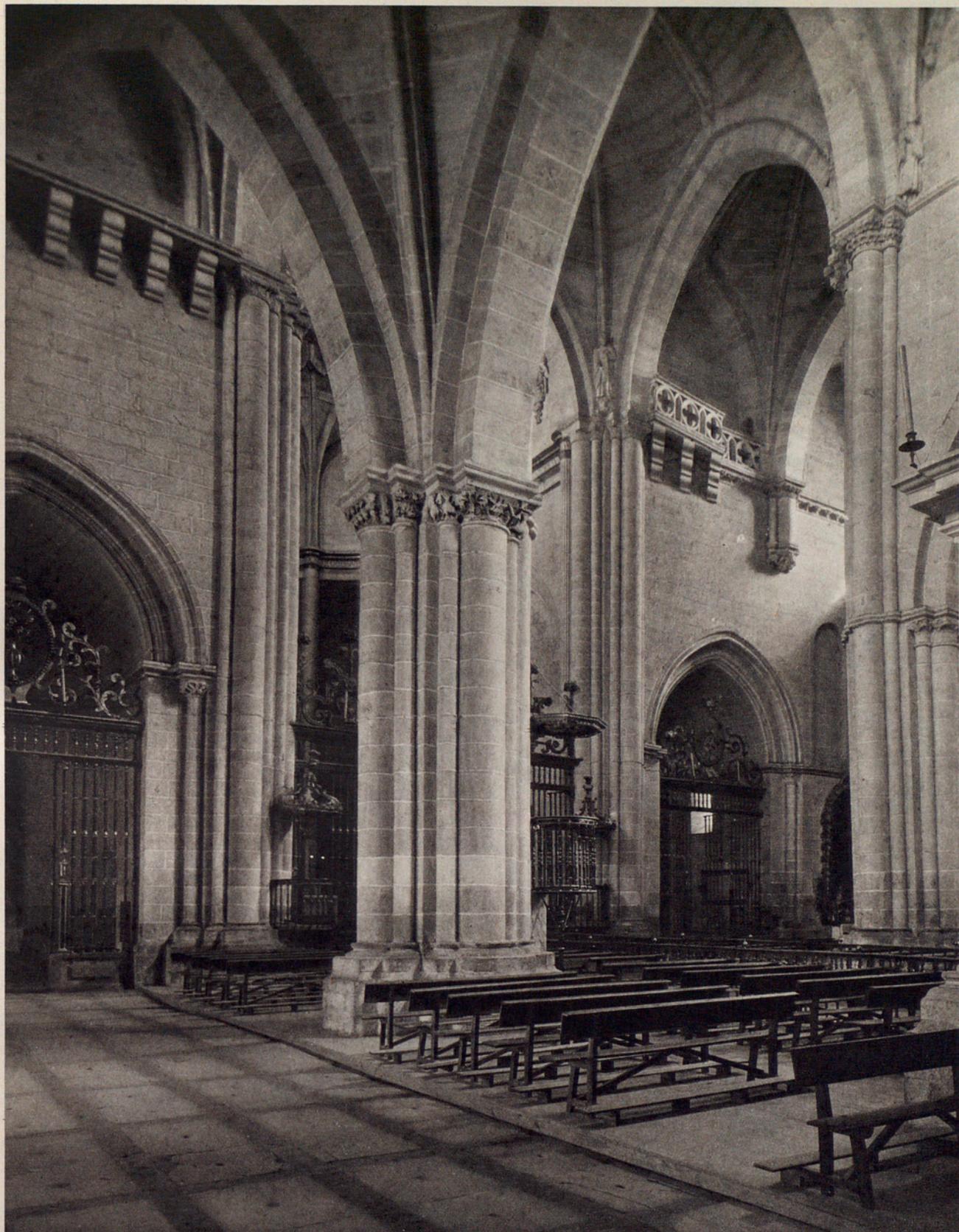
Las relaciones de Castilla con Francia eran muy estrechas por razones de vecindad, alianzas de la familia real y llegada continua de prelados, guerreros, peregrinos, artífices y comerciantes del vecino país, muchos de los cuales se establecían definitivamente en tierra hispana. Patrocinadas por la Corte y los más ilustres prelados, las formas góticas gozaron de gran predicamento durante el siglo XIII. Pasó algún tiempo antes de que este nuevo arte religioso, triunfante en los medios cultos y aristocráticos, llegase a suplantar al románico ya hispanizado y a mezclarse con el hispanomusulmán. La moda acabó por imponerse, reflejada con frecuencia en obras de escasa pureza. Arbotantes, galerías de triforio, cubiertas de gran pendiente, pilares de núcleo cilíndrico con columnas adosadas, flechas, fina flora naturalista, capiteles y cornisas de *crochets*, etc., empleáronse en algunos monumentos españoles, pero sin llegar a popularizarse. Las formas de la arquitectura gótica difundidas por la España cristiana fueron, sobre todo, las sencillas y robustas de las iglesias cistercienses, y, más tarde, las también simplificadas de las de franciscanos y dominicos.

Es inútil buscar en el gótico español la evolución del francés que va desde las grandes iglesias con tribunas sobre las naves laterales de la segunda mitad del XII hasta las de fines del XIII en que, desaparecido el triforio, todo el muro de la mayor sobre los arcos de división de las naves hasta los formaletes de las bóvedas es una única vidriera. Como se verá en las páginas siguientes, nuestra arquitectura gótica tan sólo sintió preocupación esporádica, reflejo de la influencia francesa, por los problemas de aumento de altura de las naves mayores y de su iluminación.

ALGUNOS TEMPLOS ARCAIZANTES. — Proseguía en pleno siglo XIII la construcción de casi todas las iglesias citadas en páginas anteriores, algunas, singularmente las monásticas, manteniendo las formas con que se comenzaron, como las de Moreruela, Poblet, Osera, Veruela, Fitero, La Oliva y Sacramenia. Otras, sobre todo los grandes templos seculares, el de Tudela y las catedrales de Sigüenza y Ávila, por ejemplo, admitiendo formas más avanzadas, con alteración de los proyectos primitivos.

Al mismo tiempo que estos edificios, de un goticismo incipiente y mestizo casi todos, seguían levantándose otros totalmente románicos en pleno siglo XIII. Una inscripción en la ermita alavesa de San Juan de Marquínez, de estructura románica, dice se hizo en el año 1226, reinando Fernando III. Las primeras iglesias levantadas en Úbeda después de su definitiva conquista en 1233 por el mismo monarca, pertenecen también a ese arte; tan sólo algún capitel de *crochets* revela la época avanzada de su erección. El obispo barcelonés Arnau de Gurb erigió junto a la sede románica la capilla de Santa Lucía, cubierta con bóveda de medio cañón, cuya obra daba fin en 1277, y en la que la única huella del arte contemporáneo es una pobrísima flora gótica.

En otros templos de mayor importancia puede reconocerse esta perduración de formas



INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO

Fig. 22. — INTERIOR DE LA CATEDRAL DE CIUDAD RODRIGO.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO



Fig. 23. — INTERIOR DE LA CATEDRAL DE LÉRIDA.

arcaicas, esta tendencia a conservar las antiguas al lado de las nuevas, que acabaron por desplazarlas. El hecho es común a muchos países y movimientos artísticos, aunque varíe su intensidad.

La catedral de Mondoñedo. — Comenzó y consagró este templo, pequeño en relación con su categoría religiosa, el obispo don Martín (1219-1248).

Levantada por obreros de la región, es una iglesia sombría, de poca altura y formas pesadas. La planta era totalmente románica, con tres capillas en la cabecera, terminadas en ábsides semicirculares, de las que tan sólo se conserva la central, cubierta con bóveda nervada; las laterales se demolieron a fines del siglo XV para añadir una girola. En el alzado, en los pilares y en la mayoría de los elementos decorativos, es patente la influencia de la catedral de Santiago, modelo casi único de la arquitectura gallega medieval. Proyéctose, como aquélla, con tribuna sobre las naves laterales, cubierta con bóveda de cuarto de cañón, de la que se conservan únicamente los arcos correspondientes a los perpiaños de la nave mayor. Las bóvedas son de crucería, sin formales, moldurados sus arcos diagonales; las apean sencillos y robustos pilares románicos, con gruesas columnas en los frentes y en los codillos. A los pies, a los costados de las naves menores, como en Santiago, hay dos torres de dimensiones reducidas. Entre ellas, en lo alto, decora la fachada un gran rosetón lobulado.

La catedral de Ciudad Rodrigo. — En 1165 o 1166 comenzó a construirse una catedral románica en Ciudad Rodrigo bajo los auspicios de Fernando II, repoblador de la ciudad, erigida en obispado en 1160. El modelo fué la catedral de Zamora, cuyas pilas reproduce. En fecha ignorada — tal vez a consecuencia del cerco de la ciudad por los almohades en 1174, o de la muerte del monarca en 1188 — la obra quedó interrumpida cuando sólo se habían construido la cabecera con sus tres capillas terminadas en ábsides semicirculares — la del centro rehecha en el siglo XVI —, los hastiales del crucero hasta los dos tercios de su altura, y los restantes muros del perímetro y pilas, con no mucha mayor elevación. Prosiguieron las obras a partir de 1212, fecha de una donación de Alfonso IX con tal objeto; interrumpiéronse de nuevo por falta de recursos durante el reinado de Sancho IV, a causa de las devastaciones de los portugueses, y, finalmente, llegaron a término con la construcción de las bóvedas de las naves mayor y del crucero en el siglo XIV. Al pasar en 1319 doña María de Molina por Ciudad Rodrigo y ver suspendidas los trabajos, dió un privilegio eximiendo de todo impuesto a siete obreros, “porque más presto se fine su obra” (fig. 22).

Las bóvedas con las que en el siglo XIII se cubrió la iglesia románica, de tipo angevino a través de la catedral de Salamanca, son cupuliformes, despezadas varias por anillos y arrancando los arcos ojivos de grandes figuras esculpidas. La única novedad respecto a las salmantinas es el añadido de dobles combados o ligaduras arrancando de pequeñas ménsulas situadas sobre la clave de los arcos que limitan el tramo. Son muy bellas en esta iglesia las arquerías de arcos lobulados, de influencia mudéjar, ciegos unos y otros guarneciendo ventanas, que corren por la parte alta de los muros, obra también del siglo XIII.

La catedral de Ciudad Rodrigo es, por tanto, un templo comenzado con formas románicas y concluído bastantes años más tarde con otras góticas de un estilo regional arcaizante.

La catedral de Lérida. — Construyóse en pleno siglo XIII, pues pusieron su primera piedra el rey Pedro II de Aragón y el conde de Urgel, Armengol, en el año 1203. *Petrus Decumbo, magister et fabricator*, según una lápida que estuvo en el presbiterio, dirigió

las obras. La capilla de Jesús, situada en el ángulo formado por el brazo meridional del crucero y la nave de la epístola, fué consagrada en 1234. Y la consagración total tuvo lugar, según testimonia otro epígrafe colocado en la puerta del claustro, en 1278. Una inscripción sepulcral, en éste, dice estar allí enterrado *Petrus de Pennafreita, magister operis*, muerto en 1286, al que se atribuye el cimborio.

Planta y estructura inspiráronse directamente en la catedral de Tarragona, lo que prueba una vez más la sugestión ejercida por los grandes edificios sobre la arquitectura de la comarca en la que se levantan, como acabamos de ver pasó en la catedral de Mondoñedo, influída por la de Santiago, y en la de Ciudad Rodrigo, en la que se superponen las sugestiones de las de Zamora y Salamanca.

La cabecera de la catedral de Lérida, hoy muy reformada, tuvo ábsides semicirculares románicos escalonados, crucero saliente, con linterna y cimborio central, y tres naves de tramos casi cuadrados, con iluminación directa por ventanas. Los pilares tienen dobles columnas en los frentes; a las dispuestas en los codillos para apeo de las ojivas, añaden otras de las que arranca la rosca de los perpiaños. Las bóvedas, de crucería, carecen de arcos formeros. El esbelto edificio no alcanza las dimensiones de su modelo. El ancho de la nave mayor es de 11,50 metros y 19, casi el doble, su altura, mientras las laterales se elevan a 10,40 (figs. 23 y 25).

La iglesia del monasterio de Valdediós. — En 1218, según lápida conservada, se comenzó a construir la iglesia del monasterio bernardo de Valdediós por el maestro Galterio, extranjero a juzgar por su nombre; será el *Domnus Galterius, magister pontis de Gradefes*, confirmante en una escritura de este monasterio leonés de 1202.

La planta del templo es románica, con tres capillas escalonadas en la cabecera, a cuyos ábsides semicirculares preceden, como de costumbre, tramos rectangulares cubiertos con bóvedas de medio cañón agudo. De la misma forma son las que cubren los tramos extremos de los brazos del crucero; de ojivas, las restantes. Los arcos de separación de las naves son de medio punto y en la mayor se abren ventanas de la misma forma.

Únense en este templo arcaísmos regionales, acusados sobre todo en la decoración, con otros cistercienses. Si la lápida no dijera en forma tan indudable su historia, lo creeríamos un cuarto de siglo anterior.

LA ARQUITECTURA DE LA ISLA DE FRANCIA EN EL PIRINEO ESPAÑOL. — **La iglesia de la hospedería de Roncesvalles.** — Por primera vez en estas páginas tropezamos con un edificio plenamente gótico, la iglesia de la hospedería de Roncesvalles, estación de la ruta de Compostela, levantada en un alto valle del Pirineo navarro, a poca distancia de la frontera.

Un poema latino conocido por "La Preciosa", escrito entre los años 1199 y 1215, dice la edificó Sancho el Fuerte, uno de los vencedores de la batalla de las Navas de Tolosa. Cabe sospechar que comenzaría a construirse hacia 1209, año en el que regresó dicho monarca de tierras islámicas, a partir del cual dió señales de poseer grandes riquezas. Fué consagrada hacia 1219.

El antiguo camino de la peregrinación pasa por su puerta, situada a los pies del templo, y como éste se edificó en una pendiente ladera, fué necesario levantar una cripta para salvar el desnivel. Es la iglesia un edificio de tres naves, sin crucero, de no muy gran-

des dimensiones. La nave mayor, de 8,25 metros de ancho y 14,50 de altura, tiene a oriente un presbiterio poligonal de cinco lados, abierto directamente a ella. Las naves laterales terminan en un muro recto. Cubren aquélla dos bóvedas sexpartitas sobre planta cuadrada y la mitad de otra, inmediata al presbiterio, completada sobre éste con una bóveda de nervios convergentes en una clave común, apeados en finas columnillas situadas en los ángulos.

Separan las naves pilares cilíndricos, más gruesos los correspondientes a los extremos de los tramos cubiertos por las bóvedas sexpartitas que los intermedios de apeo del arco o nervio que transversalmente las divide. En las naves laterales corresponden dos tramos casi cuadrados a cada uno de los de la mayor. Cubren aquéllos bóvedas corrientes de ojivas, excepto el inmediato en cada nave a la cabecera, en la que el elemento que apoya sobre el testero se divide en dos por un nervio medio (fig. 24).

Sobre los cimacios de los pilares cilíndricos más gruesos se levantan, del lado de la nave mayor, tres columnillas que reciben el arco fajón y los dos diagonales de las bóvedas inmediatas. Encima de los cimacios de los pilares intermedios hay una sola columnilla para apeo del nervio medio.

Una imposta lisa separa los arcos de división de las naves de la arquería de un triforio, abierto a la central en cada medio tramo por cuatro arquillos agudos sobre finas columnitas. Encima, hay grandes rosetones o ventanas circulares de 3 metros de diámetro, recortado su interior en forma de dieciséis pequeños arcos agudos.

La decoración escultórica se reduce a algunas claves y a los capiteles. Éstos corresponden a una flora irreal, geométrica, propia de las primeras iglesias góticas, que presagia los *crochets* (figs. 26, 27 y 28).

Bajo las actuales armaduras, encima de las naves laterales, hay sencillos arbotantes, correspondientes a los arcos fajones de la mayor, de los que carece el presbiterio. Repicados en parte y en parte rehechos los muros sobre las arquerías de separación de las naves, no queda huella alguna que permita inducir cómo era interiormente la estructura del triforio.

Las características de la iglesia de Roncesvalles, ajenas por completo a la arquitectura española contemporánea, son generales a muchas iglesias góticas del norte de Francia de hacia 1200. Pero para encontrar edificios con las más específicas del navarro, es decir, la disposición de la arquería del triforio con la ventana circular encima, hay que llegar a la Isla de Francia, comarca llana en la que confluyen ríos caudalosos, pródiga en ricas cosechas, cubierta de verdes prados, de bosques y viñedos y con canteras de piedra caliza de fácil labra a la que los siglos prestan bella pátina dorada. En región tan favorecida por la naturaleza se construyeron a comienzos del siglo XIII una serie de pequeñas y bellas iglesias, semejantes a la de Roncesvalles, consecuencia, a escala mucho más reducida, del gran templo

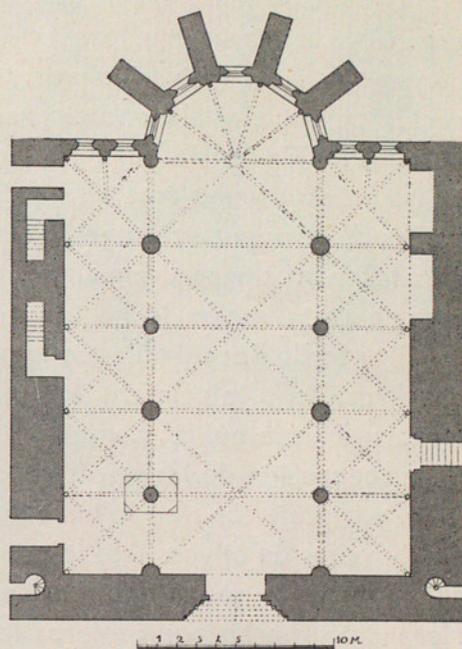


Fig. 24. — PLANTA DE LA IGLESIA DE LA HOSPEDERÍA DE RONCESVALLES.

metropolitano de la diócesis, Nuestra Señora de París, cuyas torres y fachada, terminado ya totalmente el cuerpo de la iglesia, se levantaban por entonces.

La finura y elegancia del santuario navarro, unidas a su excelente traza, acreditan en el desconocido autor — un francés, tal vez romero a Compostela — dominio completo de su arte. Artista transeúnte, proyectó un edificio igual que lo hubiera hecho para una de las tierras más ricas del vecino país, sin tener en cuenta que la caliza de Burguete no es la de la región parisién, ni el clima pirenaico puede compararse al del “jardín” de Francia, lo que ha contribuido en no pequeña parte al destino adverso y a la desastrosa historia de este edificio. Los grandes rosetones del muro norte de la nave mayor no debieron de estar abiertos mucho tiempo; un incendio en 1445 produjo grandes deterioros en la iglesia y justificó más tarde su enmascaramiento bajo formas seudoclásicas. Finalmente, una reciente y desalentada restauración lo ha convertido en obra moderna de muy dudoso gusto.

Era la de Roncesvalles la iglesia más puramente francesa de la Península y una de las primeras, si no la primera, en la que se estrenaron del lado de acá de los Pirineos nuevas formas de arte gótico, como son las bóvedas sexpartitas, el triforio, los pilares cilíndricos para separación de las naves y los arbotantes.

Poco posterior será la inmediata capilla de Santiago, de planta rectangular, cubierta con dos bóvedas de ojivas. Y la iglesia de la misma advocación en Sangüesa, en la otra ruta del camino francés que se une a la de Roncesvalles en Puente de la Reina, es réplica de la de la Hospedería hecha por canteros locales.

LAS CATEDRALES Y LOS GRANDES MONASTERIOS CISTERCIENSES DEL SIGLO XIII.
La catedral de Cuenca. — Colgada en lo alto de un promontorio al que sirven de foso las profundas hoces de los ríos Júcar y Huécar, unidos a su pie, Cuenca es una de las ciudades más originalmente hispánicas de la meseta central. Conquistóla Alfonso VIII en 1177; en una región de economía muy modesta, su población sería entonces escasa.

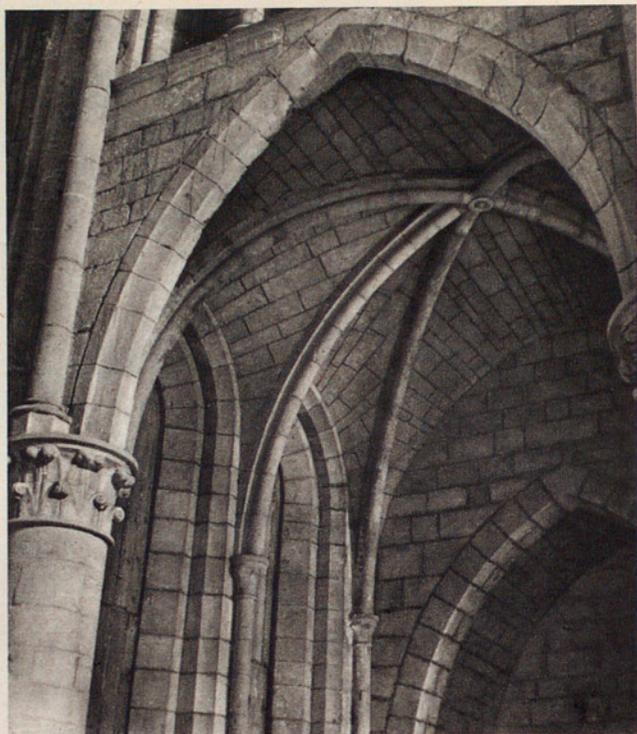
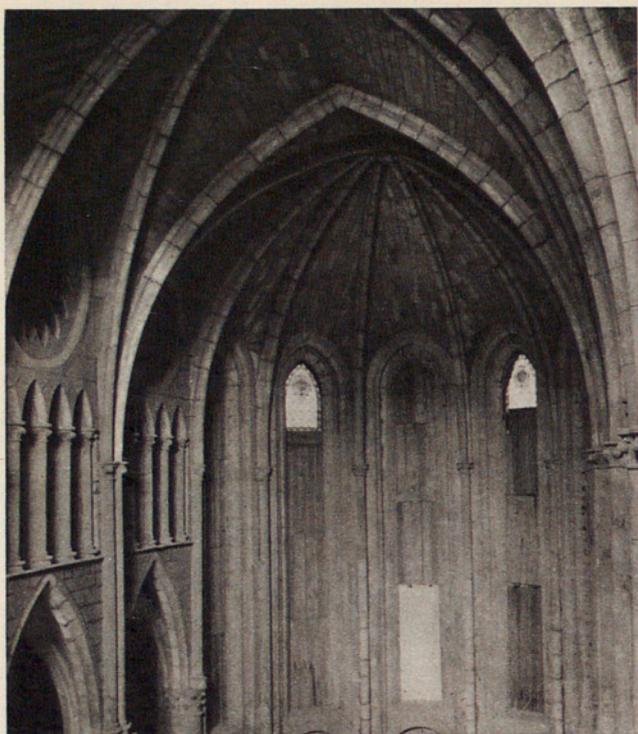
Emplazada la catedral a media ladera, apenas si destacan la lisa linterna de su crucero y las cubiertas de teja de sus naves sobre el caserío que se apretuja en el pendiente y reducido solar. Sin concluir y repetidamente reformada, parece esconderse humildemente entre las viviendas escalonadas, a las que el gran desnivel y la concentración de gentes en la Edad Media dentro de un recinto no muy extenso obligó a dar desmesurada altura.

Tras inexpresivos muros, oscurecidos y llenos de cicatrices, se oculta una de las más venerables catedrales españolas, uno de los más puros conjuntos de arquitectura gótica que existen en España. Asombra que en una ciudad muy reducida y no muy rica, a los pocos años de poblarse de cristianos, hubiera recursos y energías suficientes para levantar un edificio de dimensiones no pequeñas, a la moda francesa, hecho o comenzado por canteros galos. Junto al pobre y endeble caserío musulmán, surgió para gloria del arte cristiano de Occidente una gran catedral de piedra, de formas refinadísimas. Como muchos de estos templos medievales, tuvo el doble carácter de santuario y fortaleza.

Las circunstancias no eran muy propicias por entonces para la construcción de un nuevo templo. Bajo la fe de lo escrito a mediados del siglo XVIII por Ascensio de Morales, se afirma que el obispo San Julián (1196-1208), mozárabe de Toledo y arcediano de su catedral, consagró el altar mayor de la de Cuenca. Otros suponen protagonista de esta ceremonia a don Rodrigo Jiménez de Rada mientras fué obispo de Osma, es decir, en 1207



Fig. 25.—INTERIOR DE LA CATEDRAL DE LÉRIDA.



Figs. 26, 27 y 28. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE LA HOSPEDERÍA DE RONCESVALLES, DESPUÉS DE LA RECIENTE RESTAURACIÓN.

ó 1208, cosa inverosímil, por no estar él entonces aún consagrado. Se dice que de 1199 a 1211 Alfonso VIII hizo donaciones a la catedral, cuyo edificio es probable se comenzase en fecha próxima a ese último año. González Dávila publicó el epitafio del tercer obispo don García (1208-1228), enterrado en ella, en sepulcro hoy renovado, lo mismo que el primero de don Juan Yáñez.

Según un catálogo anónimo, citado por Trifón Muñoz, el obispo Mateo Reinal, trasladado a Burgos en 1257, terminó la obra del templo y construyó el palacio episcopal. Una bula pontificia de 1262 prescribe la vuelta a aquél de todos los bienes alienados por los preladados para las obras. Pero aun se realizaban algunas de importancia en 1271, fecha en la que Alfonso X renovó las exenciones tributarias concedidas por su padre a los canteros que extraían piedra para aquéllas.

La catedral de Cuenca tiene planta de cruz latina, tres naves y una amplia cabecera, desprovista de arbotantes, con presbiterio profundo para colocar en él la sillería del coro — en donde estuvo hasta el siglo XVI —, terminado a oriente por un ábside poligonal de siete paños, con dos filas de sencillas ventanas. Flanquean esta capilla mayor dos naves a cada lado, de ingreso desde el siglo XV a una girola construída a partir de 1448 por el obispo don Lope de Barrientos, imitación tardía de la de Toledo. Al hacer estas obras, derribáronse las cuatro capillas laterales de la cabecera; Lambert las supone en escalón, como las de la catedral de Sigüenza, iniciada en estilo románico medio siglo antes; tal vez, según creía Lampérez, estuvieron alineadas, lo mismo que en la catedral de Burgo de Osma, cuya cabecera parece inspirada en la de Cuenca. La parte anterior del presbiterio comprende dos tramos cubiertos con bóvedas sexpartitas, arrancando alternativamente de haces de tres y cinco columnas. Tienen fustes anillados y descansan sobre los cimacios de las pilas que separan el presbiterio de las naves inmediatas, alternativamente de distinta sección, según la disposición acostumbrada para los apoyos de las bóvedas sexpartitas.

En esta cabecera de la catedral la variedad de apoyos es grande y su disposición muy ingeniosa, acreditando el espíritu inventivo de su autor, gran conocedor de la arquitectura gótica. En el tramo central del crucero hay enormes pilares cilíndricos, a los que se adosan simétricamente cuatro grupos de tres columnas más delgadas, que apean una bóveda octopartita con ojo central. Los dos arcos de comunicación de cada brazo del crucero con las naves de la cabecera, arrancan de pilares cilíndricos, a los que se adosa una sola columnilla del lado del crucero, disposición repetida entre los dos tramos de bóvedas sexpartitas del presbiterio. Forman los apoyos situados en el centro de los cuatro tramos de las naves laterales de la cabecera pilares rodeados de ocho fustes monolíticos; iguales son, pero más gruesos y octógonos, los centrales del primer tramo de las bóvedas sexpartitas del presbiterio. Cimacios y basas son circulares, excepto en el tramo central del crucero (fig. 30).

Cubren cada uno de los brazos de la nave transversal dos bóvedas sexpartitas de planta rectangular. Las naves longitudinales pertenecen a un nuevo plan y a distinta campaña. Como la de crucero, tiene la mayor bóvedas sexpartitas apeadas en pilares formados por un núcleo cruciforme, con cuatro columnas adosadas en sus frentes y otras tantas en los codillos. Alternan éstos con otros de menor sección, núcleo central cilíndrico, y nueve columnillas en torno para recibir los arcos de comunicación de las naves, y el fajón de la lateral, y una delgada, que en la mayor sube hasta el arranque del nervio medio de la bóveda sexpartita. Del lado de los muros exteriores de las naves bajas, las ojivas de las

bóvedas, sobre tramos cuadrados, arrancan de esbeltas columnas únicas, adosadas. Los cimacios de los capiteles del crucero y de las naves son todos cuadrados o poligonales y las ventanas de las naves laterales de arco de medio punto.

Una imposta moldurada corre todo a lo largo de la nave mayor, por encima de las claves de los arcos de comunicación con las bajas, y sobre ella construyése una galería de circulación a lo largo y en el grueso del muro, atravesando las pilas por un paso angosto. Cubre cada uno de sus tramos una estrecha bóveda de medio cañón agudo, prolongación de los arcos formeros de las de la nave mayor. En el muro de fondo se abre un gran rosetón circular, y hacia el interior del templo decora el hueco una tracería formada por dos arcos trebolados con una columna central, delante de la que se labró un ángel de pie, con las alas plegadas; encima de los arcos hay otro rosetón que se corresponde con el del muro exterior. Cubren profusamente la molduras y arquivoltas bella flora gótica y cabezas de clavo. El conjunto es de gran riqueza (figs. 31 y 32).

Contrarrestan los empujes de las bóvedas de la nave mayor dobles arbotantes, los altos con canal para desagüe de la cubierta; algunos tienen pequeños edículos abiertos en sus frentes, rematados en un pináculo al que rodean otros cuatro, réplica empedregada y tosca de los muy esbeltos que hay en el mismo lugar en varias catedrales francesas. Las cubiertas primitivas eran de losas pétreas, sentadas sobre el trasdós de las bóvedas.

Exteriormente, la catedral, desprovista de cornisas, no terminadas o deshechas sus partes altas, casi totalmente renovada en el siglo XVI la fachada norte del crucero y desaparecidas la frontera y la principal de poniente, carece de interés.

Contra la pretendida influencia anglonormanda que se sostenía presidió la construcción de esta catedral de Cuenca, invocando para ello argumentos tan inconsistentes como la patria de la reina doña Leonor Plantagenet, Lambert ha defendido la hipótesis, más fundamentada, de que es obra de un maestro formado en los talleres de las comarcas de Laon y Soissons, sobre cuyo primitivo arte gótico actuaron influencias normandas, y que, al mismo tiempo, conocía la arquitectura borgoñona. Respecto a su cronología, sin volver sobre la fecha incierta de iniciación de las obras, creemos que hacia 1225, cuando comenzaban a levantarse las catedrales de Burgos y Toledo, la cabecera de la de Cuenca debía de estar concluída o muy avanzada.

Las naves serán obra del segundo cuarto del siglo. La organización de la alta, con el paso en el interior de los muros laterales, varía por completo del alzado de la cabecera, lo que permite sospechar se modificó en esta parte el proyecto primitivo. Pasos semejantes se encuentran en las iglesias góticas de Normandía, Borgoña y Champaña; son escasos los que tienen tracería en su frente interior; entre ellos figuran los de la iglesia borgoñona de Saint-Seine-l'Abbaye y de la catedral normanda de Coutances. Borgoña es el lugar de origen de varias de las formas góticas de la de Cuenca, entre ellas de la bóveda octopartita, con torre encima, del crucero.

El paso sobre los muros laterales de la nave mayor, con tracería a ambos lados y vidriera sólo en el exterior, lo veremos desarrollado en el siglo XIV en la catedral de Toledo; el triforio de la nave externa de la girola de ésta pudo inspirar la tracería del paso de Cuenca, pues tiene también una rosa en el tímpano del formalete de la bóveda, sobre la arquería.

La catedral de Sigüenza. — La pequeña ciudad episcopal de Sigüenza está emplazada en uno de los caminos naturales más importantes de la Península, el que comunica, por

los valles del Henares y del Jalón, remontando la Sierra Ministra, la parte central de los del Tajo y del Ebro.

El arquitecto de su catedral, según Street, trabajó para la eternidad. Los apoyos que separan las naves tienen, como los de la catedral de Tarragona, 3,76 metros de ancho; la altura de la nave mayor — 27 metros — sobrepasa algo la del templo catalán, pero su ancho no excede de los 10 metros. Entre las catedrales españolas de formas heterogéneas, consecuencia de múltiples etapas constructivas, tal vez sea ésta la que exige más detenido análisis para desentrañar la oscura historia de su construcción. A pesar del auxilio que a ella prestan los abundantes documentos del archivo catedralicio publicados por Pérez Villamil y el padre Minguella, no pocas lagunas tendrán que ser salvadas con hipótesis.

Tan sólo desde el occidente tiene el templo seguntino cumplidas monumentalidad y grandeza. Encuadran su fachada de los pies dos grandes y macizas torres salientes, coronadas de almenas, de aspecto militar; la dividen verticalmente otros tantos pesados estribos y entre ellos tres grandes arcos ciegos en lo alto acusan al exterior las naves, a las que dan entrada puertas de arcos de medio punto. Por el mediodía, la escasa elevación de la nave mayor respecto a la de la epístola, priva de esbeltez al conjunto; desde oriente, oculto en gran parte el ábside central por una girola añadida a fines del siglo XVI, su aspecto no es más monumental. El interior del templo, en cambio, impresiona por la enorme fortaleza de muros, pilares y bóvedas y el efecto de elevación que produce su nave mayor, escasamente iluminada por ventanas no muy grandes, situadas en lo alto (figs. 33 a 35).

Según un documento de 1156, el obispo de Sigüenza don Pedro de Leucata, natural del pueblo de su nombre, entre Perpiñán y Narbona, no lejos de Agen, queriendo socorrer la pobreza y miseria de los canónigos de su catedral, les donó varios bienes, exceptuando los beneficios de las salinas, reservados íntegramente para la obra de la iglesia, hasta que la cabeza de los altares y la cruz de toda ella estuvieran totalmente construídas.

Grabada en el tímpano semicircular de una puertecilla, paso a una escalera de caracol,

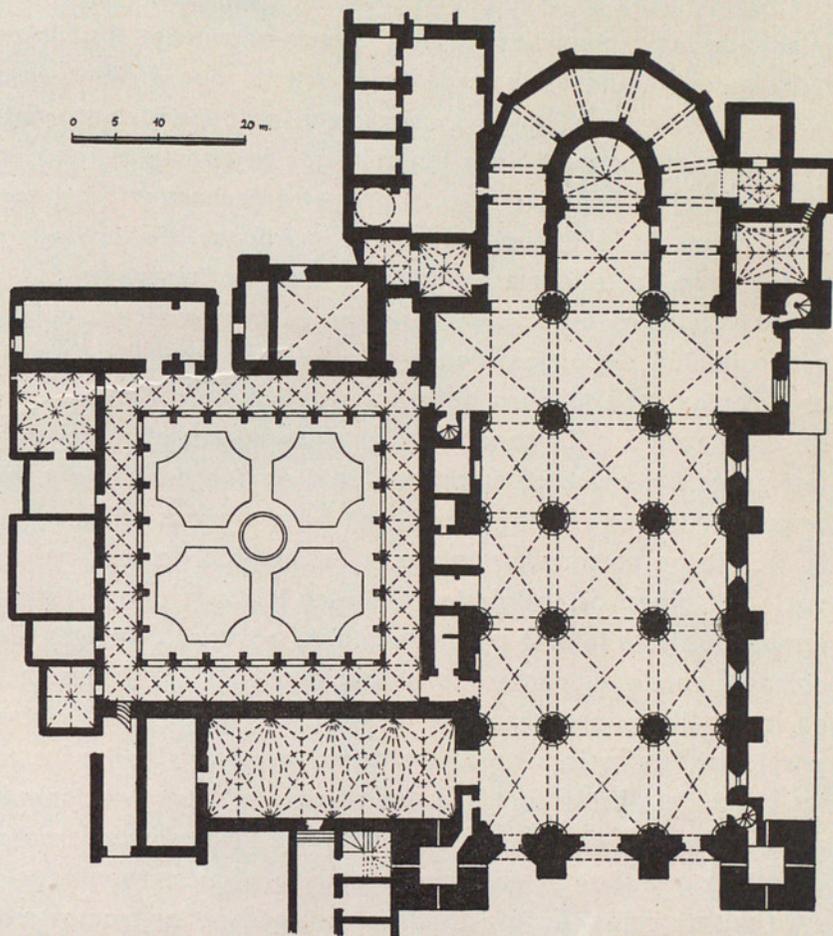


Fig. 29. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA.

en el muro que cierra a mediodía el crucero del templo, hay un crismón esculpido con la fecha "era MCCVIII", correspondiente al año 1170. De éste mismo se conservan cuatro donaciones de Alfonso VIII al obispo don Jocelino y a su iglesia de Sigüenza, tan importante alguna como la de la décima parte de todas las rentas reales que le correspondían en el obispado. Según un documento de 1197, las capillas de la cabecera eran cinco; destruidas las cuatro laterales en diversas épocas, excavaciones hechas hace pocos años en el emplazamiento de las septentrionales permitieron reconocer sus cimientos; escalonadas, las formaban tramos rectangulares terminados a oriente por ábsides en semicírculo (fig. 29).

Por los mismos años construíanse las dependencias catedralicias; en 1181 y 1182 las reuniones de los canónigos tenían lugar *in capitulo novo*, sala capitular descrita en páginas anteriores. En el claustro, el primer enterramiento fué en 1192, en su galería meridional.

Tal vez en 1198, cuando se hallaba Alfonso VIII en Sigüenza con el arzobispo don Martín de Pisuega, las obras de la catedral estarían interrumpidas, pues los años anteriores fueron duros y difíciles para la diócesis. En la misma fecha, el obispo don Rodrigo consignó la rededicación de varios bienes del Cabildo, conviniéndose en que tuviese por quince años esas rentas para la obra de la iglesia, transcurridos los cuales, acabada o no ésta, pasarían sin disminución a los canónigos. En esos últimos años del siglo se reanudarían las obras por los muros del crucero; entonces debió de labrarse la puerta románica del Mercado, en su brazo sur, cuyos restos aparecieron hace algunos años.

En fecha no muy distante a la del cambio de siglo se proyectaría, como en Tarragona, variar el plano de la iglesia románica iniciada unos cuarenta años antes, para levantar un templo cubierto total o parcialmente de bóvedas de ojivas, de estructura parecida a la de la catedral catalana, con respaldos provistas de dobles columnas en sus frentes, dos más en los codillos para arranque de los arcos diagonales, y otras tantas para el doblado de los perpiños. De la construcción anterior aprovecharon las cuatro capillas laterales, las partes bajas del ábside central y los muros del tramo rectangular del presbiterio y del crucero. Se elevaron éstos hasta completar los tímpanos en arco agudo, arranque de las bóvedas de ojivas que iban a cubrirlos, dejando algunas ventanas de medio punto, hoy cegadas. A la misma campaña constructiva pertenecen: los tramos más orientales de las naves bajas, cubiertos con bóvedas de fuertes ojivas que penetran en la plementería; las tres puertas de la fachada occidental y la parte inferior de las torres. Para dividir las naves construyéronse cuatro gruesos pilares cilíndricos, limitando los tramos más próximos al crucero — uno de ellos rehecho años después —; responden a influencia de los que en los primeros años del siglo comenzaban a levantarse en la cabecera de la catedral de la vecina diócesis de Cuenca. Al mismo tiempo, debió de derribarse parcialmente la capilla mayor románica y, aprovechando en parte, como se dijo, sus muros laterales, en los que hay arcos, hoy cegados, que la comunicaban con las inmediatas, amplióse con un gran ábside semicircular en el que se abrieron tres pequeños nichos de la misma forma. La iglesia, construída aprovechando parcialmente la románica, iba a ser un templo de tipo meridional, como el que hemos supuesto se pensó levantar en Tarragona, es decir, con nave mayor poco más elevada que las laterales, sin luces directas, y protegidas las tres por una cubierta común a dos vertientes.

Como en Tarragona, y tal vez por inspiración de lo hecho en su catedral hacia el segundo decenio del siglo XIII, juzgóse esta iglesia en construcción, verdadera fortaleza, edificio pesado y sombrío, impropia de los tiempos esplendorosos del reinado de Fernando III.

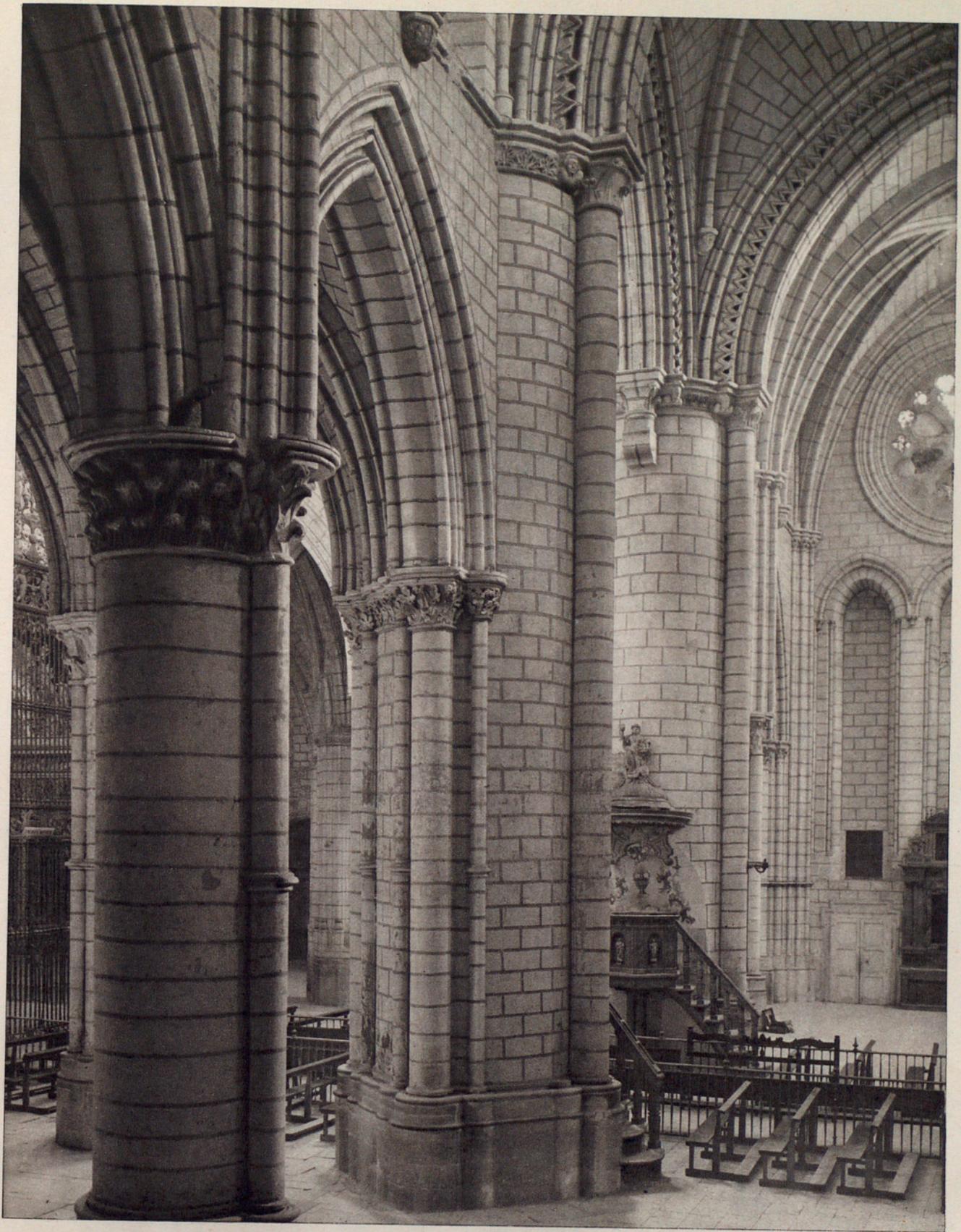
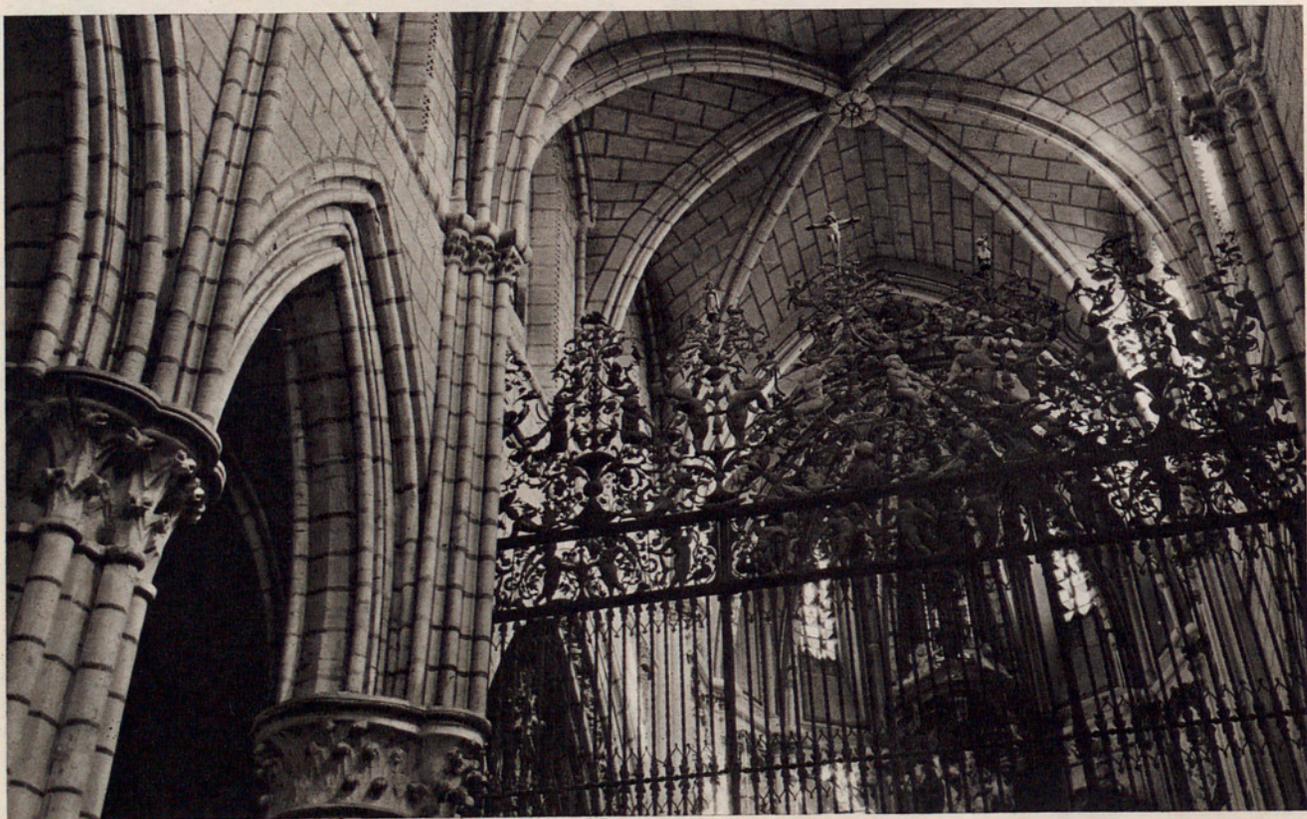


Fig. 30. — NAVE DE CRUCERO DE LA CATEDRAL DE CUENCA.



Figs. 31 y 32. — INTERIORES DE LA CATEDRAL DE CUENCA.

Eleváronse entonces considerablemente los muros preparados para apoyar las bóvedas; sobre los cuatro pilares cilíndricos de las naves se dispusieron del lado de la mayor otros medios destinados a recibir a considerable altura arcos perpiaños y ojivos; a los pies de la iglesia se construyeron cuatro apoyos más, pero en lugar de repetir la forma cilíndrica de los de la parte oriental, labráronse unos enormes, más acordes con las respensiones, rodeados de 20 columnas apareadas en los frentes, divididos en altura en dos órdenes, para alcanzar la de los medios añadidos sobre los cilíndricos de la anterior etapa, y eleváronse los muros encima del tambor absidal del presbiterio, siguiendo un trazado poligonal de siete paños. Completadas las bóvedas de las naves laterales, otras sexpartitas cubrieron los brazos del crucero y el tramo rectangular que precede al ábside central, y una de nervios radiales y plementos cóncavos volteóse sobre el ábside poligonal; algo más tarde se construyeron las de ojivas de la nave mayor. Así se consiguió transformar una iglesia de formas y proporciones románicas, pero destinada a cubrirse con bóvedas nervadas, en un elevado templo gótico. Quadrado aludió ya a la superposición de las dos construcciones.

Para las importantes obras de la última campaña, la inspiración vino de la catedral de Cuenca, modelo casi constante de la de Sigüenza desde que aquélla empezó a construirse en los primeros años del siglo XIII. De Cuenca proceden, no sólo las pilas circulares, sino también las bóvedas sexpartitas, el arranque de ojivas sobre ménsulas y columnillas voladas, los arcos formeros apoyados en columnas, las rosas, la bóveda y las ventanas del ábside.

Dos bulas del papa Honorio al obispo y cabildo de Sigüenza, de finales de 1226, autorizaron que para ayuda de la obra de la catedral, "reconstruída de piedra de manera admirable", se invirtieran por un trienio las tercias decimales destinadas a la fábrica de todas las iglesias de la diócesis.

Las obras prosiguieron en los años siguientes; la bóveda del tramo central del crucero no se llegó a construir o se arruinó, pues la que hubo hasta la última guerra civil la levantó el cardenal Mendoza; sobre su trasdós veíanse entonces unos fustes en los rincones, pretexto para levantar recientemente una linterna, sin más datos que el referido (fig. 36).

En 1309 todavía se asignaban bienes para la obra de la catedral. Constan reedificaciones de importancia en los años 1325 y 1326 y obras varias en los siguientes.

De 1567 a 1606 rodeóse el presbiterio con una nave de girola, copiando lo hecho en Cuenca por el obispo Barrientos un siglo antes.

La catedral de Toledo. — Cuando en 1209 don Rodrigo Jiménez de Rada, consejero de Alfonso VIII, fué nombrado arzobispo de Toledo, la catedral de la ciudad más orientalizada de la España cristiana, en la que convivían cristianos, moros y judíos, hallábase instalada en la mezquita mayor. Estudios y viajes habían puesto al prelado en contacto con medios transpirenaicos; aparte de su estancia en Bolonia y viajes a Roma, en 1201 se hallaba en París, estudiando en la Sorbona, y en 1211 es probable fuera a la corte francesa. Allí vió sin duda la catedral de Nuestra Señora de París casi totalmente terminada, y, envuelta entre andamios, la fachada con las dos torres, a la que se dió comienzo hacia 1195 y término unos treinta años más tarde. Junto a París, visitó don Rodrigo en uno de sus viajes la iglesia del monasterio de San Dionisio, panteón de los reyes de Francia, levantada por el gran Suger medio siglo antes con arte admirable, en cuyo altar, cuenta el prelado español en una de sus obras, admiró una piedra carbunco de la corona de espinas que pusieron al Señor en la Cruz, regalada en Toledo por Alfonso VII al rey Luis de Francia.

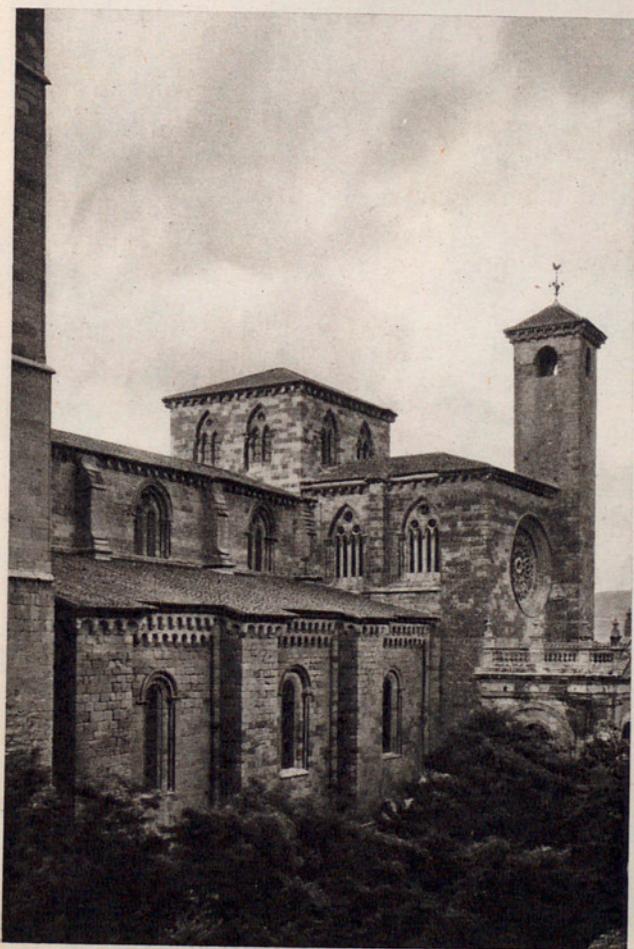
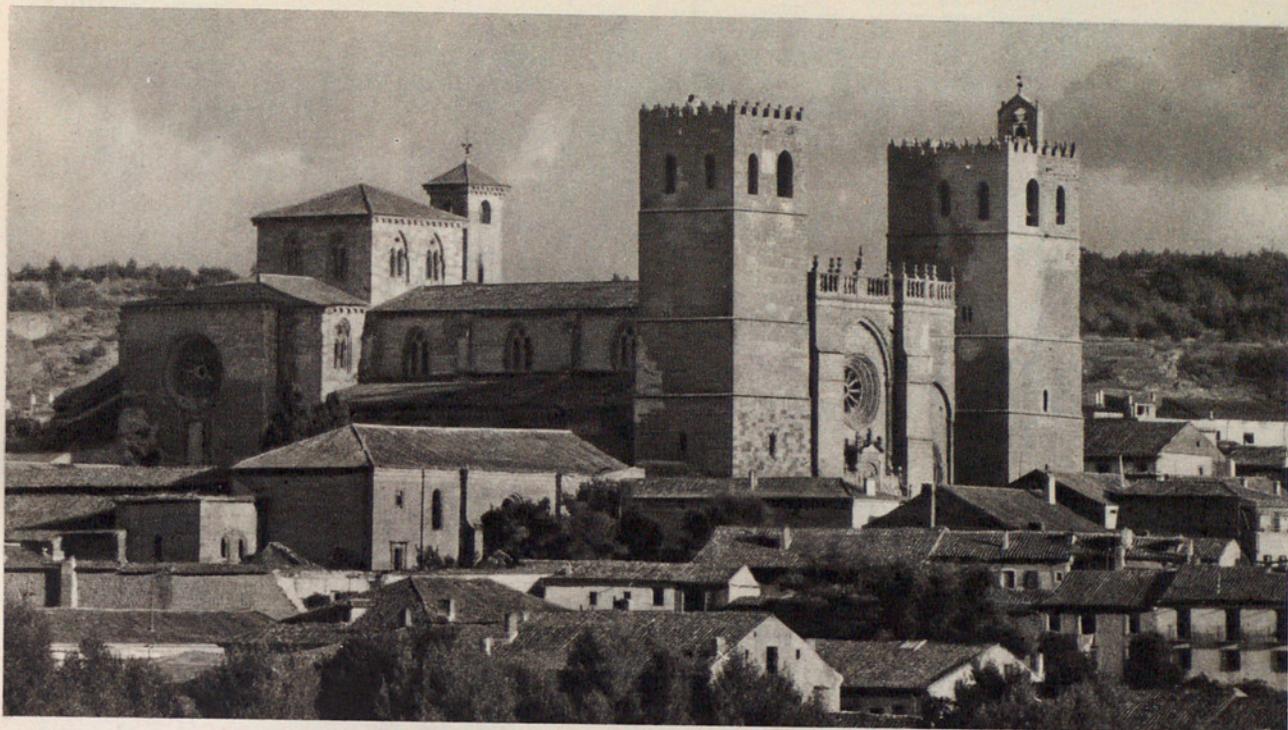
Al mismo tiempo que esos dos santuarios, veía también Jiménez de Rada otros franceses, esbeltos y luminosos, labrados con arreglo a las formas del nuevo arte, animadas sus puertas y fachadas con un mundo maravilloso de seres de piedra.

Comparada con esos edificios, la catedral toledana, es decir, la antigua mezquita mayor, parecería bien pobre. Baja de techo, vetusta y ruinosa — el predecesor de don Rodrigo, en previsión de su derrumbamiento, hubo de demoler una parte oscura, poblada de columnas —, no respondía a las necesidades religiosas de la primera iglesia de España, ni a la celebración de solemnes ceremonias.

Durante más de diez años hubo de presidir y celebrar don Rodrigo las del culto en el viejo y ruinoso oratorio musulmán. Una bula papal de 1222 le autorizó a dedicar a las obras de una nueva catedral, en vista de su magnitud, penuria de bienes y escasez de piedra y madera, la tercera parte de las rentas de fábrica de todas las iglesias de la diócesis durante cinco años; una nueva bula de 1224, renovando la concesión de esa tercia, dice que el arzobispo había comenzado a erigir la iglesia de Toledo desde los más hondos cimientos. Pero la ceremonia oficial de la colocación de la primera piedra por el monarca y el prelado no tuvo lugar hasta 1226, al regresar Fernando III de la expedición de Capilla, el 14 de agosto dicen unos, en noviembre según otros. Al mismo tiempo, crecían las donaciones, y al finalizar el primer tercio del siglo XIII era rica la catedral; la prosperidad económica del cabildo continuó aumentando en los dos restantes.

En 1231 consta la existencia de la capilla de Santa Inés, hoy de San Gil, una de las pequeñas cuadradas de la girola. Siete años después, el arzobispo creaba catorce capellanías en la catedral en construcción, en los altares de la nueva obra, en torno a la consagrada a la Virgen; estaban, pues, edificadas en 1238 las quince pequeñas capillas radiales de la girola. En una de ellas, la de San Eugenio, hay dos sepulcros de fallecidos en 1247 y 1278, este último el mudéjar de don Fernando Gudiel. En 1289 se celebraba culto en la capilla del Espíritu Santo — la primera a continuación de las de la girola, en el lado de la epístola — llamada hoy de Reyes Viejos, puesto que en esa fecha Sancho IV trasladó desde ella los restos de sus antecesores Alfonso VII y Sancho III a la de Santa Cruz, fundada por él detrás del altar mayor, y el arzobispo don Gonzalo dotó aquélla para enterramiento suyo y de sus familiares. Al morir en 1291 el maestro de la catedral Petrus Petri, fué enterrado en la primera capilla de la cabecera, del lado del evangelio. En 1300 estaría terminada la cabecera, parte de los muros del perímetro y tal vez algunas de las bóvedas de las naves laterales más próximas al crucero; las dos puertas que se abren en los testeros de esa nave transversal, el muro que la cierra a poniente, las bóvedas que la cubren, las de la nave mayor y el resto de las bajas, así como la fachada occidental, son obra de campañas posteriores.

Un documento fechado en 1227 nombra a un “maestro Martín, de la obra de Santa María de Toledo”, casado con doña María Gómez, al que el deán concedió un corral propiedad del Capítulo. En la lista de las rentas percibidas por la catedral en 1234, figura el “Maestro Martín de la obra” como inquilino de una casa de ella. Una escritura toledana de 1269 menciona a un maestro “Martín el Albañil, y su esposa María, sobrina de Martín Juanes”. Maestro de los albañiles era hacia 1280 Juan Martín, tal vez hijo del primero. Pero en una lápida sepulcral, hoy en la sacristía de los Doctores, trasladada a ella al destruir en el siglo XVIII la capilla en la que estaba para elevar la del Sagrario, figura el nombre de un Petrus Petri, fallecido en 1291, “maestro de la iglesia de Santa María de Toledo, cuya



Figs. 33, 34 y 35. — CONJUNTO EXTERIOR, VISTA DESDE EL MEDIODÍA Y NAVE MAYOR DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA, DESPUÉS DE SU RECIENTE RESTAURACIÓN.



Fig. 36. — CRUCERO DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA, DESPUÉS DE SU RECIENTE RESTAURACIÓN. (LA LINTERNA SOBRE EL TRAMO CENTRAL DEL CRUCERO ES MODERNA).

fama cundió por sus buenos ejemplos y costumbres, el cual construyó este templo y aquí descansa, pues quien tan admirable edificio hizo, no sentirá la cólera de Dios". Más adelante veremos cómo puede explicarse la existencia de los dos maestros que parecen disputarse al cabo de siete siglos la gloria de haber construido la catedral toledana, Martín y Pedro Pérez, loado este último en términos sin precedentes en su epitafio latino, con anuencia del cabildo que autorizaría la colocación de esa memoria sepulcral.

Exteriormente, la catedral de Toledo, como vimos ocurre en la de Cuenca y se repite en las de Burgos y Tarazona, entre otras, envuelta en construcciones posteriores, no parece ser una iglesia gótica del siglo XIII. El exterior de su cabecera, parte la más vieja y pintoresca, desfigurada por pináculos, albardillas y cresterías de granito añadidos en el siglo XV, apenas si es visible desde las calles inmediatas. Tan sólo desde lejos la enorme masa del edificio descuella sobre el humilde caserío, disputando al Alcázar la máxima monumentalidad de la ciudad.

El ambicioso proyecto de don Rodrigo Jiménez de Rada fué levantar una iglesia de cinco naves, con otra transversal de crucero, no sobresaliente en planta, naves que rodean al presbiterio formando doble girola. En la más exterior se abren las citadas quince capillas, en mayor número que en ninguna catedral francesa, alternando las de planta cuadrada, muy reducidas, con las semicirculares, poco más grandes. La capilla mayor o presbiterio, se compone de un tramo rectangular, inmediato al crucero, y de un ábside cerrado por una línea poligonal de cinco lados. Todas las bóvedas de la cabecera son de nervios, con seis y clave central la del ábside y capillas semicirculares; de cinco las de las cuadradas, pues además de los dos arcos ojivos tienen un nervio suplementario que une la clave con el centro del muro que las cierra exteriormente. Pero donde reside la mayor originalidad de su abovedamiento es en la doble girola, cuyas dos naves se dividieron en tramos alternativamente cuadrados y triangulares, cubiertos los primeros con bóvedas de ojivas y de tres nervios los segundos. Esta disposición obligó a ir duplicando los apoyos, que en la parte poligonal del presbiterio son cuatro, ocho entre ambas girolas y dieciséis en el perímetro de la exterior, espaciados alternativamente en tramos cortos, correspondientes a los triangulares, en los

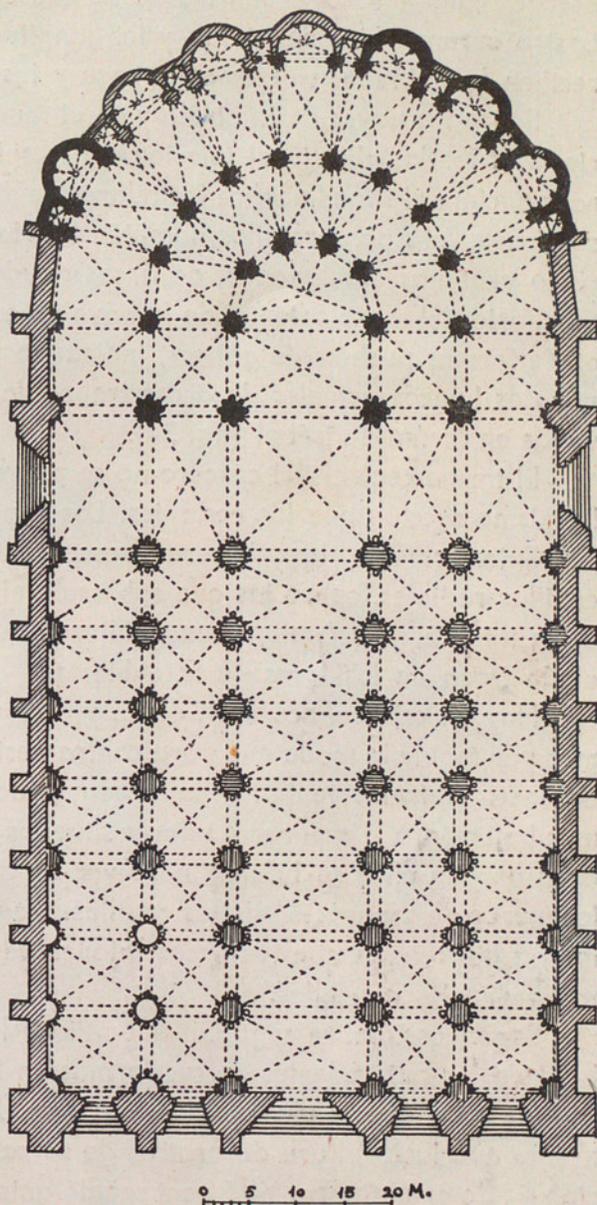


Fig. 37. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

que se abren las capillitas cuadradas, y otros más largos, ingreso a las semicirculares. Los contrafuertes exteriores son de escaso saliente. Los pilares cilíndricos de esta cabecera tienen ocho columnas adosadas para apeo de arcos y ojivas. De núcleo también cilíndrico, pero de mayor sección son los de separación de las naves, con doce columnas en torno; de cuatro arrancan los perpiaños y los longitudinales y las otras ocho, de menor diámetro, reciben la dobladura de estos últimos y los ojivos (fig. 37).

Sobre las naves de la girola y en el muro oriental de crucero hay un triforio, con muro ciego al fondo, abierto al interior del templo por múltiples arquillos de lóbulos y con una rosa encima el situado sobre los pilares de división de la doble girola; el de la capilla mayor se abre a ésta por arquillos, también lobulados, pero que se entrecruzan, y sobre ellos hay cinco ventanas escalonadas, de arcos agudos, y una pequeña circular encima del central. El triforio del muro oriental de la nave de crucero, en contraste con los mudéjares descritos, es de formas puramente góticas, indicando probablemente un cambio de maestro; se acusa por dos huecos gemelos de arcos trebolados, cuyas albanegas comunes perforan pequeños vanos en forma de trébol (fig. 38).

El tramo central del crucero no se proyectó para llevar linterna, pues sus apoyos tienen la misma sección que los restantes. Los capiteles son de flora, la mayoría de *crochets*.

Exteriormente, la cabecera presenta escalonados sus diferentes cuerpos: primero las capillas radiales, sobre las que sobresale el muro de la girola exterior; encima de ésta, el de la interna, y, a bastante más altura, la parte alta de la capilla mayor. Se conserva algún trozo de las losas de la cubierta.

Hay en esta cabecera un doble y curioso sistema de arbotantes divergentes, dispuestos más por seguir la moda que para contrarrestar el empuje de las bóvedas. A la parte superior de cada contrafuerte de la capilla mayor acometen dos arbotantes; otros dos arrancan algo más bajos para ir a parar a pilares situados sobre los apoyos intermedios de las dos girolas; cada uno de ellos se bifurca a su vez en otros dos para morir en estribos, situados sobre los muros de separación de las capillas. Siguen, pues, en planta, pero a diferentes alturas, la misma disposición que los arcos fajones de las girolas y están situados en los mismos planos verticales que ellos.

Según costumbre seguida al analizar los primeros edificios góticos españoles, se han buscado los antecedentes de sus formas en los franceses contemporáneos o algo anteriores. Es indudable que la planta y la estructura del templo toledano proceden del vecino país, lo mismo que la escultura decorativa de su cabecera — capiteles, ménsulas, claves y molduración —, de gran finura. Ya Street señaló antecedentes a la ingeniosa disposición de la girola de Toledo en la catedral de Le Mans, también con cinco naves y doble girola, lo mismo que las de París y Bourges, pero con la diferencia de aplicarse en ella la distribución en tramos rectangulares y triangulares tan sólo a la nave exterior de la girola, mientras que los de la nave interior son de la acostumbrada planta trapezoidal. En la cabecera de Le Mans, comenzada en 1217 y consagrada en 1254, también hay arbotantes que se bifurcan sobre los compartimientos triangulares de las bóvedas. Los pilares de esa parte de la catedral española, con sus ocho columnas adosadas, son iguales a los de la catedral de Bourges, cuyo presbiterio parece que estaba terminado en 1218. En suma, como ha dicho Lambert en su sagaz análisis del monumento, la catedral de Toledo desarrolló a la perfección un tipo ideal al que varias francesas se aproximan.



Fig. 38. — INTERIOR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO



Fig. 39. — GIROLA DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.



Fig. 40. — INTERIOR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO



Figs. 41 y 42.— LA CATEDRAL DE BURGOS DESDE MEDIODÍA Y ORIENTE.

Pero reconocido todo lo que el gran templo debe al arte gótico del vecino país, hay que decir lo mucho que de él le separa, el fuerte acento nacional que hace tal vez de la de Toledo la más hispánica de las catedrales castellanas.

Al penetrar en su interior, en la enorme sala de más de 120 metros de longitud y cerca de 60 de ancho, obra maestra de calma y armonía, nos hallamos en un mundo muy distinto al de las catedrales francesas, a pesar de la semejanza de sus formas. En lugar del magnífico ritmo ascendente de éstas, la toledana, con sus cinco naves en escalón, sin grandes diferencias de altura, sin efectismo alguno, es de proporciones equilibradas. La cabecera parece de poca elevación, achatada, si la comparamos con la de cualquier catedral francesa. En cosa tan esencial en arquitectura como es el sentimiento del espacio, difiere radicalmente el templo castellano de los modelos franceses de los que deriva (figs. 39 y 40).

Ya se mencionó el trazado mudéjar de los triforios de las girolas, impronta de la ciudad oriental sobre un edificio exótico, por su fábrica de piedra y por su estilo, único en estos aspectos hasta que los Reyes Católicos levantaron San Juan de los Reyes. Pero lo que no se ha dicho es el carácter nacional de su presbiterio, muy reducido si se le compara con los de las catedrales extranjeras, indicando que, al proyectar el templo, se pensó situar el coro de los canónigos como lo está actualmente, en los tramos más próximos al crucero de la nave mayor, tal vez por influencia monástica o por seguir la tradición de su emplazamiento en la mezquita, en donde estaría en disposición análoga, frente al altar mayor. También es característica hispana la colocación de las torres, adosadas a las naves y no sobre el último tramo de las laterales, según se acostumbraba en Francia. Pero ignórase si la única construída, la septentrional, formaba parte tal como hoy está del proyecto primitivo, o es desde sus cimientos una construcción del siglo XV.

Durante mucho tiempo se ha considerado a Petrus Petri, bajo la fe de su epitafio sepulcral, como autor de la catedral de Toledo. Ya en el siglo XVIII don Felipe Fernández Vallejo puso en duda que lo fuera al observar que entre la colocación de la primera piedra y la muerte de Petrus Petri transcurrieron sesenta y cinco años, plazo que supone, aun atribuyéndole dilatada vida, comenzar a dirigir las obras casi en la adolescencia. Es indudable que el maestro Martín le precedió en esa función; verosíblemente sería un francés traído a Toledo por el arzobispo don Rodrigo, en unión de algunos compatriotas, para iniciar la construcción.

El maestro Martín debió de morir o ausentarse de Toledo poco después de 1234, última fecha de su aparición documental, y algo después se encargaría Petrus Petri de dirigir las obras; en su tiempo es probable se levantarán las partes altas sobre las naves de las girolas y los arcos que separan la más interior de la capilla mayor, con los triforios de arquerías mudéjares. Tal vez también Pedro Pérez redujo la altura proyectada para el presbiterio y aun pudo acortar su longitud, limitándole a un solo tramo rectangular delante del polígono que le cierra a oriente. De admitir esta hipótesis, como la obra del maestro Martín no pasó, al parecer, de la corona de pequeñas capillas abiertas a la girola, nada tiene de extraño que a Petrus Petri, maestro durante largo tiempo, bajo cuya dirección se levantó el resto de la cabecera modificando los planos primitivos, se le considerase a su muerte, en 1291, como edificador de la monumental iglesia.

La catedral de Burgos. — Las partes más destacadas de la catedral de Burgos que le dan su especial fisonomía exterior, es decir, las flechas de las torres, la linterna del crucero y la coronación de la capilla del Condestable, son obras de los siglos XV y XVI, posterior-

res a la época en la que se levantó el templo. Como en todas las grandes iglesias medievales españolas, reformas, ampliaciones y añadidos no cesaron desde la época de su construcción hasta el siglo XVIII de alterar la primitiva disposición.

Alfonso VIII tituló a Burgos *civitas regia*, es decir, corte y cámara oficial del rey. Desde entonces convirtiéndose, de ciudad fuerte y militar que era, en urbe mercantil, almacén de los productos llegados por los puertos cantábricos y a la que acudían comerciantes y artistas.

A fines de noviembre de 1219 se celebraba en la vetusta catedral románica de Burgos, construída por Alfonso VI de 1075 a 1085, el matrimonio de Fernando III con doña Beatriz de Suabia. En los últimos años del siglo XII el obispo Marinus había proyectado agrandarla, y en los primeros del siguiente compráronse por el cabildo numerosas casas para realizarlo. En 1221 el monarca hizo una donación destinada a la obra de la nueva catedral, y en el de 1222, el obispo don Mauricio ponía la primera piedra, con asistencia del infante don Alonso de Molina, hermano del rey. Al año siguiente, el Papa concedió indulgencias a los que contribuyeran a la obra.

El obispo don Mauricio († 1238), iniciador del nuevo templo, "varón de alabar et sabio" dice la *Primera Crónica General*, graduóse de doctor en derecho y teología, probablemente en la universidad de París, donde estudiaría al mismo tiempo que don Rodrigo Jiménez de Rada, con quien al parecer le unía estrecha amistad. Poco después de ser confirmado don Rodrigo en 1209 por la sede apostólica como arzobispo de Toledo, nombró a don Mauricio arcediano de su catedral; en 1213 pasó a ser obispo de Burgos. Los dos prelados asistieron en 1215 al concilio de Letrán. El de Burgos fué por abril del año 1219 a Alemania, al frente de la embajada que trajo a España a doña Beatriz de Suabia, hija del difunto emperador Felipe I, para casarse con Fernando III. A su regreso, pasó con la futura reina por París, visitando a doña Blanca de Castilla, mujer del rey Felipe Augusto y tía carnal del monarca español.

Don Mauricio, lo mismo que su amigo el primado de Toledo, quiso tener un templo diocesano como los nuevamente construídos, vistos por él en Francia. La catedral románica era impropia para las ceremonias religiosas a que la condición de ciudad regia obligaba.

A la colocación de la primera piedra en el año 1222 sigue, en los recuerdos documentales existentes, la venta de unas casas en 1227 en el barrio de San Lorenzo de Burgos con destino a la obra. Como de costumbre, comenzóse el nuevo edificio procurando conservar el viejo, por lo menos en parte, para no interrumpir el culto y así pudo celebrarse en 1224, en el románico, el matrimonio de doña Berenguela, hermana de Fernando III, con el rey Juan de Acre, más tarde emperador de Constantinopla. El capiscol don Pedro Díaz de Villaluz legó, al morir en 1230, "200 maravedises para que se acabe la nuestra capilla de San Nicolás", donde fué enterrado, así como otros 100 para las rejas y 15 destinados al maestro de la obra; es la de planta cuadrada que se abre en el brazo norte del crucero y cubre una bóveda octopartita. Se habían llevado con tal actividad las obras que ese mismo año comenzaron a celebrarse los divinos oficios en la iglesia en construcción, según resulta de un estatuto hecho por el prelado y cabildo con motivo de la traslación del culto.

Cuando el obispo don Mauricio murió en 1238, fué enterrado en el coro, es decir, en la capilla mayor. El edificio, o por lo menos la cabecera, debía estar bastante avanzado el año 1243, pues una bula papal de esa fecha alude a su próxima consagración, dilatada, ignórase por qué causa, hasta 1260.

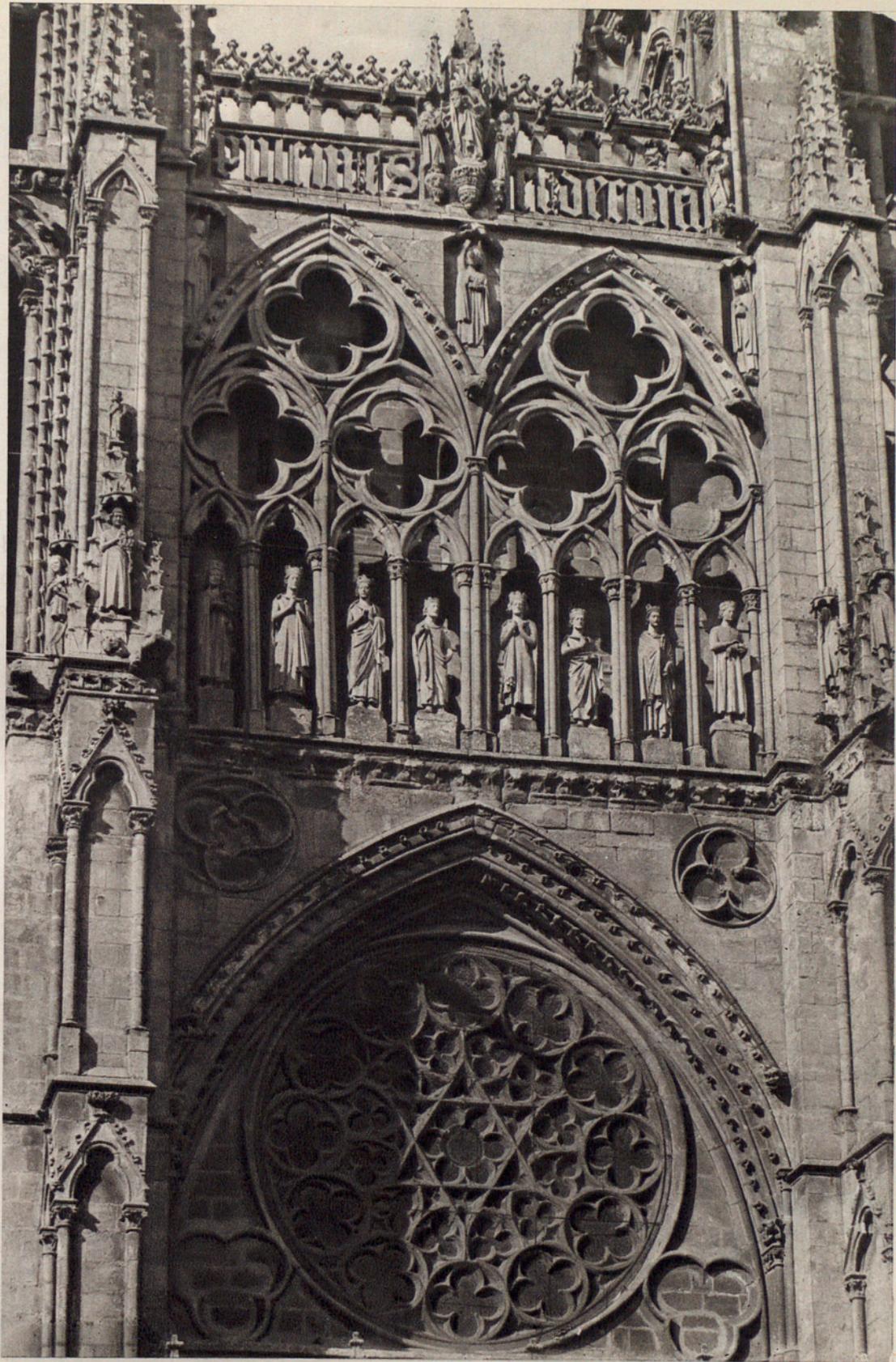


Fig. 43. — PARTE ALTA DE LA FACHADA OCCIDENTAL DE LA CATEDRAL DE BURGOS.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO

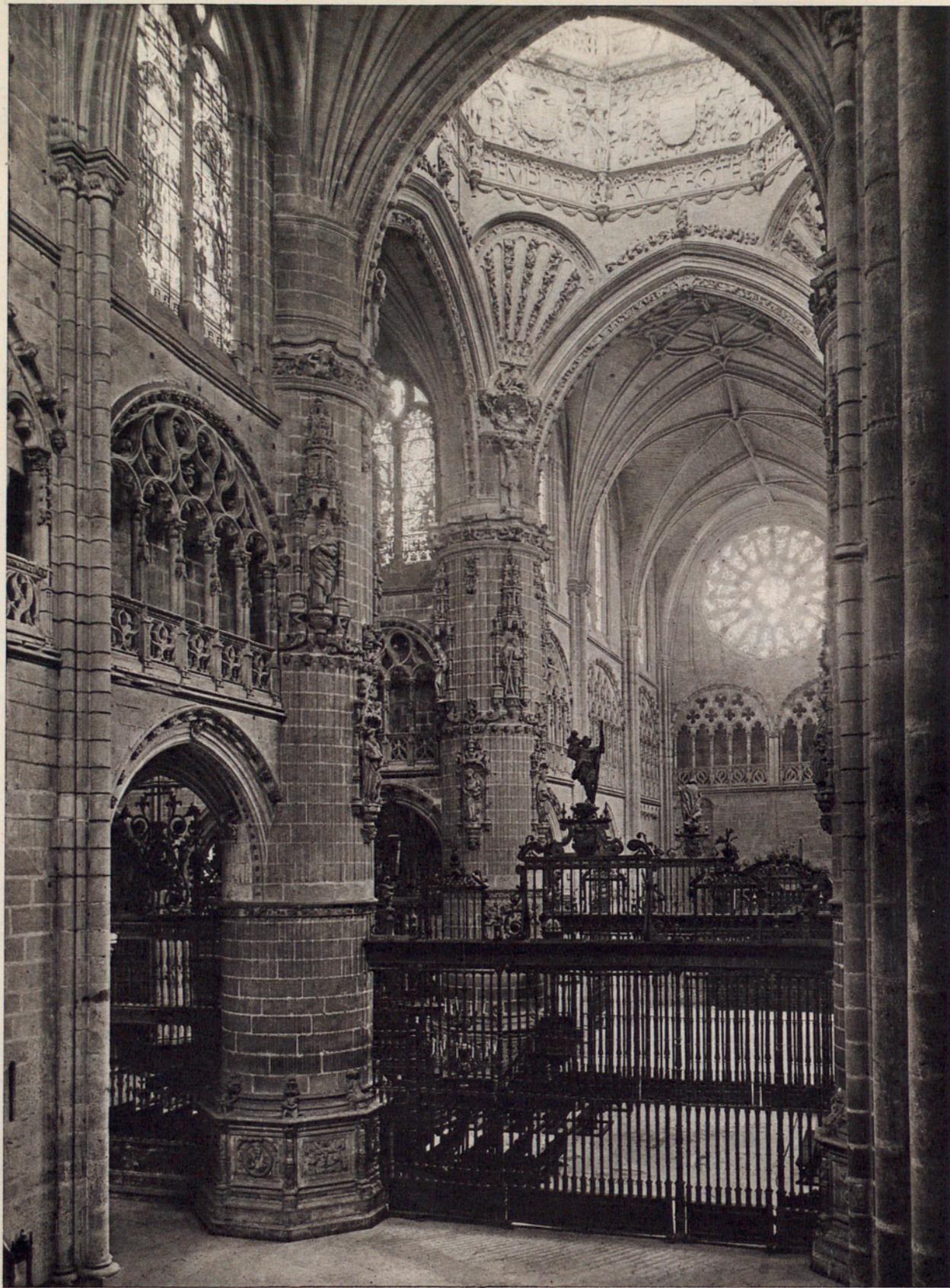


Fig. 44.—NAVE DEL CRUCERO DE LA CATEDRAL DE BURGOS.

En 1246 recibió sepultura el obispo don Juan, canciller del monarca, en la capilla de San Gil; en 1267 consta se enterró al obispo don Martín en la adyacente de San Martín; de ambas, edificadas, por tanto, antes de esas fechas, se hizo una sola en 1570, que es la hoy llamada de la Natividad de Nuestra Señora. En 1257 estarían labradas las puertas del crucero con sus bellas esculturas; en una donación de Alfonso X de dicho año, se cita la de los Apóstoles, nombre que aún conserva la del brazo norte. Al terminar el siglo el templo estaba casi totalmente levantado; las torres de los pies hasta los últimos cuerpos, sin las flechas. La identidad de muchos detalles de la fachada principal — la de occidente — con otros del claustro en el que se trabajaba hacia 1300, acredita que por los mismos años se construía aquélla (fig. 43).

Ignórase el nombre de los primeros maestros; un "Juan Amric, hijo del maestro de la obra", firma como testigo en un contrato de arrendamiento de unas casas, otorgado en Burgos en 1261. En 1277 murió su padre, "Dompnus Enricus magister operis burgensis", que lo era al mismo tiempo de la catedral de León, al que debió de suceder en aquélla Juan Pérez, fallecido a su vez en 1296, cuya lápida sepulcral se conserva en el claustro bajo.

La catedral de Burgos, edificio elegante y de armónicas proporciones, de reducido tamaño comparada con las francesas más famosas, fué una de las españolas más rápidamente construídas, merced a lo cual pudo realizarse casi en su integridad el primitivo proyecto. Exteriormente, como se dijo, la construcción del siglo XIII pasa casi inadvertida, oculta en gran parte por las muy ricas y monumentales de los XV al XVI que la dominan. En el interior, también, el coro, colocado en el siglo XVI en el centro de la nave mayor; la linterna del tramo central del crucero con los gruesos pilares que la sustentan, obra del mismo siglo; las grandes rejas; las tracerías flamígeras y renacentes de varios de los ventanales y del antepecho del triforio y la enorme acumulación de retablos, sepulcros y obras de arte de muy diversos tiempos, ocultan y desfiguran sus puras formas de la época clásica del arte gótico (fig. 44).

Tiene el templo tres naves y una transversal de crucero, estrecha y de brazos muy salientes. Las laterales rodean la capilla mayor, profunda, con tres tramos rectangulares terminados a oriente por un presbiterio que cierra una línea poligonal de cinco lados; en

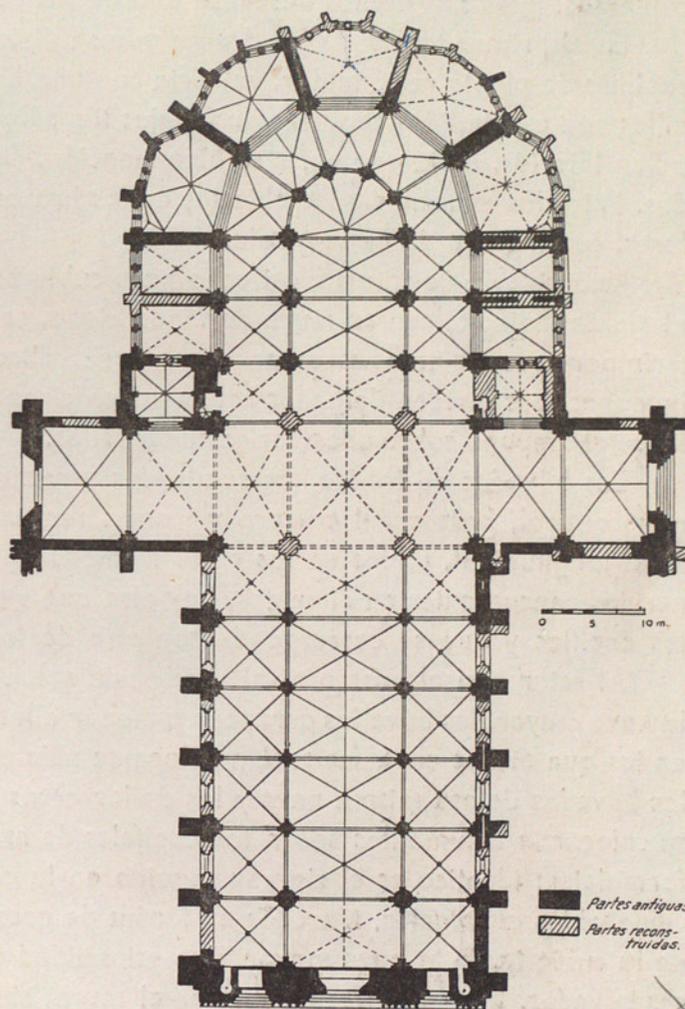


Fig. 45. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE BURGOS.

ella estuvo el coro de los canónigos. La girola se compone de cinco tramos trapeziales; los rectangulares de la nave mayor son bastante alargados, como los de las iglesias francesas contemporáneas, y cuadrados los de las laterales. Los pilares, de núcleo cilíndrico sobre plinto octogonal, tienen ocho columnas en torno, más gruesas las cuatro axiales. Los dos pilares últimos de las naves, de mayor sección que los restantes, están rodeados de dieciséis columnas, pues sobre ellos descansa una de las esquinas de las torres (fig. 45).

En el primer tramo de los dos en que se dividen los brazos del crucero, dispúsose una capillita de planta rectangular, cubierta con una bóveda de ocho nervios apeados en columnillas con espléndidos capiteles de follaje; tan sólo se conserva la del brazo norte, dedicada a San Nicolás, de la que antes se hizo mención. De las cinco capillas de la girola, subsisten dos. Entre las extremas y las abiertas en los brazos del crucero hubo otras tantas rectangulares, con ingreso desde la girola.

Una galería de triforio, estrecho paso cubierto por una bóveda de medio cañón normal al eje del edificio, con su muro de fondo ciego, se abre a la nave mayor, crucero y presbiterio por grandes arcos escarzanos, con arquivoltas en las que se tallaron preciosas cabecitas humanas. Los dividen delgadas columnas en cinco o siete huecos de arcos trebolados y perforan el tímpano sobre ellos varios cuadrifolios.

Las bóvedas de los tramos cuadrados y rectangulares son de ojivas, pero en las de la nave central, brazos del crucero y tramos rectos de la capilla mayor se añadió una ligadura longitudinal. En las de los cinco tramos trapeziales de la girola, además de los cuatro nervios concurrentes en el centro, hay otro que va a parar a la clave del arco de ingreso a las capillas y que se corresponde con uno de los siete nervios de éstas (fig. 46).

Al estar casi al mismo nivel la imposta sobre el triforio y el ábaco de los capiteles de la nave mayor, las bóvedas arrancan a menor altura que en las grandes catedrales francesas, en las que dichos capiteles suelen colocarse más elevados. Para conseguir que las claves de las bóvedas de esa misma nave y las de los arcos que las limitan quedasen al mismo nivel, se colocaron columnillas sobre los capiteles de arranque de los arcos ojivos que reciben los formaletes; idéntico es el sistema seguido en la capilla de San Nicolás.

Dobles arbotantes, trazados en forma de arco de cuarto de círculo, evacúan las aguas de la cubierta de la nave mayor, dan estabilidad a los pilares y contrarrestan el empuje de sus bóvedas. Intestan directamente en el muro, sin interposición de estribos. Carece de ellos la nave transversal de crucero, pero en cambio está provista de contrafuertes anchos y salientes, coronados por pináculos piramidales (fig. 42).

Las ventanas de la nave mayor son reducidas, con sencilla y pesada tracería compuesta de un mainel, dos arcos y una pequeña rosa encima. Exteriormente tienen arquivolta de bocel, que cubre en parte una serie de festones o arquillos, motivo frecuente en portadas de iglesias cistercienses. También son angostas las ventanas de las naves laterales, alargadas y de arco agudo, con columnillas en las jambas y sin tracería, inútil por su tamaño. Contrastan unas y otras con las de las capillas de la girola, grandes hasta anular el muro, y con tracería.

Coronan los muros de la nave y capilla mayor cornisas de *crochets* y antepechos de arquillos; éstos entre grandes esculturas de ángeles rígidos, con las alas plegadas, que montan la guardia en torno a la catedral desde hace 700 años.

Las fachadas de los brazos del crucero son magníficos conjuntos de arquitectura gótica

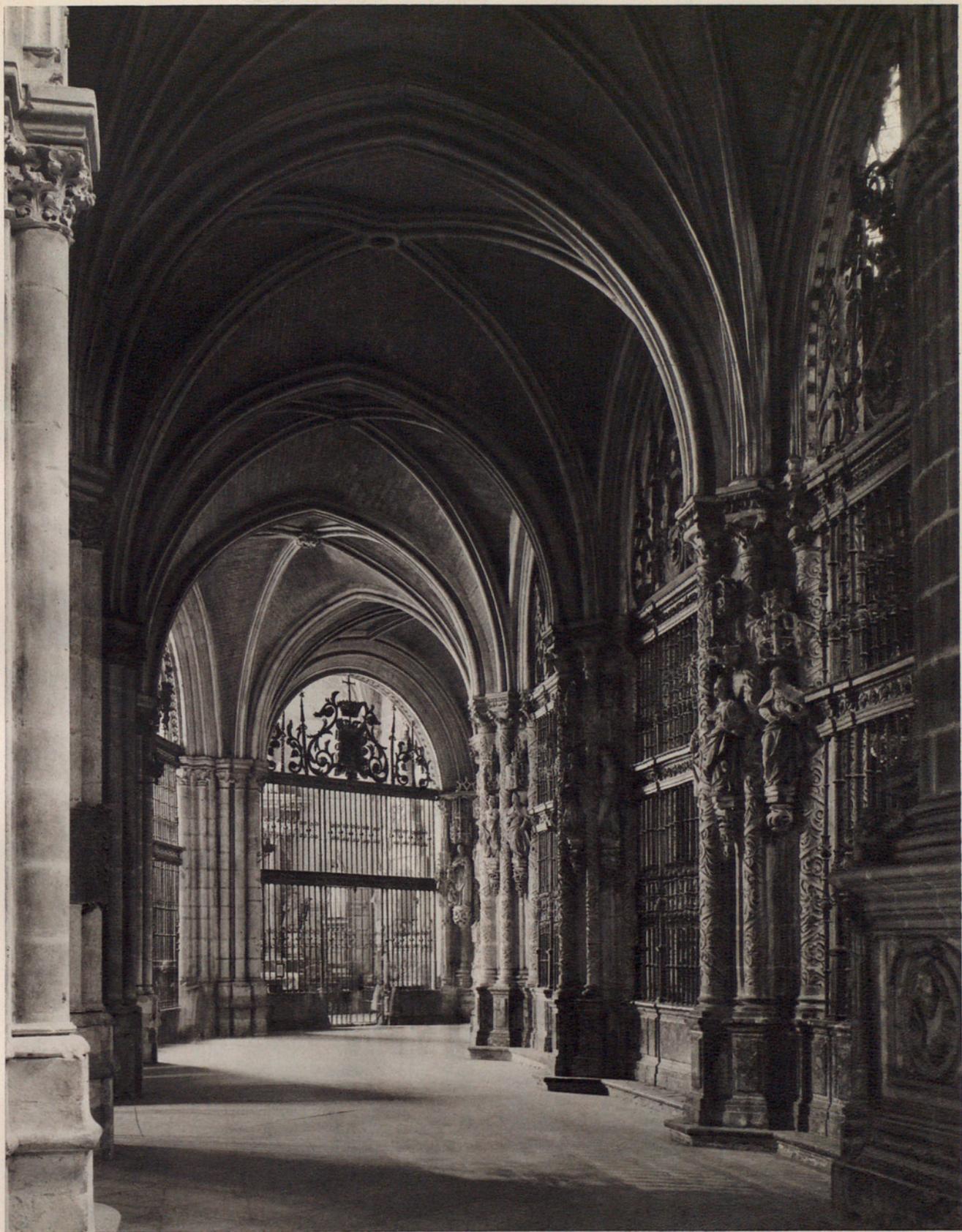
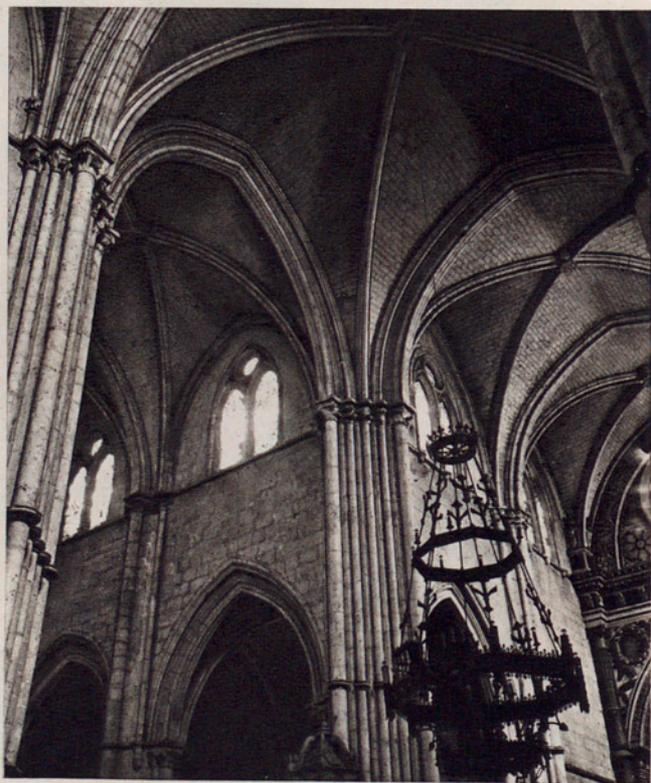


Fig. 46. — GIROLA DE LA CATEDRAL DE BURGOS.



Figs. 47, 48 y 49.—FACHADA LATERAL E INTERIORES DE LA CATEDRAL DE BURGO DE OSMA.

de mediados del siglo XIII, singularmente la de mediodía, en la que se abre la puerta del Sarmental. Esculturas, arquerías, pináculos y paños desnudos se combinan para producir conjuntos equilibrados y de gran armonía. Terminan en línea horizontal y tras su parte alta se ocultan los agudos frontispicios o frontones de la cubierta, muy pendiente, como las de las iglesias del norte de Francia, demostrando, si los restantes elementos no lo dijeran de manera cumplida, el exotismo de su arquitectura. Pero a las formas importadas se impuso el medio geográfico y la tradición local y desde hace siglos esos frontones, acusados en la cara posterior de la parte alta de los muros de los hastiales, carecen de función, pues las armaduras quedan muy por bajo de ellos (fig. 41).

Todos los elementos de la catedral castellana pueden señalarse en diversos templos góticos franceses, pero no se parece a ninguno de ellos. Su anónimo autor siguió modelos que inspiraron en Francia las cabeceras de la abacial cisterciense de Pontigny, en Borgoña, y la catedral de Coutances, en Normandía; en el alzado recuerda sobre todo a la de Bourges, cuyo triforio es muy semejante al burgalés. Pero el maestro Enrique, que probablemente intervino en la construcción a partir de la nave transversal, formaríase en edificaciones de la Champaña, especialmente en la catedral de Reims; las dos fachadas de los brazos del crucero y la del hastial de los pies — las tres portadas de esta última han desaparecido — son réplicas reducidas de las del gran templo galo. El análisis de la catedral de León, también dirigida por el maestro Enrique, comprueba esa filiación.

La catedral de Burgo de Osma. — En 1231 se posesionó de la pequeña diócesis de Burgo de Osma, al ser elegido obispo por elección canónica de su cabildo, don Juan Domínguez de Medina, canciller del rey Fernando y gran promotor de la construcción de nuevos templos. Nombrado abad de Santander en 1217, es muy probable que a él se deba la cripta de su catedral, robustísima y sombría construcción con pilares de dobles columnas en los frentes. En 1219 pasó a ser abad de Valladolid, en donde reedificó la iglesia de Santa María la Mayor, cuyos menguados restos corresponden a un templo con apoyos semejantes a los de la cripta santanderina, parecido a la iglesia del no muy lejano monasterio de Palazuelos que por los mismos años comenzaba a edificarse.

Al tomar posesión el canciller real del obispado de Osma, encontróse con una catedral románica. La de Burgos y el monasterio de las Huelgas, en los alrededores de la misma ciudad, estaban entonces en construcción, y en Cuenca, sede de una diócesis próxima a la de Osma, los muros de su catedral, comenzada unos años antes que esos otros dos templos, elevábanse ya a bastante altura sobre el humilde caserío. La arquitectura de las tres iglesias procedía de Francia, pero dentro del común estilo gótico eran grandes sus diferencias.

Don Juan Domínguez, al emprender la construcción de una nueva catedral no siguió las disposiciones de los templos probablemente por él iniciados en Santander y Valladolid, arcaicos ya en Castilla; quiso sin duda levantar un edificio de acuerdo con el nuevo arte representado por las tres iglesias citadas. Prescindiendo de la girola burgalesa, propia de un templo de grandes dimensiones, imposible de levantar con los reducidos recursos de su pequeña y modesta diócesis, fué la cabecera de la catedral de Cuenca la que le sirvió de modelo. Simplificó ésta, sustituyendo las bóvedas sexpartitas por otras sencillas de ojivas, como las burgalesas, prescindiendo también de la ingeniosa variedad de apoyos que tiene la de Cuenca. Las obras comenzarían en 1232. Cuatro años después figuran como testigos

en una sentencia "Don Lope, maestro de la obra de Osma, Johan de Medina, el cantero". El Tudense, en párrafo antes aducido, atribuye la construcción de la catedral al obispo don Juan Domínguez, trasladado en 1240 a la diócesis de Burgos y muerto en 1246. En 1235 celebró con su capítulo este prelado la canonización de santo Domingo de Guzmán, nacido en la comarca de Osma, y le consagró una de las capillas que acababa de construir en la cabecera de la catedral, la más septentrional, única que se conserva de las cuatro laterales, pues las intermedias fueron demolidas en la segunda mitad del siglo XVI para hacer la girola; la extrema sur corrió igual suerte en 1767 al levantar la sacristía actual. A ella se habían trasladado en 1258, sin duda poco tiempo después de terminar su construcción, los restos del santo prelado Pedro de Bourges, llamado de Osma en Castilla, que lo fué en el tránsito del siglo XI al XII. En 1275 la obra no estaba aún terminada; escaseando los recursos, se solicitó autorización para predicar en otras diócesis la devoción de ese primer obispo de Osma, cuyas reliquias poseía el edificio que, lenta y penosamente, se levantaba. Al fin, medio siglo después, a partir de 1331, el obispo Bernabé, médico de Alfonso XI, pudo enlazar la iglesia, hacer la sillería del coro y pensar en la construcción de un nuevo claustro.

La catedral de Burgo de Osma es un templo de dimensiones reducidas, de tres naves de cinco tramos cada una, estrechos y rectangulares los de la mayor, cuadrados los de las laterales, como los de las iglesias francesas, y otra nave saliente de crucero. Forman el presbiterio dos tramos rectangulares, terminados hacia oriente por un ábside que cierra una línea poligonal de siete lados. A cada lado se alineaban dos capillas, formadas por un tramo cuadrado y un ábside semicircular (fig. 50).

Carece este templo de triforio; la capilla y la nave mayor tienen huecos altos, los de la última de diferentes formas y dimensiones en cada tramo, como hechos en diversas campañas. Lo mismo que en las Huelgas y en la catedral de Cuenca, dan luz al ábside poligonal dos filas de ventanas; las superiores, cuya parte baja oculta el retablo, son estrechas y alargadas. Los pilares se componen de un núcleo cilíndrico con cuatro columnas adosadas, correspondientes a los arcos que de ellas arrancan; las que apean los de comunicación de las naves están flanqueadas por dos de menor sección para su doblado. Los pilares de los arcos torales, más gruesos que los restantes, a pesar de sostener una bóveda de crucería como las de la nave mayor, tal vez por sugestión de la catedral de Cuenca, tienen cuatro grupos de tres columnas para los arcos que de ellos arrancan y sus arquivoltas, y otras cuatro para recibir los arcos ojivos. En los restantes tramos, éstos se apean en columnillas adosadas a los pilares, pero que se detienen a la altura de la imposta, en la que se prolongan los cimacios de los capiteles de los restantes arcos, volando bajo ella por medio de ménsulas labradas en forma de bellísimas cabezas humanas, muy semejantes, como del mismo taller y tal vez de la misma mano, que las de la capilla de San Nicolás de la catedral de Burgos. Respecto a los pilares, su derivación de los del crucero y naves de Cuenca parece indudable. En las respensiones de las naves laterales, las columnas de arranque de los arcos ojivos llegan hasta abajo y las acompañan, además de la columna más gruesa del perpiaño, otra a cada lado para los formaletes. Las bóvedas son todas de ojivas, excepto las del ábside de la capilla mayor y del de la lateral conservada, nervadas ambas, la última con seis nervios, como las de igual planta semicircular de la girola de la catedral de Toledo (figs. 48 y 49).

Los pilares más próximos al crucero, que son los que presentan la disposición descrita, pueden fecharse, con las capillas de la cabecera, la bóveda del ábside de la mayor y los

muros del crucero, en la primera etapa de obras, es decir, antes de mediar el siglo XIII o muy poco después. En el tercer cuarto de ese siglo se labraría la puerta del brazo meridional del crucero, tosca réplica en su escultura de la del Sarmental de Burgos, rehecha y adicionada por el cardenal Mendoza (1478-1483). Campañas posteriores suponen la bóveda del tramo recto del presbiterio más próximo al crucero, las de éste y las de las naves y partes altas de la mayor, con su variedad de reducidas ventanas que iluminan escasamente el interior del templo.

Exteriormente, la construcción del siglo XIII está envuelta y desfigurada por añadidos y reformas de diversas épocas. Las cornisas del presbiterio y de las naves son pseudoclásicas; carece de pináculos, antepechos y cresterías; tan sólo se ven algunos arbotantes primitivos, bajos, a la altura de las ventanas, en la parte recta del presbiterio; arrancan, como los de la girola de la catedral de Toledo, sobre una pareja de columnas con capiteles de *crochets*, y en el saliente estribo al que acometen hay un paso adintelado. Los arbotantes que existen sobre la nave lateral del mediodía del templo se rehicieron en tiempo de don Alonso de Fonseca, nombrado obispo de Burgo de Osma en el año 1494, cuyo escudo ostentan (figura 47).

La catedral de Tarazona. — Es tal vez la de Tarazona la catedral gótica española peor conocida. Justifícase por ser una de las que exigen más detenido análisis para desentrañar sus formas primitivas a través de radicales reformas y añadidos de gran importancia; la visita rápida al edificio es desconcertante. Desde el suelo, su visión es muy incompleta; hay que subir a sus cubiertas y a su torre y asomarse a su triforio para conocer su estructura. Pudo ser el templo que representara el purismo gótico en Aragón, de levantarse más rápidamente y no sufrir grandes mutilaciones en el siglo XIV; quedó en un edificio mixto, en el que se mezclan piedra y ladrillo, partes góticas del siglo XIII con otras mudéjares y de arte del renacimiento.

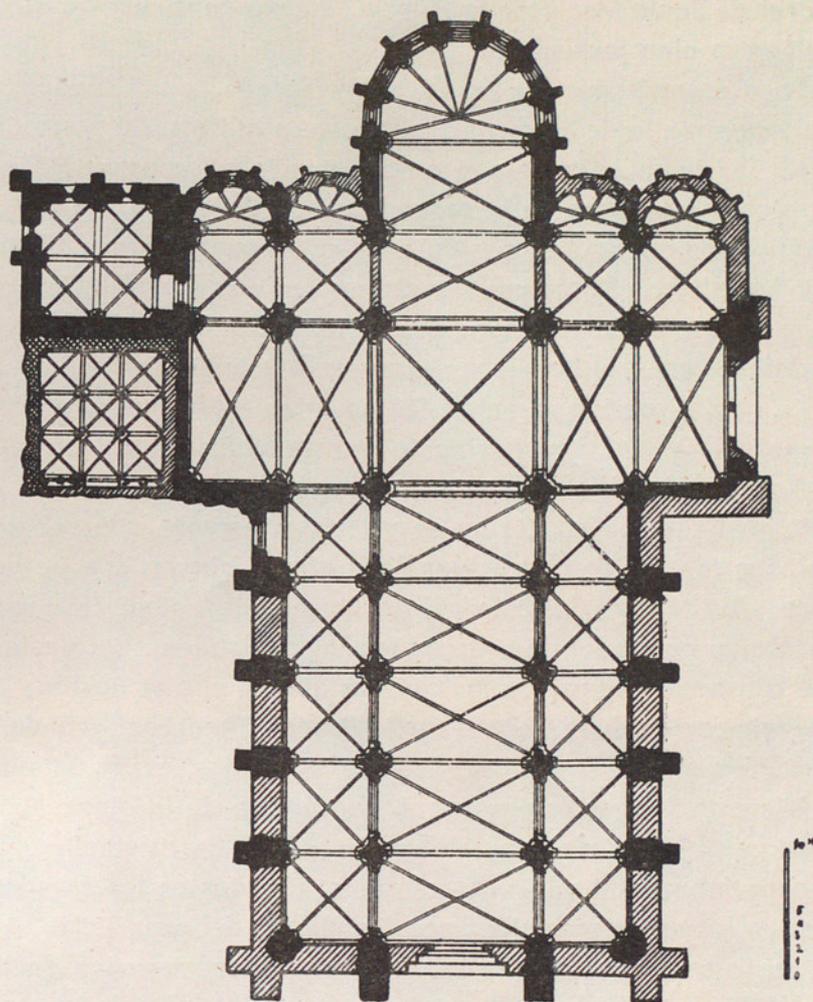


Fig. 50. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE BURGO DE OSMA.

Situada Tarazona en una empinada ladera de fuerte pendiente, apretado su caserío dentro de la cerca, no había espacio en el interior para la construcción de un templo catedral, por lo que se levantó fuera de muros, al pie del cerro y al otro lado del río — el Queiles — y entre las huertas de la vega. El mismo lugar que la actual parece ocupaba la catedral de Santa María de la Huerta, a cuya construcción a mediados del siglo XII aluden documentos algo posteriores.

Poco después que las de Burgos y Toledo, y con independencia de la construcción de éstas, comenzó la de Tarazona, con formas góticas del norte de Francia. En varios antiguos misales del templo figura una nota diciendo fué consagrado en 1235; hay documentos con concesiones a la obra de la segunda mitad del mismo siglo XIII. No estaría muy avanzada su edificación cuando en el siguiente, en la guerra entre Castilla y Aragón, las tropas de Pedro I asediaron Tarazona, penetrando en ella en 1357. La situación extramuros de la catedral fué causa de que sirviera de cuartel y fortaleza a las tropas castellanas, sufriendo enormes daños. Parte del templo y el claustro fueron destruídos, e incendiado el palacio episcopal.

La reconstrucción comenzó lentamente en 1362, para proseguir con mayor actividad en los siglos XV y XVI, singularmente en este último, en el que se levantaron las construcciones mudéjares de ladrillo que caracterizan el exterior.

La dedicación de 1235 ha de referirse tan sólo a la cabecera, tal vez a alguna o algunas de las capillas desaparecidas de la girola, por las que es de suponer comenzaría a construirse. Consta hoy la catedral de una capilla mayor formada por un tramo rectangular y un ábside poligonal de siete paños, al que rodea una girola de cinco tramos trapeziales; no se conserva ninguna de las capillas que en ella se abrían; la más antigua, la de los Calvillo, primera del lado del evangelio, junto al crucero, grande, pero de pobre arquitectura, se edificó después de las destrucciones referidas, en los últimos años del siglo XIV (fig. 54).

Pilares octogonales separan el presbiterio de la girola. Los ocho nervios de la bóveda del primero, decorados con zigzag, arrancan de columnitas, apeadas en cabezas humanas de buena labra, con oficio de ménsulas, situadas en los ángulos de encuentro de las arquivoltas de los arcos sostenidos por los pilares del presbiterio. Algunas de esas cabezas femeninas se cubren con la alta toca cilíndrica característica de las damas del reinado de Alfonso X. Un retablo de 1608 y paños colgados a ambos lados de él ocultan las formas góticas, bastante puras, del fondo del presbiterio. El mudejarismo apunta en la curva en herradura de los arcos agudos de ingreso a la girola.

Las ramas de ojivas de las bóvedas que cubren los cinco tramos trapeziales de la girola son seguidas. Una galería de triforio con su muro de fondo ciego, cubierto por losas horizontales, formando dintel, ábrese a la capilla mayor por tres o cuatro arquivoltas agudas en cada tramo, sostenidos en columnas de sección circular u octogonal; continúa por el muro oriental del crucero y por el occidental de su brazo norte, acusado en éste por siete arquivoltas y con una rosa encima. Dicho crucero es una nave estrecha, bastante saliente. Los cuatro pilares torales, de gran diámetro, están rodeados por dieciséis columnas empotradas, cuatro más gruesas para los arcos fajones y los longitudinales y las restantes para el doblado de éstos y los ojivos. No es seguro fuera a llevar sobre ellos cúpula o linterna; catedrales francesas como la de Chartres tienen apoyos en el crucero de mayor sección que los de las naves, a pesar de cubrirse con una bóveda sencilla de ojivas a la misma altura que las de la mayor.



Figs. 51 y 52. — EXTERIOR DE LA CABECERA E INTERIOR DE LA CATEDRAL DE TARAZONA.

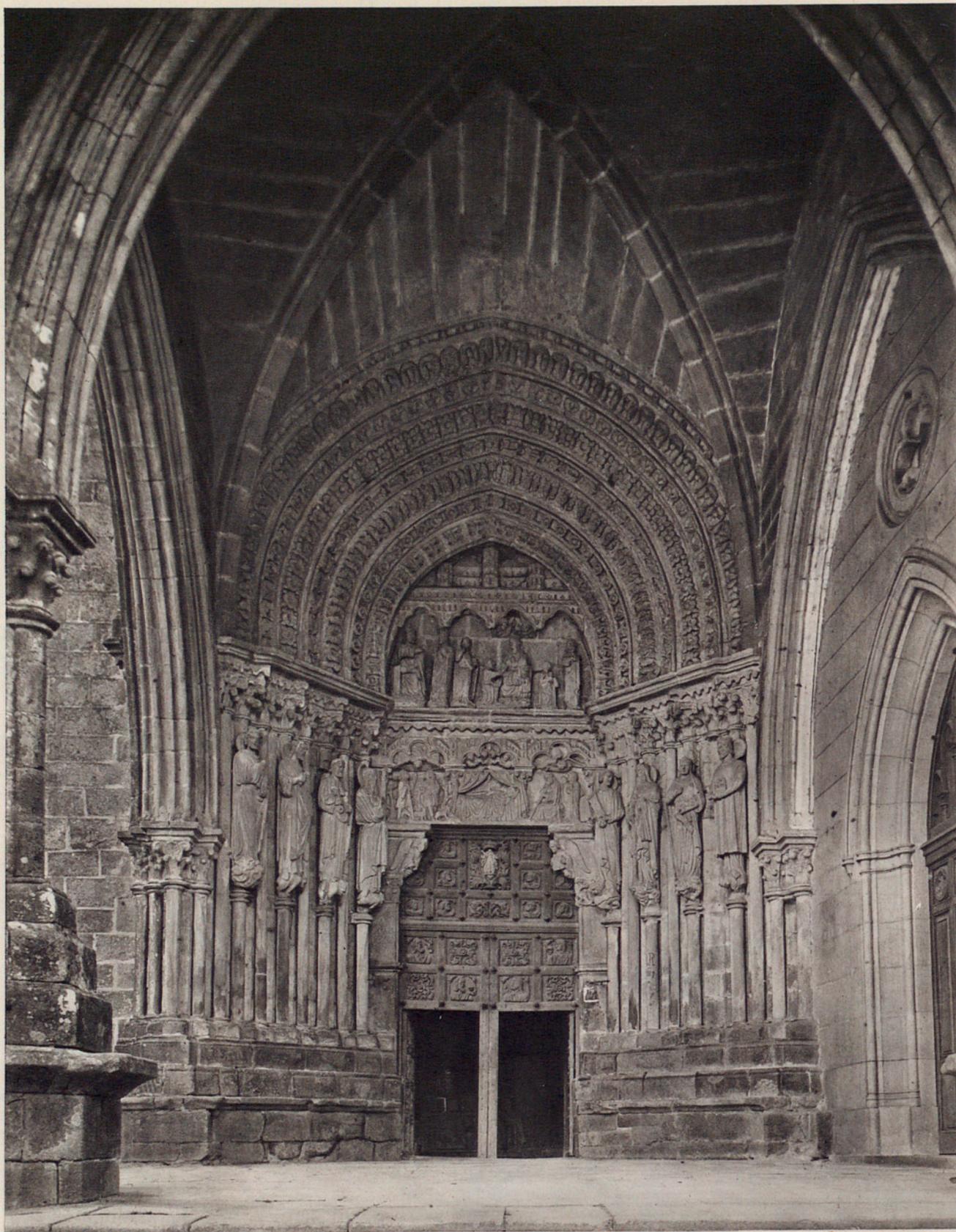


Fig. 53. — PORTADA DE LA CATEDRAL DE TUY.

Cada una de las tres naves se reparte en cinco tramos rectangulares, de longitud desusada los de la central en relación con las francesas. Las separan pilares de núcleo cilíndrico, con cuatro columnas empotradas en sus ejes, forma muy frecuente en el gótico transpirenaico. La sección de los arcos cruceros de las bóvedas de la girola y de las naves laterales, de envolvente triangular, se compone de tres boceles, con arista viva el central, separados por escotas (fig. 52).

El muro oriental del crucero; los que limitan sus brazos a norte y sur; los exteriores de las naves, casi totalmente desaparecidos al abrir posteriormente capillas en todo el perímetro del templo; los pilares de separación de las naves; las bóvedas de ojivas de las laterales y el cuerpo bajo, de piedra, de la torre norte, a los pies y destacada del buque de la iglesia, son obra del siglo XIII y de los primeros años del siguiente.

Al proseguir la construcción varió el plan primitivo, suprimiendo el triforio y abriendo en la nave mayor, sobre los arcos que la separan de las laterales y en los paños del muro occidental del crucero no levantados en la campaña anterior, ventanas altas, muy rasgadas, con tracería hoy mutilada, sólo visibles por el exterior, pues fueron rotas y quedaron ocultas por dentro tras guarniciones platerescas empotradas en el siglo XVI. En este mismo cubriéronse la nave de crucero y el tramo rectangular de la capilla mayor con complicadas bóvedas de nervios.

Exteriormente se ven algunos arbotantes en el presbiterio sobre la girola, y otros en las naves, de los que uno sólo conserva su pináculo terminal, decorado con gabletes en las cuatro caras. Faltan cornisas, cresterías y los restantes pináculos. En el siglo XVI, a la obra medieval de piedra se añadieron, por obreros moros, fábricas mudéjares de ladrillo. Recreiciéronse los muros de la nave mayor para formar sobre ella un cuerpo alto, abierto por arquillos de ventilación y registro de la armadura, a la moda aragonesa, y se levantaron el monumental cimborio y la torre a los pies, jugosas obras mudéjares ambas (fig. 51).

La catedral de Tuy. — Trabajábase en ella en el reinado de Fernando II, en el último tercio del siglo XII, siguiendo las formas de la catedral de Santiago, con modestia y reducidas dimensiones. A comienzos del XIII estaban levantados la cabecera — derribada y reconstruída a fines del XV —, los brazos del crucero y los muros exteriores. El Tudense dice que su predecesor en el obispado don Esteban Egea (1218-1239), terminó la catedral con grandes

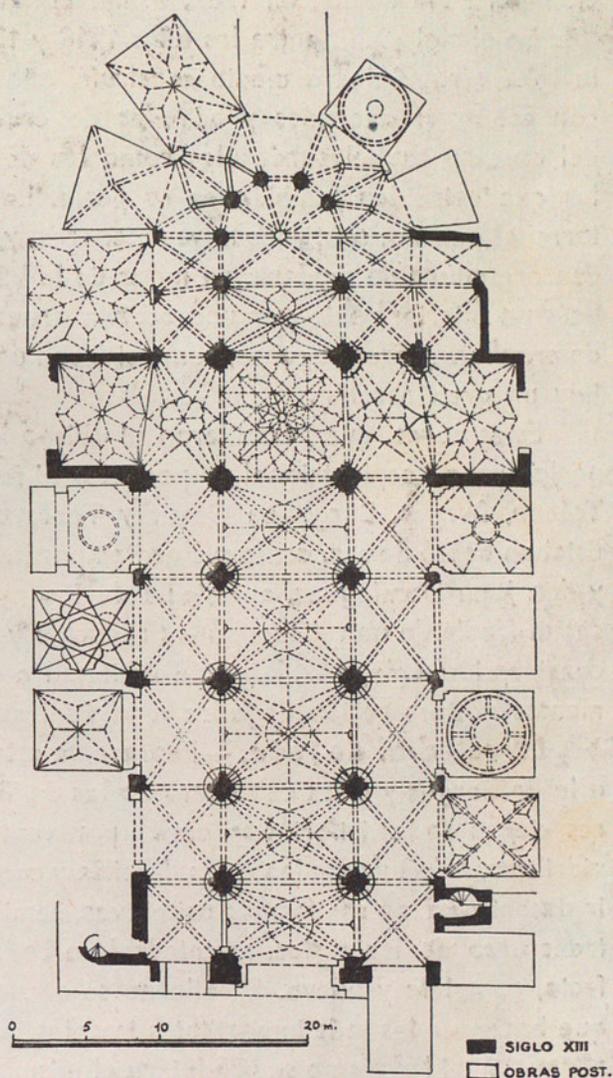


Fig. 54. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE TARAZONA.

piedras y la consagró. Pero en 1264 aun no se habían cubierto las desaparecidas capillas de la cabecera. La portada del hastial de occidente, obra de excepcional interés, por ser sus esculturas de las primeras góticas españolas, se labraba en 1225, fecha de una donación para sus obras; en 1287, completamente terminada, llamábase *Portal novo* (fig. 53).

En el siglo XIII, entre los años 1218 y 1239, según don Lucas de Tuy, completóse, pues, la iglesia románica a medio construir, añadiéndole a los pies pilares de núcleo cilíndrico con columnas adosadas y bóvedas de crucería; apean las ojivas de las de los brazos del crucero capiteles-ménsulas como los de la nave mayor de la catedral de Orense, con las que coinciden también en su perfil. La tribuna, que corría, como la de Santiago, en torno al edificio, sobre las naves menores, y que en la parte de los pies del templo cubrióse con armadura de madera, en lugar de la bóveda de cuarto de cañón que tiene en el resto, acúsase interiormente por una esbelta arquería ciega, de cinco vanos por tramo, capiteles de *crochets* y arcos agudos, como si fuera un triforio. En la parte alta del hastial de poniente hay un gran rosetón.

Estas obras, que permitieron al obispo Esteban consagrar la iglesia, suponen influencia de la Francia septentrional no posterior ni menos pura que las que crearon las catedrales de Toledo, Burgos, Burgo de Osma y Tarazona, aunque de menor importancia. El prelado Esteban debió de ser, como sus contemporáneos don Rodrigo Jiménez de Rada, don Mauricio y don Juan Domínguez, entusiasta de las nuevas formas de la arquitectura gótica francesa; al frente de una diócesis más reducida y pobre que las de aquéllos, y con la catedral en construcción avanzada, hubo de limitarse a añadir al edificio arcaizante unos cuantos elementos góticos recién llegados a la Península.

La catedral de León. — Representa esta catedral de manera perfecta una fase posterior a la de Burgos y a las cabeceras de las de Toledo y Tarazona en la que los muros exteriores ciegos de los triforios se abren por ventanas, con notable aumento de la superficie de vidrieras. Acostumbrados a las difícilés y complejas catedrales españolas, en las que hay que ir desentrañando sus formas primitivas, semiocultas por las heterogéneas acumuladas en el transcurso de los siglos, la catedral de León parece a nuestro gusto demasiado fácil, perfecta, completa y nueva. En ella no se encuentra esa acumulación de adiciones y reformas que hacen de los más importantes templos españoles verdaderas *summas* artísticas. Y no es porque en el leonés no se produjera el mismo fenómeno de acumulación asombrosa de obras de arte, pero la fragilidad estructural del edificio, agravada por su rápida y deficiente construcción y por el añadido posterior e imprudente de elementos que comprometieron su estabilidad, obligó a intervenir a los restauradores ante la amenaza de ruina y éstos suprimieron todo lo que infringía el sacrosanto principio de la unidad de estilo, inventando partes en sustitución de las primitivas alteradas o desaparecidas.

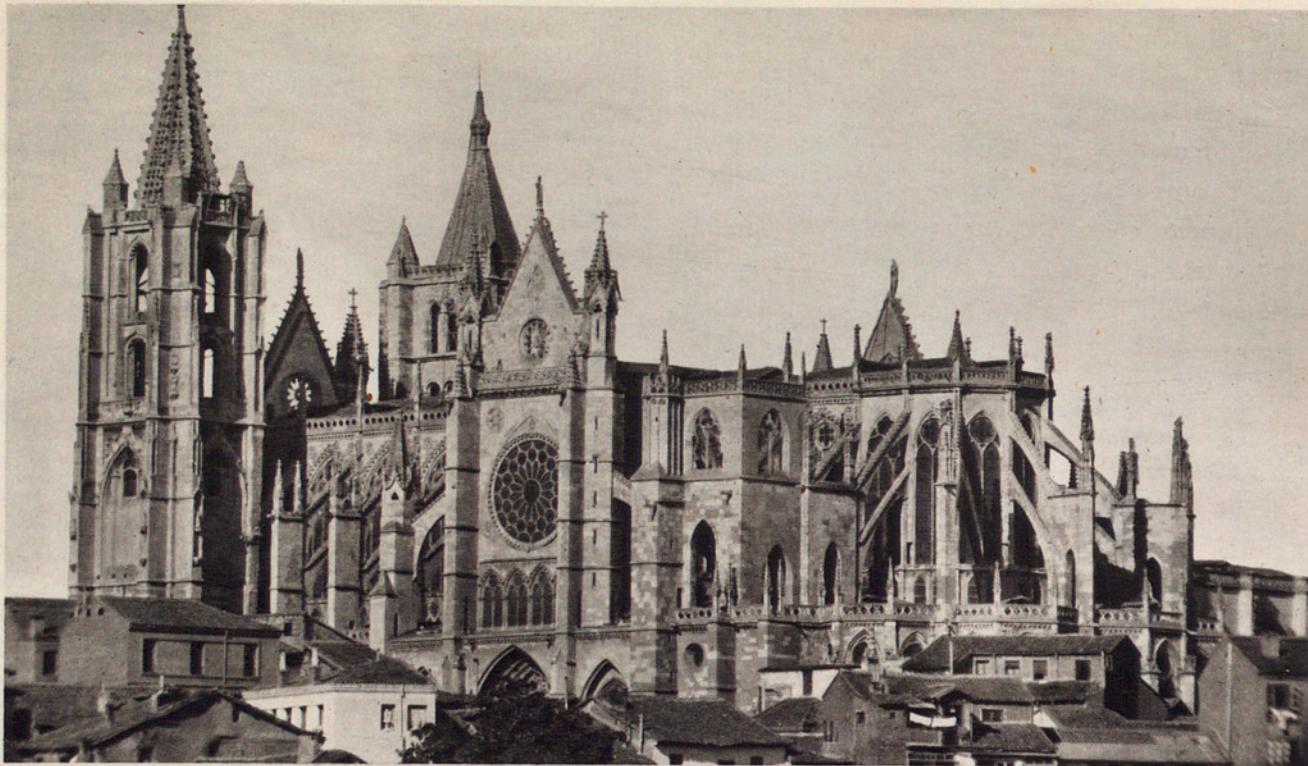
A esta labor acompañó la funesta, para el ambiente del edificio, de perseguir su total aislamiento, según la moda francesa del siglo XIX. Así, las fachadas de poniente y mediodía percíbense hoy al fondo de vastas plazas, "embellecidas" con mezquinos jardinillos, faltando las pequeñas y modestas construcciones inmediatas que servirían para valorar sus dimensiones. Sin embargo, las excelencias de este templo son tan grandes que, a pesar de la labor deshumanizadora de algunos de sus restauradores y de la torpe de los que contribuyeron a su aislamiento, la impresión que produce al que por primera vez lo visita es inolvidable. Impresionante es el asomarse a su interior, pues en él la arquitectura gótica, con dimensio-



Fig. 55. — FACHADA OCCIDENTAL DE LA CATEDRAL DE LEÓN.

INSTITUTO AMATLEP
DE ARTE HISPAÑICO

X



Figs. 56 y 57. — EXTERIOR DESDE EL SUDESTE Y CABECERA DE LA CATEDRAL DE LEÓN.

nes menores que en las más famosas catedrales francesas, se manifiesta en toda su expresiva y original belleza; la nave mayor, relativamente estrecha y alta, parece esbelfísima dentro de muy armónicas proporciones; la luz llega a ella filtrada a través de una serie de vidrieras, viejas algunas, otras muchas modernas, hechas a imitación de aquéllas, produciendo un maravilloso efecto de policromía.

Comparando este templo, en el que las formas góticas llegan a una sutilización extraordinaria, con las restantes catedrales españolas, podemos ver todo lo que hay en estas últimas de españolización de las fórmulas francesas, pues la de León parece, como la iglesia de Roncesvalles, construcción trasplantada al sur de los Pirineos, cuyo único hispanismo es el emplazamiento de las torres, adosadas a las naves laterales y no sobre su último tramo.

El Tudense, que escribía en León y concluyó su *Historia* hacia 1236, ponderando las felices consecuencias del matrimonio de Alfonso IX con doña Berenguela, dice que por todo el reino dieron en derribarse iglesias para reconstruirlas de nuevo, y que entonces el obispo de León don Manrique († 1205) "cimentó su catedral con gran obra, pero no llegó a concluir". A esta iglesia corresponden los cimientos reconocidos en 1886 en el subsuelo del edificio actual, pertenecientes a una iglesia de planta románica.

León era diócesis exenta, ni muy grande ni muy rica, y, perdido su antiguo rango de corte, de secundaria importancia en el siglo XIII. La construcción de su catedral ha de atribuirse a la celosa actividad de un obispo, gran constructor; contando con escasos recursos, quiso competir con los de Burgos y Toledo que unos veinticinco años antes dieron comienzo a sus respectivos templos diocesanos.

Dicho prelado fué don Martín Fernández, nombrado en 1254; era notario real y gran amigo y protegido de Alfonso X. En 1255 este monarca confirmaba los privilegios disfrutados por la iglesia de León durante el gobierno del obispo don Manrique, acordándole otros nuevos y concediéndole la propiedad de un territorio del que era posible extraer madera para la construcción, y tres años después, un concilio de los obispos del reino reunidos en Madrid concedió indulgencias a los que contribuyesen a la obra de Santa María de León, "que se reconstruye de nuevo a costa de grandes gastos para los que no bastaban sus propios recursos". En este mismo año de 1258, don Martín Fernández fundó las capillas de Santiago y San Clemente y en el siguiente Alfonso X unas capellanías que se establecerían "en dos capillas que han de construirse en la nueva fábrica de la cabecera de la iglesia"; éstas eran las que preceden a las citadas. No cabe, pues, duda de que la obra de la catedral comenzó hacia 1255 y en 1258 se levantaban las capillas de la cabecera.

En 1273, el concilio general de Lyon concedía nuevas indulgencias para "la iglesia catedral de Santa María de León, cuya obra nueva se levanta con la mayor magnificencia y no puede concluirse sin la ayuda de los fieles". Alfonso X eximía de impuestos en 1277 a veinte pedreros, un vidriero y un herrero, ocupados en la obra, privilegio confirmado por Sancho IV en 1284. Al testar el obispo San Martín en 1288 († 1289), estaría hecha y abierta al culto parte importante de la cabecera, con cuatro capillas, a las que dotaba para que en ellas se elevasen sufragios por su alma; en ese documento cita una imagen de la Virgen existente en el crucero. Anteriormente, en 1277, había fallecido el maestro Enrique, que lo fué al mismo tiempo de la catedral de Burgos, llamado sin duda a León por sus anteriores trabajos en aquélla; sucedióle Juan Pérez, que también compartió la maestría de los dos grandes templos y murió en 1296. En 1302 el edificio debía estar muy avanzado, como para consi-

derarlo casi concluído, pues el obispo don Gonzalo Osorio daba en esa fecha una constitución en la que declara expresamente que la obra se hallaba en buen estado, y al año siguiente revertían al capítulo las rentas atribuídas hasta entonces a la construcción. Hacia 1320, en las luchas que tuvieron lugar durante la minoridad de Alfonso XI entre los infantes don Juan y don Felipe, la catedral sirvió de fortaleza, y el último mandó combatirla muy fuertemente y la entró por fuerza. El templo no estaba totalmente terminado en el siglo XV, pues en 1439 el concilio de Basilea concedía nuevas indulgencias a los que contribuyeran a las obras; por entonces se terminaron las partes altas.

En el mismo siglo XV ya se acusó la ruina. Las muchas obras realizadas en los posteriores fueron desgraciadas casi todas y algunas funestas para el edificio, que hubo de sufrir además de terremotos. El templo de León que, según escribía Lucio Marineo Sículo en el siglo XVI, "en artificio y sotileza sin duda tiene ventaja a todos" los de España, llegó a mediados del XIX ruinoso y envilecido, tapadas con adobes las vidrieras del triforio y las ventanas de las naves laterales.

Según uno de sus restauradores, se distinguían las dos primeras etapas de la construcción por emplearse en ellas piedra de distintas canteras. Con una rojiza se levantaron en el siglo XIII la girola con sus capillas absidales, la mayor, la pila toral del noroeste, la zona baja de los muros laterales, la parte inferior de la fachada occidental y de las dos torres, las bóvedas de la cabecera y alguna otra parte. En el siglo XIV usóse una piedra blanquizca, de peor calidad, y con ella construyéronse las otras tres pilas torales, los pilares y bóvedas del brazo mayor, todas las partes altas, con bóvedas, ventanas y rosas, y la torre del norte. Con otra clase de piedra edificáronse en el siglo XV el frontón del hastial del norte, la torre incompleta en el brazo sur del crucero, los últimos cuerpos de la torre y flecha meridional, los pináculos, etc.

La catedral leonesa tiene planta de cruz latina, de brazos muy cortos; triple nave, volviendo las laterales en el crucero; capilla mayor de considerable longitud para la colocación en ella del coro, formada por dos tramos rectangulares y un ábside que cierra una línea poligonal de siete lados; girola con cinco capillas hexagonales abiertas a ella; crucero con naves laterales, dobles en los dos tramos rectos de la cabecera; naves longitudinales cortas, de cinco tramos, rectangulares alargados en la mayor, cuadrados los de las laterales, y torres salientes, adosadas al último tramo de éstas (fig. 62).

Esta planta, como han reconocido todos los analizadores del monumento, muy difundida en el siglo XIV, es copia reducida, aproximadamente en un tercio, de la de la catedral de Reims, cuyo presbiterio se levantó de 1221 a 1231; también se redujo en la leonesa la extraordinaria longitud de las naves de su modelo.

Las capillas de la girola se levantan sobre un alto macizo de fábrica de muros desnudos, gran torreón saliente de la muralla, de cuyas fortificaciones formaba parte. Capillas poligonales y girola tienen sus cubiertas a la misma altura y sobre ellas se yergue el elevado y estrecho cuerpo de la capilla mayor, enlazadas las tres partes por dobles arbotantes que arrancan de contrafuertes de gran longitud, levantados sobre los muros de separación de las capillas. El exterior de éstas es idéntico al de las del mismo lugar de Reims (fig. 57).

El escalonamiento de naves y crucero y el contrarresto de las bóvedas de la nave mayor por dobles arbotantes quedan bien acusados exteriormente. En los brazos del crucero, singularmente en la triple portada meridional, a la influencia de Reims se une la de Char-

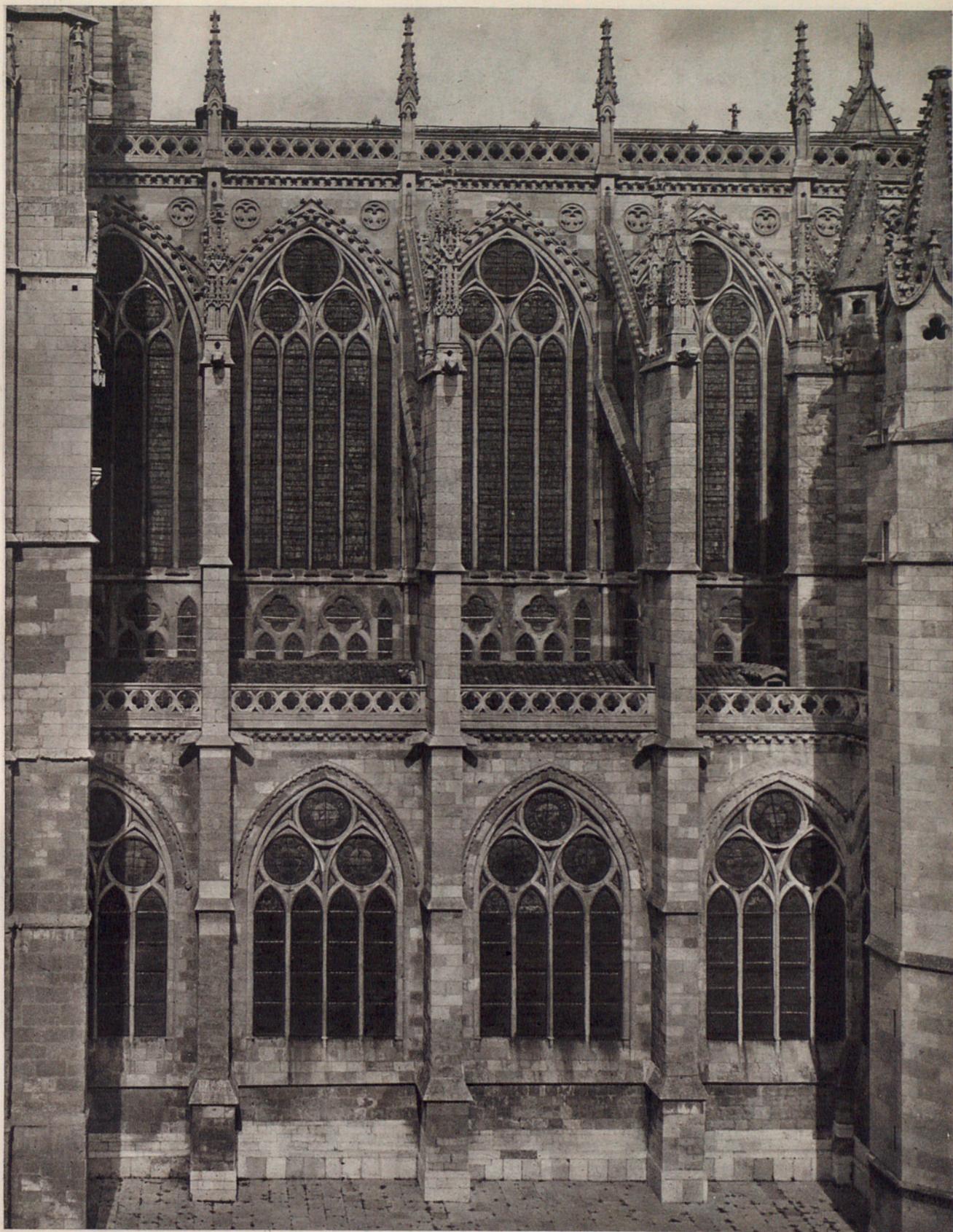


Fig. 58. — EXTERIOR A MEDIODÍA DE LAS NAVES DE LA CATEDRAL DE LEÓN.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPANICO

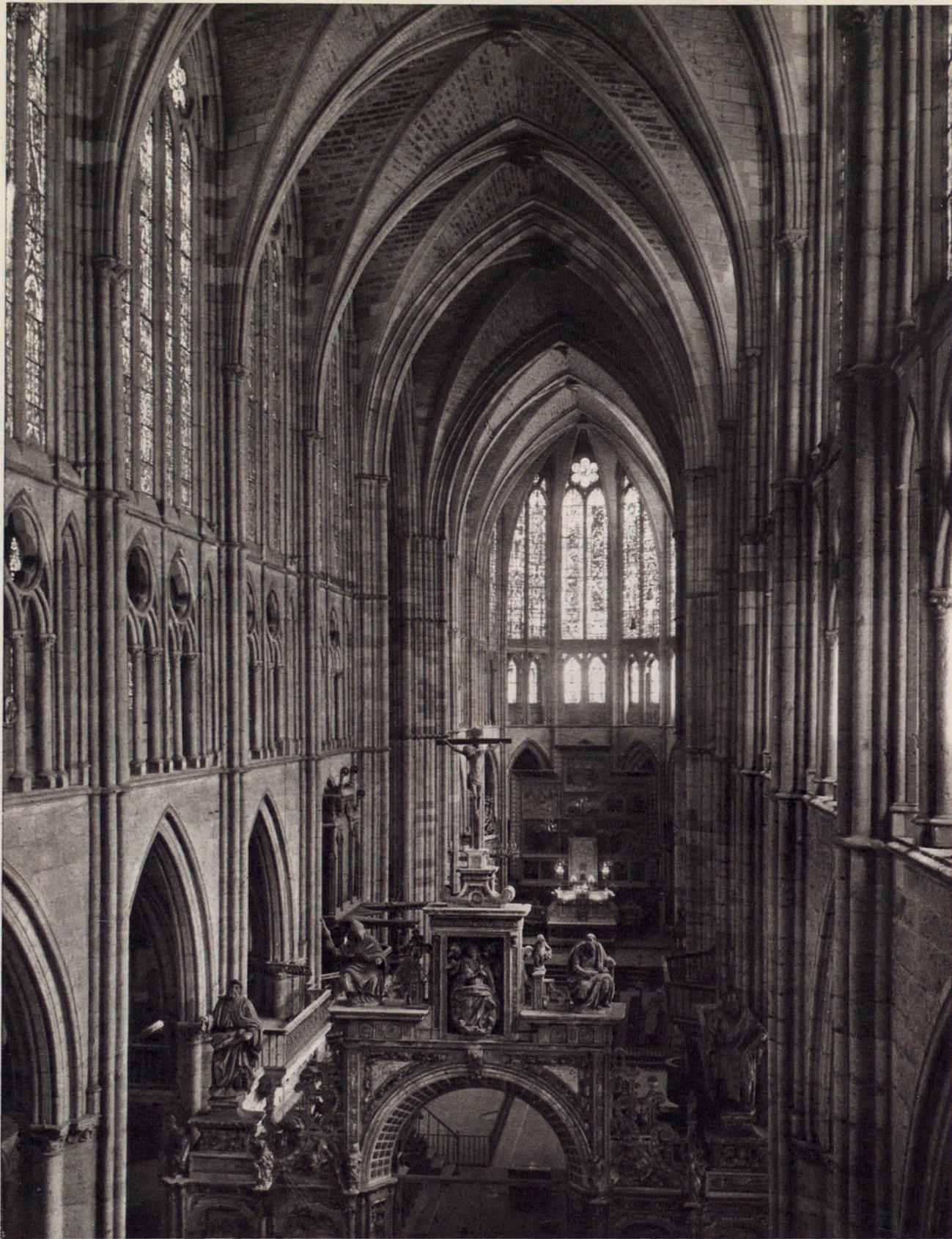


Fig. 59. — NAVE PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE LEÓN.



Fig. 60. — INTERIOR DE LA CATEDRAL DE LEÓN.



Fig. 61. — FACHADA MERIDIONAL DE LA NAVE DEL CRUCERO Y PUERTA DEL PALAU DE LA CATEDRAL DE VALENCIA.

tres. La disposición arquitectónica del pórtico de la fachada principal deriva de la del de los brazos del crucero de la última catedral; la semejanza entre ambos era aún mayor antes de que las reformas del siglo XV y las restauraciones del XIX suprimieran del leonés los gabletes, cuyos vestigios aun se reconocen (figs. 55 y 56).

De los tres hastiales, tan sólo el septentrional es primitivo, pero el frontón que lo remata hízose en el siglo XV. Su gran pendiente demuestra, como en la catedral de Burgos, el exotismo de los planos que sirvieron para levantar el templo.

Las naves se cubren con bóvedas de crucería sencillas. La mayor tiene 30 metros de altura, dos veces y media su ancho. En las laterales, hay un paso interior a lo largo de sus

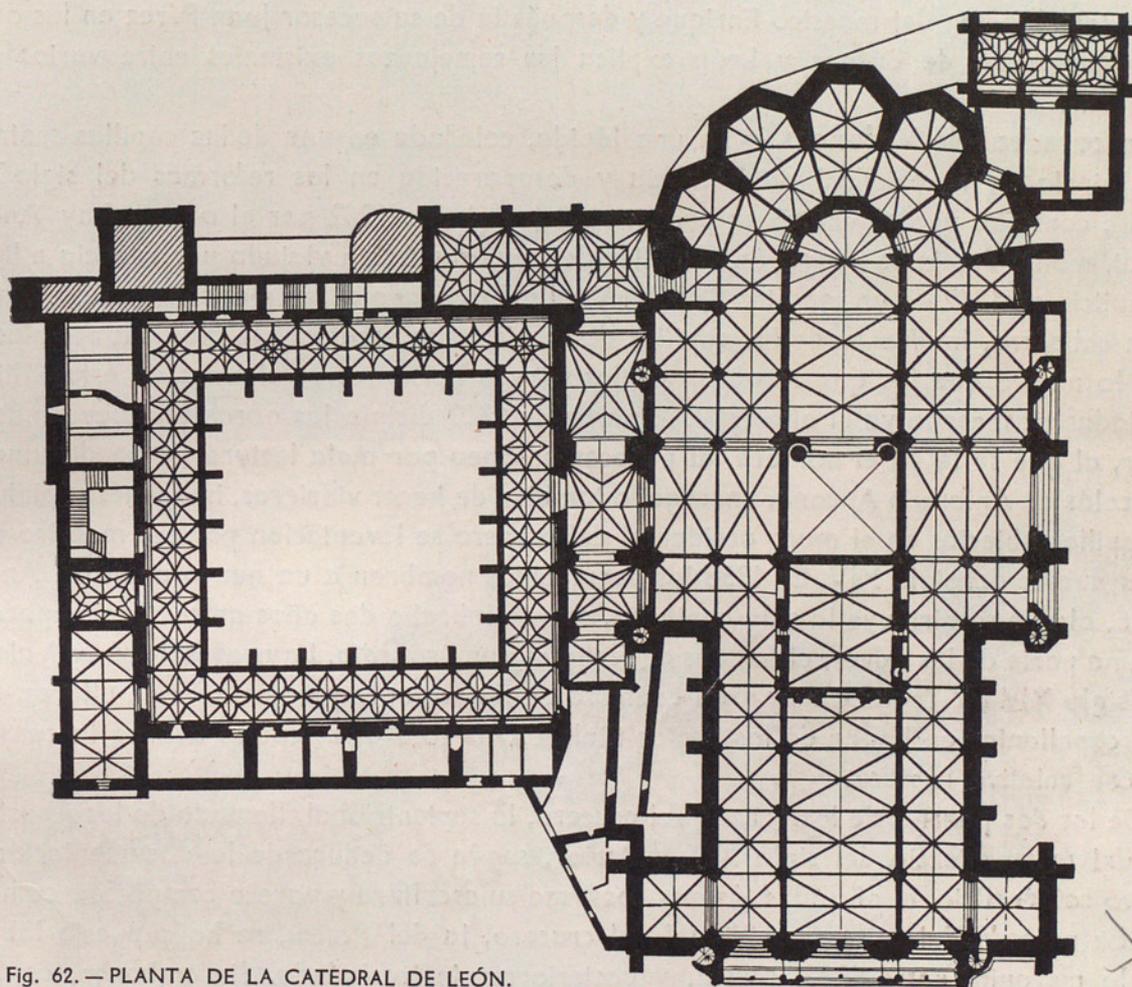


Fig. 62. — PLANTA DE LA CATEDRAL DE LEÓN.

muros, al nivel de los alféizares de las ventanas, atravesando los pilares. Extiéndese bajo una arquería ciega y lo cobijan en cada tramo pequeños segmentos de bóvedas de medio cañón agudo, bajo las cuales se abren ventanas, disposición champañesa que se encuentra en la catedral de Reims (figs. 58 y 59).

Forman los apoyos de las naves laterales del presbiterio un núcleo central cilíndrico con cuatro columnas adosadas, como en Reims y en otros muchos templos; en las naves longitudinales, en cambio, del lado de la mayor, a la columna única sustituye un grupo de tres.

En las partes altas, singularmente, se notan avances sobre las disposiciones primitivas

de Reims, que demuestran ininterrumpida comunicación con las obras francesas contemporáneas. Mientras que el muro de fondo del triforio de la catedral francesa está ciego, el de la de León se caló, formando así con el ventanal alto un gran vano que ocupa todo el espacio entre los pilares (figs. 59 y 60).

A excepción de las portadas, cuyo programa iconográfico originario fué el mismo que para las de Burgos, la ornamentación del edificio se reduce a los capiteles, de poca variedad, y a unas cabecillas, repisas de las arquivoltas de las ventanas bajas, de excelente cincel, que se repiten en el claustro alto de la catedral burgalesa. La decoración es toda vegetal y naturalista; hojas recortándose sobre el núcleo del pilar y las columnas adosadas. Los capiteles de la cabecera llevan dos filas de follaje, como otros de Reims y de la Champaña.

La intervención del maestro Enrique y después la de su sucesor Juan Pérez en las obras de las catedrales de Burgos y León explica las semejanzas existentes entre varias partes de ambas.

La catedral de Valencia. — En una lápida, colocada en una de las capillas centrales de la girola de la catedral de Valencia y desaparecida en las reformas del siglo XVII o XVIII, constaba que se colocó su primera piedra el año 1262 por el obispo fray Andrés Albalat, monje dominico aragonés, canciller del rey, que había viajado por Francia e Italia. Hay noticia en 1267 de un maestro Arnaldi Vitalis. Empezado el templo, como de costumbre, por la cabecera, las fechas de las capillas de la girola se escalonan en los años finales del siglo, lo mismo que las que se abren en los brazos del crucero, algunas de estas últimas levantadas traspasado ya el año 1300. A partir de 1303 dirigía las obras un nuevo maestro mayor, al que se le da el nombre, al parecer erróneo por mala lectura de un documento, de Nicolás de Antona o Ancona, encargado también de hacer vidrieras, imágenes y pinturas. Las capillas abiertas en el muro occidental del crucero se levantarían por ese maestro en el primer cuarto del siglo XIV. En 1358 los documentos nombran a un nuevo maestro, Andrea Juliano, al que se atribuye la sala capitular, que se labraba dos años antes. Contemporánea será una parte de las naves, ultimadas en fecha algo más tardía. La prosperidad de Valencia en el siglo XIV dió lugar a una gran cantidad de fundaciones y dotaciones de altares, capillas y capellanías en honor de los santos titulares, merced a las cuales avanzó la construcción con relativa rapidez.

De las dos puertas de los brazos del crucero, la septentrional, llamada de los Apóstoles, será del primer tercio del siglo XIV, anterior, según se deduce de la documentación del archivo catedralicio, al año 1354, lo que confirma su escultura y parece comprobar su heráldica. La portada del brazo meridional del crucero, la del *Palau*, se ha supuesto labrada para la mezquita entre 1238 y 1262, y posteriormente trasladada. Sin embargo, es de la misma escuela que la de los *Fillols* de la catedral de Lérida y la de la iglesia de Agramunt (1283), por lo que no hay necesidad de fecharla en época anterior al comienzo de la catedral. Obra de artistas catalanes, responde a la misma filiación que el resto del edificio (figura 61).

El primer tramo de los pies es ampliación acordada en 1426; comenzóse, por el arquitecto Baldomar, en 1440; la ultimó en 1480 otro famoso arquitecto, Pedro Compte. La fachada es una gran obra barroca de comienzos del siglo XVIII. Antes, a partir de 1660, fué necesario rehacer uno de los pilares del crucero del lado de la puerta de los Apóstoles, por amenazar ruina. A fines del mismo siglo se renovó el presbiterio, y en el siguiente, a partir



Figs. 63 y 64. — EXTERIOR DE LA CABECERA DE VALÈNCIA. CABECERA DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE LAS HUELGAS DE BURGOS.

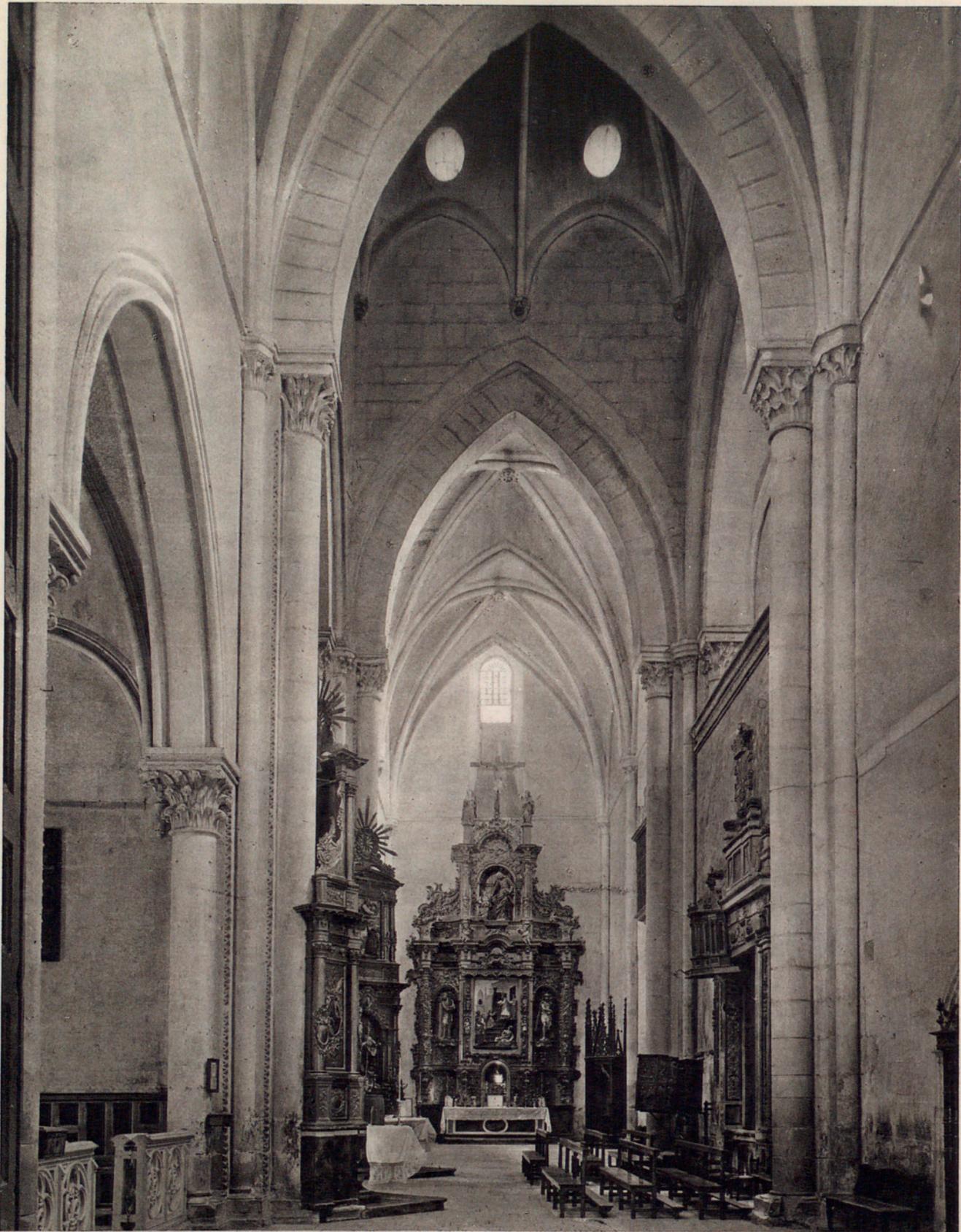


Fig. 65. — NAVE DEL CRUCERO DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE LAS HUELGAS DE BURGOS.

de 1774, fué envuelto el templo en una vestidura neoclásica que lo desfigura totalmente, destruyendo las capillas de las naves para rehacerlas más grandes y ostentosas y cubrirlas con cúpulas a la moda de la época.

La catedral de los siglos XIII-XIV subsiste, pues, oculta en gran parte, aunque la han dado por desaparecida escritores españoles y extranjeros. Al enmascaramiento interno corresponde el exterior, pues el edificio se halla medio oculto por edificaciones de distintas épocas y estilos y la cabecera escóndese tras unas galerías de estilo renacimiento comenzadas a labrar en 1566; tan sólo quedan visibles al exterior las dos portadas del crucero y la linterna que se levanta en el centro de éste. Si suponemos la catedral de Valencia desnuda de todos los aditamentos que interiormente la enriquecen, resulta un edificio de bien menguado goticismo. La escasa elevación de sus naves — 12 metros de altura la mayor y 8 las laterales — y relativa amplitud, explica la impresión de gran pesadez del interior, que permitió disfrazarla de modo perfecto según la moda neoclásica, lo que en pocas ocasiones fué posible hacer con los edificios góticos por la diferencia radical de sus proporciones de la de los edificios grecorromanos.

Su arquitectura es bárbaramente híbrida; los que la levantaron quisieron seguir las modas contemporáneas, conservando al mismo tiempo formas de las empleadas medio siglo antes en las catedrales de Tarragona y Lérida; de la diócesis metropolitana de la primera dependía el obispado de Valencia, después de enconadas disputas con la de Toledo.

Corresponden a formas contemporáneas, es decir, de la segunda mitad del siglo XIII, la cabecera y los arbotantes de la nave mayor. Integran la primera un presbiterio poligonal, abierto directamente al crucero — el coro se emplazaría en la nave mayor —, limitado por una línea de cinco lados y cubierto con una bóveda de seis nervios, y una girola de cinco tramos, con capillas radiales. La forma de esos tramos es muy original; no conozco fuera de España otra semejante. En lugar de la trapecial acostumbrada, su planta es un pentágono, pues al lado externo, en el que se abren las capillas, sustituyen dos en el templo de Valencia y cada uno de ellos es ingreso a una capilla de planta análoga a la del presbiterio, con clave central y ocho nervios en su bóveda; a los seis que concurren a los vértices se unen otros dos que mueren sobre el arco de ingreso. Los arbotantes, de insólita forma semicircular, resultan aquí más injustificados que en ningún otro monumento español por la escasa diferencia de altura de las naves y elevación de la mayor, al mismo tiempo que por la robustez de sus apoyos. De su construcción primitiva no puede dudarse, por encontrarlos también en la iglesia de Santa María de Sagunto, réplica de la catedral valentina, y por la copia que de ellos se hizo en el tramo de los pies de las naves, adicionado en el siglo XV (fig. 63).

El arcaísmo de la catedral de Valencia aparece bien patente en los apoyos, hoy envueltos, como toda la fábrica primitiva, con dobles columnas en los frentes y otras en los codillos — 12 en total —, siguiendo a los de las catedrales de Tarragona y Lérida, de las que también procede la linterna del crucero, así como la planta cuadrada de los tramos de la nave mayor. La escasa inclinación del trasdosado de las bóvedas es característica local, lo mismo que las proporciones pesadas de todo el edificio, opuestas por completo a las góticas, como antes se dijo.

El monasterio de las Huelgas de Burgos. — En pocos edificios medievales se da el caso de tan radical antagonismo entre el insistente testimonio de los documentos y lo que

el análisis arquitectónico manifiesta como en el monasterio de las Huelgas, emplazado en lugar ameno de la vega de Burgos, abundante en agua y arboledas.

Alfonso VIII y su mujer doña Leonor, sus fundadores, quisieron erigir un gran monasterio de monjas bernardas, cabeza jerárquica de cuantos femeninos existían en Castilla y León, cuya abadesa unía, a uno de los más importantes señoríos del reino, privilegios extraordinarios de orden espiritual.

Por un documento de 1184 consta que dichos monarcas construían en esa fecha el monasterio, lo que repite el privilegio de fundación dos años posterior. Al donarlo a la orden del Císter en 1199, aluden a la casa religiosa como ya edificada, y en documentos de 1201, 1204 y 1209, dicen haber construido de nuevo el monasterio de Santa María de Regla, llamado algo más tarde de las Huelgas, lo que reitera una vez más el monarca en su testamento de 1204. Fernando III, Alfonso el Sabio y los historiadores coetáneos — don Rodrigo Jiménez de Rada, el Tudense y el autor de la *Crónica* latina — coinciden también en afirmar su construcción por los citados soberanos.

Y, sin embargo, a pesar de tan altos y repetidos testimonios y del silencio que guardan los documentos posteriores sobre obras en la casa religiosa — tan sólo se citan varias ventas y donaciones, reales algunas, *ad opus monasterium*, en los años 1207, 1216, 1223 y 1228—, excepto el claustro llamado las "Claustrillas" y algunas capillas de arte hispanomusulmán, el conjunto del templo y de las demás construcciones monásticas se levantaron en el reinado de Fernando III; las anteriores, que estarían situadas en torno a ese claustro, han desaparecido. Las Claustrillas es obra de traza aun románica, con capiteles exclusivamente de flora, en cuya construcción tomó parte un maestro Ricardo, extranjero al parecer, por su nombre, al que Alfonso VIII dió una heredad en 1203 como recompensa por su intervención en las obras del monasterio de Santa María de Regla.

Etapa artística más avanzada que las Claustrillas supone la iglesia actual, la sala capitular y el claustro llamado tradicionalmente de San Fernando, edificaciones plenamente góticas, tan sólo comparables por su elegancia y perfección a la cabecera de la catedral de Cuenca, a las capillas de la girola de la de Toledo y al refectorio de Huerta. En su construcción intervendrían maestros y operarios franceses.

La edificación de la iglesia del monasterio cisterciense de Matallana, también fundación regia, comenzada en 1228, revela que antes de esta fecha se labraba el de las Huelgas, puesto que la cabecera de aquél, obra tosca y ruda, inspiróse en la del burgalés. Es dato útil para la cronología de las Huelgas el haberse hecho el altar mayor de la iglesia de Palazuelos en 1226, puesto que las bóvedas que cubren el presbiterio en que se encuentra parecen inspiradas en las de análogo lugar del templo bernardo. Los castillos y leones labrados en las claves de las bóvedas de las naves de las Huelgas, acreditan que se cerraron con posterioridad a 1230, fecha de la unión de los reinos representados por esos blasones. En 1244 falleció y fué enterrada en la nave de San Juan Evangelista del templo — la de la epístola — doña Leonor, hija de Alfonso VIII, casada y divorciada de Jaime I. Una yesería mudéjar que decora la bóveda de un paso del claustro de San Fernando a las construcciones viejas lleva la fecha de 1275; en este año, pues, se realizaban obras complementarias de decoración en las dependencias monásticas. En 1279, terminada sin duda totalmente la iglesia, procedióse a la bendición de varios altares y sepulturas, consagrando el cementerio de los reyes e infantes, situado en las naves del templo. Los cadáveres de Alfonso VIII y de

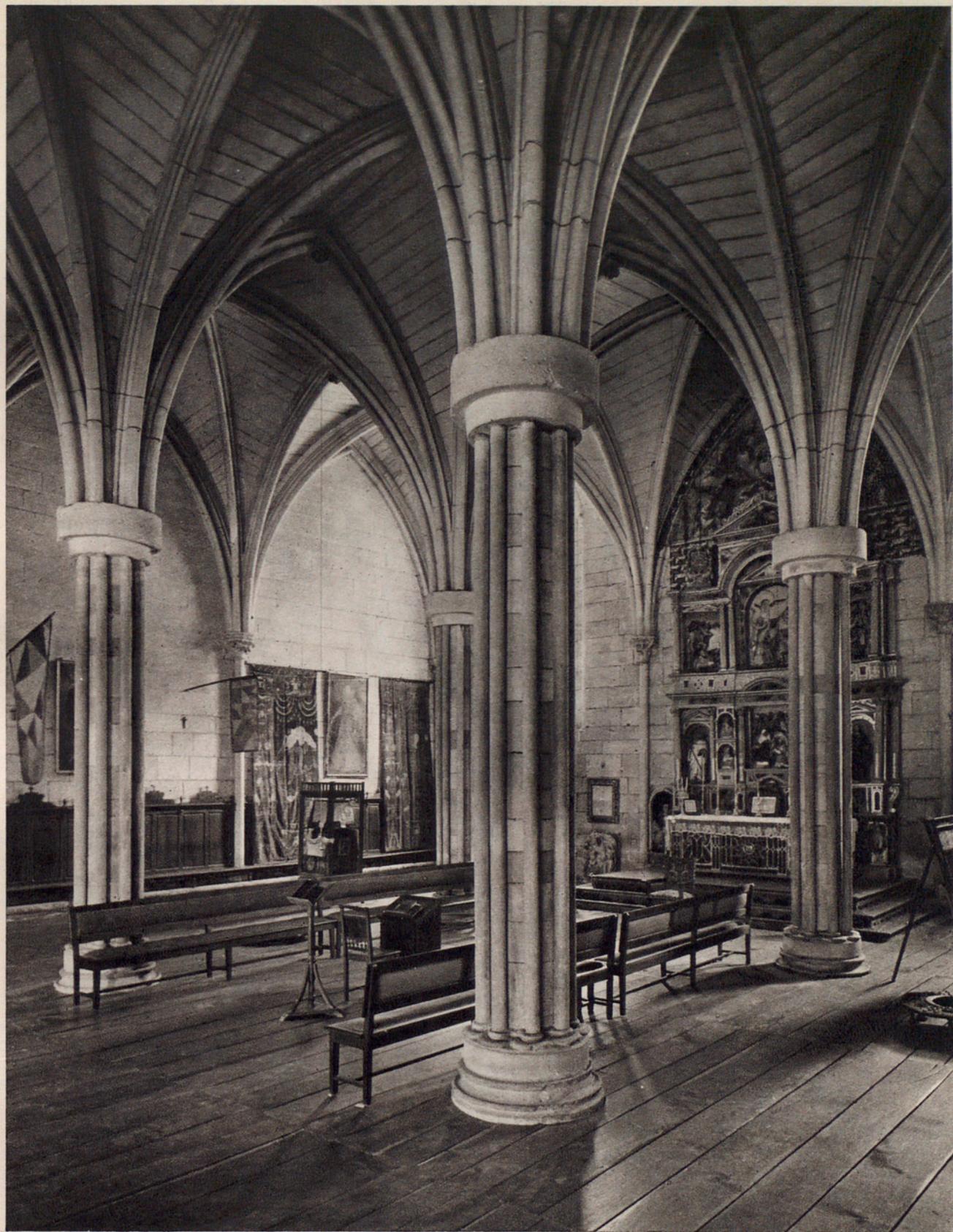


Fig. 66. — SALA CAPITULAR DEL MONASTERIO DE LAS HUELGAS DE BURGOS.



Fig. 67. — REFECTORIO DEL MONASTERIO DE HUERTA.

la reina Leonor y de algunos de sus familiares trasladáronse a dicho lugar desde una capilla inmediata a las Claustillas. Uno de los altares consagrados entonces lo fué en la capilla de los clérigos, o de San Juan Bautista, que es la inmediata a la iglesia y a su norte; consta estaba terminada en 1288: su emplazamiento y arquitectura revelan posterioridad respecto al templo monástico. Puede, pues, asegurarse, lo que comprueba el análisis arquitectónico,

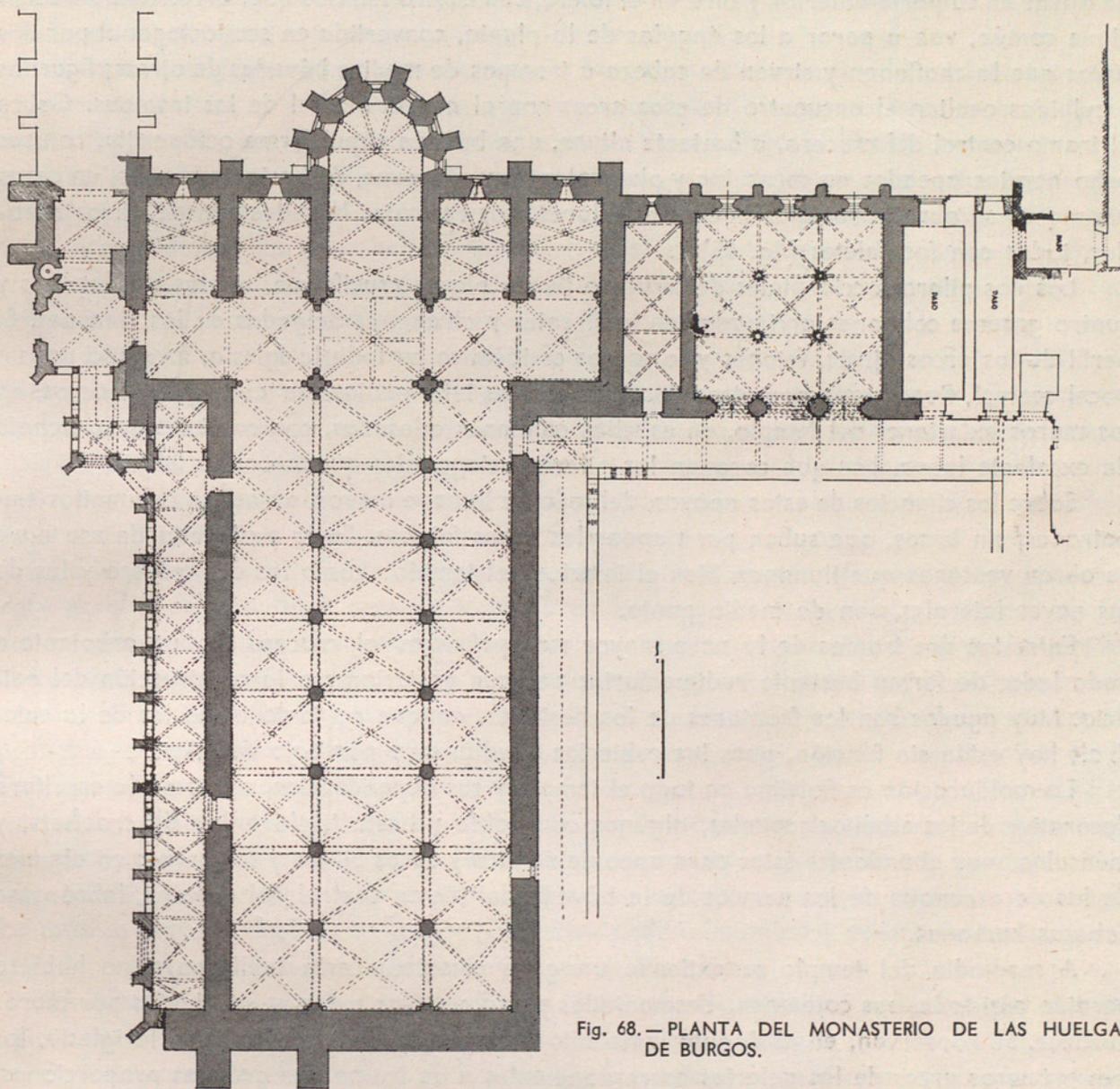


Fig. 68. — PLANTA DEL MONASTERIO DE LAS HUELGAS DE BURGOS.

que la iglesia, la sala capitular y el claustro de San Fernando, de idéntico estilo y gran uniformidad, se levantaron en el segundo cuarto del siglo XIII; es posible su comienzo algunos — pocos — años antes; al mediar el siglo tal vez quedarán partes secundarias por ultimar.

La iglesia de las Huelgas es de plano cruciforme, con estrecha nave de crucero acusada en planta y alzado y tres largas longitudinales, reservadas al coro de las monjas, cada una de las cuales se reparte en ocho tramos, rectangulares los de la mayor y casi cuadrados los de las laterales. Las separan pilares de sección octogonal. La cabecera tiene una capilla

mayor profunda, con un tramo rectangular y un ábside poligonal a oriente que cierra una línea de siete lados, al que dan luz dos filas de ventanas superpuestas, y dos capillas rectangulares a cada lado (fig. 64).

Cubren la iglesia bóvedas nervadas. La del tramo rectangular de la capilla mayor es sexpartita; oculta la del ábside un gran retablo barroco. Las capillas laterales tienen bóveda de ojivas en su parte anterior y otra en el fondo, con cuatro nervios que, arrancando de una clave común, van a parar a los ángulos de la planta, convertida en semioctogonal por dos arcos que la chaflan y sirven de cabeza a trompas de medias bóvedas de ojivas; figuritas esculpidas ocultan el encuentro de esos arcos con el nervio medial de las trompas. Cubre el tramo central del crucero, a bastante altura, una bóveda cupuliforme octopartita, con sus ocho nervios apeados en ménsulas y plementos muy cóncavos, de bastante peralte, en cuyos arranques se abren pequeños huecos circulares. Las restantes bóvedas son de ojivas sencillas, todas con formaletes (fig. 65).

Los dos pilares occidentales del crucero tienen planta cruciforme, aristas chaflanadas y cuatro gruesas columnas arrimadas en los frentes y otras más delgadas en los rincones. El perfil de los arcos ojivos, fajones y formeros es idéntico en toda la iglesia, formado por un bocel central, flanqueado por otros dos, con escotas intermedias. Se apoyan esos arcos, en los muros exteriores del templo, en esbeltas columnas adosadas, con capiteles de *crochets* de excelente labra. Los que coronan los pilares octogonales quedaron sin tallar.

Sobre los cimacios de estos apoyos, del lado de la nave mayor, arrancan columnitas empotradas, sin basas, que suben para apea los arcos fajones. En la parte alta de esa nave se abren ventanas que iluminan bien el interior del templo; como las del crucero y las de las naves laterales, son de medio punto.

Entre los dos tramos de la nave mayor más próximos al crucero hay un arbotante a cada lado, de forma bastante rudimentaria; parecen posteriores a la construcción del edificio. Muy agudos son los frontones de los hastiales, aunque no tanto como los de la catedral; hoy están sin función, pues las cubiertas quedan muy por bajo de ellos.

La molduración es finísima en todo el templo y sus dependencias, así como la escultura decorativa de los esbeltos capiteles, algunos con doble y hasta triple anillo de *crochets*, y ménsulas, muy abundantes éstas para apeo de nervios y arcos ojivos y formeros; en algunas de las de arranque de los nervios de la bóveda del tramo central del crucero, labróronse cabezas humanas.

A mediodía del templo se extiende un gran claustro; sería bellísimo si no hubiera perdido casi todas sus columnas, desmontadas por amenazar ruina y sustituidas por muros macizos. Se conservan, en el ángulo inmediato a la puerta de entrada desde la iglesia, los tres primeros arcos de las galerías correspondientes a un tramo. De grandes proporciones, muy agudos, descansan sobre columnas con elegantes capiteles de *crochets*. Cubren las galerías bóvedas de ladrillo de medio cañón apuntado, sobre arcos perpiaños moldurados, de piedra lo mismo que las repisas de las que arrancan, labradas con ornamentación de delicadísimas tallas vegetales, ahuecadas como si se tratara de un encaje.

La sala capitular es una construcción espléndida, a pesar de haber quedado sin labrar los capiteles y cimacios de sus apoyos exentos. Se levanta, como de costumbre, en una nave prolongación del brazo sur del crucero, del que la separa la sacristía. Tiene la misma disposición que las de los monasterios masculinos: tres naves de igual altura y del mismo ancho,

divididas por dos pilares a cada lado, y cubiertos con bóvedas de ojivas sus nueve tramos. Al no haber construcción alguna sobre ella, pudieron elevar sus bóvedas a bastante altura y abrir largas ventanas en su muro de fondo que la iluminan ampliamente. Los cuatro pilares exentos están formados por un núcleo central cilíndrico, despezado, y ocho delgadas columnillas adosadas, monolíticas, que disimulan la masa de aquél y prestan singular esbeltez a los apoyos. Arcos ojivos, fajones y formeros tienen todos la misma fina y excelente molduración, pareja de los de la iglesia y claustro (fig. 66).

Rompe la arquitectura de este monasterio bernardo con la de los del período inmediatamente anterior, y aun con bastantes que en pleno siglo XIII, como se verá en las páginas siguientes, repiten las formas desnudas y pesadas de aquéllos. Si la ornamentación no es profusa, compensa esa restricción su extrema finura y la elegancia y esbeltez de toda la arquitectura, bien lejana del espíritu austero de San Bernardo, más ausente aún del monasterio si recordamos las yeserías hispanomusulmanas que enriquecen algunas de sus partes.

La actividad artística del reinado de San Fernando queda bien patente en Burgos, en donde a la par se levantan dos grandes edificios con formas exóticas y por artistas extranjeros, sin más relación que la comunidad de estilo: la catedral, inspirada en el arte gótico del norte de Francia, y las Huelgas, en el de sus comarcas occidentales. Tan sólo en las construcciones más tardías del monasterio burgalés, en el pórtico norte, ingreso al crucero de la iglesia, y en su prolongación para unir con el que bordea la nave del evangelio, hay algún detalle de escasa importancia, decoraciones vegetales, castillos heráldicos y cornisas de *crochets*, parejas de otras de la catedral.

La filiación francesa de las Huelgas no es dudosa. Las bóvedas de sus capillas laterales, muy peraltadas, con finos nervios, trompas en los ángulos y figuritas esculpidas en los encuentros de aquéllos, lo mismo que la cúpula del tramo central del crucero, son formas típicamente angevinas. Al lado de esa clara influencia del Anjou y de las comarcas inmediatas, hay otras más difusas y menos directas del gótico borgoñón y del norte de Francia. Lo probable es que todas ellas llegasen a Burgos ya mezcladas, desde monumentos de la Turena, del Berry o de la Borgoña.

Se han señalado semejanzas de elementos arquitectónicos y decorativos del monasterio burgalés con otros de templos españoles contemporáneos, principalmente con las naves de la catedral de Cuenca. Algunas se explican por haber existido relaciones directas y trabajar los mismos artistas en ellos; su común procedencia de monumentos de una determinada región de Francia justifica esas semejanzas en otras ocasiones.

El refectorio del monasterio de Santa María de Huerta. — El refectorio del monasterio cisterciense de Santa María de Huerta es, afirma Lambert, una de las obras más puras y elegantes de arquitectura gótica que hay fuera de Francia. Comenzó su construcción hacia 1215, a costa de Martín Muñoz, de la familia de los Finojosa, mayordomo mayor de Enrique I, muerto con dos de sus hijos combatiendo contra los moros, y enterrados en el claustro de Huerta, junto al refectorio. En 1223 su hijo mayor Diego Martínez se comprometía a entregar al abad Juan Gonzalo 100 áureos a cuenta de los 1.500 prometidos por su padre para la construcción de dicha dependencia monástica.

El refectorio de Huerta es una amplia nave de unos 40 metros de longitud por 10 de ancho y 15 de elevación, cubierta por cuatro bóvedas sexpartitas de planta cuadrada. Sobre la puerta de ingreso desde el claustro hay un gran rosetón con columnillas radiales, pare-

cido al que se abre en el pórtico norte de las Huelgas. Iluminan también la monumental y clara nave varias ventanas lisas, de arco agudo, flanqueadas por finas columnas, abiertas en los muros laterales y en el del fondo. Los arcos y nervios de las bóvedas arrancan de columnitas voladas sobre ménsulas y en el muro de la derecha una escalera dispuesta en su espesor, y abierta al refectorio por arquillos que sostienen columnas de fuste octogonal, conduce al púlpito del lector (fig. 67).

Hay señales en sus muros de haberse realizado esta construcción en dos etapas; en la primera es probable se pensase en cubrirla con bóveda de medio cañón agudo sobre arcos fajones, como los refectorios de Valbuena, La Oliva, Rueda y Sacramenia. Al cambio de plan, en el tercer decenio del siglo XIII, debemos una de las obras más perfectas y elegantes de las levantadas por el arte gótico en nuestro país. Las características de su arquitectura, singularmente de las bóvedas sexpartitas, cuyos arcos y nervios apean columnillas voladas, se repiten en los abovedamientos análogos de las catedrales de Cuenca y Sigüenza y de la capilla mayor de las Huelgas, construcciones contemporáneas, obras todas del mismo maestro o taller.

Las ruinas de la iglesia del monasterio de Matallana de Campos. — La iglesia del monasterio de la orden del Císter de Matallana fué comenzada en 1228 por iniciativa de Beatriz de Suabia, primera mujer de Fernando III; la continuó a la muerte de ésta la reina madre doña Berenguela, a partir de 1235. Desplomóse en 1611 y en el siglo XIX sus ruinas, situadas en una comarca escasa en piedra, se explotaron para las obras del canal de Castilla. Subsiste la parte inferior de muros y pilares con una altura máxima de unos dos metros.

La cabecera de esta vasta iglesia que Manrique, el analista del Císter, comparó a una catedral, es copia de la de las Huelgas; tuvo las mismas bóvedas angevinas en las capillas laterales y la sexpartita en la mayor. La nave saliente de crucero es de idéntica exagerada angostura que la del templo burgalés, justificada en éste por el deseo de aproximar lo más posible el coro de las monjas a los altares de las capillas, pero sin razón en un monasterio masculino.

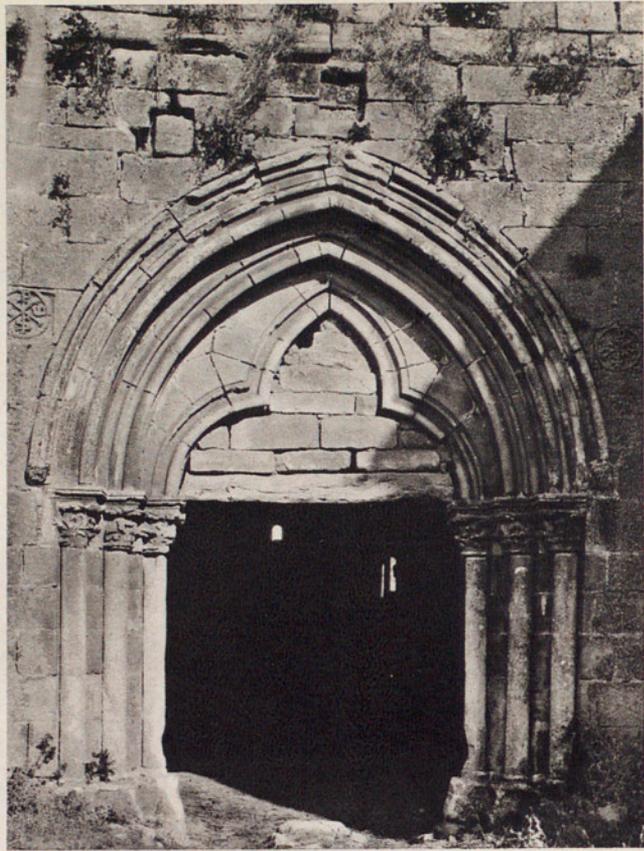
Fundación regia, creeríase encontrar en Matallana los restos de un edificio de la perfección y elegancia del de las Huelgas. Pero lo único que se copió de éste, torpemente, a juzgar por sus ruinas, fué la cabecera y el crucero; los apoyos de toda la iglesia son los enormes y complicados de la catedral de Sigüenza, algo más reducidos, con sus parejas de columnas en los frentes, que, con las de los arcos ojivos y las de las dobladuras, constituyen un conjunto de 20 en torno de los pilares exentos.

Esta mezcla de elementos tan heterogéneos, procedentes de edificios dispares, revela ser la de Matallana obra de maestros nacionales, formados en una arquitectura arcaica y con escasa experiencia del arte gótico, por lo que no se atrevieron a sustituir los enormes pilares con columnas gemelas por los apoyos mucho más sutiles del templo de las Huelgas. Los escasos restos decorativos aparecidos entre las ruinas son de tosca labra, justificada por la mala calidad de la piedra.

La iglesia del monasterio de La Espina. — El monasterio castellano de La Espina, en el monte de Torozos, en un valle solitario, regado y fresco, ideal para una casa bernarda, fué fundado por doña Sancha, hermana de Alfonso VII, en 1147. A petición de ésta, San Bernardo envió a La Espina monjes de Claraval.



Fig. 69. — INTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE LA ESPINA.



Figs. 70, 71 y 72.— INTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE PALAZUELOS. PUERTA DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE BUGEDO DE JUARROS. ÁNGULO DEL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE SAN ANDRÉS DEL ARROYO.

Como datos documentales, tan sólo se conoce el contenido en un testamento de 1275, de don Martín Alfonso, hijo de don Alfonso Téllez, en el que dispone que si a su muerte la iglesia de La Espina no se hallase acabada, sus albaceas la hagan ultimar con los bienes que deja, y que paguen por labrar como él lo hacía cuando el abad don Pablo — figura en un documento de 1273 y parece lo era desde dos años antes — mandaba labrar. Según tradición, don Martín Alfonso fué sepultado en 1275 ante el altar de la Virgen, es decir, el mayor.

La iglesia, de más de 50 metros de longitud, es un monumento importante. Aunque reconstruída la cabecera, quedan restos bastantes para que no ofrezca duda su disposición. Tenía capilla central de planta rectangular, destacada de otras dos cuadradas a cada lado, cerradas a oriente por muros seguidos y cubiertas con bóvedas de medio cañón agudo. Sus arcos de ingreso, a juzgar por el de la capilla extrema del lado del evangelio, único conservado, eran también agudos y lisos y descansaban en pilastras; las ventanas son abocinadas y de medio punto.

La nave transversal de crucero, enrasados sus brazos al saliente de las capillas extremas, tiene dos tramos de bóvedas rectangulares de ojivas en cada uno de ellos y uno central cuadrado, al que ahora cubre una cúpula de la segunda mitad del siglo XVI. Siguen a occidente las tres naves, de seis tramos cada una, rectangulares los de la mayor y casi cuadrados los de las laterales, separadas por pilares cruciformes, con cuatro columnas en sus cuatro frentes y resaltos angulares para apoyo de los arcos ojivos, algunos de los cuales arrancan de ellos por intermedio de capiteles colocados de chaflán. Estos pilares son iguales a los de la iglesia, también cisterciense, de Santa María de Valdediós, empezada en 1218. La nave mayor de la castellana tiene ventanas (fig. 69).

Sin alcanzar la finura de las Huelgas y su excelente arte — la piedra del monte de Torozos no puede compararse con la caliza burgalesa —, la traza y labra de las naves de la iglesia de La Espina demuestran ser obra de un buen maestro. Producen una impresión de acentuado goticismo por la relativa esbeltez de los apoyos, la altura de la nave mayor en relación con su ancho y la abundante luz de su interior. La molduración es, en parte, arcaizante y los arcos perpiaños bastante más gruesos que los ojivos, pero detalles como la cornisa de *crochets* de la nave de la epístola, el remate angular de los contrafuertes de ésta y la flora gótica avanzada de algunos capiteles, indican para su construcción época no anterior al segundo cuarto del siglo XIII. Según los datos documentales citados, proseguía la construcción en los dos siguientes.

Francisco Antón supone la cabecera, por su extrema lisura y bóvedas románicas, obra del último cuarto del siglo XII. La hipótesis es verosímil, pero la experiencia de los arcaísmos de las capillas de las iglesias bernardas y el existir templos franceses del Císter con cabeceras análogas construídas en el siglo XIII, son razones que abonan la creencia de que el de La Espina se levantó en ese mismo y sin variar de plan. El plano de su cabecera se considera como el más típico cisterciense, repetido en los siglos XII y XIII en más de 70 iglesias de la Orden.

La sala capitular, magnífica en su desnudez, sin concesión alguna al ornato, es un recinto cuadrado, dividido en tres naves de otros tantos tramos cada una por cuatro columnas exentas; la central es algo más ancha que las otras dos. Forman su ingreso tres grandes arcos, los laterales con huecos gemelos.

Siguen hacia norte, en la misma nave del capítulo, prolongación del brazo septentrional del crucero, varias pequeñas dependencias, cubiertas unas con cañones agudos y otras divididas en tramos y con bóvedas de ojivas. Al final de la nave hay otra estancia grande, ruinoso y llena de escombros; es el *auditorium*, sala de los monjes o sala de trabajo. De planta rectangular, pilares cruciformes, con columnas adosadas en los frentes y otras en los codillos, como los del crucero de Huelgas, la dividen en dos naves de seis tramos cada una, cubiertos con ojivas. Tuvo, excepcionalmente, tribuna para lector.

LA INFLUENCIA DE LA CATEDRAL DE CUENCA Y DE LOS MONUMENTOS BURGALÉSES. — La arquitectura de la catedral de Toledo apenas ejerció influencia en Castilla. Edificio exótico, tanto por sus formas como por su material, quedó aislado entre las iglesias parroquiales de la ciudad y de su comarca, modestos templos mudéjares de mampostería y ladrillo.

No fué mucho mayor la influencia de la catedral de León, edificio cuyo aspecto monumental, complejidad y perfección desafiaban toda réplica hecha con escasos recursos. Gran parte de su diócesis se extendía también por tierra arcillosa, buena para levantar construcciones de ladrillo, cuya modesta economía tan sólo en casos excepcionales permitió edificarlos góticos, de piedra.

En cambio, los monumentos burgaleses fueron extraordinariamente fecundos en consecuencias; de ellos brotó una escuela de arquitectura gótica castellana en los siglos XIII y XIV cuya influencia alcanza hasta Aragón y Andalucía.

Comarca la de Burgos con canteras de excelente piedra caliza, y tradición de buenos canteros románicos, debió de gozar de extraordinaria prosperidad en esos siglos, si juzgamos por el número y dimensiones de las iglesias que en ella se levantaron. Además de la riqueza producida por la centralización del comercio realizado a través de los puertos cantábricos y por la industria floreciente de la lana, no pocos castellanos de la región de Burgos asistieron a las campañas andaluzas de Fernando III y disfrutaron del rico botín de las dos grandes ciudades, Córdoba y Sevilla, conquistadas por el rey Santo.

Nobles, párrocos y abades quisieron levantar nuevos templos a imitación y en el estilo de los construídos en la capital castellana por los monarcas y el obispo don Mauricio. Las Huelgas, con su panteón real, fué modelo tras el que varios cortesanos edificaron otros para su sepultura y la de sus familiares, fundaciones piadosas que ayudasen al rescate de sus pecados y en los que se dijese sufragios por sus almas.

Edificio de tan peregrina e innovadora arquitectura como la catedral de Cuenca produjo considerable influencia en la parte oriental de Castilla a partir de la primera mitad del siglo XIII. Maestros y canteros franceses de los llevados a esa ciudad por Alfonso VIII, debieron de ser muy solicitados por obispos y abades, junto con los españoles formados a su lado. Algunos intervendrían, como se dijo, en la construcción del monasterio real de las Huelgas de Burgos, al mismo tiempo que otros llegados directamente de Francia, y en el abovedamiento del espléndido refectorio de Huerta y de la capilla mayor y brazos del crucero de la catedral de Sigüenza.

En todas estas obras encontramos bóvedas sexpartitas, apeados sus arcos y nervios en ménsulas o en columnillas voladas con anillos; cimacios poligonales; capillas mayores profundas, terminadas en presbiterios de siete paños, con ventanas semicirculares; columnas

arrimadas al muro, sin interposición de pilastra; pilares octogonales, exentos unas veces y otras rodeados de columnillas.

Las formas arquitectónicas vistas en estos templos se combinaron también con otras empleadas en los cistercienses levantados en los últimos años del siglo XII y en los primeros del XIII, y con tradiciones románicas, para formar el repertorio de los maestros castellanos. En la segunda mitad del último, a la catedral de Burgos, en construcción, llegaron nuevas aportaciones de arte gótico francés.

Siguiendo el modelo de la cabecera de las Huelgas, las de algunas de estas iglesias de escuela burgalesa tienen capilla mayor poligonal, flanqueada a cada lado por dos cuadradas. El tipo más difundido es el de tres o cinco capillas poligonales, inspirado en la catedral de Cuenca. Menos frecuentes son los templos con capilla o capillas rectangulares o cuadradas, modelo no exclusivamente cisterciense.

Casi todas estas iglesias carecen, como las bernardas, de arbotantes — tan sólo los tiene la nave de Sasamón — y, al elevarse la nave central sobre las laterales, pudieron abrirse ventanas en aquélla que permiten su iluminación directa. Sus apoyos son: pilares cilíndricos con columnas adosadas, inspirados en los de la catedral de Burgos; gruesas pilas con columnas gemelas en sus frentes, según modelo arcaico, o pilares de planta cruciforme con cuatro columnas en los ejes y otras tantas en los codillos, también de tipo ya viejo, pero que se encuentran en el crucero de las Huelgas.

En las bóvedas de crucería es frecuente que aparezca el combado o ligadura longitudinal existente en las de la nave mayor y brazos del crucero de la catedral de Burgos; también abundan las de dobles combados, que probablemente tuvo la del tramo central del crucero de ese templo y tiene una del pórtico norte de las Huelgas. Directa filiación de esa catedral revela la perforación de los arranques de los plementos de la bóveda del ábside central, frecuente en templos de los siglos XIV y XV.

La decoración de casi todos estos edificios es algo tosca, como obra de canteros que simplificaron las formas vistas en los monumentos importados. Sus cornisas — salvo las de San Andrés del Arroyo — son de tipo románico, con tableta y modillones. La fachada del hastial de los pies responde a la tradición cisterciense: un cuerpo algo saliente en el centro para poder disponer una puerta de arcos agudos decrecientes apeados en columnas situadas en los codillos, y con cornisa de modillones en la parte alta; sobre ella, un rosetón más o menos grande, según la importancia del edificio; a veces se abre una ventana a cada lado de la puerta, correspondientes a las naves laterales.

La influencia de la catedral de Burgos alcanzó hasta templos modestos como las iglesias de Frías y Galdácano; en el interior del arco de la puerta de ingreso de la última, se labraron una serie de cabecitas humanas inspiradas en las del triforio burgalés.

Iglesias con capilla mayor de planta poligonal y laterales cuadrangulares.—

No corresponde completamente a este tipo la iglesia del monasterio cisterciense de Palazuelos, emplazada en un amplio valle, a orillas del Pisuegra, entre Palencia y Valladolid, pues el ábside semidecagonal precedido de dos tramos rectangulares, cubiertos con ojivas, de su capilla mayor, está flanqueado por otra a cada lado, con un tramo cuadrado y un ábside semicircular. Cubren los brazos del crucero, no acusado en planta, medios cañones agudos, y su tramo central y los tres primeros de las naves, únicos conservados, bóvedas de crucería con ligaduras dobles. Los pilares cruciformes tienen dobles columnas en los frentes y

otras en los codillos para apeo de los arcos ojivos, y de los doblados en los de los brazos del crucero. Una inscripción fecha el altar mayor en 1226. La influencia del presbiterio de las Huelgas sobre las bóvedas de la capilla mayor de Palazuelos, en la que hay cimacios poligonales, capiteles de *crochets* y formales apeados en pequeñas columnillas que descansan sobre los capiteles de arranque de los arcos ojivos, parece evidente. Cabe la sospecha de que el tramo que precede al ábside central se proyectase para cubrirlo con una bóveda sexpartita (fig. 70).

La iglesia del monasterio de Bugedo de Juarros tiene nave única y otra transversal de crucero; capilla mayor, dibujando un semicírculo, precedida de un tramo rectangular, y a cada lado una capilla casi cuadrada, cubierta con bóveda de medio cañón. De tres plementos cóncavos sobre dos nervios concurrentes en la clave del arco de ingreso es la que cubre el ábside; la de crucería del tramo que le precede tiene ligadura longitudinal. Este templo, de fina labra, con su hastial de los pies terminado en un exótico frontón agudo, es posterior al de las Huelgas; labraríase hacia mediados del siglo XIII (fig. 71).

El monasterio cisterciense de Piedra emplazóse en un espléndido oasis. En 1186 Alfonso II de Aragón donó el castillo de Piedra con todos sus términos para que allí se levantara un monasterio bernardo. La fundación tuvo lugar en sitio cercano y más alto que el actual; en 1218 bajaron los monjes al lugar donde hoy están sus ruinas. El padre Manrique dice que empezó el edificio Alfonso II (1162-1196) y que fué terminado por su hijo Pedro (1196-1213). En 1218, Fernando III hizo una donación para la obra; historiadores de Santas Creus afirman que en esa misma fecha su abad recibió la visita del de Piedra que fué a invitarle a las fiestas de terminación y consagración del templo, a las que asistió. El año de 1218 puede ser el de comienzo de las obras, realizadas en gran parte en el segundo cuarto del siglo XIII y que se prolongarían en el siguiente.

La arruinada iglesia tuvo cabecera de cinco capillas, semejante a la de las Huelgas, nave transversal de crucero y otras tres longitudinales, más elevada y con ventanas la central, separadas por pilares de planta octógona, con ocho columnas voladas en sus frentes. Cubría el tramo central del crucero una bóveda de ocho nervios con ojo central. El tramo rectangular del presbiterio tiene ligadura longitudinal.

Un buen maestro hubo de intervenir en la construcción de la iglesia del monasterio femenino, filial del de las Huelgas, de San Andrés de Arroyo, pues tanto su iglesia inconclusa como el claustro y la sala capitular son obras de excelente arte. El templo es reducción del de las Huelgas. Consta de un presbiterio poligonal precedido de un tramo rectangular y de una capilla de planta cuadrada a cada lado, forma de cabecera muy repetida en iglesias francesas del siglo XIII y de la cual también existen otros ejemplares en España. A norte tiene un pórtico, como la iglesia de las Huelgas. Será la de Arroyo contemporánea de ésta; alcanzarían sus obras el segundo cuarto del siglo XIII. La semejanza de algunos de sus capiteles con otros de la cabecera de la iglesia de Palazuelos, cuyo altar mayor hízose en 1226, fija la cronología de la de Arroyo; esta iglesia y la parte más vieja de aquélla son obra, probablemente, del mismo maestro. Los constructores de la iglesia de Arroyo formaron escuela en la comarca (fig. 72).

Arquitectura también selecta es la de la iglesia del monasterio femenino de Villamayor de los Montes, de época algo más avanzada que el de Arroyo y filial asimismo del de las Huelgas. Establecióse en él la comunidad cisterciense en 1227 y al año siguiente autorizaba

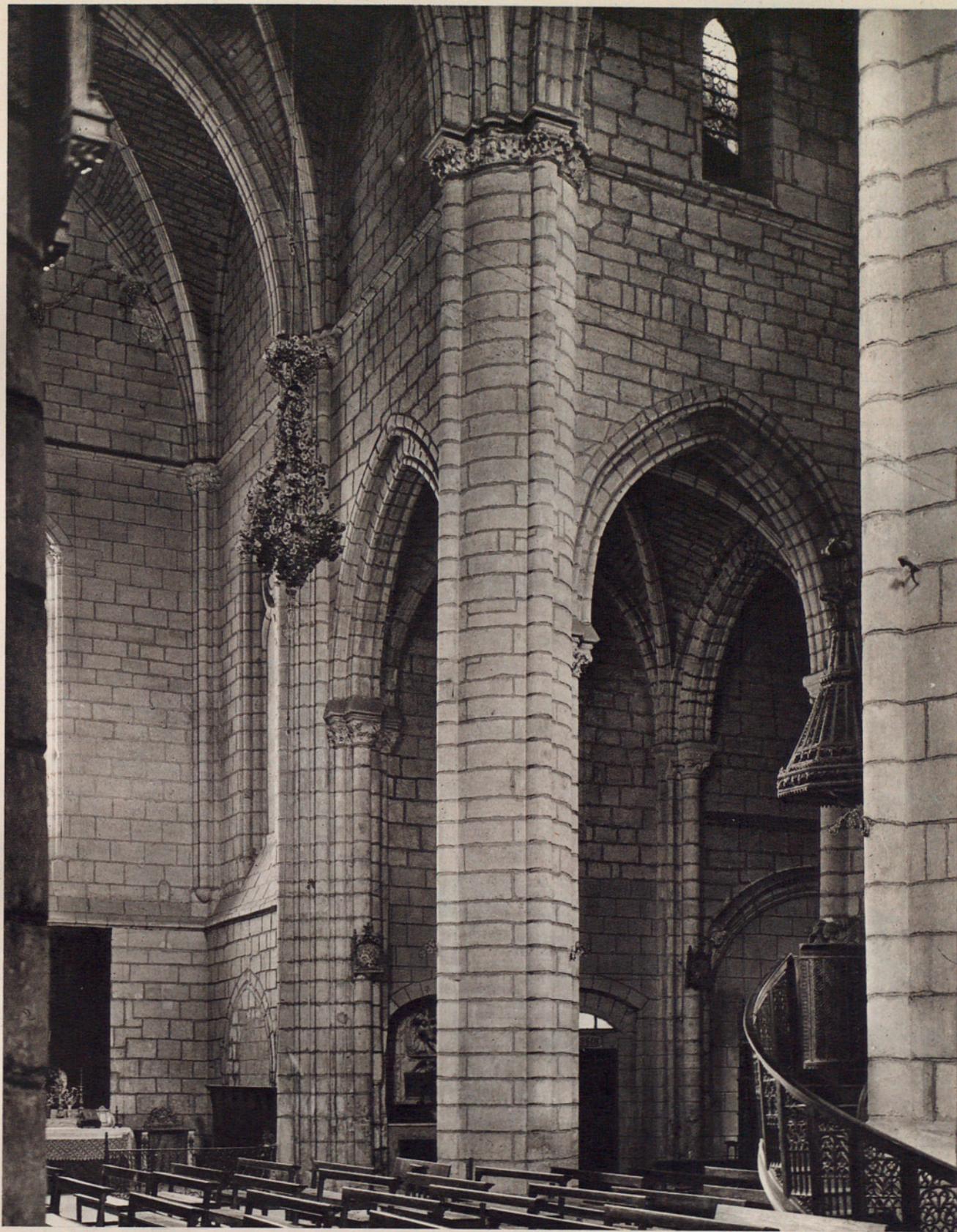


Fig. 73.— INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN GIL DE BURGOS.



Figs. 74 y 75. — EXTERIOR DE LAS IGLESIAS DE SASAMÓN Y GRIJALBA.

la fundación el obispo don Mauricio. El templo tiene una sola nave, destinada al coro de las monjas, otra transversal de crucero, y capilla mayor con presbiterio cerrado por una línea poligonal de siete lados, precedida de un tramo recto. A cada lado hay una capilla rectangular. Rodea al edificio una cornisa de *crochets*.

La iglesia en ruinas de la modesta abadía cisterciense de Bonaval, perdida en un lugar solitario de la provincia de Guadalajara, era réplica reducida de la de Piedra, con características de mayor arcaísmo, pues uno de los brazos de su crucero, no acusado en planta, conserva su bóveda de medio cañón agudo.

A un monasterio premostatense perteneció la iglesia de Santa Cruz de la Zarza, cuya cabecera repite la disposición de las de Arroyo, Villamayor y Bonaval. La bóveda del tramo que precede al ábside mayor tiene ligadura longitudinal.

La iglesia de San Gil, la mayor de las parroquias de Burgos, reproducía al parecer en su cabecera el plano simplificado de la de las Huelgas, con sus cuatro profundas capillas rectangulares y la mayor en medio, tal vez cerrada ésta por un muro alineado con los de las otras cuatro; hoy la forman dos tramos rectangulares, cubiertos con bóvedas de ojivas, y un presbiterio poligonal de cinco paños, pues reconstruyóse, alargándola, a fines del siglo XV. Tiene nave transversal de crucero y tres longitudinales. El maestro autor de las trazas del templo combinó con escaso acierto las profundas capillas de la cabecera de las Huelgas, poco aptas para una iglesia parroquial, con los pilares cilíndricos de la catedral, algo simplificados. Hay epitafios en los muros y apoyos que hubieron de ser empotrados una vez construído el santuario; en los más antiguos figuran las fechas 1322, 1324 y 1325 (figs. 73 y 76).

Iglesias con capillas poligonales en la cabecera. — La iglesia de Santa María de Sasamon es un gran templo con proporciones de catedral; se compone de dos partes, extrañamente unidas, que hoy separa un muro. Las tres naves, en ruina desde su incendio en la guerra de la Independencia, tienen apoyos de planta cruciforme y las cubren bóvedas de ojivas. Es obra ruda, levantada con formas arcaicas en el segundo cuarto del siglo XIII, cuya única novedad la constituyen los arbotantes que contrarrestaban los empujes de sus arruinadas bóvedas. La cabecera debió de parecer pobre; proyectóse reconstruirlo empezando por esa parte; no muchos años después de mediar el siglo construyóse la cabecera actual. Se compone de cinco capillas de ejes paralelos y planta poligonal, precedidas de dos naves de crucero de la misma altura, más ancha la oriental. Apéanse las altas bóvedas de ojivas y ligaduras longitudinales que las cubren en dos pilares cilíndricos con columnas adosadas, análogos a los de la catedral de Burgos. También es réplica de la portada del Sarmental de

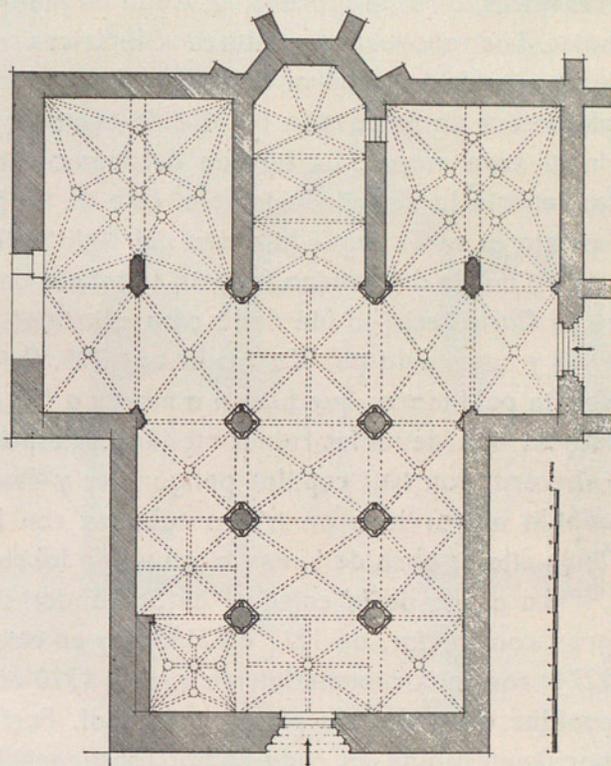


Fig. 76. — PLANTA DE LA IGLESIA DE SAN GIL, DE BURGOS.

ésta la del brazo sur del crucero de Sasamón, de excelente labra decorativa, pero es escaso el valor artístico de su estatuaria. El presbiterio recibe luz por dos órdenes de ventanas, como el de las Huelgas (fig. 74).

La iglesia de Grijalba es un buen templo, de dimensiones excesivas, como el de Sasamón y otros varios de la comarca burgalesa, para el pueblo al que sirve de parroquia. Tiene tres naves, otra de crucero, acusada en planta y alzado, y cabecera de tres capillas poligonales. Los apoyos son pilares cilíndricos con cuatro columnas adosadas. Subrayan la influencia de la catedral de Burgos los huecos circulares que perforan los arranques de los plementos de la bóveda del ábside central y los combados longitudinales que ostentan las de la nave mayor. La bóveda del tramo central del crucero tiene dobles ligaduras, como las tendría la del citado templo. Este de Grijalba, cuya escultura decorativa es bárbara, se levantaría en la segunda mitad del siglo XIII (fig. 75).

Al borde del camino francés, la iglesia del monasterio de San Antón, media legua distante de Castrojeriz, lo fué de la casa principal y matriz de la orden Antoniana, fundada en 1093 y suprimida por Carlos III en 1791. En 1304 Fernando IV eximió de todo pecho a cincuenta pobladores que fuesen a morar a "la Casa del Confesor bienaventurado San Antón". Hoy es una de tantas ruinas monásticas esparcidas por el suelo español. Subsiste parte de su cabecera, con tres capillas poligonales y restos de los muros que cerraban su crucero. La capilla mayor tuvo un tramo cubierto con bóveda sexpartita y dos órdenes de ventanas. Toda ella es obra de buena traza y fina labra; debió de terminarse en el siglo XIV.

La cripta de la catedral de Santander se iniciaría por don Juan Domínguez, su abad, gran constructor, de 1217 a 1219. Hay en este sombrío templo sepulturas fechadas en 1249 y 1274; consta documentalmente que en 1310 estaba construído. Tiene tres naves y otras tantas capillas alineadas de planta poligonal. Fortísimos pilares cruciformes, con dos columnas por frente y una en cada codillo, sostienen las bóvedas de crucería, de muy poca altura. Todo es allí robusto y arcaico (fig. 78).

El obispo de Palencia don Fernando, por carta fechada en Husillos en 1256, concedió indulgencias a los fieles que contribuyeran a la edificación de la iglesia del monasterio de Santo Toribio de Liébana, *noviter constructur*. La cabecera repite una vez más el tipo de tres capillas poligonales. La nave mayor tiene poca más elevación que las laterales, por lo que carece de luces directas. Las bóvedas son cupuliformes y con dobles ligaduras (fig. 79).

Una lápida de 1409, copia de otra anterior, dice que la iglesia de Santa María de Piasca, también en Liébana, fué construída por el maestro Covaterio en 1242; probablemente levantaría asimismo la de Santo Toribio, con la que tiene grandes semejanzas. Difiere de ella en que en el fondo de sus ábsides laterales, de planta poligonal, en lugar del paño acostumbrado, hay un ángulo, al que corresponden un nervio de la bóveda y un estribo axil. Ambas son obras rudas de canteros poco hábiles.

Separan las tres naves de la iglesia de Santa María de la Peña, en Brihuega, pilares cilíndricos con columna única para los arcos perpiaños y grupos de tres destinadas a los de separación de las naves y a su dobladura. A cada costado de los capiteles de los fajones hay otro volado, con oficio de ménsula, apeando el arco ojivo de la bóveda. El presbiterio tiene la planta poligonal acostumbrada.

Esta iglesia de Brihuega, lo mismo que la de Santa María de Alcocer y la parroquial de Cifuentes, las tres en la Alcarria, derivan de la catedral de Cuenca. El de Alcocer es tem-

plo importante, cuya construcción se explica por haber sido señora de la villa y abadesa de un monasterio franciscano fundado en ella doña Mayor Guillén, amante anteriormente de Alfonso X, del que tuvo una hija, doña Beatriz, que llegó a ser reina de Portugal y heredó de su madre el señorío de Cifuentes. Como la iglesia de Sasamón, la de Alcocer se compone de dos partes de diferente estructura, aunque cronológicamente cercanas. A los pies se extienden tres naves longitudinales, separadas por pilares de planta octógona, sobre los que descansan arcos agudos; cubriéronse con armaduras de madera. A estas naves, que se levantarían a mediados del siglo XIII, agregaron algunos años más tarde un crucero, formado por dos transversales, y tres capillas, de las que se conserva la mayor, poligonal; las laterales, probablemente de la misma forma, fueron derribadas en el siglo XVI para construir una girola en torno a aquélla, según lo hecho algo antes en la catedral de Cuenca. En los pilares del crucero, cuyas bóvedas están a la misma altura que las de la nave mayor, se ve la sugestión de los de ese templo: los más occidentales tienen cuatro columnas empotradas en sus frentes y sobre el capitel-imposta del pilar hay columnillas para apeo de los arcos ojivos. En los pilares más orientales, tres columnillas en cada frente, muy próximas, apean los arcos y las molduras de su dobladura; los arcos diagonales penetran en el núcleo cilíndrico. Todas las bóvedas de la nave de crucero poseen dobles ligaduras (figs. 80 y 81).

La villa próxima de Cifuentes formó parte también del señorío de doña Mayor Guillén. Su iglesia parroquial del Salvador es obra más tosca y modesta que la de Alcocer, pero de idéntica filiación. Cuatro enormes pilares cilíndricos, de más de dos metros de diámetro, separan las naves. Se les adosaron grupos de tres columnas unidas apeando los arcos de separación de las naves y una sola destinada al arranque de los perpiaños. En su puerta meridional, llena aún de resabios románicos, labróse la figura de un obispo, sobre la que una inscripción dice: *andreas eps. seguntinus*, prelado de la diócesis de 1261 a 1268.

En la Rioja, la iglesia del monasterio de Santa María de Cañas tiene — disposición excepcional en los templos del Císter —, tres capillas profundas de planta poligonal. Dan luz a la mayor dos órdenes de grandes ventanas, ocupando todo el paño, divididas por tres y cuatro maineles y tracería; recuerdan las del claustro de la catedral de Burgos. En el del monasterio de Cañas había en el siglo XVIII un letrero, citado por el analista Manrique y que figura en su Tumbo, que decía edificó el monasterio la abadesa doña Urraca en el año 1236. Será tal vez esta fecha la de comienzo de las obras, pues la arquitectura de la iglesia corresponde más a las postrimerías del siglo que a su primera mitad.

A un kilómetro de la villa aragonesa de Ibieca se levanta el santuario de San Miguel de Foces, único resto del pueblo de señorío que allí hubo. Comenzó su construcción en 1259

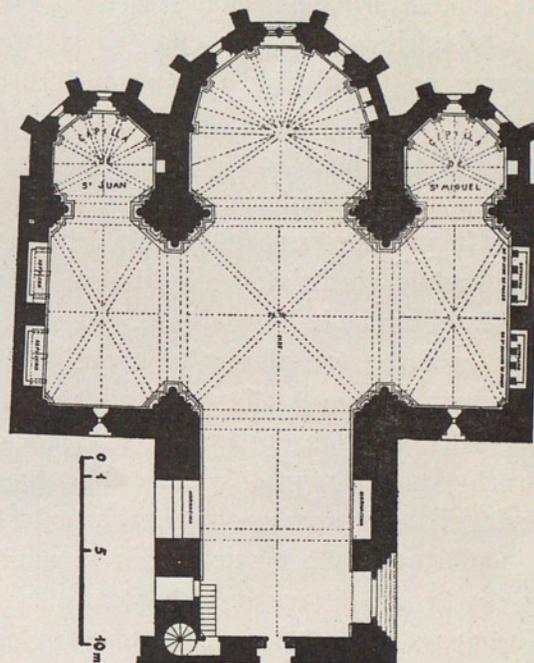


Fig. 77. — PLANTA DEL SANTUARIO DE SAN MIGUEL DE FOCES.

Ximeno de Foces, *qui hanc ecclesiam edificavi*, según dice el epitafio de su hijo Atho († 1302), enterrado en ella. Es curioso encontrar en región alejada de Burgos y perteneciente a otro reino, un edificio del tipo de los que venimos enumerando, con tres capillas poligonales en la cabecera; los arranques de los plementos de la mayor están perforados por vanos circulares, como en el presbiterio de la catedral burgalesa. Los mismos canteros autores de este templo de Foces levantaron el de Nuestra Señora de Salas, junto a Huesca, en el que había una imagen muy venerada en el siglo XIII, algunos de cuyos milagros relata Alfonso X en sus *Cantigas*. Tan sólo subsiste la fachada. Las portadas de Foces y Salas, como acertadamente ha dicho Gudiol, pertenecen a la misma escuela que las más viejas de la catedral de Lérida (fig. 82).

Castellanos eran en gran parte los guerreros que a las órdenes de Fernando III irrumpieron en Andalucía; a sus conquistas contribuyeron las órdenes militares, filial la de Calatrava de la del Císter. Bajo la doble influencia de la arquitectura gótica de Castilla, principalmente de la de la región burgalesa, y de la de los monasterios bernardos, se edificaron las primeras iglesias andaluzas.

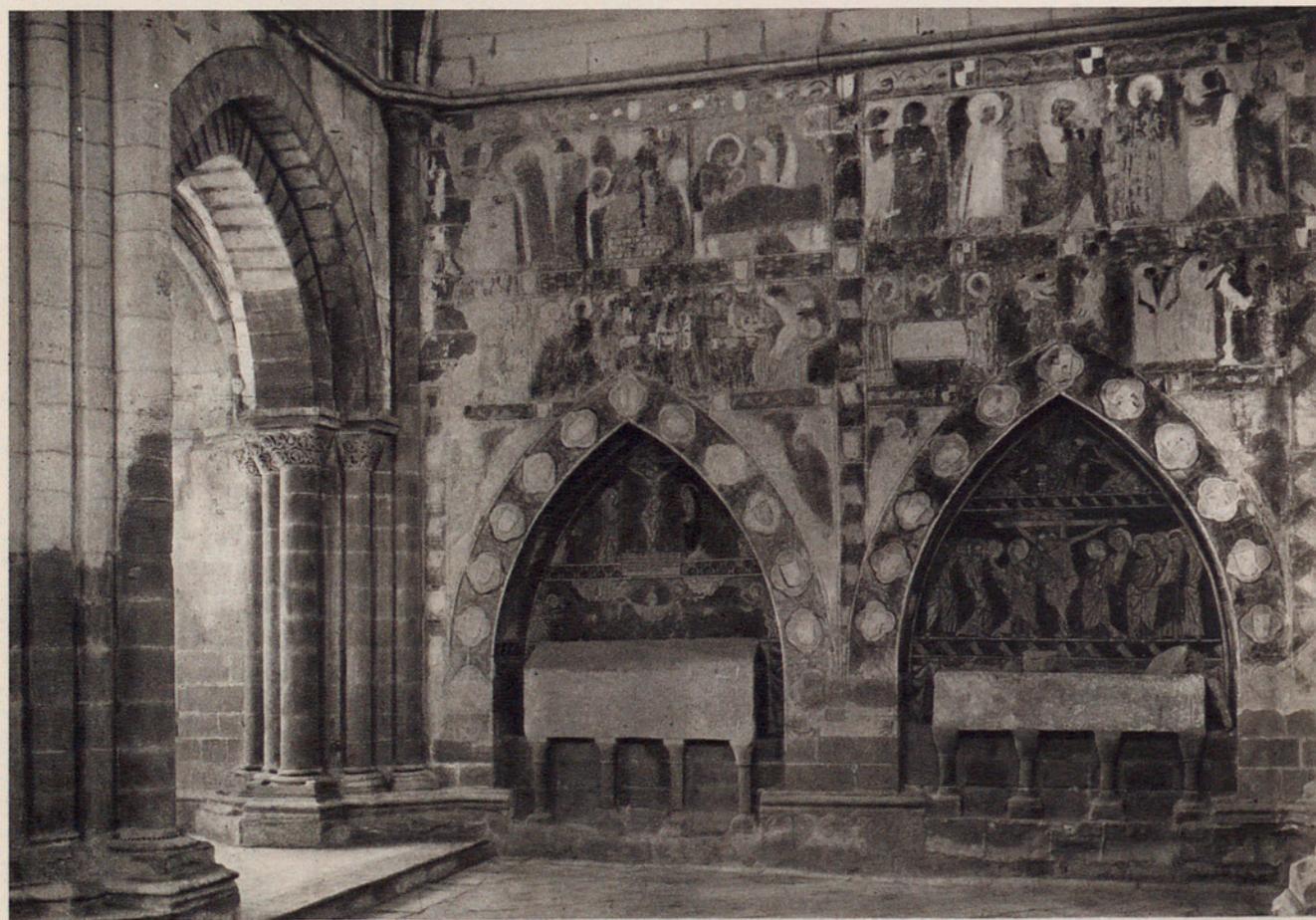
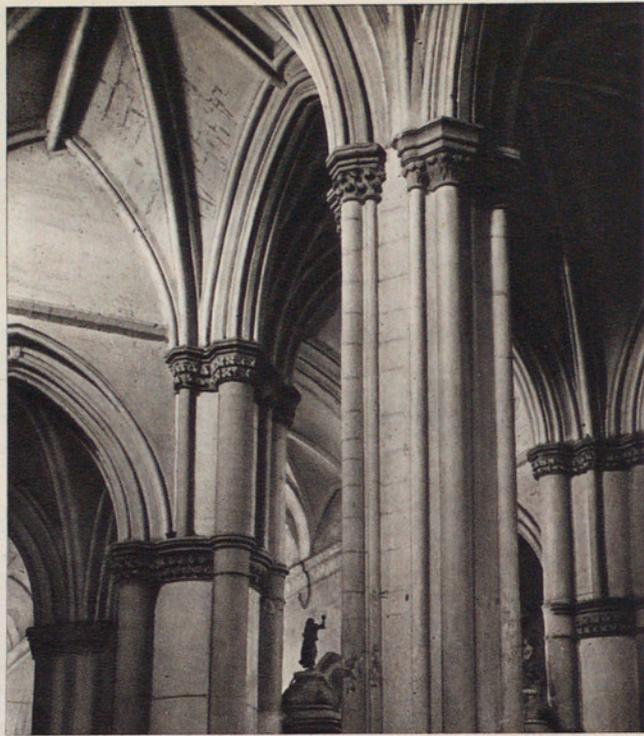
Importante para el estudio de éstas, aunque fuera de la región, es la poco conocida del castillo de Calatrava la Nueva, soberbia ruina merecedora de mayor atención de la que hasta ahora se le ha prestado. El templo tiene tres naves cubiertas con bóvedas de ojivas, de piedra éstas, con plementos cupuliformes de ladrillo, obra sin duda de albañiles mudéjares. Separan las naves pilares cilíndricos con cuatro columnas empotradas. La cabecera consta de tres capillas, poligonal la mayor, cubierta con bóveda nervada; las laterales tienen un tramo rectangular al que cubre una bóveda de medio cañón y un ábside en semicírculo al fondo con una de horno; exteriormente las tres quedan englobadas en grueso macizo de fábrica, limitado por una línea quebrada. Los contrafuertes son semicilíndricos. Establecidos los calatravos en este castillo, antes llamado de Dueñas, en 1217, la construcción de la imponente fortaleza debió emprenderse poco después. Un sepulcro existió en la iglesia de un *Dominus Rodericus Ferdinandi*, muerto y sepultado en 1246. Únense en este templo, interesantísimo a pesar de su desnudez, a tradiciones arquitectónicas de la orden del Císter, pilares cilíndricos, vistos en alguna de las catedrales castellanas — Cuenca, Toledo, Burgos o Burgo de Osma —, y aportaciones mudéjares.

Las capillas con ábsides semicirculares, acusadas al exterior por un muro plano, que en el siglo XIII tienen, lo mismo que la de Calatrava, las iglesias bernardas de Sacramenia y San Martín de Valdeiglesias, copiáronse en su segunda mitad en Santa Eulalia de Mérida, réplica bastante bárbara de la primera, y en las más viejas parroquias cordobesas — San Pablo el Real y San Pedro —. En otras algo posteriores, como en la de San Miguel de la misma ciudad, las tres capillas de la cabecera son de planta poligonal, pero las laterales siguen cerradas exteriormente por un muro plano. En los tramos rectangulares o cuadrados que preceden a los ábsides suele aparecer la ligadura longitudinal burgalesa. Las naves de estas iglesias cúbrese con armaduras de madera (figs. 83 y 84).

Los templos construídos en Sevilla inmediatamente después de su conquista, en la segunda mitad del siglo XIII, Santa Ana y San Gil, son edificios modestos, levantados por maestros y obreros castellanos conforme a las directrices de la escuela burgalesa. Se encuentran en villas castellanas de escasa importancia, como Sasamón, Grijalba y Alcocer, iglesias de dimensiones mucho mayores que las construídas en una ciudad opulenta como



Figs. 78 y 79.— INTERIOR DE LA CRIPTA DE LA CATEDRAL DE SANTANDER. INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTO TORIBIO DE LIÉBANA.



Figs. 80, 81 y 82.— INTERIORES DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE ALCOCER. INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN MIGUEL DE FOCES.

Sevilla, la más poblada de la Península en el siglo XII, corte en el siguiente de Fernando III y Alfonso X. No hubo una intención política y religiosa capaz de erigir, frente a las monumentales mezquitas mayores de Córdoba y Sevilla y sus respectivos alminares, vastos templos pregoneros de la grandeza de la civilización cristiana. Las riquezas, el botín de las ciudades andaluzas, sirvieron, en cambio, para levantar iglesias de dimensiones desmesuradas en las villas de la meseta septentrional.

Según una inscripción transmitida en copia, comenzó a edificarse Santa Ana de Sevilla, en el barrio de Triana, allende el río, en 1276; algún autor asegura fué en 1280. Levantóse a solicitud de Alfonso el Sabio y su construcción parece haberse prolongado hasta los primeros años del siglo XIV. Tiene tres naves seguidas, sin crucero, terminadas a oriente por otras tantas capillas poligonales, precedida la mayor por un tramo rectangular. En éste, lo mismo que en los de las naves, se añadió una ligadura longitudinal a los arcos ojivos de sus bóvedas. Las tres naves son casi de la misma altura. Es, en suma, una iglesia muy semejante a las anteriormente descritas, singularmente a Santo Toribio de Liébana, de la que se diferencia por la simplificación de los apoyos, obtenida en la de Triana por arrancar la mayoría de sus arcos sobre columnillas y ménsulas voladas, a la manera cisterciense, y por la existencia en ella de un paso sobre los arcos de comunicación de las naves, en el grueso del muro (fig. 85).

Construcción más modesta es la iglesia sevillana de San Gil, con capilla única en su cabecera, formada por un tramo rectangular, con bóveda de ojivas y ligadura, y presbiterio que cierra una línea poligonal de siete lados. Dícese haber comenzado este templo el arzobispo don Remondo (1259-1286), oriundo de Segovia.

La iglesia de San Antón de Trigueros es copia de la de Santa Ana, con las variantes de que sus naves laterales carecen de capilla en la cabecera, terminando en testero plano, y de que a cada tramo de bóveda de la nave mayor corresponden dos en las laterales, de desigual longitud. Levantaríase ya en el siglo XIV.

Iglesias con capillas cuadrangulares en la cabecera. — El tipo de iglesias con capillas cuadradas o rectangulares en su cabecera, cerradas a oriente por un testero plano, frecuente en Borgoña, lo difundió la orden del Císter. Dos hemos mencionado con esa disposición, las de Santas Creus y La Espina. La primera sirvió de modelo a la del monasterio femenino, y también bernardo, de Vallbona de las Monjas. Tiene una sola capilla a cada lado de la mayor; cubren su nave de crucero y la única longitudinal bóvedas góticas, no anteriores a los últimos años del siglo XIII (fig. 86).

Plantas análogas, aunque con tres naves, tienen las iglesias de los monasterios cistercienses de Iranzu y Rueda, totalmente cubiertas con bóvedas de ojivas. Fundó el primero el obispo de Pamplona don Pedro de Artajona, que estudió en Francia, y lo pobló en 1174 con monjes del monasterio de la Cour-Dieu. Al morir en 1193 fué enterrado en el presbiterio, cerca del altar mayor, probablemente la única parte entonces construída. La edificación de la casa monástica continuó durante gran parte del siglo XIII, en los reinados de los reyes franceses de Navarra, Teobaldo I (1234-1253) y Teobaldo II (1253-1270); este último dejó al morir una manda para la obra del refectorio. Su arquitectura es ajena a la de la Península, en la que no tuvo repercusiones.

La edificación del monasterio aragonés de Rueda emprendióse en 1202; en 1225 se abrieron los cimientos de la iglesia, cuyo autor fué un monje llamado Gil Rubio; al año

siguiente tuvo lugar la ceremonia solemne de la colocación de la primera piedra y, en 1238, consagróse el altar mayor. Lentamente prosiguió su construcción, como indican los escudos de los diferentes abades labrados en las claves de las bóvedas de las naves. Flanquean el presbiterio, de planta cuadrada, dos capillas de la misma forma, prolongación de las naves laterales. Carece de crucero. Los pilares son cuadrados, con una columna en cada frente, y los arcos ojivos arrancan de las aristas del pilar. En la nave central, algo más elevada que las laterales, se abren ventanas de reducido tamaño (fig. 87).

Completan el grupo de iglesias de testero plano del siglo XIII la de templarios de Villalcázar de Sirga, la de santiaguistas de Villamuriel de Cerrato y la parroquial de Villamorón. En las tres aparece bien patente la influencia burgalesa, ausente de las de Iranzu y Rueda.

Monumental es la de Villalcázar de Sirga, en el camino de Santiago. Según las *Cantigas* de Alfonso el Sabio, se labraba en el año 1196 ó 1197, en uno de los cuales Alfonso IX de León entró en Castilla al frente de huestes de moros que intentaron incendiar y destruir la iglesia, desamparada por los obreros que la construían; milagrosamente, por intercesión de la Virgen allí venerada, los musulmanes no pudieron arrancar la menor piedra del templo. Pero su arquitectura corresponde más bien a la segunda mitad del siglo XIII. Al morir en 1274, sepultóse bajo sus bóvedas al infante don Felipe, quinto hijo de Fernando III y de doña Beatriz de Suabia, y algo después a su mujer. Martín Alfonso, hijo de don Alfonso Téllez, dejó en su testamento de 1285 una manda para la obra. Estaría casi terminado el templo cuando en 1288 iba a orar a él Sancho IV, del que era santuario predilecto (fig. 88).

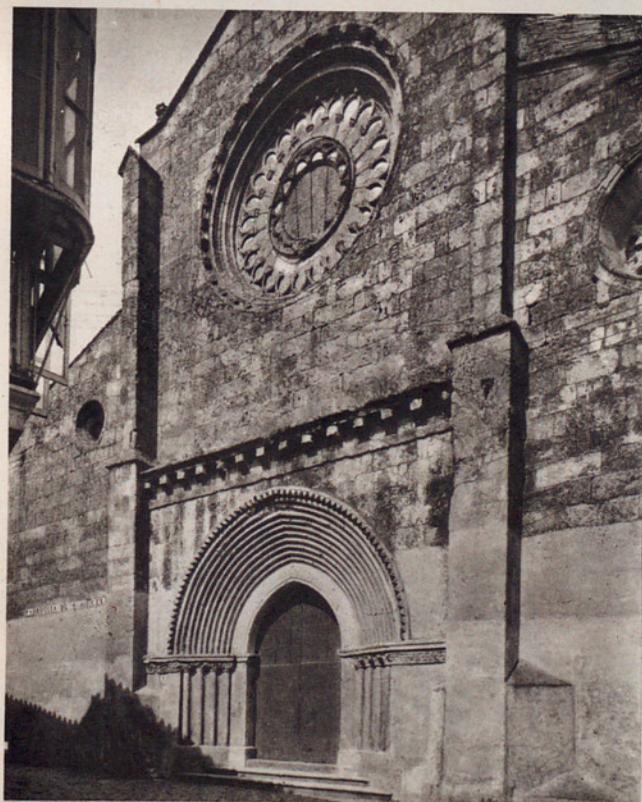
Tres capillas rectangulares forman su cabecera, del mismo saliente las laterales que la mayor, algo más angostas las primeras; entre ellas y la nave de crucero se interpone otra transversal de cinco tramos, los cuatro extremos de la misma altura que las naves laterales y las capillas a ambos lados de la mayor. Los pilares tienen dobles columnas en sus frentes y cuatro en los codillos para apeo de los arcos ojivos. A éstos se añadieron en las bóvedas de la nave mayor ligaduras longitudinales.

Iguales son los apoyos de la iglesia de Villamuriel de Cerrato, que coincide también con la de Villasilva en la disposición de las tres capillas de su cabecera.

El templo de Villamorón es de tres naves, terminada la central en un presbiterio rectangular de su mismo ancho. Las laterales terminan en testero recto, careciendo de capilla. Las separan pilares cilíndricos con ocho columnillas adosadas, excepto los primeros a partir de la cabecera, rodeados por doce.

LA ARQUITECTURA DE FRANCISCANOS Y DOMINICOS Y SUS PRIMEROS TEMPLOS EN CATALUÑA. — La hora del Císter, lo mismo que anteriormente la de otras órdenes religiosas, había pasado a mediados del siglo XIII. En su segunda mitad, en las *Partidas*, Alfonso X incluyó una ley titulada "Quales cosas non deben haber los freyres de Cistel", en la que dice como algunos monasterios de esta insigne orden, comenzada por San Bernardo "sobre muy grant pobreza", "se tornaron después a haber vasallos, et villas, et castiellos, et eglesias, et décimas, et ofrendas". Tal vez recordase el rey Sabio los bienes y privilegios extraordinarios concedidos por su bisabuelo y su padre a las Huelgas de Burgos y la suntosidad de sus construcciones.

Pero, además de la relajación de la primitiva austeridad, había otra causa para que cesasen las fundaciones cistercienses. En el siglo XII, los monasterios, emplazados en luga-



Figs. 83, 84 y 85. — INTERIOR DE SAN PABLO EL REAL, EN CÓRDOBA. FACHADA OCCIDENTAL DE SAN MIGUEL, EN CÓRDOBA. NAVE MAYOR DE SANTA ANA DE SEVILLA.



Fig. 86. — NAVE DE CRUCERO DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE VALLBONA DE LAS MONJAS.

res solitarios, realizaron una gran labor de colonización agraria; con el desarrollo de los núcleos urbanos en el siglo XIII, son éstos los que atraen a los monjes, establecidos en ellos. Al tipo de monje sedentario y contemplativo, encerrado en su monasterio, sustituyó el de fraile activo, apasionado, incansable, viviendo en medio de la ciudad, en el tumulto de la calle, dedicado a propagar la palabra divina y a remediar las miserias morales y materiales de las agrupaciones humanas. Las nuevas órdenes religiosas ciudadanas consagradas a esos fines fueron las de franciscanos y dominicos.

En 1205 se fundó la primera. La iglesia matriz de Asís se construía en 1229, terminóse en 1236, y fué consagrada en 1253. En 1207 el castellano Santo Domingo de Guzmán († en Bolonia en 1221) reunía en torno suyo en Tolosa al núcleo de los futuros frailes predicadores. Su iglesia madre fué la monumental de los Jacobinos de esa ciudad.

Las órdenes mendicantes heredaron de la cisterciense el primitivo espíritu de austeridad y pobreza olvidado por ésta; la voz de San Bernardo encontró en ellas nuevas resonancias. Los dominicos, sobre todo, fueron en ese aspecto sus herederos directos. Su ascetismo sucedió al cisterciense, pero fuera del claustro.

En sus orígenes, la regla de Santo Domingo, conforme al espíritu de sus fundadores, impuso la máxima sencillez en la construcción de iglesias. Prohibía abovedarlas, excepto el presbiterio, así como todo lo que infringiera el voto de pobreza, esculturas, pinturas, mosaicos, vidrieras, calificados en las actas de los capítulos generales, antes de mediar el siglo XIII, de ornamentos inútiles: *curiositates et superfluitates*. Las constituciones dominicas de 1228 prescriben que *mediocres domos et humiles habeant fratres nostri*; los muros de sus templos no debían exceder de 30 pies de altura y de 12 los de las restantes construcciones monásticas. No admitían las ricas sepulturas abiertas en el grueso de los muros que empezaban por entonces a disponerse en las iglesias; también en las *Partidas*, sin duda por influencia monástica, se censura a los magnates y ricos hombres "que levantaban et pintaban sus sepulcros tanto, que semejaban más altares que monumentos". Los estatutos de la orden de frailes menores, dictados en el capítulo general celebrado en Narbona en 1260, contienen reglas análogas a las anteriores para la construcción de sus templos. Prohiben las dimensiones excesivas, las torres, las pinturas, las vidrieras historiadas en las ventanas, excepto en la capilla mayor, única parte que se autorizaba a cubrir con bóveda. Las mismas prohibiciones se repitieron en el capítulo general de Padua, celebrado en 1310 bajo la presidencia del español Gonzalo, ministro general de la Orden. Las puras líneas arquitectónicas eran, como antes lo fueron para los cistercienses, la única belleza tolerada en los templos de las nuevas Ordenes.

Las mendicantes alcanzaron rápida difusión en España. Don Lucas de Tuy († 1249), al final de los párrafos antes aludidos ponderando la piadosa actividad constructiva en el reinado de San Fernando, termina diciendo que en "ese tiempo, por toda España los frailes menores y los predicadores edificaron monasterios, y en cada cabo, sin cesar, se predicaba la palabra del Señor".

De las primeras fundaciones de las dos Ordenes en España no queda resto alguno; humildes edificios, se renovarían en épocas posteriores, olvidada ya la primitiva austeridad.

Las órdenes mendicantes adquirieron en Cataluña desarrollo pronto y grande, explicable por su proximidad y relaciones con Italia, cuna de la de San Francisco, y con el medio día de Francia, comarca en la que comenzó la de Santo Domingo. Su convento más antiguo

en el vecino país fué el de Tolosa (1216), al que siguieron los de Limoges (1219), Montpellier y Narbona (1220), Bayona y Le Puy (1221), Aviñón (1225) y Cahors (1226). Los dominicos se establecieron en Barcelona en 1219, en Lérida en 1227, en Tarragona y Gerona en 1253 y en la Seo de Urgel en 1273.

Hasta algo antes de mediar el siglo pasado subsistieron en Barcelona las iglesias de franciscanos y dominicos levantadas en la segunda mitad del siglo XIII. Se conservan suficientes memorias gráficas de ellas para que podamos formar idea de su arquitectura, de importancia excepcional en la evolución de la catalana.

Establecidos los dominicos en Barcelona en 1219, en 1223 la ciudad les cedió una capilla o ermita dedicada a Santa Catalina, situada en el arrabal de San Pedro. Allí, sobre terrenos donados en gran parte por el obispo de Gerona fray Berenguer de Castellbisbal, comenzaron hacia 1243 las obras del nuevo convento; en 1252 los muros del templo se alzaban hasta el arranque de las bóvedas y no bastando para terminarlo las limosnas, Jaime I autorizó al consejo municipal para imponer un derecho con ese fin sobre las mercancías que se descargasen en el puerto.

Hacia 1262 debían de estar terminados el ábside y los tres primeros tramos de la nave con sus capillas laterales. Entre 1262 y 1268 hubo un nuevo período de actividad constructiva, merced a la protección de Jaime I y de Berenguer de Montcada. En 1275 sólo faltaba el último tramo y el gran rosetón de la fachada, concluídos poco después gracias al cuantioso legado testamentario de Pont de Alés, fallecido aquel año. Los sepulcros más antiguos existentes en el templo eran tres urnas, que estuvieron en la capilla de Santa Ana y hoy guarda el Museo de Arte de Cataluña, de fray Berenguer de Castellbisbal, obispo de Gerona († 1253); fray Guillermo de Barbará, obispo de Lérida († 1255), y fray Bernardo de Mur, obispo de Vich († 1264). En la capilla de Santa Inés hubo una lápida, hoy en el museo citado, conmemorando su fundación por Inés Giralt (siglos XIII al XIV).

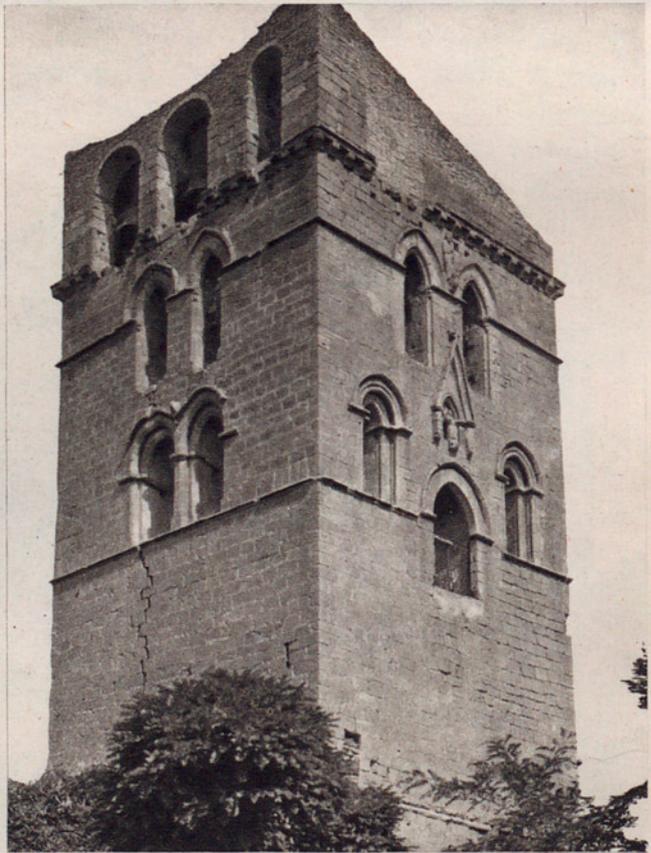
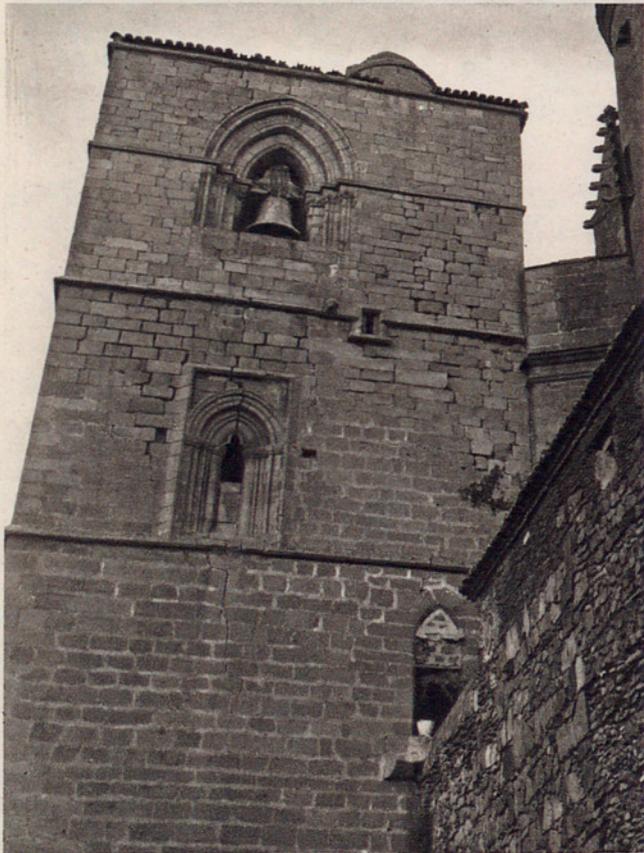
Durante los siglos XIV al XIX no cesaron las adiciones y reformas; en 1823 hubo un derribo parcial de dependencias, y en 1837 desapareció lo que aun quedaba en pie después del incendio y saqueo sufridos por el convento en 1835.

Tenía la iglesia de Santa Catalina nave única, rectangular, de 15 metros de luz y 25,66 de altura, con siete tramos más bien angostos, cubiertos con bóvedas de ojivas. Terminaba a oriente en una capilla de su mismo ancho, cerrada por una línea poligonal de siete lados con dos pisos de grandes ventanales, cubierta por una bóveda de ocho nervios, cuyos empujes contrarrestaban largos estribos. De mayor saliente aun eran los de la nave, entre los que se dispusieron, a ambos costados, capillas laterales rectangulares, cubiertas por bóvedas de ojivas de 13,60 metros de altura, comunicadas entre sí. Sobre sus arcos de ingreso, ventanas altas y estrechas daban luz al interior del templo. Llaguno, que escribía antes de su derribo, dice que tenía vidrieras redondas, es decir, ojos de buey; tal vez dieran luz a las capillas laterales; no figuran en los modernos dibujos de reconstrucción del templo.

En 1232, Jaime I cedió a los franciscanos un pequeño hospital de peregrinos existente en Barcelona, cuya capilla estaba consagrada a San Nicolás, en la que era tradición se albergó el Santo en 1211. Una nueva iglesia, comenzada tal vez poco después, fué inaugurada por el monarca en 1247. Algo más hacia oriente se levantó, en la segunda mitad del siglo XIII, la iglesia mayor de San Nicolás de Bari. En 1277 moría Ramón de Banyeres, que hizo construir la capilla de la Virgen María, la cuarta del lado del evangelio, en la que fué



Figs. 87 y 88. — INTERIOR DE LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE RUEDA Y EXTERIOR DE LA DE VILLALCÁZAR DE SIRGA.

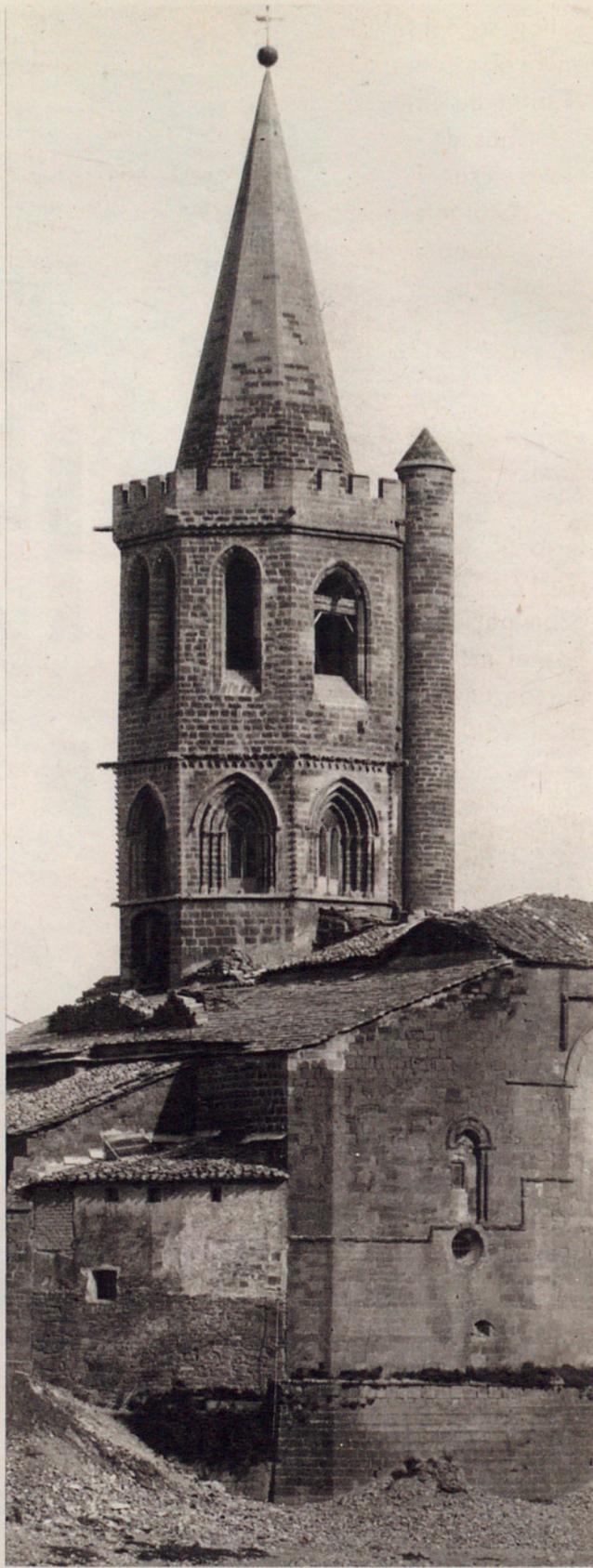
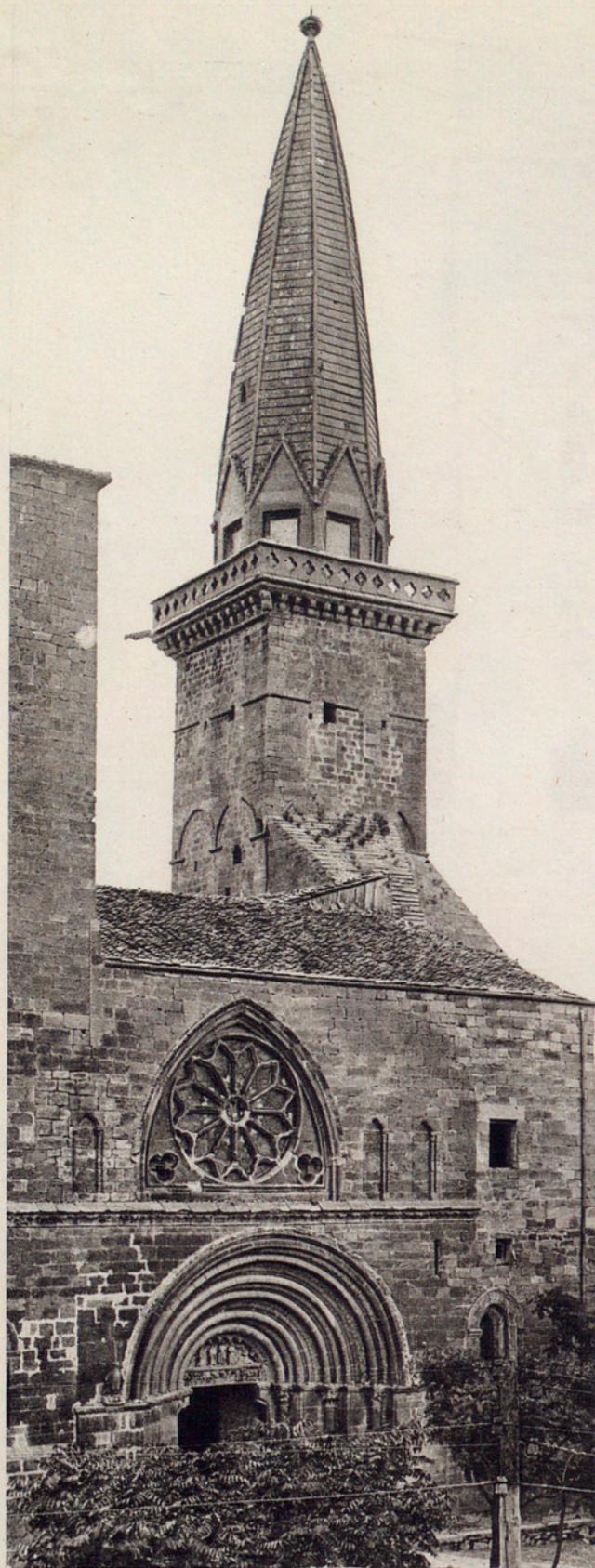


Figs. 89, 90 y 91. — EXTERIOR DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE GERONA. TORRES DE LA CATEDRAL DE PLASENCIA Y DE SANTA MARÍA DE LAGUARDIA.



Fig. 92. — TORRE DE SAN MIGUEL DE PALENCIA.

INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO



Figs. 93 y 94.—TORRES DE SAN PEDRO DE OLITE Y DE SANTA MARÍA LA REAL DE SANGÜESA.

enterrado. Consagró el templo, según una inscripción que estaba junto a la puerta del claustro y hoy se conserva en el Museo citado, San Luis, obispo de Tolosa y fraile franciscano, en 1297, a la par que el de Barcelona fray Bernardo Peregrí, de la misma Orden, consagraba el altar de San Francisco. Después del siglo XVI, en la iglesia y en el convento se realizaron reformas de importancia y en 1822 sufrieron considerables depredaciones y derribos parciales. Tras el incendio de 1835 fueron totalmente demolidos.

La planta del templo constaba de una sola nave, cubierta con siete tramos de cruce-ría, rectángulo irregular con contrafuertes salientes entre los que se dispusieron capillas de desigual profundidad, más espaciosas las del lado del evangelio que las del de la epístola. Estas eran las primitivas, que la existencia del claustro no permitió ampliar, mientras que las fronteras, grandes y desiguales, respondían a reformas hechas en diferentes épocas. La capilla mayor, del mismo ancho que la nave, estaba limitada a oriente por una línea poligonal de siete lados; en los cinco centrales se abrían otras tantas capillas, posteriores tal vez a la construcción del ábside.

En 1253, según una lápida existente en el interior de la iglesia, fundóse el monasterio de dominicos de Nuestra Señora de la Asunción, en Gerona. Al año siguiente, Inocencio IV concedía indulgencias en su beneficio. Un fray Geraldo, muerto en 1276, construyó gran parte del claustro, según su epígrafe funerario, que, procedente del convento, guarda hoy el museo Arqueológico de Gerona. Pero Villanueva alude a la consagración del altar mayor en 1339, por lo que, a falta de un detenido análisis arqueológico, cabe la duda de si el edificio actual es el levantado en el siglo XIII o si corresponde a una reconstrucción comenzada en la primera mitad del siguiente. Convertido en cuartel, domina con su gran masa, desde la meseta escarpada en la que se levanta y a la que se llega por empinada escalinata, la parte oriental de la ciudad. Tras la fachada, con puerta de arcos de medio punto y un gran rosetón encima, se extiende la nave, de 12,12 metros de ancho y 42,63 de longitud, con cinco tramos rectangulares terminados a oriente por un presbiterio de su mismo ancho, limitado por siete paños. Entre los contrafuertes se abren capillas, de mayor profundidad las de la izquierda que las de la derecha. Estrechas y altas ventanas de arco agudo, con mainel y tracería, iluminan el interior (fig. 89).

Surgió, pues, en Cataluña, en la segunda mitad del siglo XIII, un nuevo tipo de iglesia gótica, bien distinto de todos los reseñados anteriormente: ancha nave única, rectangular, cubierta por varios tramos de bóvedas de cruce-ría, con contrafuertes entre los que se disponen capillas y presbiterio a oriente, cerrado por una línea poligonal.

No es cierto, como se ha afirmado, que los cistercienses introdujeran la arquitectura gótica en Cataluña; los primeros templos de este arte, que penetra en las regiones levantinas más tardíamente que en el reino de Castilla, pertenecen a monasterios de las órdenes menores, sin relación alguna con los bernardos de Poblet y Santas Creus, las catedrales de Tarragona y Lérida, y las restantes iglesias catalanas anteriores a la segunda mitad del siglo XIII. A pesar de que el abovedamiento de la nave infringía disposiciones de sus capítulos, dominicos y franciscanos difundieron por ambos lados de los Pirineos el aludido tipo de templo, popularizado en los siglos XIV y XV. Se ha dicho procede de iglesias borgoñonas cistercienses de una sola nave, abovedadas con medios cañones agudos y capillas laterales entre los estribos cubiertas por otras semejantes, pero de eje normal al de aquélla, como las de Fontenay y Císter (desaparecida ésta). Las de Sylvanes y Lescale-Dieu, en el sur

de Francia, repiten el mismo tipo, que Mâle afirma fué creado por los cistercienses del Languedoc en el siglo XII y adoptado por los dominicos; su origen más bien parece borgoñón.

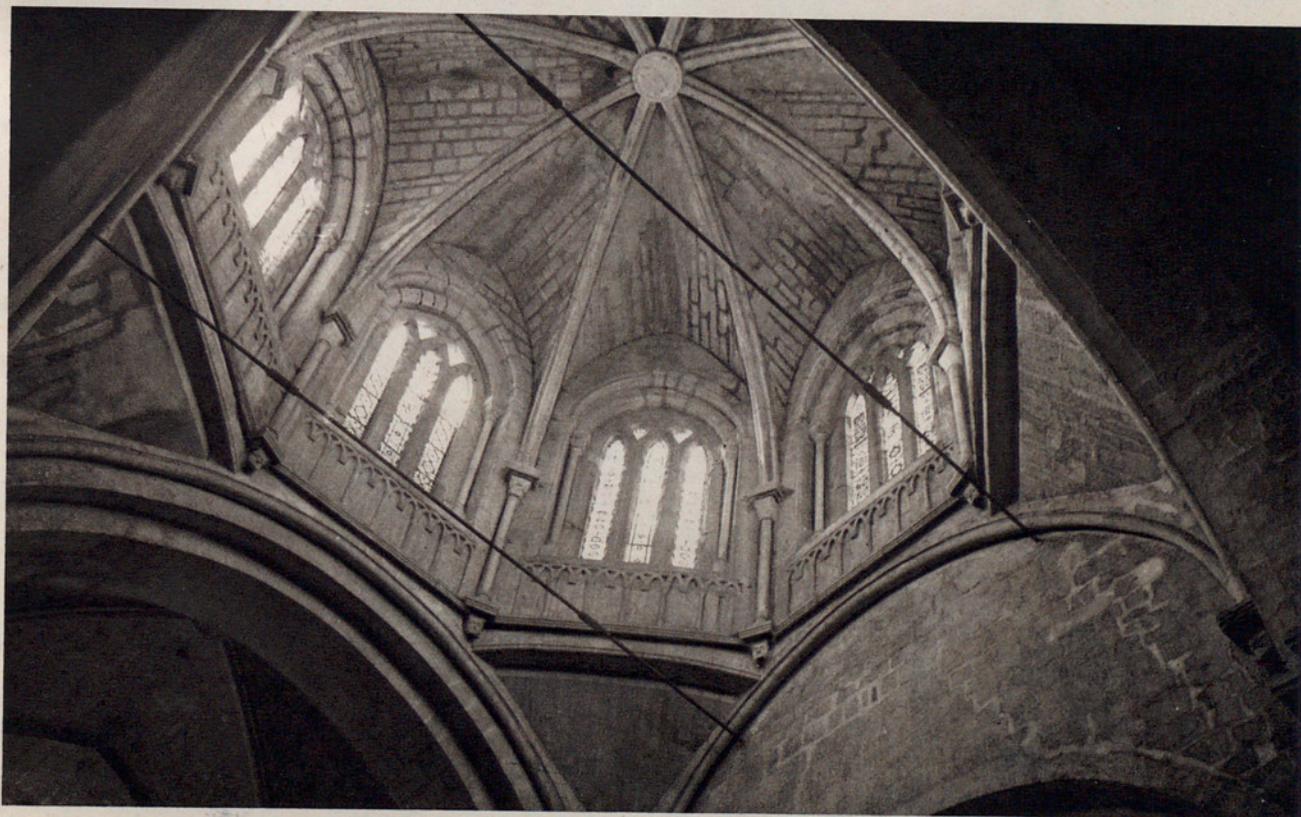
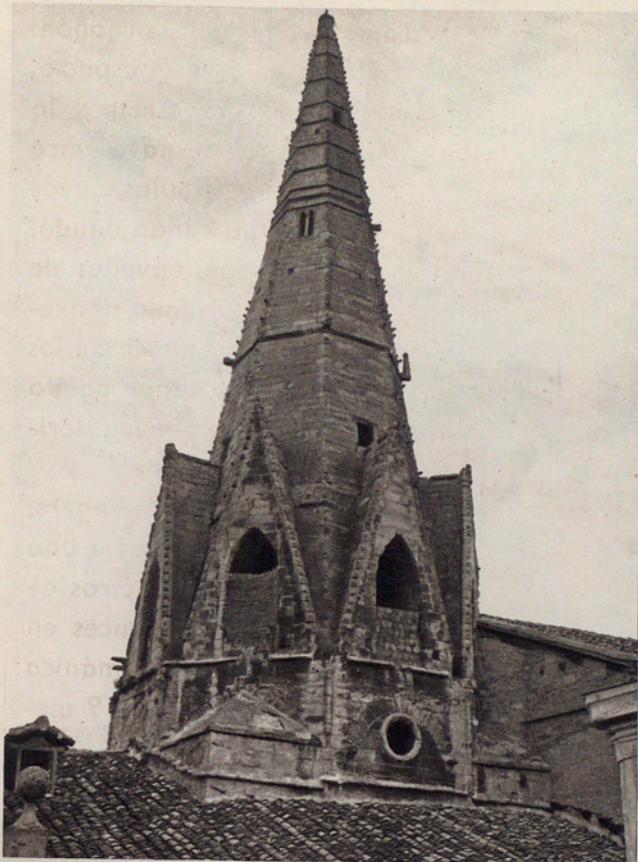
Algunos historiadores de la arquitectura han ido más allá en el tiempo y en el espacio, al suponerlas derivadas de iglesias parecidas de Persia, Mesopotamia, Serbia, Creta y la Basilicata. Pero tal vez el precedente más inmediato de las iglesias catalanas de nave única esté en las románicas del sudoeste de Francia con una sola nave cubierta por cúpulas, cuyos tramos limitan lateralmente, a norte y sur, gruesos arcos o bóvedas de medio cañón agudo. Algunos de estos templos se cubrieron en la segunda mitad del siglo XII con bóvedas de ojivas, en lugar de las cúpulas, por ruina de éstas o por modificación del proyectado abovedamiento en el transcurso de la obra. Abundan las iglesias levantinas de nave única de los siglos XIV y XV y aun del XVI cuyas capillas laterales cubren bóvedas de medio cañón agudo en lugar de ojivas, como recordando su origen. Por esta disposición, lo mismo pueden derivar de las cistercienses descritas que de las de cúpulas, pues ambos tipos la tienen.

Para la amplia nave única es precedente de importancia la de la catedral de Angers, cuya anterior disposición de tres se cambió a mediados del siglo XIII, reduciéndolas a una sola del ancho total de aquéllas, cubierta con grandes bóvedas de crucería de 16 metros de luz y 25 de elevación. Abovedamientos semejantes se emplearon a partir de entonces en importantes iglesias del oeste y del mediodía de Francia, entre ellas en la catedral románica de Tolosa, cubierta a comienzos del siglo XIII con atrevidas bóvedas de ladrillo de 19 metros de luz y 20 de altura en la clave.

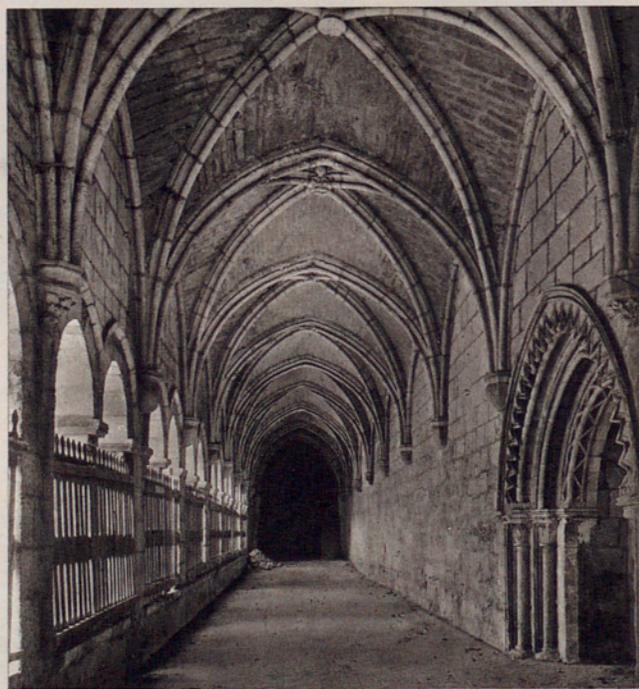
El antecedente de las capillas laterales entre los estribos parece estar en la gran iglesia de los Jacobinos de Tolosa, casa matriz dominica, obra admirable, la más bella de la Orden según juicio atribuído a Urbano V, que es natural inspirara la de Santa Catalina de Barcelona. Su primera piedra se puso en 1230; en 1242 fueron enterrados en ella tres frailes asesinados por los albigenses; en 1290 ó 1291 celebróse en su interior la primera misa. Al plano primitivo pertenecen las capillas entre los contrafuertes. En Tolosa también, las órdenes de franciscanos, carmelitas y agustinos levantaron sus iglesias conforme al mismo tipo de nave única y capillas entre los contrafuertes; así se resolvía el problema de tener crecido número de ellas sin necesidad de hacer grandes y monumentales cabeceras, contrarias al espíritu de las órdenes menores. Si el tipo nació en Francia, fué en la región catalana y en las inmediatas donde alcanzó carta de naturaleza, adquiriendo extraordinario desarrollo, como se verá más adelante.

TORRES-CAMPANARIOS, LINTERNAS Y CIMBORIOS. — Las torres-campanarios unían en el siglo XIII a su función religiosa la militar. Por eso suelen ser extraordinariamente robustas y a veces están separadas del templo, como en Plasencia y La Guardia (figs. 90 y 91).

La de las Huelgas de Burgos, obra de la segunda mitad del siglo XIII, extraña en un monasterio cisterciense, inaugura un tipo con grandes estribos, en contraste con otras, como la citada de La Guardia, de muros sin resaltos. La de San Miguel de Palencia es una de las más abiertas y ligeras de esta época. Situada a los pies de la iglesia, su cuerpo alto se abre en cada frente por un gran ventanal de arco agudo, con mainel central y tracería en el tímpano formada por tres cuadrifolios. Construyóse en el siglo XIII, pues desde ella se dió la señal de alarma, en noviembre de 1298, cuando intentaban apoderarse de la ciudad los partidarios del infante don Juan, según la *Crónica del rey don Fernando Cuarto* (fig. 92).



Figs. 95, 96 y 97. — FLECHA DE SANTA MARÍA DEL PALACIO, DE LOGROÑO. EXTERIOR DE LA SALA CAPITULAR DE LA CATEDRAL DE PLASENCIA. INTERIOR DEL CIMBORIO DE SAN CUGAT DEL VALLÉS.



Figs. 98, 99 y 100. — CLAUSTROS DE LOS MONASTERIOS DE VALLBONA DE LAS MONJAS Y DE VALBUENA DE DUERO Y PÓRTICO SEPTENTRIONAL DEL DE LAS HUELGAS DE BURGOS.

Robustísimas, sin huecos apenas, por el contrario, son las torres de la catedral de Zamora y de San Pedro el Viejo de Huesca. La planta alta de la primera, para cuya obra figura una manda en un testamento de 1236, tiene bóveda de ojivas arrancando sobre repisas de gallones convexos. En la ruda y fuerte de Huesca se trabajaba hacia 1287.

Remate obligado de toda torre era en el siglo XIII una flecha de piedra, que en muchos casos no llegó a ejecutarse, por lo que su número es reducido. Verdadera flecha, un tanto atrofiada, es la que cubre la torre del Gallo en la catedral de Salamanca. La que trasdosa, la sala capitular de la catedral de Plasencia, derivada de aquélla, tiene ya la forma y proporciones de las francesas. Cuatro torrecillas cilíndricas en los ángulos alternan con agudos gabletes en el centro de sus lados, rodeando un alto cono con escamas de piedra y aristones decorados con *crochets* (fig. 96). Otras flechas, de base cuadrada o poligonal de mayor número de lados, tienen sus caras lisas o escasamente decoradas, como las de las torres de San Pedro de Olite y del crucero de Santa María la Real de Sangüesa (figs. 93 y 94).

La más monumental flecha gótica del siglo XIII en nuestro país es la del crucero de Santa María del Palacio de Logroño; trasdosa una cúpula octogonal. Es una pirámide de ocho caras, con ventanas de arco agudo, de sencilla tracería, en su parte inferior, dentro de gabletes, y *crochets* en las aristas (fig. 95).

La arquitectura medieval española resaltó con frecuencia interior y exteriormente el tramo central del crucero de las iglesias con una cúpula, erguida sobre una linterna. Recuérdense las ya aludidas de Salamanca, Zamora y Toro, cubiertas por cúpulas nervadas, es decir, góticas, y las hispanomusulmanas de Armenteira, San Miguel de Almazán y Torres del Río. Muchas iglesias cistercienses, como las de Valbuena, Osera, Huelgas y La Espina, infringieron el espíritu de la Orden construyendo cúpulas sobre el tramo central de sus respectivos cruceros.

A fines del siglo XIII se levantó sobre el de la iglesia de San Vicente de Ávila una cúpula de base octogonal y ocho nervios, descansando en trompas formadas por semibóvedas de ojivas. Exteriormente es cuadrada. Octogonal, con linterna de dos órdenes de ventanas, inspirada en la de Salamanca, es la de la iglesia de Villamuriel de Cerrato. Planta rectangular tiene la del crucero de San Pedro el Viejo de Huesca, y en ella se abren cuatro ojos de buey lobulados; acúsase al exterior, como algunas románicas y de templos cistercienses, por un cuerpo cuadrangular.

En Cataluña se formó en el siglo XIII una escuela regional de construcción de cimborios. El más antiguo es el del crucero de la catedral de Tarragona, inspirado en el del mismo lugar de San Sernin de Tolosa. Ignórase la fecha de su construcción. En 1259 existían ya varios altares en el crucero, pero la cúpula pudo construirse posteriormente. Descansa sobre trompas cónicas y tiene ventanas entre los arranques de sus plementos cóncavos. Varía la de la catedral de Lérida, más avanzada, en tener linterna y ser planos, es decir, superficies cilíndricas, sus plementos, como los de las cúpulas llamadas lombardas. Atribúyese, sin pruebas, al *magister operis Petrus de Pennafreita*, fallecido en 1286; el templo se consagró en 1278, pero el cimborio pudo construirse más tarde.

De la de Tarragona derivan las cúpulas que cubren los tramos centrales del crucero de las iglesias de Tamarite de Litera y de San Cugat del Vallés (fig. 97), calada la linterna de esta última por ventanas con buenas vidrieras y, probablemente, la de Santa María la Real de Sangüesa.

Los constructores de la iglesia del monasterio de Santas Creus no se atrevieron a enriquecerla con una linterna sobre el tramo central del crucero, pero, avanzado el siglo XIII, sobre la sencilla bóveda de ojivas que cubre dicho lugar, comenzaron a elevar un cimborio, aparente tan sólo al exterior.

DEPENDENCIAS DE CATEDRALES Y MONASTERIOS. — **Claustros y lavabos.** — Conservan las catedrales, colegiatas y monasterios de España una serie de claustros góticos tal vez sin paralelo en ningún otro país. A su gran valor pintoresco únese el interés de señalarse en sus arquerías y elementos decorativos más claramente que en los templos la evolución de algunas formas góticas.

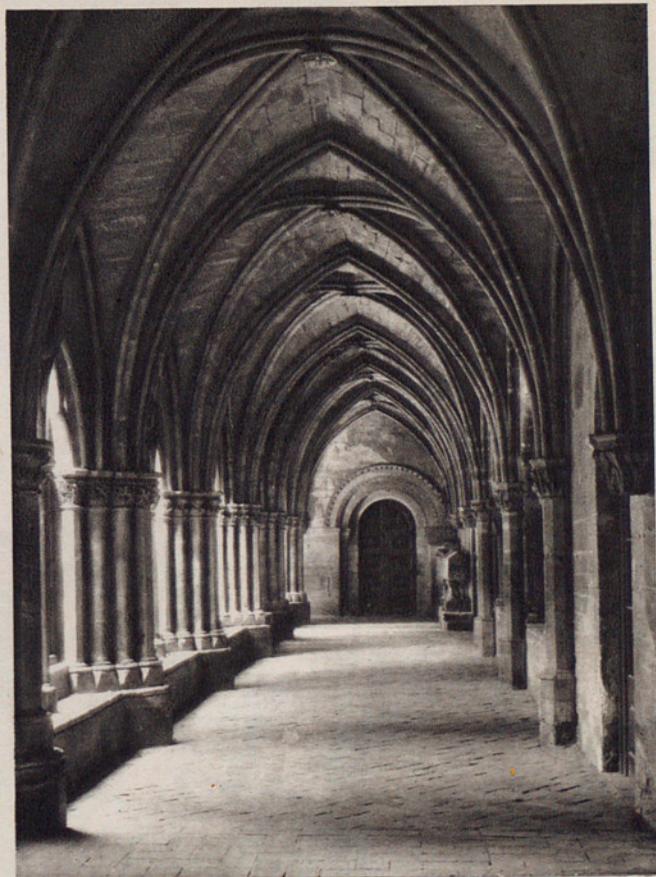
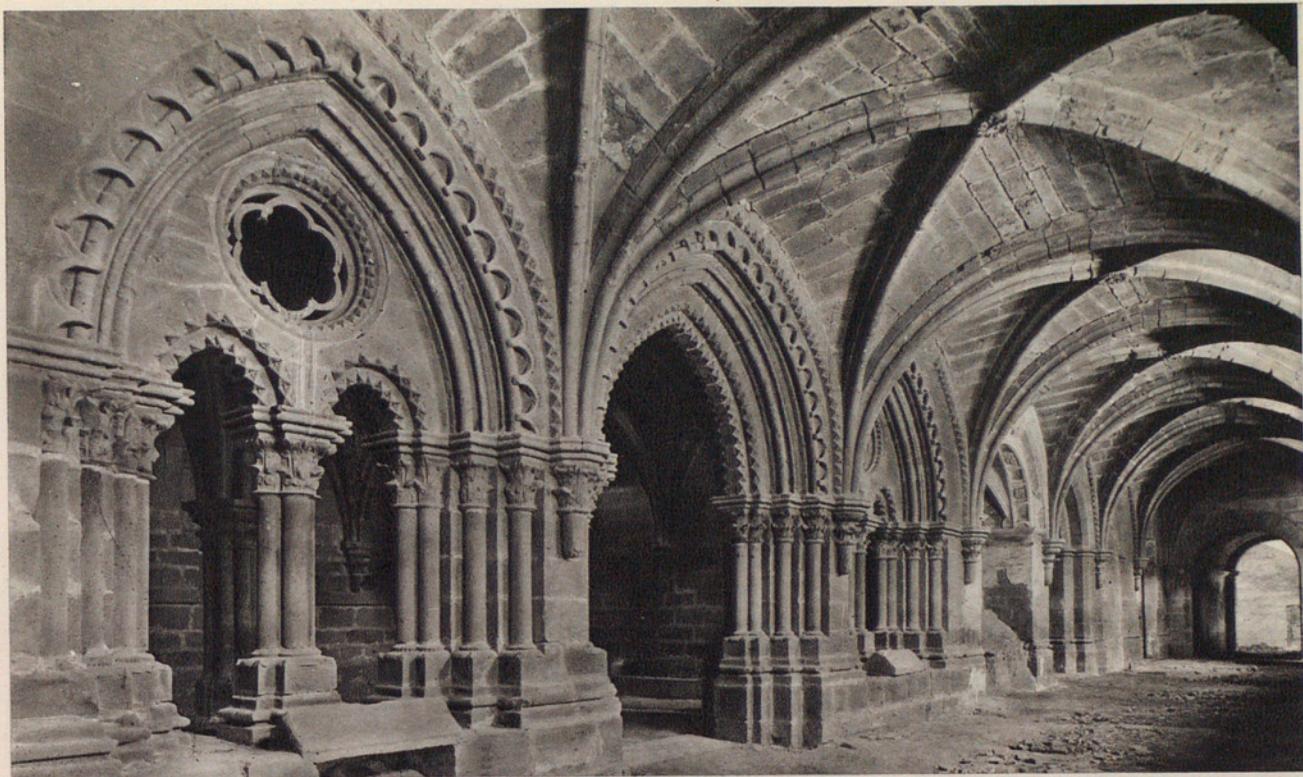
La construcción del claustro solía comenzar una vez levantados el crucero, la cabecera de la iglesia y la sala capitular y dependencias inmediatas, situadas en una nave prolongación de la de aquél. Las galerías primeramente edificadas eran la adyacente a la iglesia y la que daba entrada al capítulo; transcurrían a veces bastantes años hasta la construcción de las dos restantes, con las que el claustro quedaba terminado. En ocasiones, limitábanse a levantar los cuatro muros que cerraban las galerías del fondo, dejando para más tarde la construcción de los ventanales que limitaban el patio o jardín central.

Los primeros claustros góticos españoles son de monasterios cistercienses. Al cubrir sus naves o galerías con bóvedas de ojivas, se contrarrestaba su empuje por medio de estribos salientes correspondientes a los arcos fajones; entre estribo y estribo disponíanse grandes arcos agudos, y bajo ellos se abrían dos, tres o cuatro arquillos, sostenidos en columnas gemelas, con los tímpanos sobre ellos macizos o perforados por rosas, cuadrifolias o rombos. Del lado interior, arcos perpiaños y cruceros solían apearse en ménsulas. Esta disposición, característica de los claustros de la primera mitad del siglo XIII, la encontramos en los de Aguilar de Campóo, que se construía en 1209; alas oriental y meridional del monasterio de Vallbona de las Monjas (fig. 98); catedral de Tuy, con los tímpanos macizos, para cuyo abovedamiento figura una manda en un testamento de 1264 y fué reconstruído en el siglo XV, y en los citados a continuación.

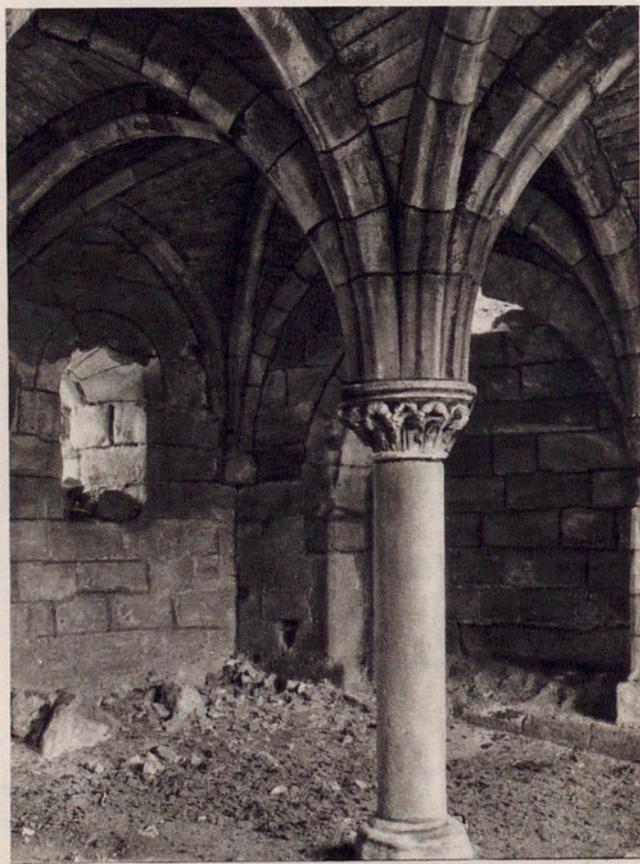
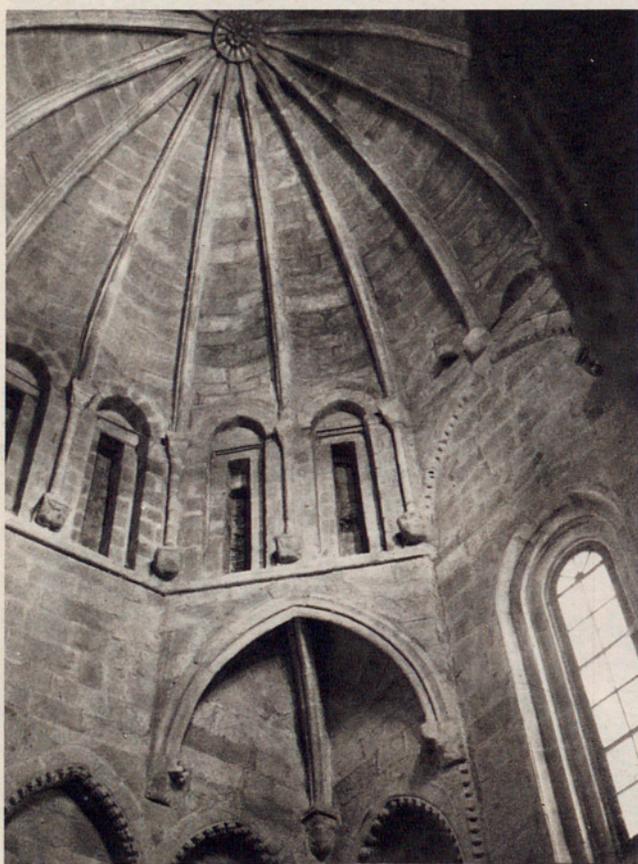
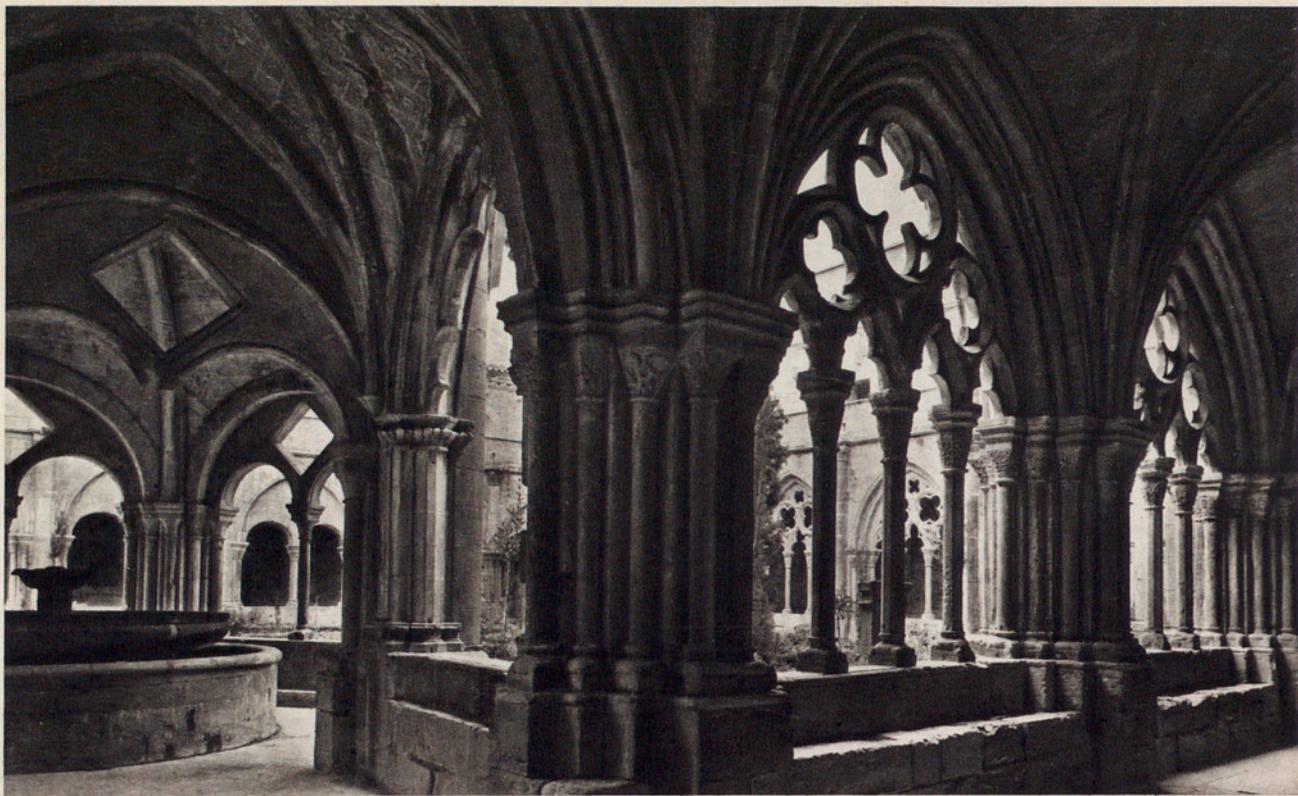
El ala sur del claustro de Poblet, adyacente a la iglesia, se levantó en el reinado de Pedro el Católico (1196-1213) y fué costeada en parte por Armengol VIII de Urgel († 1208); el escudo de los condes de Urgel figura en algunas claves. Las donaciones para la obra continuaron durante todo el siglo XIII; Jaime I hizo una en 1225. No estaba aún terminado en 1297, reinando Jaime II, año en que el noble Berenguer de Puigvert dejaba en su testamento el castillo de Puigvert para costear el claustro y dormitorio.

De tipo cisterciense, semejante a los de Poblet y Vallbona, es el claustro de la catedral de Tarragona. Las armas de los arzobispos don Ramón de Castelltersol (1194-1198) y don Ramón de Rocabertí († 1215) figuran en capiteles de su galería occidental; el último, en su testamento de 1214, destinó mil sueldos *operi claustris Tarrachonae*.

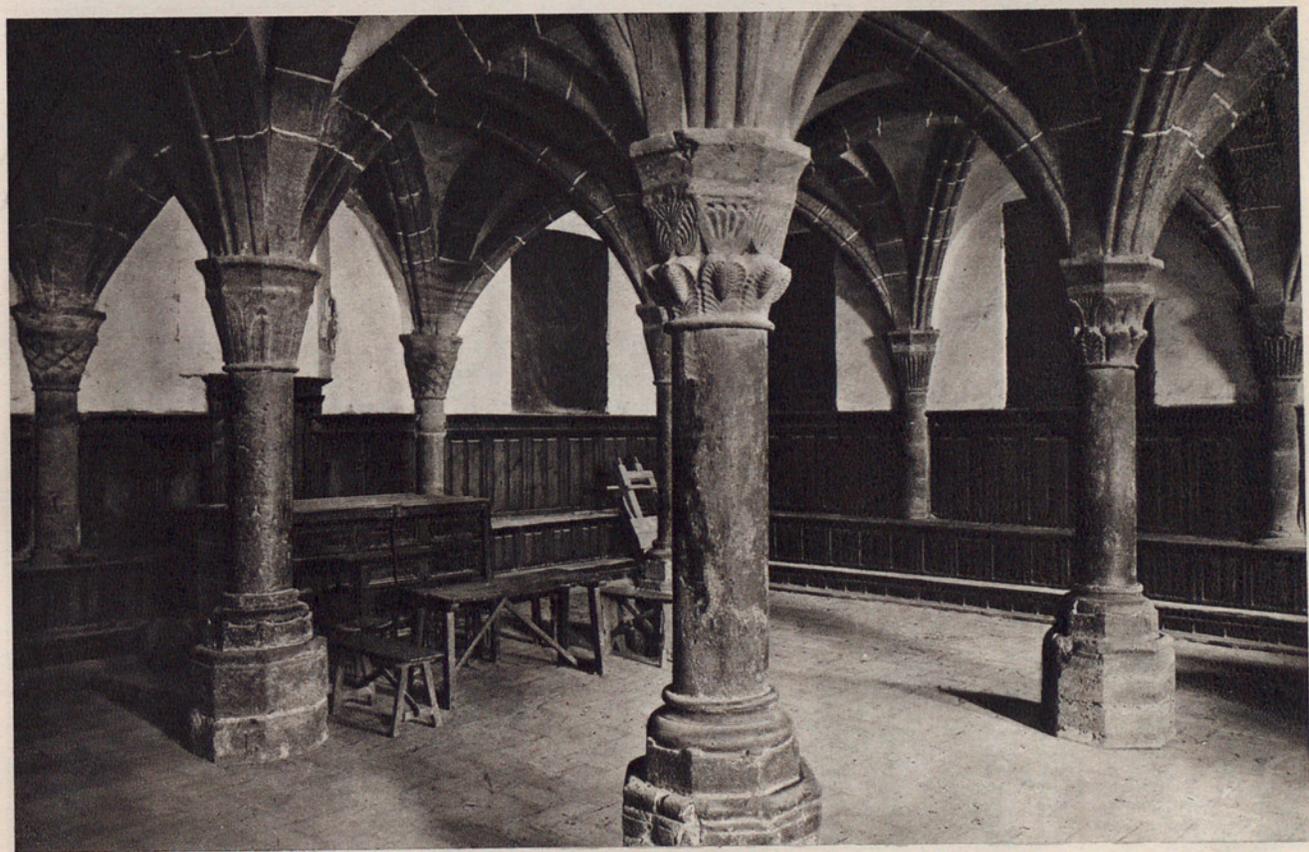
El claustro del monasterio cisterciense de Valbuena de Duero es uno de los más interesantes y menos conocido de este grupo (fig. 99). En la galería oriental y en parte de las de poniente y sur los tímpanos sobre los arcos son macizos; en el resto de éstas y en la septentrional, están perforados por aberturas circulares y rosas de variados dibujos, algunas de lóbulos. Hacia mediados del siglo XIII debió de levantarse el gran claustro llamado de San Fernando en el monasterio de las Huelgas de Burgos, del que quedan algunos restos; excep-



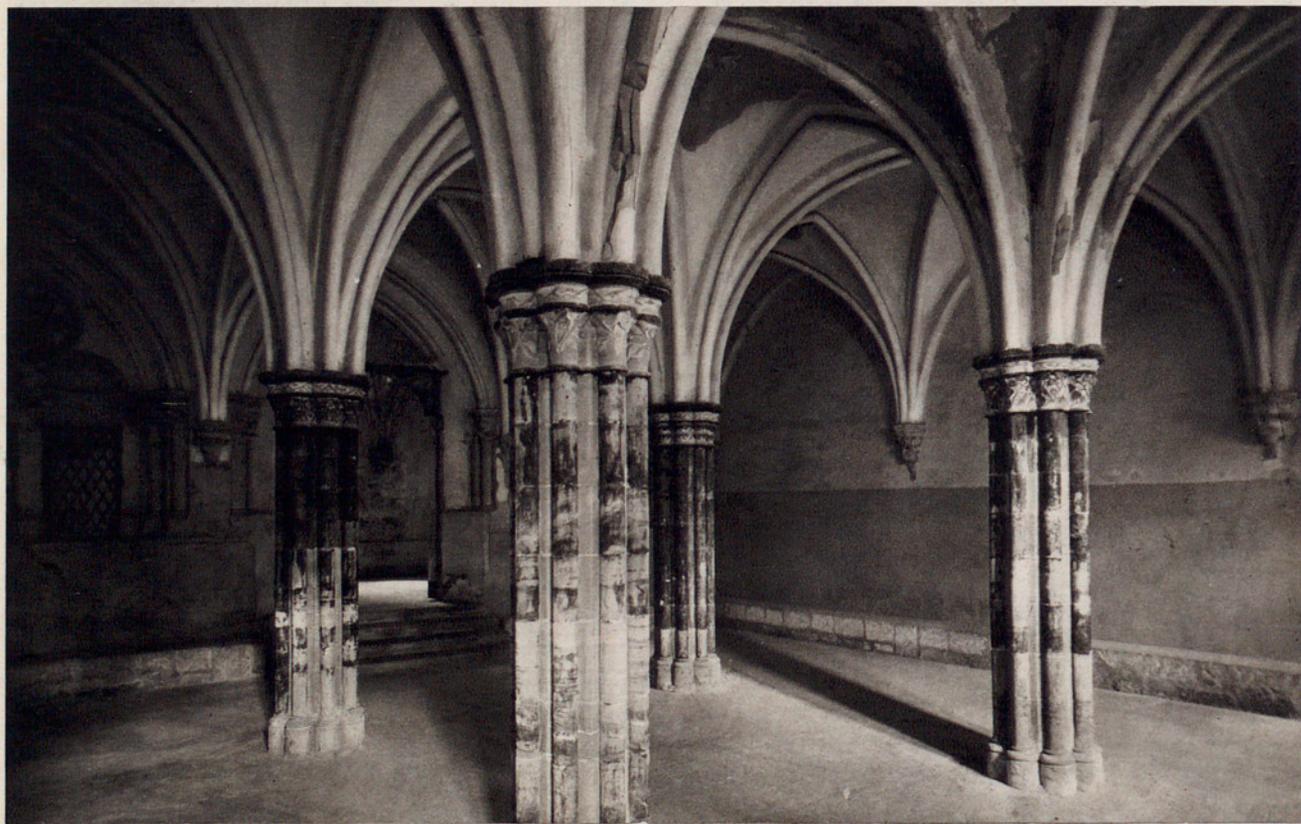
Figs. 101, 102 y 103.—INGRESO A LA SALA CAPITULAR EN EL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE RUEDA. CLAUSTROS DE LOS MONASTERIOS DE HUERTA Y VERUELA.



Figs. 104, 105 y 106. — LAVABO EN EL CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE POBLET. SALAS CAPITULARES DE LA CATEDRAL DE PLASENCIA Y DEL MONASTERIO DE BUGEDO DE JUARROS.



Figs. 107 y 108.—INGRESO A LA SALA CAPITULAR DEL MONASTERIO DE LA OLIVA E INTERIOR DE LA DEL DE FITERO.



Figs. 109 y 110. — SALAS CAPITULARES DE LOS MONASTERIOS DE POBLET Y PIEDRA.



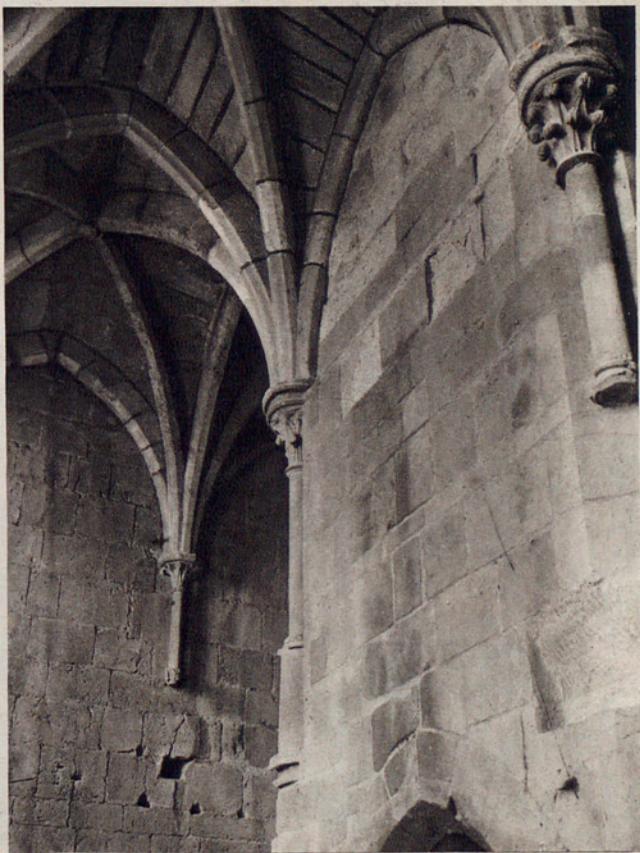
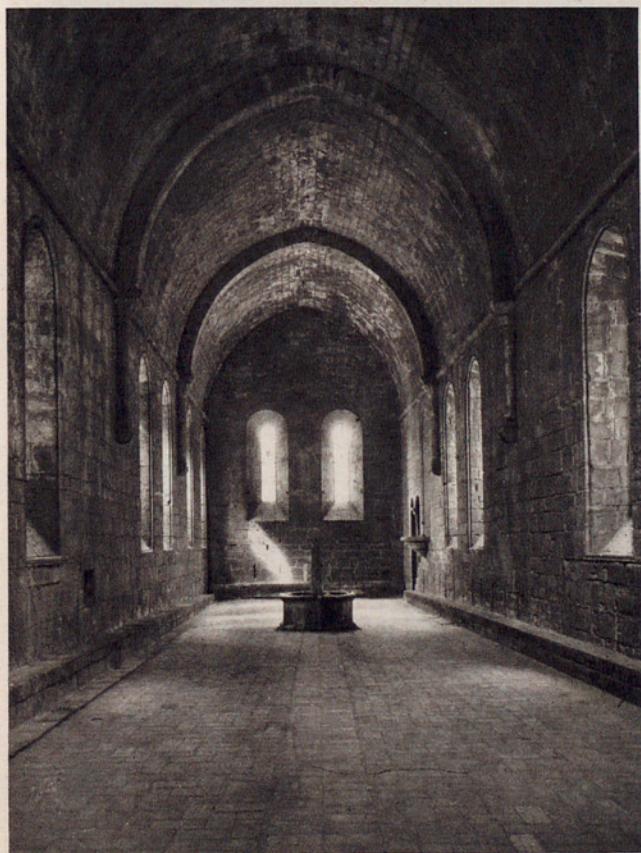
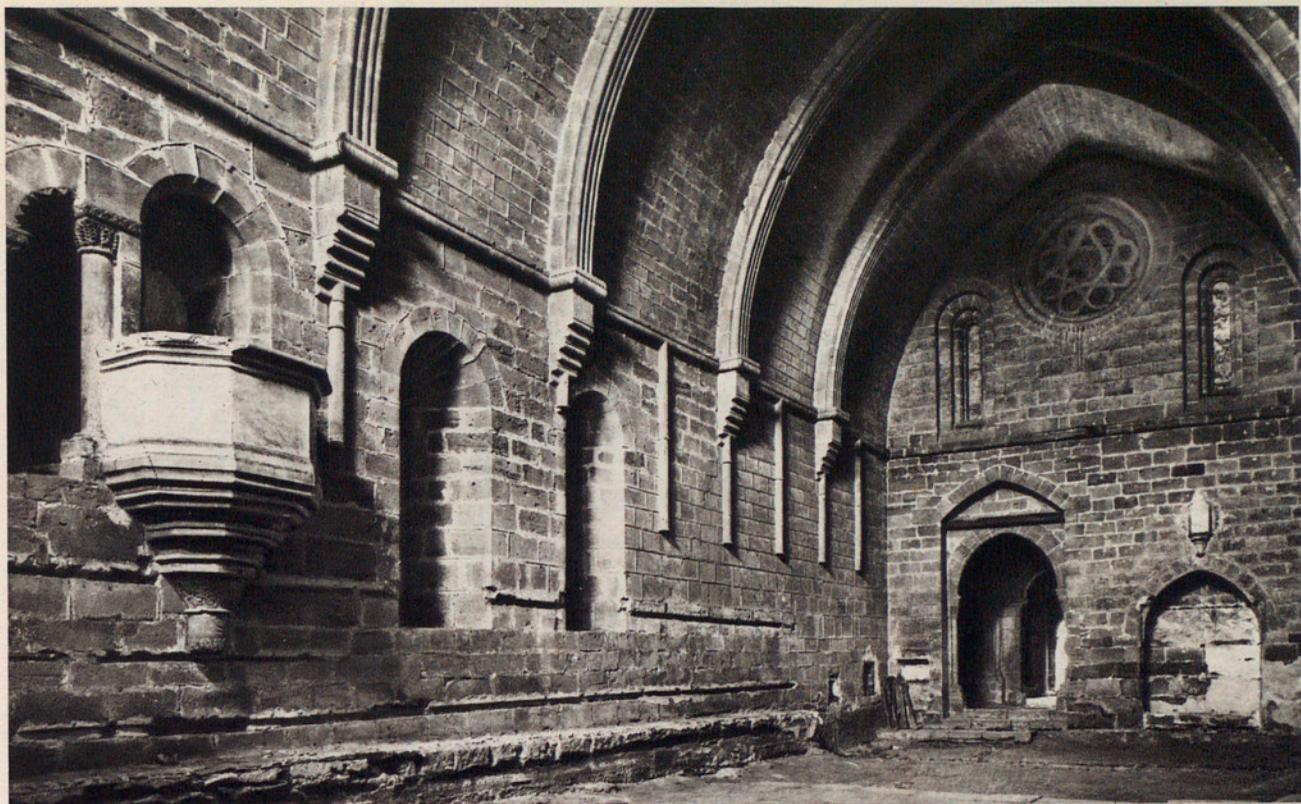
INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO

Fig. 111. — SALA CAPITULAR DEL MONASTERIO DE CAÑAS.

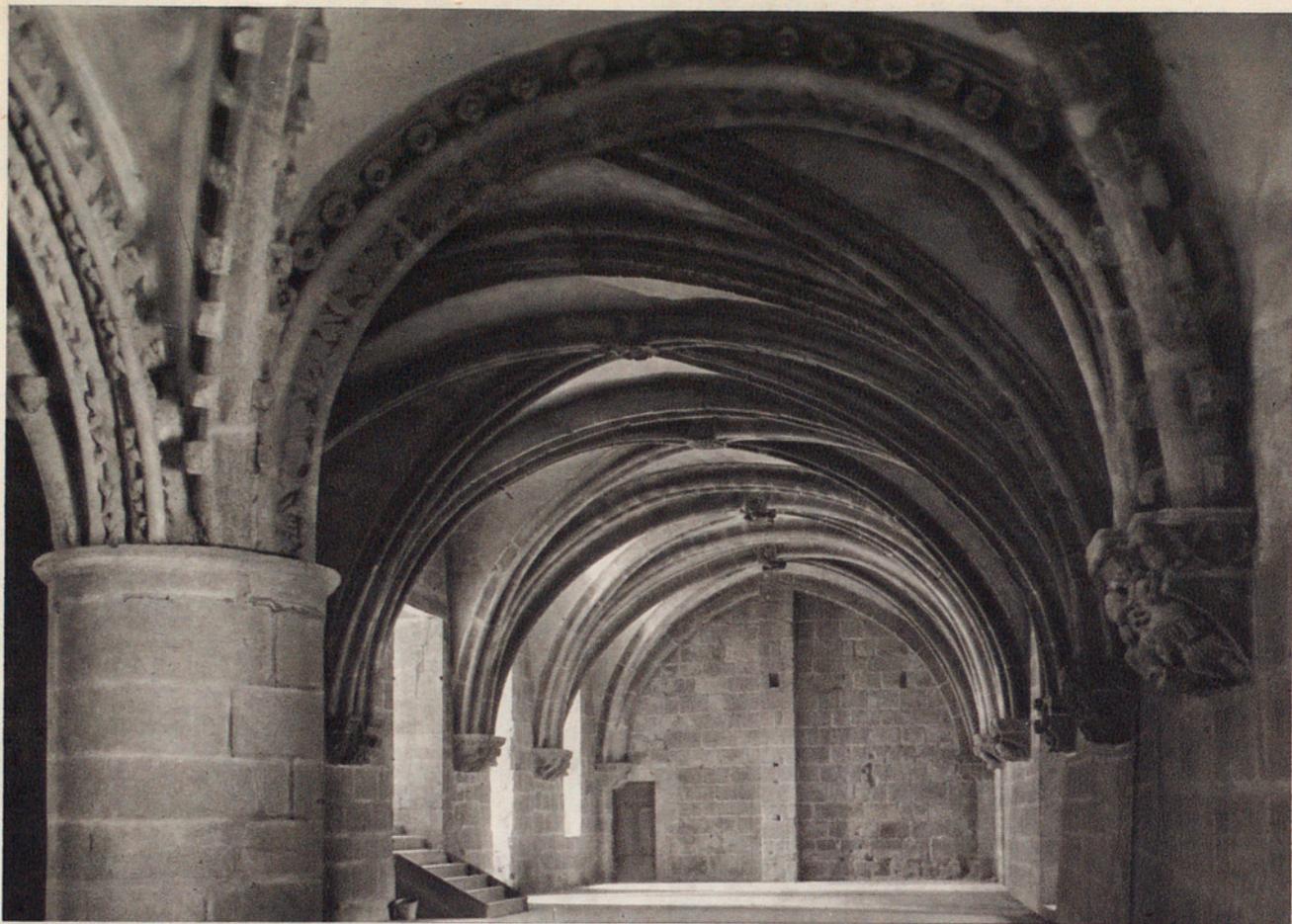
INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO



Fig. 112. — DORMITORIO DEL MONASTERIO DE POBLET.



Figs. 113, 114 y 115. — REFECTORIOS DE LOS MONASTERIOS DE RUEDA Y POBLET Y DETALLE DE LA COCINA DEL DE HUERTA.



Figs. 116 y 117. — SALÓN ALTO DEL PALACIO LLAMADO DE GELMÍREZ, EN SANTIAGO DE COMPOSTELA. PATIO DEL PALACIO DE LA ZUDA, EN LÉRIDA.

cionalmente cubríalo una bóveda de medio cañón. Contemporánea será una parte del claustro de Iruzu y el del monasterio de Piedra. A la segunda mitad del siglo XIII pertenecen el del monasterio de Veruela y parte del de Rueda (figs. 101 y 103).

A comienzos del siglo XIII las donaciones de la familia de los Finojosa permitieron comenzar el claustro del monasterio, también cisterciense, de Huerta. En su galería oriental, la más antigua, un sepulcro tenía la fecha de 1202. Muñoz Sánchez († 1206) y su mujer doña Marquesa construyeron a su costa la septentrional, en la que están sus sepulcros. La galería sur se ejecutaría después de la muerte de don Rodrigo Jiménez de Rada; en ella fueron enterrados en 1256 y 1259 sus dos testamentarios (fig. 102).

A fines del siglo XIII, al muro entre contrafuertes, abierto por arquillos en su parte baja y macizo o perforado por pequeños huecos en la superior, sustituyen grandes ventanales con tracería, cada vez más fina y complicada a medida que avanza el siglo XIV.

Los monasterios cistercienses solían tener una fuente y pila de lavabo, bajo un pabellón cuadrado o poligonal, sobresaliendo de las arquerías del claustro, con las que jugaba. Su emplazamiento era inmediato al ingreso del refectorio. Cúbrese con bóvedas nervadas. Hexagonales son los de Poblet (de hacia 1200), Santas Creus y Veruela; octogonal el de Rueda; cuadrado, probablemente, el desaparecido de Valbuena (fig. 104).

Salas capitulares. — Continuaron levantándose en el siglo XIII los dos tipos de capítulo empleados en los últimos años del anterior: la sala sin división alguna, cubierta con una sola bóveda, usada generalmente en catedrales y colegiatas, y la dividida en dos o tres naves por medio de columnas de reducida altura, pues encima se disponía el dormitorio de la comunidad, propia de los monasterios.

Al primer tipo pertenecen las de las catedrales de Zamora, Salamanca, Plasencia y Ávila. Cubre a la primera, llamada hoy capilla de Santiago, una sencilla bóveda de ojivas; a la de Salamanca, conocida por capilla de Talavera, una bóveda hispanomusulmana. Muy original es la sala capitular de la catedral de Plasencia, pues sobre su planta cuadrada se elevó, chaflanándola por trompas de semibóvedas de ojivas, una cúpula del tipo de las salmantinas, con dieciséis nervios concurrentes en una clave común (fig. 105).

La sala capitular de la catedral de Ávila debió de construirse en los últimos años del siglo XIII, pues en 1307 se reunía en ella el cabildo; la cubre una bóveda octogonal nervada sobre trompas de semibóvedas de ojivas.

Al no estar en los monasterios femeninos el dormitorio común sobre la sala capitular, podía darse a ésta gran altura, como sucedió en San Andrés de Arroyo, en el que la cubre una bóveda octopartita, y en la del de Cañas, que tiene una columna central y cuatro bóvedas de ojivas. Las salas capitulares del siglo XIII del tipo monástico citado, divididas en dos o tres naves y cubiertas por seis o nueve tramos de bóvedas de crucería, son numerosísimas. La mayoría pertenecen a monasterios del Císter o de órdenes afines: Poblet, Santas Creus, Retuerta, Aguilar de Campóo, Moreruela, Carracedo, Piedra, Huelgas de Burgos, Sacramenia, La Oliva, Veruela, Córcoles, Óvila, Rueda, La Espina, Bugedo, Fitero, Iruzu, Santa Cruz de Rivas. En las de Veruela, Sacramenia y La Oliva, como en otras francesas, cubren los tres tramos inmediatos al muro de ingreso medias bóvedas de ojivas. Los apoyos intermedios suelen ser columnas cilíndricas; en Moreruela, sustituidas por pilares; en Aguilar de Campóo y Bugedo, por una columna con otras cuatro en torno. Los pilares cilíndricos de la sala capitular de las Huelgas de Burgos están rodeados de ocho columnillas,

lo mismo que los de la de Piedra, pero en éstos el núcleo central es octógono. Haces de ocho columnas sostienen las bóvedas del capítulo de Rueda (figs. 106, 107, 108, 109, 110 y 111).

Dormitorios.— Los dormitorios comunes de los monasterios cistercienses eran grandes salas situadas sobre la nave que cerraba el claustro a oriente; una escalera, en el brazo inmediato del crucero, permitía a los frailes bajar directamente al templo; otra, cercana a la sala capitular, comunicaba el claustro con el dormitorio. La estructura de éste, muy empleada para toda clase de locales sin piso encima en las regiones mediterráneas de España y Francia, consistía en una serie de grandes arcos transversales agudos, trasdosados angularmente, sobre los que descansaba la cubierta a dos aguas. De imponentes dimensiones es el dormitorio de Poblet — 87,00 por 10,20 metros —, cuya cubierta sostienen diecinueve arcos de piedra. Para su construcción, ya comenzada, legó por testamento en 1243 Poncio de Cabrera, conde de Urgel, quinientos morabetinos de oro. Proseguía la construcción en 1249, y no estaba terminado en 1297, cuando Berenguer de Puigvert dejaba para la obra del dormitorio y del claustro su castillo (fig. 112).

El dormitorio de Santas Creus tiene 48,50 metros por 10,10; once son sus arcos transversales. La Dernosa dice que en 1191 se colocó la primera piedra de sus cimientos. Con techumbre de madera sobre arcos fajones agudos parece que se cubrió el dormitorio de Veruela — 51 por 9 metros —, reformado más tarde. Hace algunos años aun se reconocía la misma estructura en las ruinas de los dormitorios de los monasterios de Óvila y Monsalud de Córcoles.

Refectorios.— Los refectorios se emplazaban en la galería del claustro opuesta a la adyacente al templo; en los cistercienses, su eje longitudinal es casi siempre perpendicular al de éste.

La estructura de los más viejos o arcaicos es aún románica: bóveda de medio cañón agudo sobre arcos fajones. Así son los de Poblet — 26,00 por 10,00 metros —; Valbuena — 23,77 por 10 —; Rueda — 23,75 por 8,78 —; Sacramenia — 19,72 por 7,06 —; Veruela — 30,00 por 7,80 — (cubierto hoy con bóveda estrellada), y el en ruinas de La Oliva. Al terminar el primer cuarto del siglo XIII comienzan a cubrirse con bóvedas de ojivas. Ya se describió el magnífico de Huerta — 37,10 por 6,60 —; cuatro tramos de bóvedas de crucería tiene el de Retuerta — 24,00 por 5,90 — y tenía el de Óvila — 29,18 por 7,62 —, emigrado a Norteamérica. Cubren al de Piedra — 24,00 por 8,00 — bóvedas sexpartitas (figs. 113 y 114).

EDIFICIOS CIVILES

Entre las escasas construcciones españolas de arquitectura civil del siglo XIII llegadas a nuestros días, descuella, tanto por su interés artístico como por los histórico y arqueológico, el llamado Palacio de Gelmírez, en Santiago de Compostela. Ocultos hoy entre construcciones posteriores los restos de esa residencia arzobispal, inmediatos a la catedral y a su norte, constan de dos cuerpos de edificio rectangulares, que dibujan en planta una T, y de una torre intermedia. El más oriental, de ruda arquitectura románica, se levantó hacia 1120; el otro es sin duda del XIII. El prelado don Juan Arias (1253-1266) consta que realizó grandes obras en su residencia; el maestro fué tal vez Pedro Boneth, que lo era de la catedral por lo menos desde 1250. Dicho cuerpo encierra dos grandes salones superpuestos.

El inferior está dividido en dos naves por cuatro apoyos formados por otras tantas columnas acopladas y sus diez tramos se cubren con bóvedas de arista. El salón alto es un gran rectángulo de 31,90 por 8,30 metros dividido en cinco tramos, cubiertos por bóvedas de ojivas, sin apoyo intermedio, y otro a norte, dividido en dos. Sería este salón el "palacio", es decir, la habitación alta más importante, en la que se celebraban recepciones y banquetes. La decoración de sus ménsulas, guarniciones de huecos y claves, de gran riqueza, es de un estilo derivado directamente del del Pórtico de la Gloria, arcaizante por tanto (fig. 116).

De intenso sabor románico, a pesar de su construcción en pleno siglo XIII, es el palacio episcopal de Orense. Según su contemporáneo el Tudense, lo levantó el obispo don Lorenzo (1218-1248), al que también atribuye el puente sobre el Miño, y fué continuado por el prelado don Pedro Yáñez de Novoa (1280-1308). Subsiste la fachada a un patio, abierta por ventanas gemelas bajo arcos semicirculares de descarga, y un pesado pórtico de tipo claustral, en bajo. Todo ello es de un arte románico rudo, cuyo arcaísmo no debe considerarse como exclusivo de Galicia, pues en lo que resta del palacio episcopal de Barcelona, levantado por el obispo Arnaldo de Gurb (1253-1284), de más selecto arte, no hay el menor indicio de goticismo.

Según la *Crónica* de Jaime I (1218-1276), este monarca reconstruyó en piedra el palacio de la Zuda de Lérida, antes de madera. Se conservan de él dos naves adyacentes formando un ángulo obtuso, repartidas en varios tramos, cubiertos con bóvedas de ojivas, con un torreón rectangular saliente en su ángulo exterior y otros de idéntica planta intermedios. Esas dos naves cerraban otros tantos lados de un patio; los estribos correspondientes a los arcos fajones se unen por arcos agudos; tan sólo anima el severo conjunto la cornisa sobre arquillos ciegos lobulados, inspirada en elementos semejantes de la inmediata catedral. Por fuera, el aspecto de la construcción es de hosca fortaleza. En el reinado de Pedro el Ceremonioso, en 1336 y 1341, se hacían obras en el castillo real de Lérida bajo la dirección del maestro Simón de Navers. En su capilla mandó edificar el mismo monarca una tribuna en 1381 (fig. 117).

Contrastan con las anteriores construcciones por la esbeltez y gallardía de su arquitectura los restos de un palacio existentes en el monasterio de Carracedo, habitación probablemente de las hijas de Alfonso IX. Queda de él una sala de honor o "palacio" propiamente dicho, encima del capítulo, estancia cuadrada de 10,65 metros de lado, con cuatro columnas exentas de las que arrancan arcos agudos que dividen su techo en nueve compartimientos; cubriéndose con armaduras mudéjares de madera, hoy desaparecidas (fig. 118).

Entre el complejo conjunto de enmarañadas construcciones que integran el alcázar de Sevilla, de tan distintas épocas y estilos, hay tres largas salas góticas, situadas junto a los patios del Yeso y de Banderas, entre los restos del palacio almohade y el de Pedro I. Disfrazadas en tiempo de Carlos V, tan sólo sus bóvedas de ojivas finamente molduradas revelan su edificación en el reinado de Alfonso X. Contemporáneas serán las construcciones situadas bajo el patio del Crucero, llamadas modernamente baño de doña María de Padilla. A pesar de las mutilaciones del siglo XVI, las tres salas representan dignamente, entre las yeserías almohades y mudéjares, el arte gótico norteño. En los últimos años del siglo XIII las formas de la arquitectura gótica y de la hispanomusulmana, yuxtapuestas, pero independientes, en el monasterio de las Huelgas de Burgos, lo mismo que en el alcázar sevillano, se mezclaron en la mayoría de los edificios civiles, en proporciones muy diversas, para dar

origen al híbrido arte mudéjar. A él pertenecía un edificio muy interesante que, abandonado, se dejó caer hace algunos años, gran pérdida para la historia de nuestra arquitectura medieval. Era el Hospital del Rey en Burgos, levantado probablemente en el reinado de Alfonso X (tomo IV, pág. 332).

CONSTRUCCIONES MILITARES

Escasas son las fortificaciones de alguna importancia fechables en el siglo XIII. Durante él se levantaron las cercas que rodean Plasencia, ciudad fundada por Alfonso VIII, y Almazán, ambas con puertas de entrada directa, flanqueadas por cubos semicilíndricos, según el modelo de las anteriores de Ávila. La puerta de Olivares, en la muralla de Zamora, reconstruyóse, según dice una lápida, en 1230.

Hacia la mitad del siglo XIII se levantaría por el arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada el castillo de Brihuega, convertido desde hace años en cementerio. Aun se ven los restos de algún salón cubiertos con bóvedas de ojivas, y otro que tuvo techo de carpintería descansando en arcos transversales de piedra. Mejor conservada está su pequeña capilla, cuyo ábside poligonal encierra un torreón, semicircular al exterior. Ojivas y nervios bien moldurados y capiteles de buena labra revelan ser obra de algún cantero de los que trabajaban por entonces en la cercana catedral de Cuenca o en la de Toledo.

Contemporáneo será el mucho más extenso castillo de Sigüenza, residencia de sus obispos, que, a través de destrucciones, incendios y reformas abundantes, conserva una sencilla capilla, de estructura aun románica, y otros restos que surgen al desprenderse las fábricas añadidas con posterioridad que los recubren (fig. 119).

Mucha mayor importancia que las anteriores tuvieron las dos grandes fortalezas calatravas, Zorita de los Canes y Calatrava la Nueva, abandonadas desde hace siglos. La Orden, de vida hoy bien mezquina, no se interesa en conservar esos recuerdos de una gloriosa historia, capaces de justificar su subsistencia. Ambos ocupan posiciones enriscadas, en lo alto de abruptas colinas. El de Zorita de los Canes, en tierras alcarreñas, corona un alargado cerro de toba y arenisca, situado en la confluencia del Tajo y el arroyo Bodujo. Defendía un paso del primero por un puente muy transitado en la Edad Media. Del castillo, en lo alto, arranca una cintura de murallas, hoy medio caídas, que abraza la pobre aldea y llega hasta la orilla del río. Varias puertas escalonadas en la ladera, daban acceso por un camino entre muros a lo alto de la fortaleza. Entre las construcciones ruinosas, se reconocen los restos de una capilla, con nave única cubierta con bóveda de medio cañón sobre arcos fajones, tramo cuadrado al que cubre una de ojivas y ábside semicircular, cuyo cuarto de esfera refuerzan cuatro nervios. Algunos muros, restos sin duda de una fortificación musulmana del siglo X, tienen aparejo califal (tomo III, pág. 179). Aprovechándolos se levantó en el XIII la imponente fortificación, fechada por un letrero, existente en un torreón avanzado, en el que se lee "don pero díaz me fecit en la era de mil et CCC et XXVIII" (año 1290), y otra perdida, en la que figuraba la era 1334 (año 1296).

No es menor la ruina del castillo de Calatrava la Nueva, del que arrancan también muros que rodeaban la villa hoy yerma. Empezó su construcción poco después de 1217. Domina uno de los pasos principales en la Edad Media de la Mancha a Sierra Morena y

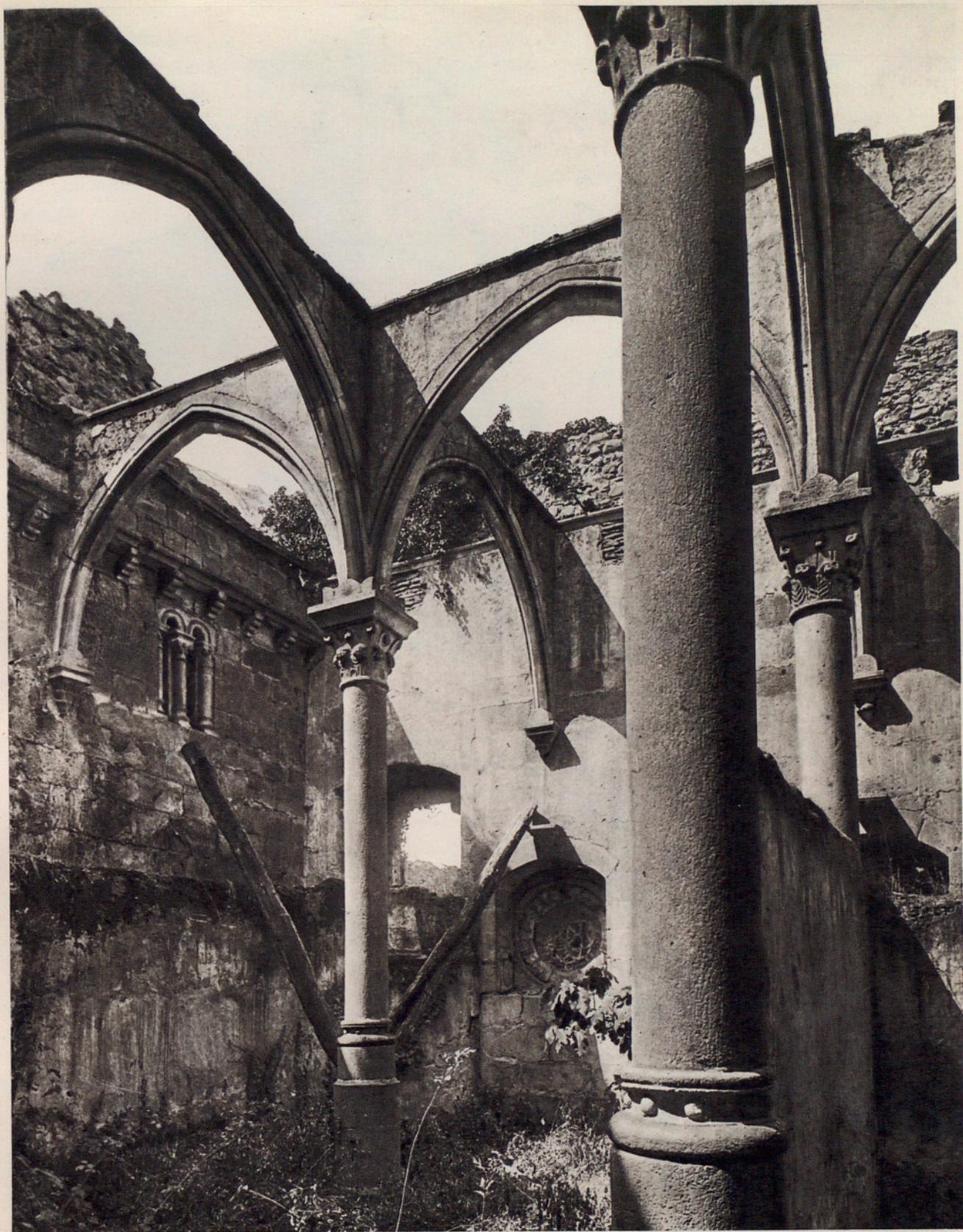
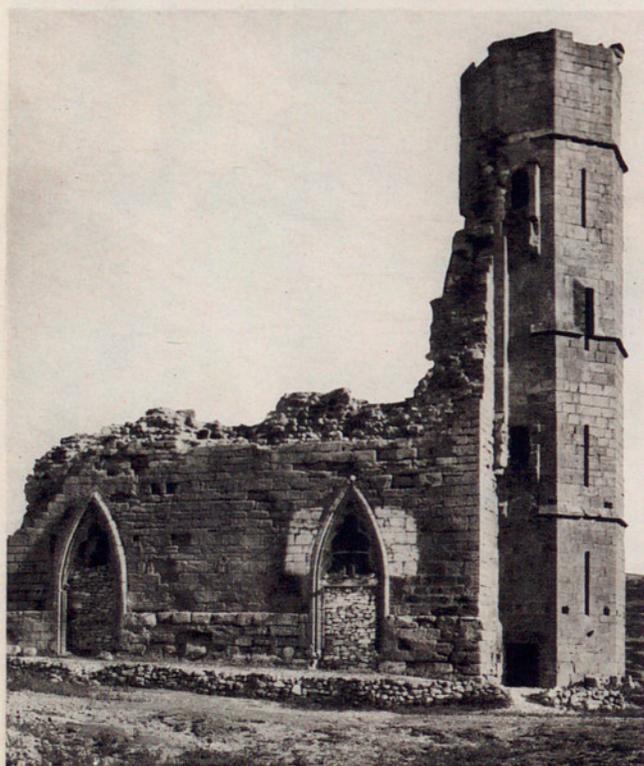


Fig. 118.—SALA DEL PALACIO EN EL MONASTERIO DE CARRACEDO.



Figs. 119, 120 y 121. — CASTILLOS DE SIGÜENZA Y UNCASTILLO Y TORRE DE DON FADRIQUE EN SEVILLA.

las tierras andaluzas. Entre grandes lienzos de muros y torres desmochadas, destaca su iglesia, ya descrita.

Sevilla conserva, gracias a su inclusión en la clausura del convento de Santa Clara desde 1289, una torre fuerte, "bella y esbelta, llena de riquezas", según dice en versos latinos la lápida existente sobre su puerta, labrada por don Fadrique, hijo segundo de San Fernando, en 1252. En la segunda mitad del siglo XIII parecería bien exótica entre los alminares de las mezquitas repartidas por toda la ciudad, presididos por el monumental de la mayor, desde el siglo XVI conocido por la Giralda. Defendía un palacio construido por ese infante, cerca del Guadalquivir. Tiene planta cuadrada y tres pisos, de piedra sillería el inferior, que mide 5,40 metros de lado y se cubre con bóveda de ojivas sencillamente chaflanadas; el resto es de ladrillo, pero sus elementos decorativos se labraron en piedra. La bóveda de la planta intermedia, es también de ojivas, pero con dobles combados, y la tercera tiene trompas nervadas, chaflanando los ángulos y, sobre la planta octogonal así formada, una bóveda de ocho nervios, concurrentes en la clave. En el piso intermedio hay ventanas de medio punto; en el último, en cambio, se abren otras mayores de arco agudo, con tracería lobulada y columnillas en los codillos (fig. 121).

En la región sevillana el mismo infante don Fadrique levantó una torre, llamada hoy Mocha, en Albaida del Ajarafe, según inscripción que en letras góticas ostenta la fachada. En su construcción intervendrían obreros locales, pues no presenta el purismo gótico de la de Sevilla.

En los años 1266 y 1270, Alfonso X estuvo en la comarca de Murcia "poblando la tierra e haciendo labrar e reparar los castillos". Entre el último año y el de 1273 mandó levantar, sobre las ruinas de otro musulmán, el castillo de Lorca, que conserva dos torres de entonces: la Alfonsí, enorme torreón del Homenaje, obra de albañiles moros, y otra inmediata, llamada del Espolón o Esperón, de fábrica gótica. Sus dos pisos cúbrese con bóvedas de ojivas sobre columnas situadas en los ángulos; la plementería es de ladrillo.

El castillo de Alburquerque, en la raya de Portugal, se comenzó a edificar en 1276, según una lápida que en él había. Tiene cuatro recintos y capilla de tres naves, cubiertas, la del evangelio con bóveda de medio cañón y nervada la mayor.

En los últimos años del siglo XIII, o en los primeros del siguiente, se levantaría la fortaleza de la villa aragonesa de Uncastillo. Conserva un salón, al que cubren varios tramos de bóvedas de ojivas sobre columnas adosadas a los muros, abierto por balcones de arcos muy agudos con tracería, y una torre octogonal inmediata (fig. 120).

No pocos torreones y murallas en ruinas, cada día que pasa más disminuídos, que ennoblecen mesetas y sierras españolas con recuerdos históricos de un pasado remoto, y coronan pintorescamente los cerros escarpados en que se emplazaron, serán de este mismo siglo XIII. Desaparecidos los pobres y escasos elementos decorativos que pudieran servir para fecharlos, no es fácil fijar su cronología.